

ODISEA

HOMERO



Presentación de
Juan Villoro
Prólogo de
Gabriela Trejo Valencia

Clásicos UG

A decorative laurel wreath, a symbol of honor and victory, positioned below the text 'Clásicos UG'. It consists of two branches of laurel leaves curving upwards and meeting at the bottom.

I

Odisea

I

Clásicos UG



HOMERO

Odisea

I

Presentación de
JUAN VILLORO

Prólogo de
GABRIELA TREJO VALENCIA

Notas de
FEDERICO BARÁIBAR
Y ZUMÁRRAGA

UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



Odisea, I

Primera edición, 2018

Notas: Federico Baráibar y Zumárraga

D.R. © Universidad de Guanajuato
Lascuráin de Retana núm. 5, Centro
Guanajuato, Gto., México
C.P. 36000

Producción:

Editorial de la Universidad de Guanajuato
Mesón de San Antonio
Alonso núm. 12, Centro
Guanajuato, Gto.
C.P. 36000
editorial@ugto.mx

Formación: Jorge Alberto León Soto
Diseño de forros: Jaime Romero Baltazar
Corrección: Edgar Magaña Guzmán

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o transmisión parcial o total de esta obra bajo cualquiera de sus formas, electrónica o mecánica, sin el consentimiento previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

ISBN PDF: 978-607-441-543-8

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ÍNDICE

Presentación	
La invención del futuro	9
<i>Juan Villoro</i>	
Prólogo	
Una bitácora para el viaje más famoso de la historia	15
<i>Gabriela Trejo Valencia</i>	

ODISEA tomo I

Rapsodia primera	27
Notas, 41	
Rapsodia segunda	47
Notas, 61	
Rapsodia tercera	65
Notas, 80	
Rapsodia cuarta	83
Notas, 108	

Rapsodia quinta	113
Notas, 128	
Rapsodia sexta	131
Notas, 141	
Rapsodia séptima	143
Notas, 154	
Rapsodia octava	157
Notas, 175	
Rapsodia novena	177
Notas, 195	
Rapsodia décima	197
Notas, 215	
Rapsodia decimaprimera	217
Notas, 237	
Rapsodia decimasegunda	241
Notas, 256	

PRESENTACIÓN

LA INVENCION DEL FUTURO

Juan Villoro

UN LIBRO CERRADO NO ES UNA OBRA DE ARTE; ES LA POSIBILIDAD de una obra de arte: solo se convierte en hecho estético al ser leído. Su destino depende de quienes se asoman a sus páginas o, en tiempos más recientes, de quienes reciben su mensaje de luz en una pantalla.

Ningún libro inicia sus días como un clásico. No hay manera de anticipar desde un principio si perdurará en el gusto de la gente. Son los lectores los que deciden salvarlo del fuego y el olvido. En forma asombrosa, ese fervor puede durar lo suficiente para que un filósofo o un poeta sobreviva a la civilización que le dio origen. Desde el siglo VIII antes de Cristo, Homero —o los muchos recitadores que asociamos con ese nombre— no ha perdido vigencia. Su lengua se convirtió en otra y el mundo que vio antes de quedarse ciego dejó de existir, pero el desafío de Ulises sigue siendo el nuestro: en una época de exilios y desplazados, donde las grandes ciudades nos desconciertan con sus laberintos, ningún recorrido supera al de volver a casa.

“El amor es eterno mientras dura”, escribió el poeta y letrista de *bossa nova* Vinicius de Moraes. Lo mismo sucede con los clásicos. Hay obras que cautivan a varias generaciones y

más tarde son relegadas al rincón de las bibliotecas que solo disfrutaban los ratones.

Resulta imposible saber durante cuánto tiempo un clásico estará vigente o en qué momento alcanzará ese rango. Ciertas historias comienzan sus días como muestras de ingenio y entretenimiento, pero están destinadas a fundar una tradición todavía futura. El caso más evidente es el *Quijote*. El gran cervantista Francisco Rico ha llamado la atención sobre un hecho singular: durante un par de siglos, los avatares del Caballero de la Triste Figura fueron apreciados como un arte mayor en Francia, Inglaterra y Alemania y solo más tarde adquirieron el mismo prestigio en España, donde la novela de Cervantes había sido leída como un divertimento popular.

Ningún escritor decide la forma en que perdura su trabajo. Esa magia le corresponde a los lectores. Defoe no pensó que sería recordado por *Robinson Crusoe* y apostó a que la posteridad leyera algunos de sus versos, del mismo modo en que Cervantes creyó sellar su pacto con la gloria con su última obra, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, menos leída que el *Quijote*. Ni Defoe ni Cervantes podían prever los gustos del porvenir. Nadie es contemporáneo de su futuro. Por eso Oscar Wilde pudo decir con ironía: “Hasta ahora, la posteridad no ha hecho nada por nosotros”.

Algunos autores han desarrollado brillantes estrategias para definir la forma en que deben ser leídos, pero eso solo atañe a su presente. Pessoa juzgó que la tradición lírica portuguesa era demasiado pobre y decidió inventar a sus precursores a través de las biografías imaginarias y las variadas obras de Alberto Caeiro, Bernardo Soares, Ricardo Reis, Álvaro de Campos y otros heterónimos destinados a dotarlo de una genealogía.

Si el poeta portugués se adjudicó un linaje literario, Borges transformó su contexto cultural para insertarse en él de manera conveniente. En una de sus clases de literatura, Ricardo Piglia afirmó: “Borges construye una tradición con sus lecturas [...] No quiere ser leído desde una tradición narrativa en el interior de la cual sus textos no valgan nada. Si Borges es leído desde Dostoievsky o desde Proust, no queda nada de él. Como no quedó nada durante años porque era, se decía, ‘algebraico’, ‘cerebral’, en sus textos no había ‘vida’. Esto quiere decir que Borges hizo y construyó toda una red de lecturas —alguna vez habrá que hacer un seminario sobre él como crítico— hasta terminar por imponer el contexto dentro del cual sus textos fueran leídos”.

Tanto Borges como Pessoa influyen en la valoración que de ellos hacen sus contemporáneos; crean un modo propicio para ser entendidos y valorados. Pero no aseguran su futuro. Eso les corresponde a los desconocidos que los seguirán leyendo o no. Consciente de esto, Borges señala que un clásico no es otra cosa que un libro “que los hombres no han dejado morir”.

La historia de la cultura incluye la historia de su destrucción. Esquilo escribió 82 obras de las que se conservan siete; se estima que Sófocles concluyó 123 piezas y también en su caso solo disponemos de siete; conocemos 18 obras de las 92 que compuso Eurípides (o 19, si se acepta su autoría de *Reso*). La incesante labor de las termitas, la humedad, los incendios, los tiranos, las mudanzas, los robos y los fanatismos han acabado con buena parte del acervo cultural. Pero nada es tan frágil como el gusto.

Y pese a todo, Esopo, Virgilio, Apuleyo, Aristóteles, Horacio, Arquímedes y otros autores resistentes llegan a noso-

tros. Ninguno de ellos estuvo conforme con su tiempo. Si los seguimos leyendo es porque no han dejado de manifestar su rebeldía o, mejor aún, porque la seguimos necesitando y no permitimos que desaparezca. Desde el presente, garantizamos su porvenir.

Los libros son más significativos que los autores. Con el tiempo, dicen cosas que pueden llegar a contradecir a quienes los concibieron. Esto se debe a la cambiante manera en que son leídos. Dostoievsky escribió *Crimen y castigo* para criticar a los anarquistas que tomaban el destino en sus manos y no reconocían otro tribunal ético que su libre albedrío: “Si Dios no existe, todo está permitido”, opina Raskolnikov, el inconforme que protagoniza la novela. Dostoievsky cuestiona el individualismo que puede llevar al crimen en aras de ideales “superiores”. Leída muchos años después, en los cafés humeantes de París donde se fundaba el existencialismo, la misma historia adquirió un valor distinto. Jean-Paul Sartre encontró en ella un desafío para la elección individual. Raskolnikov piensa que el ser libre no debe rendirle cuentas a Dios; Sartre está de acuerdo con él, pero agrega que no por ello todo está permitido. La ética existencial consiste en actuar correctamente sin una coacción externa. La actitud de Raskolnikov, que para Dostoievsky solo se redime a través de un castigo, representa para Sartre el inquietante reto de elegir.

La escritura no existiría sin una noción de futuro. Toda historia se dirige hacia un desenlace: algo que no ha ocurrido, ocurrirá. Ese horizonte determina la aventura de Ulises. A lo largo de veinte años se somete a tentaciones que podrían desviar su travesía. Oye el seductor canto de las sirenas y pide que lo amarren al mástil de su embarcación para no abando-

nar la ruta; rechaza el paraíso artificial de los lotos alucinógenos; repudia la poción de Circe, fantástica hechicera; llega al Hades y dialoga con el profeta Tiresias; puede obtener la vida eterna, pero prefiere seguir su inalterable destino. ¿Por qué se resiste a estos prodigios? Cuando enfrenta a los lotófagos, teme que la droga borre sus recuerdos. Desea atesorar lo ocurrido para contarlo al volver a Ítaca, la isla de la que partió. Su auténtica misión es el *nóstos*, el regreso. Italo Calvino comenta que Ulises no tiene miedo de olvidar el pasado, sino el futuro, la historia que vive en tiempo real y que deberá contar. Se arriesga en el presente para que su historia posterior exista.

Siglos más tarde, ante el mismo mar, Platón dirá que el conocimiento es una forma del recuerdo. Etimológicamente, “recordar” significa “volver a pasar por el corazón”. Ulises se somete a sus tareas para que eso emocione después.

Cada escritor vive su propia odisea. Emprende un viaje que lo devolverá al punto de partida y espera, como el esforzado Ulises (que los griegos llamaron Odiseo), que sus peripecias tengan sentido en otro tiempo: “La memoria solo cuenta verdaderamente —para los individuos, las colectividades, las civilizaciones— si reúne la impronta del pasado y el proyecto del futuro”, escribe Calvino.

Los autores que hemos convertido en clásicos proponen un singular modo de leer que no se limita a sus libros, sino que abarca la realidad circundante. Al levantar la vista de la página, el mundo puede parecer kafkiano o quijotesco. La literatura expande su efecto hacia el entorno y modifica a quien la lee. El máximo personaje de Platón es el lector platónico.

Hemos sido inventados por los clásicos y los defendemos para que no olviden su futuro. ~\$

PRÓLOGO

UNA BITÁCORA PARA EL VIAJE MÁS FAMOSO DE LA HISTORIA

Gabriela Trejo Valencia

SIN MALABARES RETÓRICOS Y SOLO PARA ABRIR BOCA, BASTA decir que los clásicos no caducan. Siguen sorprendiéndonos historias creadas hace miles de años en circunstancias que distan mucho de ser las nuestras porque, debido a la maestría de su concepción, se alzan como fantásticas alegorías de la naturaleza humana, en cuya base los conflictos y deseos son similares —o idénticos— a los nuestros. En medio de otra clase de escenarios y reyertas también nosotros buscamos la forma de volver a casa, tal como el célebre Odiseo, protagonista de la trama de aventuras más famosa de todas, la *Odisea*, magna epopeya acuñada aproximadamente en el siglo VIII a. C. y atribuida al rapsoda Homero.

Amén de la oportunidad de (re)conocernos en las andanzas de aquellos legendarios personajes, descubriremos que la genealogía del mundo conocido ha sido configurada en las páginas de libros como la *Odisea*, no en vano sus palabras aún nos comunican algo acerca de nosotros mismos, por ejemplo, que la añoranza por recuperar el pasado es uno de los generadores más fuertes en el ser y el quehacer de los seres humanos.

La *Odisea* es un extenso poema épico que de manera grandilocuente le canta a un pueblo acerca de las hazañas de sus

personajes referenciales. A esta forma se le conoce como epopeya, poema canónico conformado por el verso épico tradicional, el hexámetro.¹ Las obras homéricas fueron hechas para ser expresadas por diestros aedos o cantores que a partir de la memoria y la repetición de fórmulas (epítetos, reiteraciones o secuencia similar de acontecimientos) reunían a un auditorio ávido de escuchar las glorias de sus héroes.

A diferencia de nuestra época, donde leemos los textos y con ello podemos volver sobre las palabras escritas y someterlas a un análisis más concienzudo, en la antigua Grecia el hecho literario descansaba en la oralidad, y para procesar la información recibida solo de oídas eran necesarios recursos como la entonación, la memorización, el ritmo y la viveza del cantor en sus improvisaciones. Hecha para ser escuchada, la *Odisea* conlleva una serie de repeticiones originalmente diseñadas como valiosos recursos mnemotécnicos que a fuerza de su regularidad se erigían como estribillos² útiles tanto al cantor como al escucha, quienes así se situaban con mayor facilidad en el devenir de la epopeya; estos estribillos no solo funcionaban como guiños para la memoria, además imprimían carácter a los personajes al recalcar sus rasgos principales: Odiseo, el hombre de las mil astucias, Zeus, el que amonтона las nubes, o Calipso, la divina entre los dioses.

El poema narrativo odiseico se compone de doce mil versos y tiene como hilo conductor a una familia que busca la forma de reencontrarse, sin embargo, como la obra polisémica

¹ “Se le llama hexámetro porque cada verso consta de seis pies; de ellos uno está formado por dos sílabas largas llamadas espondeo, y otro por tres, una larga y dos breves, que se llama dáctilo” (Plutarco, 1989, p. 50).

² Según el diccionario electrónico de la Real Academia Española, el estribillo se define como la voz o frase que por hábito vicioso se dice con frecuencia.

que es, plantea tanto el regreso de su protagonista luego de dos décadas como el curso irremediable de la trayectoria espiritual de otros personajes, a saber: el viaje de formación de Telémaco, y el devenir emocional de Penélope. Claro que a pesar de la trascendencia del texto homérico, regresar al mismo no es un asunto menor; por momentos pareciera que las mismísimas Caribdis y Escila se interponen en la lectura, por tanto, se podría pensar que aventurarse a leer la *Odisea* emula al título del texto, haciendo de nuestra experiencia un trayecto fatigoso y desfavorable. Nada más falso. Leer la *Odisea* sí implica un viaje, pero uno por demás fructífero.

De viraje en viraje nos toparemos con Telémaco, un joven que habrá de conocer a su padre, Odiseo, a través de las palabras de aquellos que lo vieron salvaguardar a los suyos y luchar en Troya. Telémaco comienza a buscar respuestas en Pilos y Esparta y, conforme avanzamos en la lectura, junto con él comprendemos a Odiseo como una constante presencia que se distingue por su ausencia. Siguiendo la metáfora del viaje, en el recorrido de la *Odisea* los diferentes cantos se erigen como paraderos en un camino por demás serpenteado; estos paraderos son puntos de ubicación para contemplar el panorama general de la historia narrada, volver sobre nuestros pasos para aclarar la mirada o avanzar sin dilación en la narración dividida en tres ejes rectores: la introducción a la figura de Odiseo, los problemas que ha debido sortear en su regreso y la resolución de los conflictos una vez en Ítaca.

Claro está, este viaje hacia el pasado no significa un trayecto anticuado, la solvencia actual de la epopeya descansa en la modernidad de su trazado y en la accesibilidad que le plantea al lector del siglo XXI. Su actualidad no solo radica en los tintes de novela de aventuras o en los recursos narrativos que do-

tan de plasticidad y dinamismo a las acciones,³ su modernidad está además en el espíritu de su protagonista, un héroe a ras de piso en cuyos episodios concurren todo tipo de lealtades y traiciones. Lo mismo astuto y arrojado que en desgracia, resulta fácil empatizar con él y padecer sus penas, como también es factible demandarle cuando equivoca el camino.⁴ De hecho, resulta significativo que la primera vez que vemos a Odiseo en el presente de la historia narrada sea mientras está abatido en la isla de Calipso, justo cuando se revela en su faz más humanizada.

Participando de esta caracterización vivaz de la *Odisea* es fácil concebir que la obra encaja en los intereses del lector actual, quien gusta de historias donde constantemente pasen cosas y se mantengan las emociones. Nada mejor para eso que ver a Odiseo enfrentar a sus célebres antagonistas: los animosos cicones, los lestrigones, el grotesco Polifemo, Poseidón, la testarudez de algunos de los hombres a su mando, la maga Circe, las enigmáticas sirenas, el paso entre Escila y Caribdis, la divina Calipso, Feacia, el viaje al mundo de los muertos, los sirvientes infieles y los pretendientes de Penélope.

Aunque capaz de presentarse por sí misma como pilar de las letras universales, quizá la *Odisea* requiera de determinado acento para destacar directrices útiles en la exploración personal del texto, de ahí las siguientes acotaciones.

³ Es necesario enfatizar que los acontecimientos no se narran en el orden en el que sucedieron, primera gran diferencia con la linealidad esquemática de la *Iliada*. La trama comienza cuando Odiseo se halla en la isla de Calipso, pero en el orden del texto leído esta parte se conoce después de que en los cantos iniciales Telémaco vuelve con los protagonistas de la *Iliada* para saber por qué Odiseo no ha podido regresar a su patria. Una vez en el entendido de las situaciones previas, volveremos al presente de Odiseo y la ninfa.

⁴ Basta recordar su soberbia después de huir del ciclope, monstruo vencido que no habría significado más problemas de no ser por un último arranque de engreimiento, para enfado de Poseidón.

La cuestión homérica

El lector de la *Odisea* haría bien en renunciar a encontrar en la figura del autor un machote de respuestas claras a cuestionamientos como el cómo y el porqué de su creación, de hecho, pensar si Homero en su juventud formuló la *Ilíada* y en su madurez configuró la *Odisea*,⁵ o si el apelativo se aplica a un puñado de escritores, entraña muchas más dudas que respuestas.

Aunque no se trata aquí de echar por tierra todo debate acerca de la existencia del autor o de eludir la discusión de si la *Ilíada* y la *Odisea* fueron dictadas por la misma boca, me propongo más bien delimitar los avances hacia la epopeya en el terreno de sus características intrínsecas; sin embargo, prejuicios míos aparte y solo para trazar una guía para quien decida aproximarse a la *Odisea* desde el perfil de su productor, debe resaltarse que la controversia alrededor de la autoría de Homero termina desenvolviéndose básicamente en los siguientes puntos: el rapsoda como figura histórica, el apelativo de Homero para referir a un colectivo de autores, o la epopeya como obra oral generada a partir del legado de incontables generaciones autorales con sus respectivas contribuciones.⁶

Debido a la densidad estructural de la *Odisea*, y, por consiguiente, a la variedad de tópicos en los que puede apoyarse un estudio introductorio, no es este el lugar para indagar de

⁵ A este respecto será Longino quien advertirá en *De lo sublime* que “La *Ilíada* fue escrita cuando su inspiración [de Homero] estaba en la cúspide, ella está llena de acción y de lucha, mientras que la *Odisea* es predominantemente narrativa, lo que es propio de la vejez. Por eso en la *Odisea* se podría comparar a Homero con el sol poniente: es aun igualmente grande, pero menos intenso” (2005, pp. 40-41).

⁶ Para quien busque ahondar en esta milenaria interrogante puede servirse de la oposición entre analistas y unitarios, estos últimos afirman que ambas epopeyas son obra de un único poeta y no una instancia múltiple donde intervinieron diferentes mentes.

forma detallada en esta controversia, para ello primero tendría que hablar a profundidad de la *Ilíada* —la primera gran epopeya griega— y las coyunturas entre este libro fuente y el que, sin ser una segunda parte, alude a una continuidad insoslayable. Ya bastantes directrices marca en sí misma la *Odissea* como para problematizar en nociones ajenas a la técnica narrativa en la que soporta su columna vertebral, por consiguiente, centrémonos en algunos pormenores de la misma y dejemos la cuestión homérica para otro momento.

Estructura de la Odisea

Los griegos definían la técnica como el “saber hacer” y a los poetas como artesanos de la palabra. Fueron estos quienes habrían de nombrar y sistematizar las características del lenguaje literario con las que todavía valoramos al oficio escritural. Expertos en pulir el arte verbal sabían que mantener la atención del auditorio no solo radicaba en el qué se contaba, sino sobre todo, en el cómo se contaba, es decir, en la forma de lo dicho y no en el dicho mismo. A propósito de la *Odissea* este *qué se cuenta* obedece a un esquema más bien simple donde resaltan los atributos en cuando a su presentación o al menos así lo reconocería Aristóteles en su *Poética*. Con el objetivo de articular el argumento a partir de una amena pero dilatada narratividad (el cómo), la epopeya homérica presenta diferentes episodios para enmarcar el viaje de Odiseo. Estos episodios se concretan en 24 cantos, tal como una novela se dividiría en capítulos. A su vez, esos cantos suelen clasificarse bajo tres criterios fundamentales:

Telemaquía: del canto I al IV. Telémaco es el común denominador de los apartados iniciales. Intentando formar la imagen

de su padre y con instrucciones precisas de Atenea, el muchacho contactará con varios protagonistas en Troya (Menelao, Néstor o Helena) y como si de una continuación de la *Iliada* se tratase, esta primera parte del texto va contextualizando acerca del fin de la larguísima guerra, la ausencia de Odiseo y la ríspida situación actual en Ítaca, donde reina el desgobernio debido a los impetuosos pretendientes de Penélope. Esta parte de la epopeya es, en pocas palabras, la del no estar físico de Odiseo, figura que para ese momento habremos de caracterizar solo a partir de testimonios.

Estos primeros cantos funcionan sobre todo en dos sentidos; por un lado, establecen un punto de partida para una trama que deviene de una larga historia previa, y por el otro, facilitan comprender el porqué de un regreso (im)posible a casa.

Aventuras marinas: del canto V al XIII. Aquí se da cuenta del accidentado trayecto de Odiseo, quien solo entonces tomará la palabra para contar los desencuentros con todos aquellos que obstaculizaron su camino y las soluciones que halló para salir más o menos bien librado. Narrado en primera persona, estos cantos son de suma importancia porque se presentan como la oportunidad de conocer de cerca el carácter del héroe que antes avizorábamos a través de las opiniones de otros.

Que sean estos los cantos más conocidos de la *Odisea* es consecuencia del tono emocional del héroe en la narración de sus propias aventuras, nadie mejor para contarnos el itinerario de viaje que el mismo viajero. No exento de embustes, Odiseo dará cuenta de las peripecias y pericias en pos de la patria. A la peripecia, es decir, al accidente que cambia el ritmo de la situación o en palabras de Aristóteles, “la inversión de las cosas en sentido contrario” (2000, p. 146) casi siempre responde con sabiduría y así habrá de resaltarlo ante la corte del rey Alcínoo.

Regreso a casa: del canto XIV al XXIV.⁷ El escenario es el decadente palacio de Odiseo en Ítaca. Este está repleto de pretendientes que a como dé lugar quieren desposar a Penélope para convertirse en reyes. Hartos de las artimañas de la reina que para esperar a Odiseo los mantuvo en vilo durante años con el pretexto de tejer la mortaja de Laertes, la cual, tejía de día y destejía de noche, los pretendientes han amenazado la vida de Telémaco y la poca tranquilidad de Penélope.⁸ El regreso de Odiseo se verá aderezado por la anagnórisis, es decir, por el reencuentro y reconocimiento de parte de los suyos y una vez en palacio, la habilidad del héroe (irreconocible en ese momento gracias a la ayuda divina de Atenea) pondrá cada cosa en su lugar.

Sin escatimar en ardides, Odiseo, su primogénito y sus leales sirvientes irán forjando el plan para castigar a los infieles y a su vez, vencer a los hombres que osan ocupar su lugar. Mientras anuda las estrategias, Odiseo retarda el momento de presentarse ante Penélope, y experto como es en el arte del ocultamiento, disfrazará sus intenciones hasta el último instante, cuando por fin su proverbial astucia lo ponga en el final de un largo recorrido.

⁷ Mucho se duda de la autenticidad del canto XXIV, tal parece fue un añadido que no corresponde a su concepción original y sí a una contribución muy posterior. Entendido como un epílogo, el canto permite cerrar los conflictos y dar solidez al final feliz de la saga de Odiseo.

⁸ Valdría la pena subrayar el papel femenino en la epopeya: “En la *Odisea* se presenta un mundo femenino como algo desdoblado, acogedor y peligroso a la vez” (Vidal-Naquet, 2001, p. 53). Son ellas quienes se muestran en un rol preponderante para el desarrollo de la trama, como en las intervenciones divinas de Atenea, la isla de Calipso convertida en el escenario de vida de Odiseo durante ocho años, la diosa maga Circe que hará ver su destino al mítico héroe, Nausícaa como la esperanza encarnada, la vieja aya Euriclea ayudando a su rey, y Penélope demostrando que domina por igual las argucias de su marido.

Una vez bosquejada la base estructural de la epopeya, resulta más comprensible reconocer que muchos de los sucesos narrados en los cuatro primeros cantos ya han sucedido en el tiempo y nos son relatados por testigos que recuperan el pasado, en parte para contextualizarnos, en parte para crear otros motores generadores a la historia contada. Pero incluso sin reconocer estas formalidades del esquema narrativo queda en la epopeya la fuerza de una temática enraizada en la colectividad, como una especie de precomprensión propia de los textos consagrados con hechura de mito que conocemos incluso sin haberlos leído. Por eso podemos no saber sobre la presentación de los hechos pero sí conocer acerca de la ira de Aquiles, de la locura del Quijote, del amor imposible de Romeo y Julieta y claro, del viaje infortunado de Odiseo o Ulises (en la versión romana del nombre griego).

Un último apunte

Los orígenes de la literatura occidental van, nunca mejor dicho, de la mano de Odiseo, no en vano recursos trascendentales y conceptos claves del lenguaje literario se representan en sus cantos: la anagnórisis, la peripecia o la complejidad secuencial, pero de entre todas sobresale el concepto griego de *nóstos*. El término refiere el regreso, en este caso, el de un hombre *nostálgico* que añora Ítaca no solo como espacio geográfico sino como espacio cultural, pues es ahí donde está su pasado, sus deudos, su origen y su futuro. En una muestra de que la relación entre el espacio físico y la identidad es una directiva para la conformación afectiva de los personajes, Odiseo ve en aquella porción de tierra rodeada de mar el signo de su lugar en el mundo, su única patria.

Esta ligazón sentimental de Ítaca con Odiseo sirve para entender la urgencia del anhelado regreso y, al mismo tiempo, para exponer la maestría con la que está contada la epopeya, pues va más allá de la historia de un hombre que cierra el ciclo del viaje al llegar a su destino. El trayecto de Odiseo no traza la simple forma circular del retorno sino un poliedro, es decir, la comodina circularidad de un héroe que vuelve a su tierra es sustituida por un ambicioso entramado donde cada cara trae consigo una historia propia con espacialidades, protagonistas, metas y peripecias particulares.

A razón de la falsa suposición de que los clásicos no dicen nada nuevo se fragua una enorme distancia respecto de ellos. Allanar esos caminos es una labor que atañe a instituciones académicas, pero sobre todo a los lectores, cuya promesa del texto se cumple de manera auténtica cuando un interés personal y no un deber escolar incentiva a conocer a personajes inmortales que, aunque delineados en el imaginario colectivo no cesan de asombrarnos. Y es que la dificultad de emprender la lectura de los clásicos sin tener ideas preconcebidas se compensa cuando la experiencia termina por depararnos varias volteretas en relación con la imagen preexistente, en el entendido de que siempre vale la pena regresar a los clásicos porque ahí se halla el criterio fundacional de todo cuanto se ha escrito y se escribirá. Dejémonos entonces sorprender por todo lo que este entramado épico tiene todavía para decirnos.

No queda más que agregar que como todo estudio introductorio, este tampoco ha logrado poner sobre la mesa todas y cada una de las aristas de una obra maestra. El móvil estaba claro desde el inicio, servir de acompañamiento al lector que una vez frente a Odiseo y sin más intermediarios en la ecuación, encontrará en los arquetipos, estructura y personajes de la epopeya, principios y referencias para las letras universa-

les. Sírvase el lector tomar una de las líneas que la epopeya misma va trazando para su comprensión y que el encuentro con Odiseo y compañía le sea tan grato como a los últimos cientos de generaciones.

Referencias

Aristóteles (2000), *La poética*, (J. García Bacca, trad.), México: Editores Mexicanos Unidos.

Estribillo (2018), en *Diccionario de la lengua española* [en línea], Madrid: Real Academia Española, disponible en <http://dle.rae.es/?id=GzV3CkN>

Finley, M.I. (1984), *El mundo de Odiseo*, (M. Hernández Barroso, trad.), México: Fondo de Cultura Económica.

Homero (2016), *Odisea*, (C. García Gual, trad.), Madrid: Alianza Editorial.

Longino, Pseudo (2005), *De lo sublime*, (E. Molina y P. Oyarzun, trads.), Chile: Ediciones Metales Pesados.

Plutarco, Pseudo (1989), *Sobre la vida y poesía de Homero*, (E. Ramos Jurado, trad.), España: Gredos.

Vidal-Naquet, P. (2001), *El mundo de Homero*, (D. Zdunaisky, trad.), México: Fondo de Cultura Económica.

ODISEA

I

Rapsodia primera

HÁBLAME, MUSA, DE AQUEL VARÓN DE MULTIFORME INGENIO¹ que, después de destruir la sacra ciudad de Troya,² anduvo peregrinando larguísimo tiempo, vio las poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres³ y padeció en su ánimo gran número de trabajos en su navegación por el Ponto, en cuanto procuraba salvar su vida y la vuelta de sus compañeros a la patria. Mas ni aun así pudo librarlos,⁴ como deseaba, y todos perecieron por sus propias locuras. ¡Insensatos! Comiéronse las vacas de Helios, hijo de Hiperión,⁵ el cual no permitió que llegara el día del regreso. ¡Oh diosa, hija de Zeus!: cuéntanos aunque no sea más que una parte de tales cosas.

Ya en aquel tiempo los que habían podido escapar de una muerte horrorosa estaban en sus hogares, salvos de los peligros de la guerra y del mar; y solamente Odiseo, que tan gran necesidad sentía de restituirse a su patria y ver a su consorte, hallábase detenido en hueca gruta por Calipso,⁶ la ninfa veneranda, la divina entre las deidades, que anhelaba tomarlo por esposo. Con el transcurso de los años llegó por fin la época en que los dioses habían decretado que volviese a su patria,

a Ítaca, aunque no por eso debía poner fin a sus trabajos, ni siquiera después de juntarse con los suyos. Y todos los dioses le compadecían, a excepción de Poseidón,⁷ que permaneció constantemente airado contra el divino Odiseo hasta que el héroe no arribó a su tierra.

Mas entonces habíase ido Poseidón al lejano pueblo de los etíopes,⁸ los cuales son los postreros de los hombres y forman dos grupos que habitan, respectivamente, hacia el ocaso y hacia el orto del Hiperiónida, para asistir a una hecatombe de toros y corderos. Mientras aquel se deleitaba presenciando el festín, congregáronse las otras deidades en el palacio de Zeus Olímpico. Y fue el primero en usar de la palabra el padre de los hombres y de los dioses, porque en su ánimo tenía presente al ilustre Egisto, a quien matara el preclaro Orestes Agamenónida. Acordándose de él, habló a los inmortales de esta manera:

“¡Oh dioses! ¡De qué modo culpan los mortales a los nùmenes! Dicen que las cosas malas les vienen de nosotros,⁹ y son ellos quienes se atraen con sus locuras infortunios no decretados por el destino. Así ocurrió con Egisto, que, oponiéndose a la voluntad del hado, casó con la mujer legítima del atrida y mató a este héroe cuando tornaba a su patria, no obstante que supo la terrible muerte que padecería luego. Nosotros mismos le habíamos enviado a Hermes, el vigilante argicida,¹⁰ con el fin de advertirle que no matase a aquel ni pretendiera a su esposa, pues Orestes atrida tenía que tomar venganza no bien llegara a la juventud y sintiese el deseo de volver a su tierra. Así se lo declaró Hermes, mas no logró persuadirlo, con ser tal excelente consejo, y ahora Egisto lo ha pagado todo junto.”

Respondióle Palas Atenea, la deidad de los claros ojos: “¡Padre nuestro, Cronida, el más excelso de los que imperan!

Aquel yace en la tumba por haber padecido una muerte muy justificada. ¡Así perezca quien obre de semejante modo! Pero se me quiebra el corazón por el prudente y desgraciado Odiseo, que, mucho tiempo ha, padece penas lejos de los suyos, en una isla azotada por las olas, en el centro del mar; isla poblada de árboles, en la cual tiene su mansión una diosa, la hija del terrible Atlante,¹¹ de aquel que conoce todas las profundidades del Ponto y sostiene las grandes columnas que separan la tierra y el cielo. La hija de este dios retiene al infortunado y afligido Odiseo, no cejando en su propósito de embelesarle con tiernas y seductoras palabras para que olvide a Ítaca; mas el héroe, que está deseoso de ver el humo de su país natal, ya de morir siente anhelos. ¿Y a ti, Zeus Olímpico, no se te conmueve el corazón? ¿No te era acepto Odiseo, cuando sacrificaba junto a los bajeles de los argivos? ¿Por qué así te has airado contra él, oh Zeus?”

Contestóle Zeus, que amontona las nubes: “¡Hija mía! ¡Qué palabras se te escaparon de los labios! ¿Cómo quieres que ponga en el olvido al divino Odiseo, que por su inteligencia se señala sobre los demás mortales y siempre ofreció muchos sacrificios a los inmortales dioses que poseen el anchuroso Uranos? Pero Poseidón, que ciñe la tierra, le guarda vivo y constante rencor porque cegó al cíclope Polifemo, semejante a un dios; que es el más fuerte de todos los cíclopes y nació de la ninfa Toosa, hija de Forcis, que impera en el mar estéril, después que esta se ayuntara con Poseidón en honda cueva. Desde entonces Poseidón, que sacude la tierra, si bien no se ha propuesto matar a Odiseo, hace que vaya errante lejos de su patria. Mas, ea, tratemos de su vuelta y del modo como haya de llegar a su patria; y Poseidón depondrá la cólera, que no le fuere posible contender, solo y contra la voluntad de los dioses, con los inmortales todos.”

Respondióle Palas Atenea, la deidad de los ojos zarcos: “¡Padre nuestro, Cronida, el más excelso de los que imperan! Si les place a los bienaventurados dioses que el prudente Odiseo vuelva a su casa, mandemos a Hermes, el mensajero argicida, a la isla Ogigia;¹² y manifieste cuanto antes a la ninfa de hermosas trenzas la resolución que hemos tomado para que el héroe se ponga en camino. Yo, en tanto, yéndome a Ítaca instigaré vivamente a su hijo, y le infundiré valor en el pecho para que llame al ágora a los aqueos de larga cabellera y prohíba la entrada en el palacio a todos los pretendientes, que de continuo le degüellan muchísimas ovejas y flexípidos bueyes de retorcidos cuernos. Y lo llevaré después a Esparta y a la arenosa Pilos para que, preguntando y viendo si puede adquirir noticias de su padre, consiga ganar honrosa fama entre los hombres.”

Dicho esto, calzóse los áureos y divinos talares¹³ que la llevaban sobre el mar y sobre la tierra inmensa, con la rapidez del viento; y asió la lanza fornida, de punta de bronce,¹⁴ ponderosa, luenga, robusta, con que la hija del prepotente padre destruye filas enteras de héroes, siempre que contra ellas monte en cólera. Descendió presurosa de las cumbres del Olimpo y, encaminándose al pueblo de Ítaca, detúvose en el vestíbulo de la morada de Odiseo, en el umbral que precedía al patio: Palas Atenea empuñaba la broncínea lanza, y había tomado la figura de un extranjero, de Mentos,¹⁵ rey de los tafios.¹⁶ Halló a los soberbios pretendientes, que para recrear el ánimo jugaban a los dados¹⁷ ante la puerta de la casa, sentados sobre cueros de bueyes que ellos mismos mataran. Varios heraldos y diligentes servidores mezclábanles vino y agua en las cráteras; y otros limpiaban las mesas con esponjas¹⁸ de muchos ojos, colocábanlas en sus sitios, y trinchaban carne en abundancia.

Fue el primero en advertir la presencia de la diosa el divino Telémaco, que se hallaba en medio de los pretendientes, con el corazón apesadumbrado, pues tenía el pensamiento fijo en su valeroso padre, por si, volviendo, dispersase a aquellos y recuperara la dignidad real y el dominio de sus riquezas. Tales cosas meditaba, sentado con los pretendientes, cuando vio a Palas Atenea. Al instante fué derecho al vestíbulo, muy indignado en su corazón de que un huésped tuviese que esperar tanto tiempo en la puerta, asíó por la mano a la diosa, tomóle la broncínea lanza y le dijo estas aladas palabras:

“¡Salve, huésped! Entre nosotros has de recibir amistoso acogimiento. Y después que hayas comido, nos dirás si necesitas algo.”

Hablando así, empezó a caminar, y Palas Atenea le fue siguiendo. Ya en el interior del excelso palacio, Telémaco arrió la lanza a una alta columna, metiéndola en la pulimentada lancera donde había muchas lanzas del paciente Odiseo; hizo sentar a la diosa en un sillón, después de tender en el suelo rica alfombra bordada y de colocar el escabel para los pies y acercó para sí una labrada silla; poniéndolo todo aparte de los pretendientes para que al huésped no le desplaciera la comida, molestado por el tumulto de aquellos varones soberbios, y él, a su vez, pudiera interrogarle sobre su padre ausente. Una esclava les dio aguamanos que traía en magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata, y les puso delante una pulimentada mesa. La veneranda dispensera trájoles pan y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándoles con los que tenía reservados. El trinchante sirvióles platos de carne de todas suertes y colocó a su vera áureas copas. Y un heraldo se acercaba a menudo para escanciarles vino.

Ya en esto, entraron los orgullosos pretendientes. Apenas se hubieron sentado por orden en sillas y sillones,¹⁹ los heral-

dos diéronles aguamanos, las esclavas amontonaron el pan en las canastillas, los mancebos llenaron las cráteras, y todos los comensales echaron mano a las viandas²⁰ que les habían servido. Satisfechos de las ganas de comer y de beber, ocupáronles el pensamiento otras cosas: el canto y el baile que son los ornamentos del convite. Un heraldo puso la bellísima cítara²¹ en manos de Femio,²² a quien obligaban a cantar ante los pretendientes. Y mientras Femio comenzaba al son de la cítara un hermoso canto, Telémaco dijo estas razones a Palas Atenea, la de los claros ojos,²³ después de aproximar su cabeza a la deidad para que los demás no se enteraran:

“¡Caro huésped! ¿Te enojarás conmigo por lo que voy a decir? Estos solo se ocupan en cosas tales como la cítara y el canto; y nada les cuesta, pues devoran impunemente la hacienda de otro, la de un varón cuyos blancos huesos se pudren en el continente por la acción de la lluvia o lo revuelven las olas en el seno del mar. Si le vieran aportar a Ítaca preferían tener los pies ligeros a ser ricos de oro y de vestidos. Mas aquel ya murió, víctima de su aciago destino, y no hay que esperar su retorno, aunque algunos de los hombres terrestres afirmen que aún ha de volver: el día de su regreso no amanecerá jamás. Pero, ea, habla y responde sinceramente: ¿Quién eres tú y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres? ¿En cuál embarcación llegaste? ¿Cómo los marineros te trajeron a Ítaca? ¿Quiénes se precian de ser? Pues no me figuro que hayas venido andando. Dime también la verdad de esto para que me entere: ¿Vienes ahora por vez primera o has sido huésped de mi padre? Que son muchos los que conocen nuestra casa, porque Odiseo acostumbraba visitar a los demás hombres.”

Respondióle Palas Atenea, la deidad de los claros ojos: “De todo esto voy a informarte circunstanciadamente. Me jacto

de ser Mentos, hijo del belicoso Anquílo, y de reinar sobre los tafios, amantes de manejar los remos. He llegado en mi galera, con mi gente, pues navego por el vinoso ponto hacia unos hombres que hablan otro lenguaje: voy a Temesa²⁴ para traer bronce, llevándoles luciente hierro. Anclé la embarcación cerca del campo antes de llegar a la ciudad, en el puerto Retro, que está al pie del selvoso Neyo. Nos cabe la honra de que ya nuestros progenitores se daban mutua hospitalidad desde muy antiguo, como se lo puedes preguntar al héroe Laertes; el cual, según me han dicho, ya no viene a la población, sino que mora en el campo, atorméntanle los pesares, y tiene una anciana esclava que le apareja la comida y le da de beber cuando se le cansan los miembros de arrastrarse por la fértil viña. Vine porque me aseguraron que tu padre estaba de vuelta en la población. Mas sin duda lo impiden las deidades, poniendo obstáculos a su retorno; porque el divino Odiseo no ha desaparecido aún de la fértil tierra, pues vive y está detenido en el vasto ponto, en una isla que surge de entre las olas, desde que cayó en poder de los hombres crueles y salvajes que lo retienen a su despecho. Voy ahora a predecir lo que ha de suceder, según los dioses me lo inspiran en el ánimo y yo creo que ha de verificarse aunque no soy adivino ni hábil intérprete de sueños: aquel no estará largo tiempo fuera de su patria, aunque lo sujeten férreos vínculos; antes hallará algún medio para volver, ya que es ingenioso en sumo grado. Mas, ea, habla y dime con sinceridad si eres el hijo del propio Odiseo. Es extraordinario tu parecido en la cabeza y en los bellos ojos con Odiseo; y bien lo recuerdo, pues nos reuníamos a menudo antes de que se embarcara para Troya, adonde fueron los príncipes argivos en las cóncavas naos. Desde entonces ni yo le he visto ni él a mí.”

Contestóle el prudente Telémaco: “Voy a hablarte, oh huésped, con gran sinceridad. Mi madre afirma que soy hijo de

aquel,²⁵ no sé más; que nadie consiguió conocer por sí su propio linaje. ¡Ojalá que fuera vástago de un hombre dichoso, que envejeciese en su casa, rodeado de sus riquezas!; mas ahora dicen que descendo, ya que me lo preguntas, del más infeliz de los mortales hombres.”

Replicóle Palas Atenea, la deidad de los zarcos ojos: “Los dioses no deben de haber dispuesto que tu linaje sea obscuro, cuando Penélope te ha parido cual eres. Mas, ea, habla y dime con franqueza: ¿Qué comida, qué reunión es esta, y qué necesidad tienes de darla?²⁶ ¿Se celebra un convite o un casamiento?, que no nos hallamos evidentemente en un festín a escote. Paréceme que los que comen en el palacio con tal arrogancia ultrajan a alguien; pues cualquier hombre sensato se indignaría al presenciar sus muchas torpezas.”

Contestóle el prudente Telémaco: “¡Huésped! Ya que tales cosas preguntas e inquieres, sabe que esta casa hubo de ser opulenta y respetada en cuanto aquel varón permaneció en el pueblo. Cambió después la voluntad de los dioses, quienes, maquinando males, han hecho de Odiseo el más ignorado de todos los hombres; que yo no me afligiera de tal suerte, si acabara la vida entre sus compañeros, en el país de Troya, o en brazos de sus amigos luego que terminó la guerra, pues entonces todos los aqueos le habrían erigido un túmulo y hubiese legado a su hijo una gloria inmensa. Ahora desapareció sin fama, arrebatado por las arpías; su muerte fue oculta e ignota;²⁷ y tan solo me dejó pesares y llanto. Y no me lamento y gimo únicamente por él, que los dioses me han enviado otras funestas calamidades. Cuantos próceres mandan en las islas, en Duliquio,²⁸ en Same²⁹ y en la selvosa Zakinto,³⁰ y cuantos imperan en la áspera Ítaca, todos pretenden a mi madre y arruinan nuestra casa. Mi madre ni rechaza las odiosas nup-

cias, ni sabe poner fin a tales cosas; y aquellos comen y agotan mi hacienda, y pronto acabarán conmigo mismo.”

Contestóle Palas Atenea, muy indignada: “¡Oh dioses! ¡Qué falta no te hace el ausente Odiseo para que ponga las manos en los desvergonzados pretendientes! Si tornara y apareciera ante el portal de esta casa, con su yelmo, su escudo y sus dos lanzas, como la primera vez que le vi en la mía, bebiendo, y recreándose, cuando volvió de Efira,³¹ del palacio de Ilo Mermérida;³² fue allá en su velera nave por un veneno mortal con que pudiese teñir las bronceas flechas; pero Ilo, temeroso de los sempiternos dioses, no se lo proporcionó y entregóselo mi padre que le quería muchísimo. Si, pues, mostrándose tal, se encontrara Odiseo con los pretendientes, fuera corta la vida de estos y bien amargas sus nupcias. Mas está puesto en manos de los dioses si ha de volver y tomar venganza en su palacio, y te exhorto a que desde luego medites cómo arrojarás de aquí a los pretendientes. Óyeme, si te place, y presta atención a mis palabras. Mañana convoca en ágora a los héroes aqueos, háblales a todos y sean testigos las propias deidades. Intima a los pretendientes que se separen, yéndose a sus casas; y si a tu madre el ánimo la mueve a casarse, vuelva al palacio de su muy poderoso padre y allí le dispondrán las nupcias y le aparejarán una dote tan cuantiosa como debe llevar una hija amada. También a ti te daré un prudente consejo, por si te decidieras a seguirlo: apresta la mejor embarcación que hallares, con veinte remeros; ve a preguntar por tu padre, cuya ausencia se hace ya tan larga, y quizás algún mortal te hablará del mismo o llegará a tus oídos la fama que procede de Zeus y es la que más difunde la gloria de los hombres. Trasládate primeramente a Pilos³³ e interroga al divino Néstor; y desde allí endereza los pasos a Esparta, al rubio Menelao, que

ha llegado el postrero de los argivos de bronceas lorigas. Si oyes decir que tu padre vive y ha de volver, súpelo todo un año más, aunque estés afligido; pero si te participaren que ha muerto y ya no existe, retorna sin dilación a la patria, érigele un túmulo, hazle las muchas exequias que se le deben, y búscale a tu madre un esposo. Y así que hayas realizado y llevado a cumplimiento todas estas cosas, medita en tu mente y en tu corazón cómo matarías a los pretendientes en el palacio: si con dolo o a la descubierta; porque es preciso que no andes en niñerías, que ya no tienes edad para ello. ¿Por ventura no sabes cuánta gloria ha ganado ante los hombres el divino Orestes, desde que mató al parricida, al doloso Egisto, que le había asesinado a su ilustre padre? También tú, amigo, ya que veo que eres gallardo y de elevada estatura, sé fuerte para que los venideros te elogien. Y yo me voy hacia la velera nave y los amigos que ya deben de estar cansados de esperarme. Cuida de hacer cuanto te dije y acuérdate de mis consejos.”

Respondióle el prudente Telémaco: “Me dices estas cosas de una manera tan benévola, como un padre a su hijo, que nunca jamás podré olvidarlas. Pero, ea, aguarda un poco, aunque tengas prisa por irte, y después que te bañes y deleites tu corazón, volverás alegremente a tu nave, llevándote un regalo precioso, muy bello, para guardarlo como presente mío, que tal es la costumbre que suele seguirse con los huéspedes amados.”

Contestóle Palas Atenea, la deidad de los claros ojos: “No me detengas, oponiéndote a mi deseo de irme en seguida. El regalo con que tu corazón quiere obsequiarme, me lo entregarás a la vuelta para que me lo lleve a mi casa; escógelo muy hermoso y será justo que te lo recompense con otro semejante.”

Diciendo así, partió Palas Atenea, la de los claros ojos: fue la diosa, volando como un pájaro, después de infundir en el espíritu de Telémaco valor y audacia, y de avivarle aún más

el recuerdo de su padre. Telémaco, considerando en su mente lo ocurrido, quedóse atónito, porque ya sospechó que había hablado con una deidad. Y aquel varón, que parecía un dios, se apresuró a juntarse con los pretendientes.

Ante estos, que lo oían sentados y silenciosos, cantaba el ilustre aeda la vuelta deplorable que Palas Atenea deparaba a los aquivos cuando partieron de Troya.³⁴ La discreta Penélope, hija de Icario, oyó de lo alto de la casa la divinal canción, que le llegaba al alma; y bajó por la larga escalera, pero no sola, pues la acompañaban dos esclavas. Cuando la divina entre las mujeres llegó adonde estaban los pretendientes, detúvose cabe la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por espléndido velo y una honrada doncella a cada lado. Y arrasándosele los ojos de lágrimas, hablóle así al divinal aeda: “¡Femio! Pues que sabes otras muchas hazañas de hombres y de dioses, que recrean a los mortales y son celebradas por los aedas, cántales alguna de las mismas sentado allí, en el centro, y oíganla todos silenciosamente y bebiendo vino; pero deja ese canto triste que me angustia el corazón en el pecho, ya que se apodera de mí un pesar grandísimo. ¡Tal es la persona de quien padezco soledad, por acordarme siempre de aquel varón cuya fama es grande en la Hélade y en el centro de Argos!”

Replicóle el prudente Telémaco: “¡Madre mía! ¿Por qué quieres prohibir al amable aeda que nos divierta como su mente se lo inspire? No son los aedas los culpables, sino Zeus que distribuye sus presentes a los varones de ingenio del modo que le place. No ha de increparse a Femio porque canta la suerte aciaga de los dánaos, pues los hombres alaban con preferencia el canto más nuevo que llega a sus oídos.³⁵ Resígnate en tu corazón y en tu ánimo a oír ese canto, ya que no fue Odiseo el único que perdió en Troya la esperanza de volver;

hubo otros muchos que también perecieron. Mas torna ya a tu habitación, ocúpate en las labores que te son propias, el telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo, y de hablar nos cuidaremos los hombres y principalmente yo, cuyo es el mando de esta casa.”

Volvióse Penélope, muy asombrada, a su habitación, revolviendo en el ánimo las discretas palabras de su hijo. Y así que hubo subido con las esclavas a lo alto de la casa, echóse a llorar por Odiseo, su caro consorte, hasta que Palas Atenea, la de los brillantes ojos, le difundió en los párpados el dulce sueño.

Los pretendientes movían alboroto en la obscura sala y todos deseaban acostarse con Penélope en su mismo lecho. Mas el prudente Telémaco comenzó a decirles:

“¡Pretendientes de mi madre, que os portáis con orgullosa insolencia! Gocemos ahora del festín y cesen vuestros gritos, pues es muy hermoso escuchar a un aeda como este, tan parecido por su voz a las propias deidades. Al romper el alba, nos reuniremos en el ágora para que yo os diga sin rebozo que salgáis del palacio; disponed otros festines y comeos vuestros bienes, convidándoos sucesiva y recíprocamente en vuestras casas. Mas si os pareciere mejor y más acertado destruir impunemente los bienes de un solo hombre, seguid consumiéndolos; que yo invocaré a los sempiternos dioses, por si algún día nos concede Zeus que vuestras obras sean castigadas, y quizás muráis en este palacio sin que nadie os vengue.”

Así dijo, y todos se mordieron los labios, admirándose de que Telémaco les hablase con tanta audacia.

Pero Antínoo, hijo de Eupites, le repuso diciendo: “¡Telémaco!, son ciertamente los mismos dioses quienes te enseñan a ser grandilocuo y a arengar con audacia; mas no quiera el Cronida que llegues a ser rey de Ítaca, rodeada por el mar, como te corresponde por el linaje de tu padre.”

Contestóle el prudente Telémaco: “¡Antínoo! ¿Te ofenderás acaso por lo que voy a decir? Es verdad que me gustaría serlo, si Zeus me lo concediera. ¿Crees por ventura que el reinar sea la peor desgracia para los hombres? No es malo ser rey, porque la casa del mismo se enriquece pronto y su persona se ve más honrada. Pero muchos príncipes aquí, entre jóvenes y ancianos, viven en Ítaca, rodeada por el mar: reine cualquiera de ellos, ya que murió el divino Odiseo, y yo seré señor de mi casa y de los esclavos que este adquirió para mí como botín de guerra.”

Respondióle Eurímaco, hijo de Pólipo: “¡Telémaco! Está puesto en mano de los dioses cuál de los aqueos ha de ser el rey de Ítaca, rodeada por el mar; pero tú sigue disfrutando de tus bienes, manda en tu palacio, y jamás, mientras Ítaca sea habitada, venga hombre alguno a despojarte contra tu querer. Y ahora, óptimo Telémaco, deseo preguntarte por el huésped. ¿De dónde vino tal sujeto? ¿De qué tierra se gloria de ser? ¿En qué país se hallan su familia y su patria? ¿Te ha traído noticias de la vuelta de tu padre o ha llegado con el único propósito de cobrar alguna deuda? ¿Cómo se levantó y se fue tan rápidamente, sin aguardar a que le conociéramos? Dado su aspecto no debe ser un miserable.”

Contestóle el prudente Telémaco: “¡Eurímaco! Ya se acabó la esperanza del regreso de mi padre; y no doy fe a las noticias, vengan de donde vinieren, ni me curo de las predicciones que haga un adivino a quien mi madre llame e interrogue en el palacio. Este huésped mío lo era ya de mi padre y viene de Tafos: se precia de ser Montes, hijo del belicoso Anquíalo y reina sobre los tafios, amantes de manejar los remos.”

Así habló Telémaco, aunque en su mente había reconocido a la diosa inmortal. Volvieron los pretendientes a solazarse con la danza y el deleitoso canto, y así esperaban que llegase la

oscura noche. Sobrevino esta, cuando aún se divertían, y entonces partieron y se acostaron en sus casas. Telémaco subió al elevado aposento que para él se había construido dentro del hermoso patio, en un lugar visible por todas partes; y se fue derecho a la cama, meditando en su espíritu muchas cosas. Acompañábale con teas encendidas en la mano, Euriclea, hija de Opos Pisenórida, la de los castos pensamientos; a la cual comprara Laertes en otra época, apenas llegada a la pubertad, por el precio de veinte bueyes; y en el palacio la honró como a una casta esposa, pero jamás se acostó con ella a fin de que su mujer no se irritase. Aquella, pues, alumbraba a Telémaco con teas encendidas, por ser la esclava que más le amaba y la que le había criado desde niño; y en llegando, abrió la puerta de la habitación sólidamente construida. Telémaco se sentó en la cama, desnudóse la delicada túnica y dióselas en las manos a la prudente anciana; la cual, después de componer los pliegues la colgó de un clavo que había junto al torneado lecho, y de seguida salió de la estancia, entornó la puerta, tirando del anillo de plata y echó el cerrojo por medio de una correa. Y Telémaco, bien cubierto de un vellón de oveja, pensó toda la noche en el viaje que Palas Atenea le había aconsejado.



Notas

¹ El principio modesto de *La Odisea* ha sido justamente aplaudido. Los elogios que le tributa Horacio en su *Epístola ad Pisones* son demasiado conocidos para que haya necesidad de recordarlos. Los buenos poetas han seguido las huellas de la *Iliada* y la *Odisea*. Virgilio comienza su *Eneida* con recomendable modestia, imitada por Tasso y Ariosto, Camoens y nuestro Ercilla; y en cuanto a Dante, llega al extremo de suprimir toda invocación y proposición, entrando de lleno en la narración que constituye el maravilloso tejido de *La Divina Comedia*.

Traducimos “ingenio” por parecernos más expresiva y fiel esta versión que la de “astuto”, “artificioso”, “hábil” o “prudente”, que de ordinario suele dársele. Hombre de ingenio es, en efecto, el que posee en alto grado la facultad de discurrir e inventar pronta y fácilmente, y de emplear maña y artificios para conseguir lo que desea, cosa característica de Odiseo en este poema y en la *Iliada*. Además, este epíteto ha recibido una sanción magistral en nuestro idioma: Cervantes llamó también a su héroe: El ingenioso hidalgo.

² Homero atribuye a Odiseo la gloria de la destrucción de Troya, porque en el asedio verificó hazañas sin las cuales nunca hubiera podido ser tomada la ciudad de Príamo. Él trajo a Aquiles a la famosa guerra; él sustrajo las cenizas de Laomedonte, que se guardaban sobre las puertas esceas, y el Paladión, imagen venerada de Atenea; él arrebató los caballos de Reso, antes de que probasen las aguas de Janto; él contuvo la fuga de los griegos; él, en fin, entre otras muchas proezas, imaginó el célebre caballo de madera y lo introdujo en la ciudadela de Ilión, según referirá él mismo en la Rapsodia Octava, asintiendo a lo cantado por Demódoco. De aquí el epíteto de destructor de ciudades con que le distingue el poeta.

³ Mme. Dacier, en sus doctos comentarios a la *Odisea* (t. I, p. 48), hace notar, a propósito de estas palabras, la gran estimación en que tenían los antiguos a los que habían viajado mucho. Los viajes de Heracles y de Baco son una prueba de ello. Pero distingüan acertadamente los viajes útiles y fructuosos, como los de Odiseo, de los perjudiciales y de mero pasatiempo. De aquí las cortapisas de Licurgo a las licencias para viajes, que se cree inspiraron a Platón lo que sobre el particular consigna en el libro XII de *Las Leyes*.

- ⁴ Homero se refiere aquí en particular a los cuarenta y cuatro compañeros que Odiseo tenía en su nave, pues solo estos comieron las vacas del Sol. Los otros habían perecido en las diferentes aventuras relatadas en el decurso del poema.
- ⁵ Cicerón (*De Natura Deorum*) distingue cinco soles: primero, hijo de Jove y nieto de Eter; segundo, hijo de Hiperión; tercero, hijo de Vulcano y nieto del Nilo; cuarto, el hijo de Acanto y nacido en Rodas, y quinto, el que engendró en Colcos a Eta y a Circe.
- ⁶ El nombre de esta diosa sale del verbo “ocultar” o “cubrir”. De aquí deducen los comentaristas que Homero quiere dar a entender alegóricamente la necesidad de que un héroe destinado a gobernar hábilmente sus estados aprenda ante todo el arte de disimular y de guardar los secretos. Otros ven una manera poética de decir que Odiseo estuvo siete años sin que nadie tuviese noticia de su existencia y paradero.
- ⁷ La causa de la cólera de Poseidón la dice un poco más adelante Zeus, respondiendo a las quejas de Atenea. En la Rapsodia Novena se refiere detalladamente la aventura de Odiseo en la cueva del cíclope Polifemo, hijo del dios de los mares.
- ⁸ Estrabón hace una larga disertación sobre este pasaje, elogiando con tal motivo la pericia geográfica de Homero, a quien llama príncipe de la geografía (lib. I, cap. II). Plinio (lib. V, cap. VIII) dice, describiendo este país con más brevedad que el geógrafo griego: “En el interior del África, al Mediodía, sobre los gétulos, y después de atravesar los desiertos, se hallan primero los libio-egipcios y después los leucetíopes; más lejos, las naciones etiópicas: los nigritas, que tomaron su nombre del río; los gimnetas y farusios, que tocan ya al océano, y los citados perorcos en los límites de la Mauritania. Separan a estos pueblos por Oriente vastas soledades, hasta los garamantas, los augilas y los trogloditas: exactísima es la opinión de los que colocan allende los desiertos de África las dos Etiopías, y ante todos, Homero, que divide en dos los etiopes: orientales y occidentales.”
- ⁹ Este pasaje es sumamente notable, porque marca una idea verdaderamente avanzada acerca de la libertad humana combinada con la presciencia divina, y echa por tierra la opinión de los que suponen ciegameamente fatalistas a los griegos. Por ella se ve que ya en los tiempos homéricos se consideraba a la divinidad, en medio del laberinto a veces escandaloso de las fábulas, como el supremo bien y la absoluta justicia.

- ¹⁰ Dase este nombre a Hermes porque logró dar muerte a Argos, no obstante sus muchos ojos. Un cuadro de Velázquez ha hecho popular entre nosotros esta aventura del habilísimo ratero olímpico.
- ¹¹ Hijo de Zeus y de Climena o de la ninfa Asia, hermano de Prometeo y rey de Mauritania. Perseo lo convirtió en el altísimo monte de África que lleva su nombre, mostrándole la cabeza de Medusa, en castigo por no haberle acogido dignamente. Otra fábula supone que, por haberse rebelado contra Zeus, condenóle este a sostener el cielo sobre sus hombros. Quizá en este mito se esconde, como suponen algunos y hacen pensar los epítetos de Homero, un profundo conocedor de la astronomía, las matemáticas y la geografía.
- ¹² Se dice que esta isla tomó su nombre de Ogiges, rey de los tebanos. Era la de Gaulus, hoy Gozo, próxima a la Metita (Malta). No debe confundirse con otra de igual nombre, cercana a la de Creta, citada en las Actas de los Apóstoles. Homero (*jure poëtico*, dice Ricci) la trasladó al Océano Atlántico (Vid. Estrabón, lib. I, cap. II). Plinio (lib. IV, cap. XIX) cree que es la llamada de Calipso, a diez mil pasos del promontorio Lacinio.
- ¹³ Observa Mme. Dacier que el poeta da a Atenea talares como a Hermes, detalle digno de ser tenido en cuenta por los pintores. Flaxman, a menudo feliz intérprete gráfico de Homero, descuidó este particular en la bella lámina que representa a Atenea dirigiéndose a Ítaca para aconsejar a Telémaco. (Vid. *Obras de Flaxman, grabadas al contorno por D. Joaquín Pí y Margall*. Madrid, 1860. *Odisea*, lám. 2a.).
- ¹⁴ Homero da preferencia al bronce sobre el hierro en las armas y los utensilios que cita en sus poemas. Ricci (*Disertationes Homericas*. Florentiae, MDCCXL, Dissertatio XVI) discurre largamente sobre el particular. No se crea, sin embargo, que Homero desconocía el hierro, pues repetidas veces lo nombra en sus poemas. Quizá, conforme con la tradición poética y la historia, quiso dar a entender la antigüedad del uso de aquel metal relativamente al bronce. Nadie ignora que, según Hesíodo, la edad de bronce precedió a la de hierro, como después lo dijo Lucrecio (lib. V, *De Rerum Natura*). Los estudios modernos han comprobado esto mismo. El uso del hierro es de nuestra era en Escandinavia, y posterior en Rusia y Siberia; en la Galia se empleó 800 años a. de C.; en Etruria, 1400; en Grecia algo más

de 1200, y 4000 en Egipto. (Ernest Chantre. *Etudes paléoethnologiques dans le bassin du Rhone*. Lyon, 1875-1876.)

- ¹⁵ La tradición supone que Mentés fue un célebre negociante de Leucade que llevó en sus naves a Homero en los diferentes viajes que hizo este poeta. Para honrar su memoria le cita en su poema, haciendo que Atenea tome su figura con preferencia a la de cualquier otro príncipe de las inmediaciones de Ítaca. Tiquio (en la *Iliada*), Méntor y el aeda Femio llevan también nombres de otros tantos amigos del agradecido vate.
- ¹⁶ Habitaban en la isla de Tafos o Tafios, muy próxima a la de Cefalonia. (Estrabón, lib. X, cap. XI.)
- ¹⁷ No se sabe con precisión en qué consistía el juego a que alude el texto homérico. Ateneo cuenta que Apión de Alejandría supo por un itacense llamado Ctesón que este juego era como sigue: los ciento ocho pretendientes de Penélope se dividían en dos bandos de a cincuenta y cuatro; cada jugador ponía su ficha, dama o peón en una casilla frente a las de los otros; entre las calles paralelas había un espacio vacío, en medio del cual se colocaba la pieza principal, objeto del ataque. El que con su dama desalojaba la que podemos llamar Reina, la ponía en su lugar, y si tocaba a esta sin tropezar a ninguna de las otras ganaba un juego. El partido se componía de un número determinado de juegos, y el vencedor consideraba su triunfo como un augurio favorable para las pretensiones amorosas. Palamedes fue, según algunos, el inventor de este juego en la guerra de Troya; otros, como Platón (*Fedro*), atribuyen su invención a los egipcios, juntamente con la astronomía, la aritmética y la geometría.
- ¹⁸ El uso de manteles y servilletas era desconocido entre los griegos.
- ¹⁹ Había distinción en los asientos según la categoría de las personas. El de menos pretensiones le llamamos en la versión *silla*, y aunque no sea rigurosamente exacta la palabra *sillón*, al más rico y elegante. De todos modos siempre creemos preferible *sillón* o *trono* o *sitial*.
- ²⁰ Las que las venerables despenseras presentan en este y otros pasajes parece que eran las que se servían frías y eran susceptibles de ser guardadas. A propósito de esto, dice Eustacio que habiendo concedido Demetrio Falereo a Moscón los sobrantes de su

mesa, recogió este su venta en dos años dinero suficiente para comprar tres campos.

- 21 Instrumento de cuerda muy parecido a la forminge. Se componía de dos mástiles, cuya parte superior se encorbaba hacia fuera y caía redondeándose; caja oblonga o rectangular; dos yugos o travesaños para unir los mástiles superior e inferiormente, y cuerdas de número no bien precisado, aunque primitivamente tuvo tres o cuatro, tensibles por medio de clavijas. Homero, que nunca cita la lira, no distingue la cítara de la forminge, y a veces habla de *citarizar con la forminge*; así como en este pasaje dice *formingear con la cítara*. El autor del Himno a Hermes confunde la forminge, la cítara y la lira. (Vid. *Conversaciones de Lauriso Tragiense, pastor árcade*. Madrid, 1798, p. 119 y siguientes.)
- 22 Las tradiciones populares suponen también que Femio fue un gran amigo de Homero, inmortalizado por el cariño del poeta.
- 23 Otros intérpretes traducen verdes, cerúleos o brillantes.
- 24 Otros traducen Témesa. Hubo dos ciudades de este nombre, ambas célebres por el bronce que en ellas se fabricaba; una en el Brucio, al Sur de Italia, y otra en Chipre. Estrabón (lib. VI, cap. I) cree que Homero se refiere a la primera, pues Ítaca se halla en el camino de Tafos a la ciudad citada. Los fenicios debieron dar a ambas el nombre que llevan de *Temes*, que en su lengua significa fundición.
- 25 Extraña es semejante respuesta en boca de Telémaco, que podía estar bien seguro de la inquebrantable fidelidad de su madre, probada en veinte años de resistencia a las pretensiones amorosas más legítimas. Eustacio cree que el intento del poeta no va más allá de hacer decir al príncipe unas palabras pueriles y sencillas.
- 26 Atenea menciona aquí las tres clases de comidas sobre las cuales diserta Ateneo (lib. VIII, cap. XII): comida a escote, convite de bodas, y gran festín, en el que uno solo paga el gasto de todos.
- 27 Expresión proverbial para designar una muerte incierta y desconocida. Las arpías eran unos monstruos con rostro de mujer y cuerpo, pico y garras de buitre, hijas de Poseidón y del Mar, o, según Hesíodo, de Taunias y Electra, hija del Océano. Este mito quizá designa los piratas que infestaban las costas e islas

- del Mediterráneo, y no sin intención supone Telémaco que su padre en sus viajes marítimos haya podido ser víctima de ellas.
- ²⁸ Isla del mar Jonio; una de las Equinadas, situada entre las de Zacinto y Cefalonia, estaba sujeta al mando de Odiseo. Algunos la han confundido con Cefalonia (Vid. Estrabón, lib. X, cap. II).
- ²⁹ Ciudad (Estrabón, lib. X, cap. II) de Cefalonia que daba también su nombre a toda esta isla. Había ya desaparecido en tiempo del geógrafo citado, conservándose solo algunas ruinas hacia la mitad del camino a Ítaca. Plinio la cita también (lib. IV, cap. XIX).
- ³⁰ Isla del mar Jónico (hoy Zante) a veinticinco mil pasos de Cefalonia. Llamóse también Hiria, y tenía en tiempo de Plinio (lib. IV, cap. XIX) una ciudad magnífica. Era célebre su monte Elato, de treinta y seis mil pasos de perímetro. Ítaca, capital de los estados odiseos, se hallaba a quince mil pasos de Zakinto.
- ³¹ Había varias ciudades de este nombre. Homero parece referirse aquí a la Tesprocia, llamada también Ciquir. En la *Ilíada* (lib. II, V. 269) habla de otra Efiria próxima al río Seleis en el país de los corintios.
- ³² La cronología fabulosa suponía que Medea se había detenido en Efiria algún tiempo, enseñando a sus habitantes el arte de confeccionar venenos. Su rey Ilo, hijo de Mérmero y nieto de Ferres, era biznieto de la terrible hechicera.
- ³³ Había en el Peloponeso tres ciudades de este nombre. Mme. Dacier cree que Homero no se refiere aquí ni a la Pilos de Elide sobre el río Seleis, por estar demasiado próxima a Ítaca, ni a la de Mesenia, casi al sur del Peloponeso, excesivamente distante, sino a la que existía entre ambas a orillas del Amato. (Vid. *L'Odyssee d'Homère traduite en français*, t. I, p. 228). Sin embargo, la circunstancia de ser puerto de mar la Pilos mesénica, circunstancia que no existe ni en la de Elide ni en la de Trifilia, nos inclinan a creer que Homero se refiere a la primera. La mayor o menor velocidad del viaje significa poco cuando una deidad se encarga de guiar la nave.
- ³⁴ La causa de la cólera de Atenea fue el ultraje inferido a su sacerdotisa Casandra por Ajax Oileo.
- ³⁵ Lo mismo dijo Píndaro (Olímpica IX. Trad. de Montes de Oca):
 “Al paladar agrada / El cáliz en que hierve el vino añejo; / Pero líricas flores / Mientras más nuevas son, suenan mejores”.

Rapsodia segunda

NO BIEN SE DESCUBRIÓ LA HIJA DE LA MAÑANA, EOS, DE SONROSADOS dedos, el caro hijo de Odiseo se levantó de la cama, vistióse, colgó del hombro la aguda espada, ató a sus nítidos pies hermosas sandalias y, semejante por su aspecto a un dios, salió del cuarto. En seguida mandó que los heraldos, de voz sonora, llamaran al ágora a los aqueos de larga cabellera. Hízose el pregón y empezaron a reunirse muy prestamente. Y así que hubieron acudido y estuvieron congregados, Telémaco se fue al ágora con la bronceína lanza en la mano y dos perros de ágiles pies que le seguían,¹ adornándolo Palas Atenea con tal gracia divina que al verlo llegar todo el pueblo le contemplaba con asombro, y se sentó en la silla de su padre, pues le hicieron lugar los ancianos.

Fue el primero en arengarles el héroe Egipcio, que ya estaba encorvado de vejez y sabía muchísimas cosas. Un hijo suyo muy amado, el belicoso Antifo,² había ido a Ilión, la de los hermosos corceles, en las cóncavas naves del divino Odiseo; y el feroz cíclope lo mató en la excavada gruta e hizo del mismo la última de aquellas cenas. Otros tres tenía el anciano —uno Eurínomo, hallábase con los pretendientes, y los demás cuidaban los campos de su padre—, mas no por eso se había olvidado de Antifo y por él lloraba y se afligía. Egipcio, pues, les arengó, derramando lágrimas, y les dijo de esta suerte:

“Oíd, itacenses, lo que os voy a decir. Ni una sola vez fue convocada nuestra ágora, ni en ella tuvimos sesión desde que el divino Odiseo partió en las cóncavas naves. ¿Quién al presente nos reúne? ¿Es joven o anciano aquel a quien le apremia una necesidad tan grande? ¿Recibió alguna noticia de que el ejército vuelve y desea manifestarnos públicamente lo que supo antes que otros? ¿O quiere exponer o decir algo que interesa al pueblo? Parece que debe de ser un varón honrado y proficuo. Cúmplale Zeus, llevándolo a feliz término, lo que en su espíritu revuelve.”

Así les habló. Holgóse del presagio el dilecto hijo de Odisseo, que ya no permaneció mucho tiempo sentado: deseoso de arengarles, se levantó en medio del ágora y el heraldo Pisenor, que sabía dar prudentes consejos, le puso el cetro en la mano.³ Telémaco, dirigiéndose primeramente al viejo, se expresó de esta guisa:

“¡Oh anciano! No está lejos ese hombre y ahora sabrás que quien ha reunido al pueblo fui yo, que me hallo sumamente afligido. Ninguna noticia recibí de la vuelta del ejército, para que pueda manifestaros públicamente lo que haya sabido antes que otros y tampoco quiero exponer ni decir cosa alguna que interese al pueblo: trátase de un asunto particular mío, de la doble cuita que se entró por mi casa. La una es que perdí a mi excelente progenitor, el cual reinaba sobre vosotros con la suavidad de un padre; la otra, la actual, de más importancia todavía, pronto destruirá mi casa y acabará con toda mi hacienda. Los pretendientes de mi madre, hijos queridos de los varones más señalados de este país, la asedian a pesar suyo y no se atreven a encaminarse a la casa de Icarío, su padre, para que la dote y la entregue al que él quiera y a ella le plazca; sino que, viniendo todos los días a nuestra morada nos degüellan los bueyes, las ovejas y las pingües cabras, celebran

banquetes, beben locamente el rojo vino, y así se consumen muchas cosas, porque no tenemos un hombre como Odiseo, que fuera capaz de librar a nuestra casa de tal ruina. No me encuentro yo en disposición de realizarlo —sin duda he de ser débil y ha de faltarme el valor marcial—, que ya arrojaría esta calamidad si tuviera bríos suficientes, porque se han cometido acciones intolerables y mi casa se pierde de la peor manera. Participad vosotros de mi indignación, sentid vergüenza ante los vecinos circunstantes y temed que os persiga la cólera de los dioses irritados por las malas obras. Os lo ruego, por Zeus Olímpico y por Temis, la cual disuelve y reúne las ágoras de los hombres:⁴ no prosigáis, amigos míos; dejad que padezca a solas la triste pena; a no ser que mi padre, el excelente Odiseo, haya querido mal y causado daño a los aqueos de hermosas grebas y vosotros ahora, para vengaros en mí, me queráis mal y me causéis daño, incitando a estos. Mejor fuera que todos juntos devorarais mis inmuebles y mis rebaños, que si tal hicierais quizás algún día se pagaran, pues iría por la ciudad reconviniéndoos con palabras y reclamándoos los bienes hasta que todos me fuesen devueltos. Mas ahora, las penas que a mi corazón inferís son incurables.”

Así dijo encolerizado, y brotándole las lágrimas, arrojó el cetro en tierra. Movióse a piedad el pueblo, y todos callaron, sin que nadie se atreviese a contestar a Telémaco con ásperas palabras, salvo Antínoo, que respondió diciendo:

“¡Telémaco elocuente, incapaz de moderar tus ímpetus! ¿Qué has dicho para ultrajarnos? Tú deseas cubrirnos de baldón. Mas la culpa no la tienen los aqueos que pretenden a tu madre, sino ella, que sabe proceder con gran astucia. Tres años van con este, y pronto llegará el cuarto, que juega con el corazón de los aquivos. A todos les da esperanza, y a cada uno en particular le hace promesas y le envía mensajes; pero son muy

diferentes los pensamientos que en su inteligencia revuelve. Y aún discurrió su espíritu este otro engaño: se puso a tejer en el palacio una gran tela sutil e interminable, y al instante nos habló de esta guisa: '¡Jóvenes pretendientes míos! Ya que ha muerto el divinal Odiseo, aguardad, para instar mis bodas, que acabe este lienzo —no sea que se me pierdan inútilmente los hilos—, a fin de que tenga sudario el héroe Laertes en el momento fatal de la aterradora muerte. ¡No se me vaya a indignar alguna de las aqueas del pueblo, si ve enterrar sin mortaja a un hombre que ha poseído tantos bienes!' Así dijo, y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Desde aquel instante pasaba el día labrando la gran tela, y por la noche tan luego como se alumbraba con las antorchas, deshacía lo tejido. De esta suerte logró ocultar el engaño y que sus palabras fueran creídas por los aqueos durante un trienio; mas, así que vino el cuarto año y volvieron a sucederse las estaciones, nos lo reveló una de las mujeres, que conocía muy bien lo que pasaba, y sorprendimos a Penélope destejendo la espléndida tela. Así fue como, mal de su grado, se vio en la necesidad de acabarla. Oye, pues, lo que te responden los pretendientes, para que lo sepa tu espíritu y lo sepan también los aqueos todos. Haz que tu madre vuelva a su casa, y ordénale que tome por esposo a quien su padre le aconseje y a ella le plazca. Y si atormentare largo tiempo a los aqueos, confiando en las dotes que Palas Atenea le otorgó en tal abundancia, ser diestra en labores primorosas, gozar del buen juicio, y valerse de astucias que jamás hemos oído decir que conocieron las anteriores aquivasi,⁵ Alemena⁶ y Micene,⁷ la de hermosa diadema, pues ninguna concibió pensamientos semejantes a los de Penélope, no se habrá decidido por lo más conveniente, ya que tus bienes y riquezas serán devorados mientras siga con el propósito que los dioses le infundieron en el pecho. Ella ga-

nará ciertamente mucha fama, pero a ti te quedará tan solo la añoranza de los copiosos bienes que hayas poseído; y nosotros ni tornaremos a nuestros negocios, ni nos llegaremos a otra parte, hasta que Penélope no se haya casado con alguno de los aqueos.”

Contestóle el prudente Telémaco: “¡Antínoo! No es razón que eche de mi casa, contra su voluntad, a la que me dio el ser y me ha criado. Mi padre quizás esté vivo en otra tierra, quizás haya muerto; pero me sería gravoso haber de restituir a Icaro muchísimas cosas si voluntariamente las envió a mi madre.⁸ Y entonces no solo padeceré infortunios a causa de la ausencia de mi padre, sino que los dioses me causarán otros; pues mi madre, al salir de la casa, imprecará a las diosas Erinias,⁹ y caerá sobre mí la indignación de los hombres. Jamás, por consiguiente, daré yo semejante orden. Si os indigna el ánimo lo que ocurre, salid del palacio, disponed otros festines y coméos vuestros bienes, convidándoos sucesiva y recíprocamente en vuestras casas. Pero si os parece mejor¹⁰ y más acertado destruir impunemente los bienes de un solo hombre, seguid consumiéndolos, que yo invocaré a los sempiternos dioses por si algún día nos concede Zeus que vuestras obras sean castigadas y quizás muráis en este palacio sin que nadie os vengue.”

Así habló Telémaco, y el longividente Zeus envióle dos águilas¹¹ que echaron a volar desde la cumbre de un monte. Ambas volaban muy juntas, con las alas extendidas, y tan rápidas como el viento; y al hallarse en medio de la ruidosa ágora, giraron velozmente, batiendo las tupidas alas, miráronles a todos a la cabeza como presagio de muerte, desgarráronse con las uñas la cabeza y el cuello, y se lanzaron hacia la derecha por cima de las casas y a través de la ciudad. Quedáronse todos los presentes muy admirados de ver con sus propios

ojos las susodichas aves, y meditaban en su espíritu qué fuera lo que tenía que suceder, cuando el anciano héroe Haliterses Mastórida, el único que se señalaba sobre los de su edad en conocer los augurios y explicar las cosas fatales, les arengó con benevolencia, diciendo:

“Oíd, itacenses, lo que os voy a decir, aunque he de referirme de un modo especial a los pretendientes. Grande es el infortunio que a estos les amenaza, porque Odiseo no estará mucho tiempo alejado de los suyos, sino que ya quizás se halla cerca y les apareja a todos la muerte y el destino; y también les ha de venir daño a muchos de los que moran en Ítaca, que se ve de lejos. Antes de que así ocurra, pensemos cómo les haríamos cesar de sus demasías, o cesen espontáneamente, que fuera lo más provechoso para ellos mismos. Pues no lo vaticino sin saberlo, sino muy enterado; y os aseguro que al héroe se le ha cumplido todo lo que yo declarara, cuando los argivos se embarcaron para Ilión y fuese con ellos el ingenioso Odiseo. Díjele entonces que, después de pasar muchos males y de perder sus compañeros, tornaría a su patria en el vigésimo año sin que nadie le conociera; y ahora todo se va cumpliendo.”

Respondióle Eurímaco, hijo de Pólipo: “¡Oh anciano! Vuelve a tu casa y adivínales a tus hijos lo que quieras, a fin de que en lo porvenir no padezcan ningún daño; mas en estas cosas sé yo vaticinar harto mejor que tú mismo. Muchas aves se mueven debajo de los rayos del sol, pero no todas son agoreras; Odiseo murió lejos de nosotros, y tú debieras haber perecido con él, y así no dirías tantos vaticinios ni incitarías al irritado Telémaco, esperando que mande algún presente a tu casa. Lo que ahora voy a decir se cumplirá: si tú, que conoces muchas cosas antiquísimas, engañaros con tus palabras a ese hombre más mozo y le incitares a que permanezca airado, primeramente será mayor su aflicción, pues no por las predic-

ciones le será dable proceder de otra suerte; y a ti, oh anciano, te impondremos una multa para que te duela el pagarla y te cause grave pesar. Yo mismo, delante de todos vosotros, daré a Telémaco un consejo: ordeno a su madre que torne a la casa paterna y allí le dispondrán las nupcias y le aparejarán una dote tan cuantiosa como debe llevar una hija amada. No creo que hasta entonces desistamos los jóvenes aquivos de nuestra laboriosa pretensión, porque no tememos absolutamente a nadie, ni siquiera a Telémaco a pesar de su facundia; ni nos curamos de la mala profecía que nos haces y por la cual has de sernos aún más odioso. Sus bienes serán devorados de la peor manera, como hasta aquí, sin que jamás se le indemnice, en cuanto a Penélope entretenga a los aqueos con diferir la boda. Y nosotros, esperando día tras día, competiremos unos con otros por sus eximias prendas, y no nos dirigiremos a otras mujeres que nos pudieran convenir para casarnos.”

Contestóle el prudente Telémaco: “¡Eurímaco y cuantos sois ilustres pretendientes! No os he de suplicar ni arengar acerca de esto, porque ahora ya están enterados los dioses y los aqueos todos. Mas, ea, proporcionadme una embarcación muy velera y veinte compañeros que me abran camino acá y allá del Ponto. Iré a Esparta y a la arenosa Pilos, a preguntar por el regreso de mi padre, cuya ausencia se hace ya tan larga, y quizás algún mortal me hablará del mismo o llegará a mis oídos la fama que procede de Zeus y es la que más difunde la gloria de los hombres. Si oyere decir que mi padre vive y ha de volver, lo sufriré todo un año más, aunque estoy afligido; pero si me participaren que ha muerto y ya no existe, retornaré sin dilación a la patria, le erigiré un túmulo, le haré las muchas exequias que se le deben y a mi madre le buscaré un esposo.”

Cuando así hubo hablado, tomó asiento. Entonces levántose Méntor,¹² el amigo del preclaro Odiseo —este, al em-

barcarse, le había encomendado su casa entera para que los suyos obedeciesen al anciano y él se lo guardara todo y lo mantuviese en pie— y benévolo les arengó de este modo:

“Oíd, itacenses, lo que os voy a decir. Ningún rey que empuñe cetro, sea benigno, ni blando, ni suave, ni ocupe la mente en cosas justas; antes, al contrario, obre siempre con crueldad y lleve a cabo acciones nefandas; ya que nadie se acuerda del divino Odiseo, entre los ciudadanos sobre los cuales reinaba con la suavidad de un padre. Y no aborrezco tanto a los orgullosos pretendientes por la violencia con que proceden, llevados de sus malos propósitos —pues si devoran la casa de Odiseo, ponen a ventura sus cabezas y creen que el héroe ya no ha de volver—, como me indigno contra la restante población, al contemplar que permanecéis sentados y en silencio, sin que intentéis, sin embargo de ser tantos, refrenar con vuestras palabras a los pretendientes que son pocos.”

Respondióle Leócrito Evenórida: “¡Méntor, perverso e insensato! ¡Qué dijiste! ¡Incitarles a que nos hagan desistir! Dificultoso les sería y hasta a un número mayor de hombres, luchar con nosotros para privarnos de los banquetes. Pues si el mismo Odiseo de Ítaca, viniendo en persona, encontrase a los ilustres pretendientes comiendo en el palacio y resolviese en su corazón echarlos de su casa, no se alegraría su esposa de que hubiera vuelto, aunque mucho lo desea, porque allí mismo recibiría el héroe indigna muerte si osaba combatir con tantos varones. En verdad que no has hablado como debías. Mas, ea, separaos y volved a vuestras ocupaciones. Méntor y Aliterse, que siempre han sido amigos de Telémaco por su padre, le animarán para que emprenda el viaje; pero se me figura que, permaneciendo quieto durante mucho tiempo, oírás en Ítaca las noticias que vengan y jamás realizará su propósito.”

Así dijo, y al punto disolvió el ágora. Dispensáronse todos para volver a sus respectivas casas y los pretendientes enderezaron su camino a la morada del divino Odiseo.

Telémaco se alejó hacia la playa y, después de lavarse las manos en el espumoso mar, oró a Palas Atenea, diciendo:

“¡Óyeme, oh numen que ayer viniste a mi casa y me ordenaste que fuese en una nave por el oscuro mar en busca de noticias del regreso de mi padre cuya ausencia se hace ya tan larga! A todo se oponen los aqueos y en especial los en mal hora ensoberbecidos pretendientes.”

Tal fue su plegaria. Acercósele Palas Atenea, que había tomado el aspecto y la voz de Méntor, y le dijo estas aladas palabras:

“¡Telémaco! No serás en lo sucesivo ni cobarde ni imprudente, si has heredado el buen ánimo que tu padre tenía para llevar a su término acciones y palabras; si así fuere, el viaje no te resultará vano, ni quedará por hacer. Mas si no eres hijo de aquel y de Penélope, no creo que llegues a realizar lo que anhelas. Contados son los hijos que se asemejan a sus padres, los más salen peores, y solamente algunos los aventajan. Pero tú, como no serás en lo futuro ni cobarde ni imprudente, ni te falta del todo la inteligencia de Odiseo, puedes concebir la esperanza de dar fin a tales obras. No te preocupes, pues, por lo que resuelvan o mediten los insensatos pretendientes, que estos ni tienen cordura ni practican la justicia, y no saben que se les acerca la muerte y el negro hado para que todos acaben en un mismo día. Ese viaje que deseas emprender no se diferirá largo tiempo: soy tan amigo tuyo por tu padre, que aparejaré una velera nave y me iré contigo. Vuelve a tu casa, mézclate con los pretendientes y ordena que se dispongan provisiones en las oportunas vasijas, echando el vino en ánforas y la harina, que es la sustentación de los hombres, en fuertes pellejos;

y mientras tanto juntaré, recorriendo la población, a los que voluntariamente quieran acompañarte. Muchas naves hay, entre nuevas y viejas, en Ítaca, rodeada por el mar: después de ojearlas, elegiré para ti la que sea mejor y luego que esté equipada la botaremos al anchuroso ponto.”

Así habló Palas Atenea, hija de Zeus; y Telémaco no demoró mucho tiempo después que hubo escuchado la voz de la deidad. Fué a su casa con el corazón afligido, y halló a los soberbios pretendientes que desollaban cabras y asaban puercos cebones en el recinto del patio. Entonces Antínoo, riéndose salió al encuentro de Telémaco, le tomó la mano y le dijo estas palabras:

“¡Telémaco elocuente, incapaz de moderar tus ímpetus! No revuelvas en tu pecho malas acciones o palabras, y come y bebe conmigo como hasta aquí lo hiciste. Y los aqueos te prepararán todas aquellas cosas, una nave y remeros escogidos para que muy pronto vayas a la divina Pilos en busca de nuevas de tu ilustre padre.”

Replicóle el prudente Telémaco: “¡Antínoo! No es posible que yo permanezca callado entre vosotros tan soberbios y coma y me regocije tranquilamente. ¿Acaso no basta que los pretendientes me hayáis destruido muchas y excelentes cosas, mientras fui muchacho? Ahora que soy hombre y sé lo que ocurre, escuchando lo que los demás dicen, y crece en mi pecho el ánimo, intentaré daros la muerte, sea acudiendo a Pilos, sea aquí en esta población. Pasajero me iré —y no será infructuoso el viaje de que hablo—, pues no tengo nave ni remadores, que sin duda os pareció más conveniente que así fuera.”

Dijo, y desasíó su mano de la de Antínoo. Los pretendientes, que andaban preparando el banquete dentro de la casa, se mofaban de Telémaco y le zaherían con palabras. Y uno de aquellos jóvenes soberbios habló de esta manera:

“Sin duda piensa Telémaco cómo darnos muerte: traerá valedores de la arenosa Pilos o de Esparta, ¡tan vehemente es su deseo!, o quizá se proponga ir a la fértil tierra de Efirra para llevarse drogas mortíferas y echarlas luego en la crátera, a fin de acabar con todos nosotros.”

Y otro de los jóvenes soberbios repuso acto continuo: “¿Quién sabe si, después de partir en el cóncavo bajel, morirá lejos de los suyos vagando como Odiseo? Mayor fuera entonces nuestro trabajo, pues repartiríamos todos sus bienes y daríamos esta casa a su madre y a quien la desposara para que en común la poseyesen.”

Así decían. Telémaco bajó a la anchurosa y elevada cámara de su padre, donde había montones de oro y de bronce, vestiduras guardadas en arcas y gran copia de odorífero aceite. Allí estaban las tinajas del dulce vino añejo, repletas de bebida pura y divinal, y arrimadas ordenadamente a la pared, por si algún día volviese Odiseo a su casa, después de haber padecido multitud de pesares. La puerta tenía dos hojas sólidamente adaptadas y sujetas por la cerradura; y junto a ella hallábase de día y de noche, custodiándolo todo tan precavidamente, una despensera: Euriclea, hija de Opos Pisenórida. Entonces Telémaco la llamó a la estancia y le dijo:

“¡Ama!¹³ Vamos, ponme en ánforas dulce vino, el que sea más suave después del que guardas para aquel infeliz, esperando siempre que torne Odiseo, de divino linaje, por haberse librado de la muerte y de las Keres. Llena doce odres y ciérralos con sus tapaderas. Aparta también veinte medidas de harina de trigo, y échalas en pellejos bien cocidos. Tú sola lo sepas. Esté todo apartado y junto, y vendré a tomarlo al anochecer, así que mi madre se vaya arriba a recoger. Quiero hacer un viaje a Esparta y a la arenosa Pilos, por si logro oír o averiguar algo del regreso de mi padre.”

Así habló. Echóse a llorar su ama Euriclea y, suspirando, dijo estas aladas palabras:

“¡Hijo amado! ¿Cómo te ha venido a las mientes tal propósito? ¿Dónde quieres ir por apartadas tierras, siendo unigénito y tan querido? Odiseo, el de divino linaje, murió lejos de la patria, en un pueblo ignoto. Así que partas, estos maquinarán cosas inicuas para darte muerte con algún engaño y repartirse después todo lo tuyo. Quédate aquí cerca de tus bienes, que nada te obliga a padecer infortunios yendo por el estéril ponto, ni a vagar de una parte a otra.”

Contestó el prudente Telémaco: “Tranquilízate, ama, que esta resolución no se ha tomado sin que un dios lo quiera. Pero júrame que nada dirás a mi madre hasta que transcurran once o doce días, o hasta que sienta deseos de mirarme, o haya oído decir que partí para evitar que lllore y dañe así su hermoso cuerpo.”

Tal dijo, y la anciana prestó el solemne juramento de los dioses. En acabando de jurar, ella, sin perder un instante, llenó con vino los odres y echó la harina en pellejos bien cosidos; y Telémaco volvió a subir y se juntó con los pretendientes.

Entonces Atenea, la deidad de los ojos grandes, ordenó otra cosa. Tomó la figura de Telémaco, recorrió la ciudad, habló con distintos varones y les encargó que al anochecer se reunieran junto al barco. Pidió también una velera nave al hijo preclaro de Fronio, a Noemón,¹⁴ y este se la cedió gustoso.

Púsose el sol y las tinieblas llenaron todos los caminos. En aquel instante la diosa echó al mar la ligera embarcación y colocó en la misma cuantos aparejos llevan las naves de muchos bancos. Condújola después a una extremidad del puerto, juntáronse muchos y excelentes compañeros, y Palas Atenea los alentó a todos.

Entonces Atenea, la deidad de los ojos zarcos, ordenó otra cosa. Fuese al palacio del divino Odiseo, infundióles a los pretendientes dulces sueños, les entorpeció la mente en tanto que bebían, e hizo que las copas les cayeran de las manos. Se apresuraron todos a irse por la ciudad y acostarse, pues no estuvieron mucho tiempo sentados desde que el sueño les cerró los párpados. Y Atenea, la de los claros ojos, que había tomado la figura y la voz de Méntor, dijo a Telémaco después de llamarlo afuera del palacio:

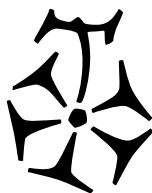
“¡Telémaco! Tus compañeros, de hermosas grebas, ya se han sentado en los bancos para remar, y sólo esperan tus órdenes. Vámonos y no tardaremos en comenzar el viaje.”

Cuando así hubo hablado, Palas Atenea echó a andar aceleradamente, y Telémaco fue siguiendo las pisadas de la diosa. Llegaron a la nave y al mar, y hallaron en la orilla a los compañeros de larga cabellera. Y el esforzado y divino Telémaco habló, diciéndoles:

“Venid, amigos, y traigamos los víveres; que ya están dispuestos y apartados en el palacio. Mi madre nada sabe, ni las criadas tampoco; a excepción de una, que es la única persona a quien se lo he dicho.”

Cuando así hubo hablado, se puso en camino y los demás le siguieron. En seguida se lo llevaron todo y lo cargaron en la nave de muchos bancos, como el amado hijo de Odiseo lo ordenara. Después embarcóse Telémaco, precedido por Atenea que tomó asiento en la popa, y él a su lado, mientras los compañeros quitaban las amarras y se acomodaban en los bancos. Atenea, la ojizarca, envióles próspero viento, el fuerte Céfiro, que resonaba por el vinoso ponto. Telémaco exhortó a sus compañeros, mandándoles que aparejasen la jarcia, y su amonestación fue atendida. Izaron el mástil de abeto; lo me-

tieron en el travesaño, lo ataron con las cuerdas, y al instante descogieron la blanca vela con correas bien torcidas. Hinchó el viento la vela, y las purpúreas olas resonaron a los lados de la quilla, mientras la nave corría siguiendo su rumbo. Así que hubieron atado los aparejos a la veloz nave negra, levantaron cráteras rebosantes de vino e hicieron libaciones a los sempiternos, inmortales dioses y especialmente a la hija de Zeus, la de los claros ojos. Y la nave siguió su rumbo toda la noche y la siguiente aurora.



Notas

- ¹ En los tiempos heroicos eran muy usados los perros. Aquiles, en la *Iliada*, tenía siete enormes para guardar sus rebaños. Es sencilla y bella la idea de presentar al joven príncipe seguido de dos fieles animales; el burlarse de ello acusa estragado gusto. Virgilio, gran imitador de Homero, no despreció este detalle: Evandro lleva, en el libro VIII de la *Eneida*, igual acompañamiento. Más adelante, el episodio de la muerte de Argos, perro de Odiseo, será una elocuentísima muestra del arte con que Homero toca todos los asuntos.
- ² Gran cuestión entre intérpretes y comentaristas sobre la frase un tanto anfibológica *e hizo del mismo la última de aquellas cenas*. ¡Fue Antifo el último compañero de Odiseo devorado por Polifemo! ¡Fue el que le sirvió para la última comida del día, o sea para la cena! ¡Murió el Cíclope después de haberlo comido a consecuencia de haber sido cegado por Odiseo! El dilucidarlo importa poco. Por eso el poeta no se cuidó sin duda de expresar con precisión escrupuloso punto de tan mínima importancia.
- ³ Los reyes y los príncipes llevaban su cetro a los consejos y juntas, o tenían a su lado heraldos encargados de entregárselo en el momento en que iban a usar de la palabra. En la liturgia cristiana se ha conservado esta costumbre de dirigir los prelados de la Iglesia la palabra a los fieles con el báculo, variante llena de simbolismo del cetro. En el libro XIII de la *Iliada* se expresa más detalladamente la costumbre de que ahora se hace mérito.
- ⁴ Eustacio cree que el poeta hace referencia a alguna costumbre de llevar a las juntas una estatua de Temis y de retirarla a su terminación. Otros, no viendo comprobado por ningún dato este uso, dan sentido alegórico a la frase homérica, y suponen significa que la diosa hace prevalecer las decisiones justas y anula las viciosas.
- ⁵ Bellísima hija de Salmoneo. En la rapsodia decimaprimerá refiere el poeta un episodio de su vida. Fue madre de Neleo, y abuela paterna, por consiguiente, de Néstor, rey de Pilos.
- ⁶ Hija de Electrion, rey de Micenas y madre de Heracles. Muerto su primer marido, el tebano Anfitrion, contrajo segundas nupcias con Radamanto.
- ⁷ Hija de Inaco y de Melia, hija del Océano, según un escoliasta.
- ⁸ El hijo que despedía a su madre de casa debía devolverle la dote que había aportado a su matrimonio. No sucedía esto cuando la madre salía para contraer nuevas nupcias. Preocupaba bastante

a los héroes de la *Odisea*, como se ve en este y otros pasajes, la cuestión de intereses.

- ⁹ Las diosas Erinias y, por antífrasis, Euménides, personificación del remordimiento, eran las encargadas de castigar todo género de maldades, pero muy especialmente las cometidas contra los padres y los hermanos mayores. Nadie desconoce el importantísimo papel que desempeñan en la *Orestíada*, admirable trilogía de Esquilo. En la *Iliada* (libs. IX, XV y XXI) hay pasajes análogos al que motiva esta nota.
- ¹⁰ El trozo que así principia es idéntico a otro de la Rapsodia Primera (“Mas si os pareciere mejor”). Estas repeticiones son muy frecuentes en Homero, que no lleva el afán de la variedad hasta evitar nimiamente el reproducir no solo palabras, sino incluso sendos trozos que abarcan a veces no pocos versos. Ricci (*Dissertationes Homericae*, t. I, p. 58) defendió hábilmente a nuestro poeta de los que con tal motivo le reprenden.
- ¹¹ Mme. Dacier, convertida en arúspice, explica ingeniosamente la significación de este oráculo. “*Las dos águilas*, dice, son Odiseo y Telémaco. *Zeus las hace partir*, porque ambos son movidos y guiados por este numen. *Vienen de la montaña*, porque los dos vienen de su casa de campo, donde han concertado su venganza. *Al principio no hacen más que cernerse en el aire*, porque al principio no hacen gran ruido y se presentan con tranquila apariencia. *Se hallan siempre juntas*, porque padre e hijo se auxilian y van al mismo objeto. *Pero cuando llegan sobre la junta hacen gran estrépito*, como Odiseo y Telémaco al llegar a la sala donde los pretendientes comen. *Marcan con sus miradas la cabeza de los pretendientes de Penélope*, es decir que los matan unos tras otros. *Se ensangrientan la cabeza y el cuello*, como queriendo indicar que, al inmolar a un súbdito culpable, un príncipe se desangra a sí mismo. *Atraviesan la ciudad y vuelven a su retiro*, como después de la terrible ejecución se retiraron Odiseo y su hijo a la casa de campo de Laertes, que es como su propia casa.”
- ¹² Nombre de otro de los supuestos amigos de Homero. Recibióle en Ítaca, cuando regresaba de España, y le dio gratísima hospitalidad mientras le duró una molesta oftalmía que impedía al poeta continuar su viaje.

- ¹³ Euriclea, nodriza de Odiseo, no pudo serlo de Telémaco; pero el príncipe le da este nombre, sea por cariño, sea porque así sería designada y conocida en el palacio.
- ¹⁴ La doctísima Dacier, cuya perspicacia va muchas veces más allá del objeto examinado, halla en la etimología de los nombres Noemón (prudente) y Fronio (sensato) un precepto de moral profunda. Hay, dice, un hombre en Ítaca bastante fiel a su príncipe para no tener el resentimiento de los pretendientes. ¿Y qué hace el poeta? Darle los nombres citados, con lo cual indica que la mejor muestra de prudencia y de sensatez que puede dar un súbdito es conservarse leal a su príncipe.

Rapsodia tercera

YA EL SOL DESAMPARABA EL HERMOSÍSIMO LAGO, SUBIENDO al bronceo cielo para alumbrar a los inmortales dioses y a los hombres mortales sobre la fértil tierra cuando Telémaco y los suyos llegaron a Pilos, la bien construida ciudad de Neleo,¹ y hallaron en la orilla del mar a los habitantes, que inmolaban toros de negra piel² al que sacude la tierra, al dios de cerúlea cabellera. Nueve asientos había,³ y en cada uno estaban sentados quinientos hombres y se sacrificaban nueve toros. Mientras los pilios quemaban los muslos para el dios, después de probar las entrañas, los de Ítaca tomaron puerto, amainaron las velas de la bien proporcionada nave, ancláronla y saltaron a tierra. Telémaco desembarcó, precedido por Atenea. Y la deidad de los claros ojos rompió el silencio con estas palabras:

“¡Telémaco! Ya no te cumple mostrar vergüenza en cosa alguna, habiendo atravesado el ponto con el fin de saber noticias de tu padre: cuál tierra lo tiene oculto y qué suerte le ha cabido. Ea, ve directamente a Néstor, domador de caballos, y sepamos qué guarda allá en su pecho. Ruégale tú mismo que sea veraz, y no mentirá, porque es muy sensato.”

Repuso el prudente Telémaco: “¡Méntor! ¿Cómo quieres que yo me acerque a él, cómo puedo ir a saludarlo? Aun no soy práctico en hablar con discreción y me da vergüenza que un joven interrogue a un anciano.”

Díjole Atenea, la diosa de los claros ojos: “¡Telémaco! Discurrirás en tu mente algunas cosas y un numen te sugerirá las restantes, pues no creo que tu nacimiento y tu crianza hayan sido contra la voluntad de los dioses.”

Cuando así hubo hablado, Palas Atenea caminó a buen paso y Telémaco fue siguiendo las pisadas de la diosa. Llegaron adonde estaban en junta los varones pilios: allí se había sentado Néstor con sus hijos y a su alrededor los compañeros preparaban el banquete, ya asando carne, ya pasándola en los asadores. Y apenas vieron a los huéspedes, adelantáronse todos juntos, los saludaron con las manos y les invitaron a sentarse. Pisítrato Nestórida fue el primero que se les acercó, y asiéndolos de la mano, los hizo sentar para el banquete en unas blandas pieles, sobre la arena del mar, junto a su hermano Trasímedes y su propio padre. En seguida dióles parte de las entrañas,⁴ echó vino en una copa de oro y, ofreciéndosela a Palas Atenea, hija de Zeus que lleva la égida, así le dijo: “Eleva tus preces, ¡huésped mío!, al soberano Poseidón, ya que al llegar acá os habéis encontrado con el festín que a él ofrecemos. Mas tan pronto como hicieres la libación y hubieres rogado, como es justo, pasa la copa de dulce vino a tu compañero para que lo libe también, pues imagino que invocará asimismo a los inmortales, que todos los hombres están necesitados de las deidades. Pero a causa de ser el más joven —debe de tener mis años—, te doy primero a ti la áurea copa.”

Dijo, y le puso en las manos la copa de dulce vino. Atenea holgóse de ver la prudencia y la equidad del varón que le ofrecía la copa de oro a ella antes que a Telémaco. Y al punto hizo muchas súplicas al soberano Poseidón:

“¡Óyeme, Poseidón, que circundas la tierra! No te niegues a llevar a término lo que ahora te pedimos. Ante todo llena de gloria a Néstor y a sus vástagos; da a los pilios grata recom-

pensa por tan señalada hecatombe, y concede también que Telémaco y yo tengamos feliz regreso, después de realizar la obra que nos movió a cruzar el Ponto en la rápida y negra nave.”

Tal fue su ruego, y ella misma cumplió lo que acababa de pedir. Entregó en seguida la hermosa copa doble a Telémaco, y el caro hijo de Odiseo oró de semejante manera. Asados ya los cuartos delanteros, retiráronlos, dividiéronlos en partes y celebraron un gran banquete. Y cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, Néstor, el caballero gerenio,⁵ comenzó a decirles:

“Esta es la ocasión más oportuna para interrogar a los huéspedes e inquirir quiénes son, ahora que se han saciado de comida: ¡Forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis, navegando por los húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas⁶ que exponiendo su vida llevan la desgracia a los hombres de extrañas tierras?

El prudente Telémaco, alentado porque Atenea había infundido la audacia en su corazón, para que preguntara por el ausente padre y adquiriese gloriosa fama entre los hombres, repuso:

“¡Oh Néstor Neleida, gloria insigne de los aqueos! Preguntas de dónde somos, y yo te lo diré. Venimos de Ítaca, situada al pie del Noyo,⁷ y el negocio que nos trae no es público, sino particular. Ando en pos de la gran fama de mi padre, por si oyere hablar del divino y paciente Odiseo; que un tiempo, a lo que dicen, destruyó la ciudad troyana combatiendo a tu lado. De todos los que guerrearon contra los teucros, sabemos dónde padecieron deplorable muerte; pero el Cronida ha querido que la de Odiseo sea ignorada: nadie puede decirnos claramente dónde pereció, ni si ha sucumbido en el continente, por mano de enemigos, o en el piélagos, entre las ondas de Anfitrite. Por eso he venido a abrazar tus rodillas, por si quisieras contarme cuál fue su triste muerte, ora la hayas visto

con tus ojos, ora te la haya relatado algún peregrino. ¡Jamás madre alguna dio vida a hombre más desgraciado! Y nada por respeto y compasión atenúes; al contrario, entérame bien de lo que hayas visto. Yo te ruego: si mi padre, el noble Odiseo, te cumplió algún día la palabra que te hubiese dado, o llevó a término una acción que te hubiera prometido, allá en el pueblo de los troyanos donde tantos males padecisteis los aquivos, acuérdate de ellos y dime la verdad de lo que te pregunto.”

Respondió Néstor, el caballero gerenio: “¡Oh amigo! Me traes a la memoria las calamidades que en aquel pueblo sufrimos los aqueos, indomables por el valor, unas veces vagando en las naves por el sombrío ponto, hacia donde nos llevara Aquiles en busca de botín, y otras combatiendo alrededor de la gran ciudad del rey Príamo. Allí recibieron la muerte los mejores guerreros; allí yace el valeroso Ajax; allí, Aquiles; allí, Patroclo, semejante a los dioses en el consejo; allí, mi amado hijo, fuerte y eximio, Antíloco, muy veloz en el correr y buen guerrero. Padecimos infortunios sin cuento. ¿Cuál de los mortales hombres podría referirlos? Aunque deteniéndote cinco o seis años, te ocuparas en preguntar cuántos males padecieron allí los divinos aqueos, no te fuera posible saberlos todos, y antes de llegar al término, cansado te irías a tu patria tierra. Nueve años estuvimos urdiendo cosas malas contra ellos y rodeándolos de acechanzas de toda suerte, y apenas si entonces puso fin el Cronida a nuestros trabajos. No hubo nadie que en prudencia igualase al divino Odiseo, tu padre, que entre todos descollaba por sus ingeniosos ardidés. Si verdaderamente eres tú su hijo, pues me he quedado atónito al contemplarte. Semejantes son tus palabras a las tuyas y no se creería que un joven pudiera hablar con tanta prudencia. Nunca Odiseo y yo estuvimos discordes al hablar en la ágora o en la junta; sino que, teniendo el mismo

ánimo, aconsejábamos con inteligencia y prudente decisión a los argivos para que todos fuesen de la mejor manera. Mas después de haber destruido la excelsa ciudad de Príamo, nos embarcamos en las naves y una deidad dispersó a los aqueos. Zeus tramó en su mente que fuese luctuosa la vuelta de los argivos, acaso porque no todos habían sido sensatos y justos, y a causa de ello les vino a muchos una funesta suerte por la cólera de la diosa de los claros ojos, hija del padre prepotente, la cual suscitó entre ambos atridas una gran contienda. Llamaron al ágora a los argivos, pero temeraria e inoportuna-mente —al ponerse Helios fue y todos comparecieron cargados de vino— y expusieron la razón de haber congregado al pueblo. Menelao exhortó a todos los aqueos a que pensaran en volver a la patria por el ancho dorso del mar; mas esto desplugo a Agamenón, pues quería detener al pueblo y aplacar con sacras hecatombes la terrible cólera de Atenea. ¡Oh insensato! ¡No alcanzaba que no habría de convencerla, porque no tienen mudanza las decisiones de los sempiternos dioses! Así ambos, después de altercar con duras palabras, seguían en pie; y los aqueos de hermosas grebas se levantaron produciéndose un vocerío inmenso, porque el parecer de uno y otro de los capitanes tenían sus partidarios. Aquella noche la pasamos meditando graves propósitos los unos contra los otros, pues ya Zeus nos aparejaba funestas calamidades. Al llegar la aurora, echamos las naves al mar divino y embarcamos nuestros bienes y las mujeres de hermoso cuerpo. La mitad del pueblo se quedó allí con el atrida Agamenón, pastor de hombres; y los demás nos hicimos a la mar, pues un numen calmó el ponto, que abunda en monstruos. No bien llegamos a Ténedos,⁸ ofrecimos sacrificios a los dioses con el anhelo de tornar a nuestros hogares; pero Zeus tenía otra cosa ordenada y suscitó, ¡oh cruel!, una nueva discordia entre nosotros.

Y los que acompañaban a Odiseo, rey prudente y sagaz, se volvieron en los corvos bajeles para complacer nuevamente a Agamenón atrida. Pero yo, con las naves que juntas me seguían continué el viaje, porque comprendí que ninguna divinidad meditaba causarnos daño. Huyó también con los suyos el belicoso hijo de Tideo, tras de incitarlos a que lo siguieran; y reuniósele más tarde el rubio Menelao,⁹ el cual nos encontró en Lesbos,¹⁰ mientras deliberábamos acerca de la larga navegación que nos esperaba, a saber, si pasaríamos por cima de la escabrosa Quíos¹¹ hacia la isla de Psiria,¹² para dejar esta última a la izquierda, o por debajo de la primera a lo largo del ventoso Mimas.¹³ Suplicamos a la divinidad que nos mostrase alguna señal y nos la dio ordenándonos que atravesáramos el piélago con rumbo a la Eubea a fin de que huyéramos lo antes posible del infortunio venidero. Comenzó a soplar un ronco viento, y las naves, surcando con gran celeridad el camino abundante en peces, llegaron por la noche a Geresto.¹⁴ Allí ofrecimos a Poseidón gran número de muslos de toro por la feliz travesía del dilatado piélago. Ya era el cuarto día cuando los compañeros de Diomedes Tideida, domador de caballos, se detuvieron en Argos con sus bien proporcionadas naves; pero yo tomé la ruta de Pilos y nunca me faltó el viento desde que un dios fue servido de que soplara. Así vine, hijo querido, sin saber nada, ignorando cuáles aqueos se salvaron y cuáles perecieron. Mas cuanto oí referir desde que torné a mi palacio, lo sabrás ahora, como es justo; que no debo ocultarte nada. Dicen que han llegado bien los valerosos mirmidones¹⁵ a quienes conducía el hijo ilustre del magnánimo Aquiles; que asimismo aportó con felicidad Filoctetes, hijo preclaro de Peantio; y que Idomeneo llevó a Creta a todos sus compañeros que escaparon de los combates, sin que el mar le quitara ni uno solo. Del atrida, vosotros mismos habréis

oído contar, aunque vivís tan lejos, cómo vino y cómo Egisto le aparejó una deplorable muerte. Pero de lamentable modo hubo de pagarlo. ¡Cuán bueno es para el que muere dejar un hijo! Así Orestes se ha vengado del matador de su padre, del doloso Egisto, que le había muerto a su ilustre progenitor. También tú, amigo, ya que veo que eres gallardo y de elevada estatura, sé fuerte para que los venideros te elogien.”

El prudente Telémaco le repuso: “¡Néstor Neleida, gloria insigne de los aqueos! Orestes tomó venganza con justicia y los aquivos difundirán su excelsa gloria y los hombres venideros se ocuparán en su fama. ¡Hubiéranme concedido los dioses bríos bastantes para castigar la penosa soberbia de los pretendientes, que me insultan, maquinando inicuas acciones! Mas los dioses no nos otorgaron tamaña ventura ni a mi padre ni a mí, y fuerza es conformarse con el destino adverso.”

Néstor, el caballero gerenio, le repuso: “¡Oh amigo! Ya que me recuerdas lo que has contado, afirman que son muchos los que, pretendiendo a tu madre, cometen a despecho tuyo acciones inicuas en el palacio. Dime si te sometes voluntariamente o te odia quizás la gente del pueblo a causa de lo revelado por un dios. ¿Quién sabe si algún día castigará esa iniquidad tu propio padre, viniendo solo o juntamente con todos los aqueos? Ojalá Atenea, la de los ojos zarcos, te quisiera como en otro tiempo lo hizo con el glorioso Odiseo en el sitio de Troya, donde los aqueos padecimos tantos males —que nunca oí que los dioses amasen tan manifiestamente a ninguno como a él le asistía Palas Atenea—, pues si de semejante modo la diosa quisiera distinguirte y protegerte, bien pronto olvidarían los pretendientes, uno a uno, su deseo de boda.”

El prudente Telémaco replicóle: “¡Oh anciano! No espero que se realice lo que auguras. Es muy grande lo que dijiste, y

me tienes pasmado, mas no espero que tales cosas se cumplan, aunque así lo quieran los mismos dioses.”

Díjole Atenea, la deidad de los ojos claros: “¡Telémaco! Qué palabras acaban de proferir tus labios! Fácil es a un dios, cuando lo quiere, salvar a un hombre por lejano que se halle. Y yo preferiría restituirle a mi casa y ver lucir el día de la vuelta, habiendo pasado muchos males, a perecer a mi arribada, como Agamenón, víctima de la perfidia de Egisto y de su propia esposa. Mas ni aun los dioses pueden librar de la muerte, igual para todos,¹⁶ a aquellos que les son más queridos, cuando la fatal Moira llama a su puerta.”

Contestóle el prudente Telémaco: “¡Méntor! No hablemos más de tales cosas, aunque nos sintamos afligidos. Odiseo no tornará nunca, pues los inmortales deben de haberle enviado la muerte y la negra Kera. Y ahora quiero interrogar a Néstor, que en justicia y prudencia sobresale entre todos y dicen que ha reinado durante tres generaciones de hombres,¹⁷ de suerte que al contemplarlo me parece un inmortal. ¡Oh Néstor Neleida! Dime la verdad. ¿Cómo murió el poderosísimo Agamenón atrida? ¿Dónde estaba Menelao? ¿Qué género de muerte fue la que urdió el doloso Egisto para que pereciera un varón que tanto le aventajaba? ¿Fue quizás al no encontrarse Menelao en Argos, la de Acaya, pues andaría peregrino entre otras gentes, la causa de que Egisto tuviese osadía para matar a aquel héroe?”

Respondióle Néstor, el caballero gerenio: “Te diré, hijo mío, la verdad pura y sabrás cómo acaeció aquello. Si el rubio Menelao atrida, al volver de Ilión hallara en el palacio a Egisto vivo aún, diérale muerte y, sin recibir sepultura, pasto fuera de los perros y de las voraces aves, en medio de la llanura, lejos de Argos, sin que le llorase ninguna de las aqueas, porque había cometido un abominable crimen. Pues mientras

nosotros permanecíamos allá, realizando muchas empresas belicosas, él se estaba tranquilo en lo más hondo de Argos, tierra creadora de corceles, y seducía con blandas palabras a la esposa de Agamenón. Al principio la divina Clitemnestra rehusó cometer el hecho infame, porque tenía buenos sentimientos y a más tenía consigo a un aeda a quien el atrida confiara la custodia de su esposa al partir para Troya. Mas cuando vino el momento en que, cumpliéndose la Moira inexorable, el aeda tenía que sucumbir, Egisto lo condujo a una isla inhabitada donde lo abandonó para que fuese pasto de las aves de rapiña; y llevóse de buen grado a su casa a la mujer, que también lo deseaba, quemando después gran cantidad de muslos en los sacros altares de los dioses y colgando sus paredes con innúmeros adornos y áureas vestiduras, por haber salido bien con la gran empresa que nunca su ánimo esperara llevar a cabo. Veníamos, pues, de Ilión, el atrida y yo, navegando juntos y en buena amistad; pero así que arribamos al sacro promontorio de Sunion, cerca de Atenas, Febo Apolo mató con sus suaves flechas a Frontin Onetórida, piloto de Menelao, que entonces tenía en las manos el timón del barco y a todos vencía en el arte de gobernar una embarcación en medio de la tempestad. Así fue como, a pesar de su deseo de proseguir el camino, se vio obligado a detenerse para enterrar al compañero y hacerle funerales. Luego, atravesando el vinoso ponto en las cóncavas naves, pudo llegar a toda prisa al elevado promontorio de Malea,¹⁸ y el prepotente Zeus hízole trabajoso el camino, enviándole olas de ronco soplo e hinchadas que parecían montañas. Entonces el dios dispersó las naves y algunas las llevó hacia Creta, donde habitaban los cidones¹⁹ junto a las corrientes del Yárdano.²⁰ Hay en el obscuro ponto una peña escarpada y alta que sale del mar cerca de Gortina:²¹ allí el Noto lanza las olas contra el promonto-

rio de la izquierda, contra Festo, y una roca pequeña rompe la grande oleada. En semejante sitio fueron a dar y costóles mucho escapar con vida, pues habiendo las olas arrojado los bajeles contra los escollos, naufragaron. Menelao, con cinco naves de azules proas, siguió rumbo a Egipto, favorecido por el mar y los vientos, y en tanto que con sus galeras iba errante por extraños países, juntando oro y riquezas. Egisto tramó en el palacio aquellas deplorables acciones. Siete años reinó este en Micenas,²² la opulenta, después de la muerte del atrida. Al comenzar el octavo fue de Atenas el divino Orestes y dio muerte al asesino de su padre, al pérfido Egisto. Después de matarle, Orestes dio a los argivos el banquete fúnebre en las exequias de su odiosa madre y del cobarde Egisto; y aquel mismo día llegó el valeroso Menelao, portador de tan grandes riquezas²³ que con trabajo las contenían las naves. Y tú, amigo, no andes mucho tiempo fuera de tu hogar, habiendo dejado allí riquezas y unos hombres tan soberbios: no sea que te despojen de tus bienes y el viaje te resulte inútil. Pero yo te exhorto o insto para que vayas en busca de Menelao, el cual recientemente ha regresado de tierras remotas, adonde lo desviaron las tempestades, en piélago tan extenso que ni las aves llegarían del mismo en todo un año, pues es dilatadísimo y horrendo. Ve ahora en tu nave y con tus compañeros a encontrarle, y si deseas ir por tierra, aquí tienes un carro y corceles, y a mis hijos que te acompañarán hasta la divina Lacedemonia, donde se halla el rubio Menelao, y suplécale te sea veraz, y no mentirá porque es muy sensato.”

Dijo. Ocultóse Helios y sobrevino la noche. Y entonces Atenea, la diosa de los claros ojos, habló así: “¡Oh anciano! Todo lo has referido discretamente, y ahora separad las lenguas de las víctimas,²⁴ mezclad el vino y hagamos las libaciones a Poseidón y a los demás inmortales, y pensemos en acos-

tarnos, que ya es tiempo. La luz se apagó en el horizonte y no conviene que prolonguemos el festín consagrado a los dioses, pues es preciso recogerse.”

Así habló la hija de Zeus y todos la obedecieron. Los heraldos diéronles aguamanos; unos mancebos colmaron las cráteras de vino, distribuyéndolas a los presentes, después de haber ofrecido las primicias; luego arrojaron las lenguas a las encendidas brasas, y de pie hicieron las libaciones. Ofrecidas estas y habiendo bebido cuanto desearon, Atenea y Telémaco quisieron retirarse a la nao. Pero Néstor los retuvo con estas palabras:

“Presérvenme Zeus y todos los dioses inmortales de que vosotros os vayáis de mi lado para volver a la velera nave, como si os fuérais de junto a un varón menesteroso, en cuya casa no hay mantos ni lechos para que él y sus huéspedes puedan dormir blandamente. Pero a mí no me faltan lechos ni lindas colchas, y el caro hijo de Odiseo no se acostará ciertamente en las tablas de su bajel mientras yo viva o queden mis hijos en el palacio para alojar a los huéspedes que a mi casa vengan.”

Le repuso Atenea, la diosa de los brillantes ojos: “Bien hablaste, anciano querido, y conviene que Telémaco te obedezca, porque es lo mejor que puede hacer. Te seguiré, pues, a tu casa, y allí dormiré; y yo volveré al negro bajel a fin de animar a los compañeros y ordenarles cuanto sea oportuno, ya que me glorio de ser entre todos el más anciano, pues todos son mozos de pocos años, como Telémaco, a quien por amistad acompaño. Me acostaré en el cóncavo y negro bajel y al rayar el día me llegaré a los magnánimos caucones,²⁵ en cuyo país he de cobrar una deuda antigua nada insignificante; y tú, puesto que Telémaco ha venido a tu casa, envíale a Esparta con uno de tus hijos y dale tu mejor carro y los más rápidos y vigorosos corceles.”

Dicho esto, partió Atenea, la de brillantes ojos, de igual modo que si fuera un águila; y todos se quedaron suspensos.

Atónito el anciano por lo que sus ojos habían visto, asió de la mano a Telémaco y pronunció estas palabras:

“¡Amigo! No temo que en lo sucesivo seas cobarde ni débil, ya que de tan joven te acompañan y guían los propios dioses. Pues esa deidad no es otra, de las que poseen olímpicas moradas, que la hija de Zeus, la gloriosísima Tritogenia, que también honraba a tu padre entre todos los argivos: ¡Oh reina! ¡Sénos propicia y danos gloria insigne a mí, a mis hijos y a mi venerable consorte! Te ofreceré una novilla añal de ancha frente, ni domada ni uncida a yugo, inmolándola en tu honor después de verter oro alrededor de sus cuernos.”

Tal fue su plegaria y Palas Atenea oyó su ruego. Néstor, el caballero gerenio, se puso al frente de sus hijos y de sus yernos, y con ellos se encaminó al hermoso palacio. Tan presto como llegaron a la ínclita morada del rey, sentáronse por orden en sillas y sillones. De allí a poco mezclábales el viejo una crátera de dulce vino que había estado once años en una odre que abrió la despensera; mezclábalo, pues, el anciano, y haciendo libaciones rogaba fervientemente a la hija de Zeus, que lleva la égida.

Hechas las libaciones y habiendo bebido todos cuanto les plugo, fuese cada cual a su estancia. Néstor, el caballero gerenio, hizo que Telémaco, caro hijo de Odiseo, se acostase en torneado lecho, bajo el sonoro pórtico, y que a su lado durmiese el belicoso Pisístrato, único de sus hijos que se conservaba mozo. Luego fue a reunirse con su esposa, en lo interior de la excelsa morada, donde la reina le tenía ya el lecho preparado.

No bien mostróse Eos, la de sonrosados dedos, hija de la mañana, Néstor, el caballero gerenio, levantóse de la cama y fue a tomar asiento sobre las pulidas piedras, blancas y lustrosas por el aceite, en las que otras veces se sentaba Neleo, para dictar sus consejos, saludables como los de un dios; pero ya este,

arrebatado por la Moira, había bajado a la mansión de Hades, y a la sazón era Néstor, fuerte muralla de los aqueos, el que ocupaba su sitio, cetro en mano. De las estancias nupciales salieron sus hijos y le rodearon: Equefrón, Estratio, Perseo, Areto y el divino Trasimedes. El héroe Pisístrato llegó el sexto y todos hicieron que se acercase Telémaco, hermoso cual un dios; y Néstor, el caballero gerenio, comenzó a decirles:

“¡Amados hijos míos! Cumplid pronto mis deseos, para que sin tardar me sea propicia Atenea, la cual acudió visiblemente al opíparo festín que celebramos en honor del dios. Ea, uno de vosotros vaya al campo para que el vaquero traiga con toda premura una novilla; encamínesse otro al negro bajel del magnánimo Telémaco y conduzca aquí a todos los compañeros, sin dejar más que dos; y mande otro al orífice Laerces que venga a derramar el oro sobre los cuernos de la becerra. Los demás quedad conmigo y decid a los esclavos que están dentro de la ínclita casa, que preparen un banquete y saquen asientos, leña y agua clara.”

Así habló y todos se apresuraron a obedecerle. De la dehesa trajeron la novilla y llegaron de la rápida y bien proporcionada nave los compañeros del magnánimo Telémaco; presentóse el broncista con los menesteres de su oficio: el yunque, el martillo y las bien construidas tenazas con que trabajaba el oro. Y acudió Atenea, deseosa de asistir al sacrificio. Néstor, el anciano jinete, dio el oro, y el orífice lo vertió alrededor de los cuernos de la novilla, para que la diosa se holgase de ver tal adorno. Estratio y el divino Equefrón trajeron de los cuernos la novilla; Areto sacó de la estancia nupcial floreadas jofainas, llenas de agua para lavarse, en una mano, y una cesta con las molas en la otra; el intrépido Trasimedes, provisto de tajante hacha, hallábase pronto para inmolar la víctima; Perseo sostenía el vaso para recoger la sangre; y Néstor, el an-

ciano jinete, comenzó a derramar el agua y esparcir las molas, y ofreciendo las primicias imploraba a Atenea y arrojaba en el fuego los pelos de la cabeza de la víctima.

Hecha la plegaria y esparcidas las molas, aquel hijo de Néstor, el magnánimo Trasimedes, descargó un golpe mortal sobre la becerra, cortándole con la segur los tendones del cuello. Y las hijas y nueras de Néstor, y también su venerable esposa, Eurídice, que era la mayor de las hijas de Climeno, prorrumpieron en piadoso vocerío. En seguida levantaron de la espaciosa tierra la becerra, sostuviéronla en alto, y la degolló Pisístrato, príncipe de hombres. Tan pronto como se desangró y el cuerpo quedó sin vida, la descuartizaron; cortáronle los muslos, haciéndolo según el rito, y después de cubrirlos con grasa por uno y otro lado y con trozos de carne, el anciano los puso sobre la encendida leña y los roció con rojo vino. Cerca de él, unos mancebos sostenían en sus manos los asadores de cinco puntas. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y después dividieron lo demás en pequeños trozos, lo pusieron en asadores, para tostarlos, sosteniendo con sus manos las varillas.

Al mismo tiempo la bella Policasta, hija menor de Néstor Neleída, conducía a Telémaco al baño. Después que lo hubo lavado y ungido con óleo suavísimo, vistióle un hermoso manto y una túnica; y Telémaco salió del baño con el cuerpo semejante al de los dioses, y fue a sentarse junto a Néstor, pastor de pueblos.

Asados ya los cuartos delanteros, los retiraron de las llamas y, sentándose, todos celebraron el festín. Varones ilustres se levantaban a escanciar el vino en áureas copas. Y cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, Néstor, el caballero gerenio, comenzó a decirles:

“¡Hijos míos! Aparejad al punto los caballos de hermosas crines y uncidlos al carro, para que pueda Telémaco llevar a término su viaje.”

De esta suerte habló, y ellos lo escucharon y obedecieron, enganchando prestamente al carro los veloces corceles. La dispensera les trajo pan, vino y manjares, como aquellos que suelen regalar a los reyes, amados de Zeus. Subió Telémaco al magnífico carro, y tras de él Pisístrato Nestórida, príncipe de hombres, quien tomó en sus manos las riendas y azotó a los caballos para que partiesen. Y estos volaban gozosos por la llanura, dejando atrás la excelsa ciudad de Pilos, y no cesaron en todo el día de agitar el yugo que los sujetaba.

Poníase Helios y las tinieblas comenzaban a llenar los caminos cuando llegaron a Feras,²⁶ la morada de Diocles, hijo de Orsíloco, a quien engendrara Alfeo. Allí pasaron aquella noche, aceptando la hospitalidad que Diocles se apresuró a ofrecerles.

Mas apenas se descubrió la hija de la mañana, Eos, la de rosadas manos, aparejaron los bridones, subieron al hermoso carro y salieron del vestíbulo y del sonoro pórtico. Pisístrato azotó los corceles, que se lanzaron en veloz carrera. Y así llegaron a una fértil llanura, que era el término de su viaje. ¡Con tanta rapidez los condujeron los ágiles caballos! Y Helios se puso, y las tinieblas llenaron todos los caminos.



Notas

- ¹ Hijo de Poseidón y de la ninfa Tiro, hija de Salmoneo. Arrojado de la Tesalia por su hermano Pelias, fundó la ciudad de Pilos en Mesenia. Tuvo de Cromis, hija de Anfión, doce hijos, que, juntamente con su padre, fueron muertos por Heracles, excepto Néstor, que no estaba presente cuando la horrible matanza.
- ² Los sacrificios de los pilios a Poseidón se verificaban, según Estrabón (lib. VII, cap. III), en un templo a Poseidón Samio, en Samico, tenido en suma veneración. Pero Homero parece referirse claramente a una capital de los estados de Néstor, que no podía ser, como ya quedó dicho, otra que la *Pilos ad Coryphasium* o de Mesenia, pues la Triflica o Lepreática estaba a treinta o más estadios (5 400 metros) del mar.
- ³ Uno, sin duda, por cada ciudad sometida al mando de Néstor. Véase cómo los enumera el canto II de la *Iliada* (traducción de Hermosilla): Trajera Néstor en noventa naves, / y en las lides mandaba, los guerreros / de Pilos y de Arene deliciosa; / de Trío, do el Alfeo es vadeable; / Epi, de hermosas casas; Ciparisa, / Aufigenia, Pteleo, Helos y Dorio...
- ⁴ Cuando las piernas de las víctimas sacrificadas eran consumidas por el fuego, todos los asistentes recibían una pequeña porción de las entrañas, con lo cual se tomaba parte en el sacrificio y en las gracias que de él se esperaban. Por eso Pisístrato principia por ofrecer a los forasteros una porción de las entrañas, y más tarde les invita a tomar parte en el banquete en que se comía el resto de los animales inmolados.
- ⁵ Sobre este título con que el poeta cita frecuentemente a Néstor, dice Hermosilla (traducción de la *Iliada*, Madrid, 1878, t. III, p. 314): “Este epíteto, que hoy sería innoble tratándose de un príncipe, era entonces un título de honor; y por eso le he conservado la primera vez que se presenta, aunque en otros pasajes lo he suprimido por ser uno de los que pudieran llamarse de mera fórmula.”
- ⁶ No debe sorprender que Néstor, tan afable con sus huéspedes, les pregunte si son piratas, lo cual constituiría hoy atroz insulto. “Tal industria, dice Tucídides (lib. I, cap. V), lejos de ser ignominiosa era más bien honorífica, como lo prueban ciertos pueblos continentales, que hoy mismo se precian de sobresalir en ella, y el testimonio de los poetas antiguos, que jamás dejan de preguntar a los recién llegados si son piratas, mostrando así que los hombres a quienes tal pregunta se hace no ocultan su profe-

sión y que no es tampoco injuria por parte de los que tienen sus razones para dirigirla.”

- 7 Estrabón (lib. X, cap. II) dice que es dudoso si este monte es el mismo que el Nerito, también itacense. En la carta VIII, *Hellas, Peloponnesus*, que acompaña a la edición de aquel geógrafo por Fermín Dido, París, 1858, se coloca al Nerito al Norte, y el Neyo al Sur de Ítaca.
- 8 Isla del Archipiélago, frente a la Troade, a cinco mil pasos del Continente, de ocho estados de circuito. Quedó abandonada después de la ruina de Troya. En la *Ilíada* juega principal papel por haber servido de retiro a los griegos mientras concertaban sus últimas medidas para la terminación de la guerra.
- 9 El color rubio es muy alabado en los cabellos por los poetas. Por eso Homero rara vez se olvida de adornar a Menelao con el epíteto, con intento de poner de relieve una cualidad tan apreciada.
- 10 Isla importantísima en la historia y en la literatura griega. Sus principales ciudades eran *Mitilene* (Metellin), patria de Pítaco, Alceo y Safo, *Metimna* (Molivo); *Antisa* (Sigri) y *Eresa* (Ereso), donde nació Teofrasto.
- 11 Isla del Egeo, enfrente de la Lidia, después Jonia. Su capital, del mismo nombre, era una de las siete ciudades que pretendían ser cuna de Homero.
- 12 Pequeña isla del Egeo a ochenta estadios del oeste de la de Quíos.
- 13 Montaña del Asia menor, en la península eritrea. Hay otras del mismo nombre. El viaje entre este monte, o sea la costa oriental de Asia, y la occidental de Quíos, era el más corto, dada la posición de los bajeles griegos, aunque también más peligroso y difícil.
- 14 Promontorio al sur de Eubea, con un templo consagrado a Poseidón. Era, según Estrabón, el lugar más cómodo para los que partían de Asia con dirección a Grecia.
- 15 Pueblos de la Tesalia que acompañaron a Aquiles a la guerra de Troya.
- 16 Horacio (oda VII, lib. IV) también consigna la imposibilidad de que un dios vuelva a la vida al mortal que ha pagado su tributo a la Parca.
- 17 Cada generación se contaba por 30 años, de suerte que Néstor tenía ya noventa y cuatro o noventa y cinco años, según el cómputo de Mme. Dacier, cuando recibió a Telémaco en Pilos.
- 18 Promontorio al sureste de la Laconia. El mar era muy peligroso en sus inmediaciones. De aquí el proverbio *doblar el cabo de Malea*, equivalente a correr un gran riesgo.

- ¹⁹ Ocupaban la parte occidental de la isla de Creta. Su ciudad principal era Cidonia (Khanta), cuya fundación se atribuía a Minos.
- ²⁰ Había otro río de igual nombre en la Pisátide (hoy río *Skafidia*). Estrabón no menciona el Yárdano cretense.
- ²¹ Ciudad opulentísima de la isla de Creta, próxima a la actual *Hagios Deka*. Trata extensamente de su situación e historia Estrabón en el lib. X, cap. IV.
- ²² Ciudad de la Argólida, fundada por Perseo. Agamenón, según una cronología algo dudosa, era su quincuagésimo monarca. El engrandecimiento de Argos fue causa de su decadencia. Fue destruida el 280 antes de J.C.
- ²³ Menelao las obtuvo, indudablemente, parte por la piratería, medio no deshonoroso en la época heroica, como ya queda dicho; parte por los regalos que era costumbre hacer a las personas de distinción a quienes se concedía hospedaje. En la rapsodia IV de la *Odisea* se habla de algunos preciosos regalos hechos en Egipto a Menelao y a Helena.
- ²⁴ Los banquetes de los sacrificios terminaban por el de las lenguas de las víctimas, en honor de Hermes, seguido de las últimas libaciones.
- ²⁵ Pueblos sometidos a Néstor, que habitaban en la Trifilia cerca de Lepreo.
- ²⁶ Ciudad que estaba a mitad del camino entre Pilos y Esparta sobre el lago de la Mesenia y a orillas del río Pamiso.

Rapsodia cuarta

A PENAS LLEGARON A LA VASTA Y CAVERNOSA LACEDEMONIA,¹ encaminaron sus pasos a la morada del glorioso Menelao, a quien hallaron con muchos amigos, de fiesta por las bodas de su hijo y de su ilustre hija. Daba a esta por marido al hijo de Aquiles,² pues allá en Troya prestó su asentimiento y prometió entregársela, y los dioses hicieron por fin que las nupcias se llevaran a cabo. La enviaba, con caballos y carros, a la ciudad insigne de los mirmidones, donde aquel reinaba. Y al mismo tiempo casaba con una hija de Aléctor, llegada de Esparta, a su hijo, el fuerte Megapentes,³ a quien ya en edad madura había procreado en una esclava, pues a Helena no le concedieron los dioses otra prole que la hermosa Hermione,⁴ la cual tenía la belleza de la áurea Afrodita.

Así se holgaban en celebrar el festín, en el gran palacio de elevada techumbre, los vecinos y amigos del glorioso Menelao. Un divino aedo estaba cantando al son de la cítara, y dos bailarinas, siguiendo el son de la música, salían brincando de en medio de la muchedumbre.

Entonces fue cuando los dos jóvenes, el héroe Telémaco y el preclaro hijo de Néstor, detuvieron los corceles ante el vestíbulo del palacio. Advertida su presencia, el noble Eteoneo, diligente servidor del ilustre Menelao, corrió a la estancia del rey a dar la nueva al pastor de hombres. Y cuando estuvo delante de él, le dijo estas aladas palabras:

“Dos hombres acaban de llegar, ¡oh Menelao, amado de Zeus!, dos varones que se asemejan a los descendientes del gran Cronida. Dime si hemos de desuncir sus veloces corceles, o enviar a los viajeros con alguien que les dé amistoso acogimiento.”

Poseído de vehemente indignación el rubio Menelao, le replicó: “Antes no eras tan insensato, Eteoneo Boetida; mas ahora hablas sin sentido, como un niño. Nosotros también, antes de volver a nuestra patria, comimos frecuentemente en la hospitalaria mesa de otros varones; y quiera Zeus librnarnos de nuevas desgracias en lo porvenir. Desunce los caballos de los viajeros y hazles entrar a fin de que participen de la fiesta.”

Dijo, y Eteoneo salió presuroso del palacio y llamó a otros diligentes servidores para que lo acompañaran. Al punto desuncieron los corceles, que sudaban bajo el yugo, los ataron a sus pesebres y les echaron trigo mezclado con blanca cebada;⁵ arrimaron el carro a las relucientes paredes, e introdujeron a los huéspedes en aquella divina morada. Ellos caminaban absortos,⁶ contemplando el palacio del rey, amado de Zeus; pues resplandecía como la mansión excelsa de Helios y de Selene. Después que se cansaron sus ojos de contemplarla, fueron a lavarse en los pulidos baños. Y una vez lavados y ungidos con aceite por las esclavas que les vistieron túnicas y lanosos mantos, se acomodaron en sillas junto al atrida Menelao. Una esclava ofrecióles aguamanos, que traía en magnífica ánfora de oro y vertió en fuente de plata, y colocó delante de ellos una pulida mesa. La veneranda dispensera trájoles pan y numerosos y raros manjares, obsequiándoles con los que tenía reservados. El trinchante presentóles platos de carne de todas suertes y les ofreció áureas copas. El rubio Menelao, saludándolos con la mano, les habló de esta manera:

“Tomad los manjares y rogocijaos; y después que hayáis comido os preguntaremos quiénes sois entre los hombres, pues claramente se advierte que el linaje de vuestros padres no se ha perdido en la obscuridad y debéis de ser hijos de reyes, amados de Zeus, que empuñan cetro, ya que de gentes viles no nacerían semejantes varones.”

Así dijo y les presentó con sus manos un suculento lomo de buey asado, que para honrarle le habían servido. Los jóvenes tendieron las manos a las viandas que les ofrecía, y cuando hubieron satisfecho los deseos de comer y de beber, Telémaco habló así al hijo de Néstor, acercando la cabeza para no ser oído de los demás:

“Observa, ¡oh Nestórida carísimo a mi corazón!, el esplendor del bronce en el sonoro palacio, a la par que el del oro, del electro,⁷ de la plata y del marfil. Así debe de ser por dentro la morada del olímpico Zeus. ¡Cuántas cosas indecibles, que me dejan atónito al contemplarlas!”

Y el rubio Menelao, presumiendo lo que decía, les habló con estas aladas palabras:

“¡Hijos amados! Ningún mortal puede competir con Zeus, cuyas moradas y riquezas son eternas; mas entre los hombres habrá quien me aventaje y quien no me iguale en las riquezas que traje en mis bajeles, cumplido el octavo año, después de haber padecido y vagado mucho, pues en mis peregrinaciones fui a Chipre, a Fenicia, y conocí a los egipcios, a los etíopes,⁸ a los sidonios,⁹ a los erembos,¹⁰ y a la Libia, donde los corderitos echan cuernos muy pronto¹¹ y las ovejas paren tres veces en un año. Allí nunca les falta ni al amo ni al pastor, queso, carnes o dulce leche, porque en abundancia las hinchadas ubres se las ofrecen en todas las estaciones. Mientras yo andaba perdido por aquellas tierras y reunía muchas ri-

quezas, otro hombre mató traicioneramente a mi hermano, de súbito, auxiliado por la astucia de una páfida esposa; y por eso vivo ahora sin alegría entre estas riquezas que poseo. Sin duda habréis oído tales cosas de labios de vuestros padres, sean quienes fueren, pues padecí muchísimo y arruiné una magnífica casa que contenía abundantes y preciosos bienes. Ojalá morara en este palacio con solo la tercia parte de lo que poseo, y se hubiesen salvado los que perecieron en la vasta Ilión, lejos de Argos, la criadora de corceles. Por todos lloro y me entristezco. Muchas veces, sentado en mi estancia, ya recreo mi ánimo con las lágrimas, ya dejo de hacerlo, porque cansa muy pronto el terrible llanto. Por nadie vierto tal copia de lágrimas ni me aflijo de igual suerte como por uno, y en acordándome de él, aborrezco el dormir y el comer, porque ningún aqueo padeció lo que Odiseo hubo de sufrir y pasar: para él habían de ser los dolores, y para nosotros una pesadumbre continua e inolvidable a causa de su larga ausencia y de la ignorancia en que nos hallamos de si vive o ha muerto. Seguramente le lloran el viejo Laertes, la discreta Penélope y Telémaco, a quien dejó en su casa recién nacido.”

Así habló, y despertó en Telémaco el deseo de llorar por su padre. Y como cayera de sus ojos una lágrima, al oír hablar así de su progenitor, levantó con ambas manos el purpúreo manto y se cubrió el rostro. Menelao lo advirtió y estuvo indeciso en su mente y en su corazón, entre esperar a que Telémaco hiciera mención de su padre, o interrogarle para que le dijese lo que pensaba.

Mientras tales pensamientos revolvían en su mente y en su corazón, salió Helena¹² de su perfumada estancia de elevado techo, semejante a Artemisa, la que lleva arco de oro. Ofrecióle Adrasta un sillón hermosamente construido, puso a sus pies Alcipe un tapiz de muelle lana y trájole Filo el canastillo

de plata que le había dado Alcandra, mujer de Pólipo, morador en Tebas la de Egipto, cuyo palacio guardaba insignes riquezas. —Pólipo regaló a Menelao dos argénteas bañeras, dos trípodes y diez talentos de oro; y otros regalos hacia su mujer, Alcandra, a Helena: una rueca de oro y un canastillo redondo, de plata, con los bordes de oro.— La esclava dejó el canastillo lleno de hilo ya devanado, y sobre él puso la rueca con lana de color violáceo. Sentóse Helena, descansando los pies en un es-cabel, y al momento interrogó a su marido con estas palabras:

“¿Sabemos ya, ¡oh Menelao, amado de Zeus!, quiénes se glorian de ser esos hombres que han venido a nuestra morada? ¿Me engañaré o será verdad lo que voy a decir? El corazón me ordena hablar. Jamás vi persona alguna, ni hombre, ni mujer tan parecida a otra —;se enseñorea de mí el asombro al contemplarlo!—, cómo se asemeja al hijo del magnánimo Odiseo, a Telémaco, a quien dejara recién nacido en su casa cuando los aqueos fuisteis por mí a empeñar rudos combates con los troyanos.”

Respondióle el rubio Menelao: “Ya se me había ocurrido, oh mujer, lo que supones: sus pies, sus manos, la mirada de sus ojos, la cabeza y los cabellos, son los de Odiseo. Ahora mismo, cuando acordándome de Odiseo, les relataba los trabajos que sufrió por mi causa, este mozo comenzó a verter amargas lágrimas y se cubrió los ojos con el purpúreo manto.”

Entonces Pisístrato Nestórida habló diciendo: “¡Menelao atrida, amado de Zeus, príncipe de hombres!, en verdad que es hijo de quien dices, pero tiene discreción y no cree decoroso, habiendo llegado por vez primera, decir palabras frívolas delante de ti, cuya voz escuchamos con el mismo placer que si fuese la de alguna deidad. Con él me ha enviado Néstor, el caballero gerenio, para que le acompañe, pues deseaba verte a fin de que le aconsejaras lo que ha de decir o llevar a cabo;

que muchos males padece en su casa el hijo cuyo padre está ausente, si no tiene otras personas que le auxilien como ahora le ocurre a Telémaco: fuese su padre y no hay en todo el pueblo quien pueda librarle del infortunio.”

Respondióle el rubio Menelao: “¡Oh dioses! Ha llegado a mi casa el hijo del caro varón que por mí sostuvo tantas y tan trabajosas luchas y a quien me había propuesto amar, cuando volviese, más que a ningún otro de los aquivos, si el longividente Zeus olímpico permitía que nos restituyéramos a la patria, atravesando el mar en las veloces naves. Y le asignara una ciudad en Argos, para que la habitase, y le labrara un palacio, trayéndolo de Ítaca, a él con sus riquezas y su hijo y todo el pueblo, después de hacer evacuar una sola de las ciudades circunvecinas sobre las cuales se ejerce mi imperio. Y nos hubiésemos tratado frecuentemente y, siempre amigos y dichosos, nada nos habría separado hasta que se extendiera sobre nosotros la nube sombría de la muerte. Mas de esto debió de tener envidia el dios que ha privado a aquel infeliz, a él tan solo, de tornar a la patria.”

Así dijo, y a todos les excitó el deseo del llanto. Y lloraba la argiva Helena, hija de Zeus; y lloraban Telémaco y Menelao atrida; y el hijo de Néstor no se quedó con los ojos muy enjutos de lágrimas, pues le volvía a la memoria el irreprochable Antíloco, a quien matara el hijo ilustre de la resplandeciente Eos. Y, acordándose de él mismo, pronunció estas aladas palabras:

“¡Atrida! Decíanos el anciano Néstor siempre que en el palacio se hablaba de ti, conversando los unos con los otros, que en prudencia excedes a los demás mortales. Pues ahora pon en práctica, si posible fuere, este mi consejo. Yo no gusto de lamentarme en la cena pero cuando apunte Eos, hija de la mañana, no llevaré a mal que se llore aquel que haya muerto en cumplimiento de su destino, porque tan solo esta honra les

queda a los míseros mortales: que los suyos se corten la cabellera y surquen con lágrimas las mejillas. También murió mi hermano, que no era ciertamente el peor de los argivos; y tú le debiste conocer —yo no estuve allá, ni llegué a verlo—, y dicen que descollaba entre todos, así en las carreras como en las batallas.”

Respondióle el rubio Menelao: “¡Amigo! has hablado como lo hiciera un varón sensato que tuviese más edad. De tal padre eres hijo, y por esto te expresas con gran prudencia. Fácil es conocer la prole del varón a quien el Cronida tiene destinada la dicha desde que se casa o desde que ha nacido; como ahora concedió a Néstor constantemente todos los días que disfrute de placentera vejez en el palacio y que sus hijos sean discretos y sumamente hábiles en manejar la lanza. Pongamos fin al llanto que ahora hicimos, tornemos a acordarnos de la cena, y dennos agua a las manos.”

Así habló. Dióles aguamanos Asfalión, diligente servidor del glorioso Menelao, y acto continuo echaron mano a las viandas que tenían delante.

Entonces Helena, hija de Zeus, mudó de parecer. Echó en el vino que estaban bebiendo un bálsamo contra el llanto y la cólera, que hacía olvidar todos los males. Quien lo tomare, después de mezclarlo en la crátera, no lograra que en todo el día le caiga una sola lágrima en las mejillas, aunque con sus propios ojos vea morir a su padre y a su madre o degollar con el bronce a su hermano o a su mismo hijo. Poseía este precioso licor la hija de Zeus, porque se lo había regalado la egipcia Polidamna,¹³ esposa de Ton, cuya fértil tierra produce innumerables bálsamos, saludables unos, mortales otros. Los médicos de allí son los más consumados entre los hombres,¹⁴ del linaje del ilustre Peón¹⁵ todos ellos. No bien hubo hecho la mixtura, ordenó Helena que escanciaran el vino, y habló así:

“¡Atrida Menelao, amado de Zeus, y vosotros, hijos de hombres esforzados! En verdad que el Cronida, como lo puede todo, ya nos manda bienes, ya nos envía males; comed ahora, sentados en esta sala, y deleitaos con la conversación, que yo os diré cosas oportunas. No podría narrar ni referir todos los trabajos del paciente Odiseo, y contaré tan solo esto, que el fuerte varón realizó y sufrió en el pueblo troyano donde tantos males padecisteis los aqueos. Infirióse vergonzosas heridas,¹⁶ echóse a la espalda unos viles harapos, como si fuera un siervo, y se entró por la ciudad de anchas calles, donde sus enemigos habitaban. Así, encubriendo su ser, transfigurado en otro hombre que parecía un mendigo, quien no era tal ciertamente, junto a las naves aqueas, fue como penetró y yo sola le reconocí e interrogué, pero él con sus mañas se me escabullía. Mas cuando lo hube lavado y ungido con aceite, y le entregué un vestido, y le prometí con firme juramento que a Odiseo no se le descubriría a los troyanos hasta que llegara nuevamente a las tiendas y a las veleras naves, entonces me refirió todo lo que tenían proyectado los aqueos. Y después de matar con el bronce de larga punta a buen número de troyanos, volvió a los argivos, llevándose el conocimiento de muchas cosas. Prorrumpieron las troyanas en fuertes sollozos, y a mí el pecho se me llenaba de júbilo, porque ya sentía en mi corazón el deseo de volver a mi casa, y deploraba el error en que me pusiera Afrodita cuando me condujo allá, lejos de mi patria, y hube de abandonar a mi hija, el tálamo y un marido que a nadie le cede ni en inteligencia ni en gallardía.”

Respondióle el rubio Menelao: “Sí, mujer, con gran exactitud lo has contado. Conocí el modo de pensar y de sentir de muchos héroes, pues llevo recorrida gran parte de la tierra, pero mis ojos jamás pudieron dar con un hombre que tuviera el corazón de Odiseo, de ánimo paciente. ¡Qué no hizo y su-

frió aquel fuerte varón en el caballo de pulimentada madera, cuyo interior ocupábamos los mejores argivos para llevar a los troyanos la carnicería y la muerte! Viniste tú en persona —pues debió de moverte algún numen que anhelaba dar gloria a los troyanos—, y te seguía Deífobo,¹⁷ semejante a los dioses. Tres veces rodeaste, tocando la hueca emboscada y llamando por su nombre a los mejores argivos, de cuyas mujeres remedabas la voz.¹⁸ Yo y el tideida, que con el divino Odiseo estábamos en el centro, te oímos cuando nos llamas-te, y queríamos salir o responder desde dentro; mas Odiseo lo impidió y nos contuvo a pesar de nuestro deseo. Entonces todos guardaron silencio y solo Antielo deseaba contestar, pero Odiseo tapóle la boca con su robusta mano, y salvó a todos los aqueos con sujetarlo continuamente, hasta que te apartó de allí Palas Atenea.”

El prudente Telémaco le repuso: “¡Atrida Menelao, discípulo de Zeus, príncipe de hombres! Más doloroso es que sea así, pues ninguna de estas cosas le libró de una muerte deplorable, ni la evitara aunque tuviese un corazón de hierro. Mas, ¡ea!, mándanos a la cama para que gocemos del dulce sueño.”

Dijo, y la argiva Helena mandó a las esclavas que aparejasen los lechos bajo el pórtico, con hermosas y purpúreas mantas, blandos tapices, y lanudas colchas. Salieron ellas de la sala, alumbrándose con encendidas hachas, y diligentes prepararon los lechos. Un heraldo condujo a los huéspedes. Así se acostaron en el vestíbulo de la casa de Telémaco y el ilustre hijo de Néstor; el atrida retiróse al interior de su morada, y Helena, la de largo peplo, la más bella de todas las mujeres, reposó a su lado.

No bien mostróse Eos, de sonrosados dedos, hija de la mañana, Menelao, valiente en los combates, se levantó de la cama, púsose sus vestidos, colgóse al hombro la aguda espada

y calzadas a los lustrosos pies las hermosas sandalias, parecido a un dios salió de la habitación y fue a sentarse junto a Telémaco, a quien dijo:

“¡Héroe Telémaco! ¿Qué necesidad te ha obligado a venir aquí, a la divina Lacedemonia, por el ancho dorso del mar? ¿Es un asunto del pueblo o propio tuyo? Dímelo francamente.”

Respondióle el prudente Telémaco: “¡Atrida Menelao, amado de Zeus, príncipe de hombres! He venido afanoso de que me comuniqués alguna nueva de mi padre. Mi casa se arruina y mi hacienda perece. El palacio está lleno de hombres perversos que, pretendiendo a mi madre y portándose con gran insolencia, degüellan mis rollizas ovejas y mis bueyes de tornátiles patas y retorcidos cuernos. Por tal razón vengo a abrazar tus rodillas, por si quisieras contarme la irreparable muerte de aquel, ora la hayas visto con tus ojos, ora la hayas oído referir a algún peregrino.

”¡Cuán sin ventura le parió su madre! No me engañes para consolarme ni tengas piedad de mí. La verdad dime toda. Y te lo suplico por lo que por ti hiciera el valeroso Odiseo, cumpliendo su palabra con el valor y la elocuencia suyos, entre la gente troyana, donde tantas desdichas pasaron los aqueos. Acuérdate y dime la verdad.”

Enojadísimo le repuso el rubio Menelao: “¡Oh dioses! ¡El lecho nupcial de héroe tan valeroso han querido profanar de esa suerte unos cobardes! Así como una cierva puso sus hijuelos recién nacidos en la guarida de un bravo león y fué a pacer por valles y oteros, y él volvió a la madriguera y dio a entrambos cervatillos indigna muerte, de semejante modo también Odiseo les ha de dar vergonzosa muerte a aquellos. Ojalá se mostrase, ¡oh padre Zeus!, Atenea y Apolo, tal como era cuando en la bien construida Lesbos se levantó contra él Filomélida,¹⁹ en una disputa, y luchó con él, y lo derribó con

ímpetu, entre el aplauso de los aqueos; ¡si mostrándose tal, se encontrara Odiseo con los pretendientes, breve fuera la vida de estos, y harto amargas sus bodas! Las nuevas que preguntas y de mí demandas te las daré como a mí llegaron, referidas por el verídico anciano de los mares.

“Los dioses me habían detenido en Egipto por no haberles sacrificado hecatombes perfectas, a pesar de mi anhelo de volver acá; que las deidades quieren que no se nos vayan de la memoria sus mandamientos. Hay en el alborotado ponto una isla, enfrente de Egipto, que la llaman Faro,²⁰ y se halla tan lejos de él cuanto puede andar en todo el día una cóncava nave, si la empujan sonoros vientos. Tiene la isla un puerto magnífico desde el cual echan al mar las bien proporcionadas naves, después de hacer aguada en un profundo manantial. Allí me tuvieron los dioses veinte días, sin que soplasen los vientos que conducen los navíos por el ancho dorso del mar. Ya todos los bastimentos se iban agotando, y también menguaba el ánimo de los hombres, pero nos salvó una diosa que tuvo piedad de mí: Idotea, hija del insigne Proteo,²¹ el anciano de los mares; la cual, sintiendo conmovérsele el corazón, se me hizo encontradiza mientras vagaba solo y apartado de mis hombres, que erraban por el litoral, de pesca con el corvo anzuelo, pues el hambre les atormentaba. Paróse Idotea y díjome estas palabras:

“¡Forastero! ¿Tan simple y poco avisado eres? ¿O te abandonas voluntariamente y te huelgas de pasar dolores, puesto que detenido en la isla desde largo tiempo, no hallas medio de poner fin a semejante situación, a pesar de que ya desfallece el ánimo de tus amigos?”

Tal habló, y le respondí de este modo: “Te diré, seas cual fueres de las diosas, que no estoy detenido por mi voluntad, sino que debo de haber pecado contra los inmortales que ha-

bitan el espacioso Uranos. Mas revélame —ya que los dioses lo saben todo— cuál de los inmortales me detiene y me cierra el camino y cómo podré llegar a la patria, atravesando el mar en peces abundoso.”

Así le habló. Contestóme en el acto la divina entre las diosas:

“¡Oh forastero!, con verdad te hablaré. En esta isla habita el veraz anciano de los mares, el inmortal Proteo egipcio, que conoce las honduras de todo el mar y es servidor de Poseidón; dicen que es mi padre, que fue el que me engendró. Si poniéndote en acechanza logras agarrarlo de cualquier manera, te diría el camino que has de seguir, cuál será su duración y cómo podrás restituirte a la patria, atravesando el mar en peces abundoso. Y también te relataría, oh alumno de Zeus, si desearas saberlo, lo que haya ocurrido en tu casa, en lo que duró la ausencia de tu largo y peligroso viaje.”

Así habló, y le repuse: “Muéstrame, pues, los ardidés de que puedo valerme para con ese anciano. Temo, en verdad, que si advierte mi presencia y nota mi propósito, me esquite; que es muy difícil para un mortal sujetar a un dios.”

Así le dije, y la insigne diosa me repuso: “¡Oh forastero!, voy a instruirte con gran sinceridad. Cuando Helios se halla en la mitad de su carrera, el veraz anciano de los mares surge de las aguas al soplo del Céfito, envuelto en espesa bruma. En seguida se acuesta en honda gruta y a su alrededor se ponen a dormir, todas juntas, las focas de natátiles pies, hijas de la hermosa Halosidne,²² que salen del espumoso mar exhalando el acerbo olor de las aguas profundas. Allí he de llevarte al romper el día y te apostaré en sitio a propósito. Elige para que te acompañen a los tres más valerosos que traigas en las naves de muchos bancos. Voy a decirte todas las astucias del anciano. Primero contará las focas, y después de contarlas en grupos de cinco, acuéstase en medio de ellas como un pastor entre su

grey. Tan luego como lo viereis dormido, apelad a todo vuestro valor y fuerza, echaos sobre él y sujetadle fuertemente, aunque intente escaparse. Trocaráse entonces en cuantas cosas rastrean la tierra, y se mudará en agua y en ardiente fuego; pero vosotros tenedle con firmeza y apretadlo más. Y cuando te interrogue con palabras mostrándose tal como lo visteis dormido, depón la violencia y déjale en libertad. Entonces, ¡oh héroe!, preguntale qué dios se opone a tu camino y cómo podrás volver a la patria a través del mar en peces abundoso.”

Dijo y hundióse en el agitado mar. Restituíme a mis naves, varadas en la playa, mientras mi corazón revolvía muchos propósitos. Y llegado a mi nao y al mar, dispusimos la cena, y como entrase la divina noche, nos echamos en la ribera. No bien mostróse Eos, de rosáceos dedos, hija de la mañana, fuime por la orilla del espacioso mar, haciendo fervientes súplicas a los dioses, con tres de mis compañeros cuyo valor me era conocido.

“En tanto la diosa, que se había sumergido en el vasto seno del mar, sacó cuatro pieles de focas recientemente desolladas, pues con ellas pensaba urdir la acechanza contra su padre. Y habiendo cavado unos hoyos en la arena de la playa, nos aguardaba sentada. No bien llegamos, hizo que nos tendiéramos por orden dentro de los hoyos, y nos echó encima sendas pieles de foca. Penosa era la asechanza, porque nos ofendía cruelmente el olor nauseabundo de las focas,²³ criadas en el mar. ¿Quién podría acostarse junto a un monstruo marino? Pero ella nos salvó, poniéndonos en las narices un poco de ambrosía, cuyo fragante perfume extinguió el hedor de aquellas bestias. Toda la mañana estuvimos aguardando con ánimo paciente, hasta que al fin las focas salieron juntas del mar y fueron a echarse en orden a lo largo de la ribera. Al mediodía salió del mar el anciano; acercóse a las obesas focas y comenzó a contarlas —a nosotros entre las primeras—, y sin recelar la

malicia, se acostó también. Súbito, con clamorosas voces, nos arrojamos sobre él, ciñéndole con nuestros brazos. No olvidó el viejo sus ardidés; transfiguróse al punto en melenudo león, en dragón, en pantera y en corpulento jabalí más tarde; después se nos convirtió en agua y hasta en árbol de excelsa copa. Mas como lo teníamos reciamente asido, con ánimo firme, aburrióse al cabo aquel astuto viejo, y díjome de esta guisa:

“¡Hijo de Atreo! ¿Cuál de los dioses te aconsejó para que mal de mi grado así me venzas? ¿Qué deseas?”

Así hablé, y le contesté diciendo: “¿Por qué tratas de engañarme con tu pregunta? Sabes que, detenido en la isla desde largo tiempo, no hallo medio de poner fin a tal situación, y ya mi ánimo desfallece. Dime, pues nada ignoran los dioses, cuál de los inmortales me detiene y me cierra el camino, y cómo podré llegar a la patria hendiendo el mar en peces abundoso.”

Así le dije, y me repuso: “Debieras haber ofrecido, antes de embarcarte, hermosos sacrificios a Zeus y a los demás dioses para llegar sin dilación a tu patria, navegando por el sombrío mar. No verás a tus amigos, ni tornarás a tu bien construida casa, ni a la patria tierra, hasta que no vuelvas nuevamente al río de Egipto,²⁴ cuyas aguas alimenta Zeus, y sacrifiques sacras hecatombes²⁵ a los inmortales dioses que habitan el anchuroso Uranos. Solo entonces te permitirán las deidades lo que ansías.”

De esta suerte hablé. Se me partía el corazón al considerar que me ordenaba volver a Egipto por el obscuro ponto, viaje largo y peligroso. Mas, con todo eso, le repuse de esta suerte:

“Haré, oh anciano, lo que me mandas. Pero, ea, dime sinceramente si volvieron salvos en sus galeras los aquivos a quienes Néstor y yo dejamos al partir de Troya, o si alguno pereció de cruel muerte en su nave o en los brazos de sus amigos, después de la guerra.”

Así le hablé, y me repuso: “¡Atrida! ¿Por qué me preguntas tales cosas? No te cumple a ti conocerlas ni explorar mi pensamiento; y me figuro que no estarás mucho rato sin llorar tan luego como las sepas todas. Innumerables aqueos fueron arrebatados por la muerte; mas otros tantos viven. Solo dos capitanes de los aquivos, revestidos de bronce, han perecido al retorno; pues en cuanto a la batalla, tú mismo lo presenciaste. Uno, vivo aún, se encuentra detenido en el anchuroso ponto. Ajax sucumbió con sus naves de largos remos: primeramente acercóle Poseidón a las grandes rocas de Gyras,²⁶ sacándolo incólume del mar; y se librara de la muerte, aunque aborrecido de Atenea, si no hubiese proferido una palabra impía: dijo que, aun a despecho de los dioses, escaparía del gran abismo del mar. Poseidón oyó sus jactanciosas palabras, y, al instante agarrando con las robustas manos el tridente, golpeó la roca de Gyras y partióla en dos: uno de los pedazos quedó allí, y el otro, en el cual se había sentado Ajax, cayó en el piélago y llevóse al héroe arrastrándolo al abismo. Y allí murió después de haber bebido las salobres aguas del mar. Tu hermano esquivó la muerte escapando en su cóncava nave, y la veneranda Hera lo salvó. Mas cuando iba a llegar al excelso promontorio de Malea, arrebatóle una tempestad, que lo llevó por el ponto abundante en peces, mientras daba grandes gemidos a una extremidad del campo donde Tiestes poseyó un tiempo su vivienda, habitada a la sazón por Egisto Tiestiada. Ya desde allí les pareció la vuelta segura y, como los dioses tornaron a enviarles próspero viento, llegaron por fin a sus casas. Agamenón pisó alegre el suelo de su patria, que tocaba y besaba, y de sus ojos corrían ardientes lágrimas al contemplar con júbilo aquella tierra. Pero vióle desde una eminencia un espía, puesto allí por el doloso Egisto, quien le prometió como gratificación dos talentos de oro, el cual hacía un año

que vigilaba —no fuera que Agamenón viniese sin ser advertido y mostrase su impetuoso valor—, y corrió a palacio a dar la nueva al insigne caudillo. Egisto urdió al momento una engañosa trama: escogió de entre el pueblo veinte hombres muy valientes, y los puso en emboscada, mientras por otra parte ordenaba que se preparase un banquete. Fuese después a invitar a Agamenón, pastor de hombres, con caballos y carros, revolviendo en su ánimo execrables propósitos. Y se llevó al héroe, que nada sospechaba acerca de la muerte que le habían preparado, dióle de comer y le quitó la vida como se mata a un buey en el establo. No quedó ninguno de los compañeros del atrida que con él llegaron, ni se escapó ninguno de los de Egisto, sino que todos fueron muertos en el palacio.”

Así habló, y sentí destrozárseme el corazón. Echado en la arena lloraba y no quería vivir ni contemplar ya más la luz de Helios. Pero cuando mis ojos se hartaron de verter lágrimas, hablóme así el veraz anciano de los mares:

“No llores, oh hijo de Atreo, mucho tiempo, y sin tomar descanso, que ningún remedio se puede hallar. Pero haz por volver lo antes posible a la patria tierra y hallarás a Egisto vivo aún; o si Orestes se te adelantase, llegarás a punto para asistir al banquete fúnebre.”

Así se expresó. Regocijéme en mi corazón y en mi ánimo generoso, aunque me sentía afligido, y hablé al anciano con estas aladas razones:

“Ya sé de estos. Nómbrame al tercer varón, aquel que, vivo aún, se encuentra detenido en medio del anchuroso mar, pues, a pesar de que estoy triste, deseo tener noticias suyas.”

Así le dije, y me respondió en el acto: “Es el hijo de Laertes, el que tiene en Ítaca su morada. Le vi en una isla vertiendo de sus ojos abundantes lágrimas: está en el palacio de la ninfa Calipso, que le detiene por fuerza, y no le es posible restituir-

se a su patria tierra, porque no dispone de naves provistas de remos ni de compañeros que le conduzcan por el anchuroso dorso del mar. Por lo que a ti se refiere, oh Menelao, caro a Zeus, no te reserva el destino sufrir la Moira ni acabar tu existencia en Argos, fecunda en corceles, sino que los inmortales te enviarán a los Campos Elíseos, al extremo de la tierra, donde se halla el rubio Radamanto²⁷ —allí se vive dichosamente, allí jamás hay nieve, ni invierno largo, ni lluvia, sino que el océano envía el suave aliento del Céfito para que refresque a los hombres—, pues, esposo de Helena, yerno eres de Zeus.”

Dicho esto, sumergi6se en el espumoso ponto. Yo me encaminé hacia los bajeles con mis divinos compañeros y con el corazón agitado por numerosos prop6sitos. Así que hubimos llegado a mi embarcaci6n y al mar, dispusimos la cena; y como se entrase la solitaria noche, nos acostamos en la playa. Y al punto que se descubri6 Eos, de sonrosados dedos, hija de la mañana, echamos las bien proporcionadas naves al mar y arbolamos sus mástiles y velas; después, sent6ronse mis compañeros ordenadamente en los bancos y comenzaron a herir con los remos el espumoso mar. Volví a detener las naves en el Egipto, río que las celestiales lluvias alimentan, y sacrificué cumplidas hecatombes. Aplacada la ira de los sempiternos dioses, erigí un túmulo a Agamen6n, para que su gloria fuera inextinguible. En acabando estas cosas, emprendí la vuelta, y los inmortales concedi6ronme próspero viento y trajéronme con gran rapidez a mi querida patria. Y ahora, hijo mío, continúa en mi palacio hasta el oncenno o el docenno día, y entonces te despediré dignamente y haré espléndidos regalos: tres corceles y un carro hermosamente labrado; y también he de darte una magnífica copa para que hagas libaciones a los inmortales dioses y te acuerdes de mí todos los días.”

Respondióle el prudente Telémaco: “¡Atrida, no me detengas mucho tiempo! Yo pasaría un año a tu vera, sin sentir añoranza por mi casa y por mis padres —tan deleitosas son para mí tus palabras y razones—; mas deben sin duda alguna afligirse ya por mí los compañeros que dejé en Pilos, pues hace ya mucho que me detienes. El don que me hagas consista en algo que se pueda guardar. Los corceles no pienso llevarlos a Ítaca, sino que los dejaré para tu ornamento. En tu reino hay dilatadas llanuras donde crecen boyantes el loto, la juncia, el trigo, la avena y la cebada; en Ítaca no hay caminos para los carros, ni praderas, y sus pastos son más propios de cabras que para corceles. Las islas que se inclinan sobre el mar no son propias para la equitación ni tienen hermosos prados, e Ítaca menos que ninguna.”

Así dijo. Sonrióse Menelao,²⁸ valiente en la pelea, y acariciándole con la mano, le habló de esta manera:

“¡Hijo querido! Bien se muestra en lo que hablas la noble sangre de que procedes. Cambiaré el regalo, ya que puedo hacerlo, y de cuantas cosas se guardan en mi palacio, voy a darte la más bella y preciosa. Te haré el presente de una crátera labrada, toda de plata con los bordes de oro, que es obra de Hefestos, y diómela el héroe Fédimo,²⁹ rey de los sidonios, cuando a mi regreso me detuve en su morada. Tal es lo que deseo regalarte.

Así estos conversaban. Los convidados fueron llegando a la mansión del divino rey: unos traían ovejas, otros confortante vino; sus esposas, ceñidas a la cabeza lindas cintas, traían el pan. De tal suerte se ocupaban, dentro del palacio, en preparar la comida.

Mientras tanto, solazábanse los pretendientes en el palacio de Odiseo, tirando discos y jabalinas en el labrado pavimento donde acostumbraban ejecutar sus insolentes acciones. Anti-

noo estaba sentado y también Eurímaco, semejante a los dioses, que eran los príncipes de los pretendientes y sobre todos descollaban por su bravura. Y fue a encontrarlos Noemón, hijo de Fronio, el cual dirigiéndose a Antínoo, interrogóle con estas palabras:

“¡Antínoo! ¿Sabemos por ventura cuándo volverá Telémaco de la arenosa Pilos? Se fue en mi nave y ahora la necesito para ir a la vasta Elide, que allí tengo doce yeguas y apacibles mulos, aún sin desbravar, y traería alguno de estos para domarle.”

Así les habló, y quedáronse atónitos porque no se figuraban que Telémaco hubiese tomado la ruta de Pilos, la ciudad de Neleo, sino que estaba en el campo, viendo las ovejas, o en la cabaña del porquerizo.

Antínoo, hijo de Eupites, contestóle diciendo: “Habla con sinceridad. ¿Cuándo se fue y qué jóvenes escogidos de Ítaca le siguieron? ¿O son quizás hombres asalariados o esclavos suyos? Pues también pudo hacerlo de semejante manera. Réfiéreme asimismo la verdad de esto, para que yo me entere: ¿Te quitó la negra nave por fuerza y mal de tu grado, o se la diste voluntariamente cuando fue a hablarte?”

Noemón, hijo de Fronio, le respondió de esta guisa: “Se la dí yo mismo y voluntariamente. ¿Cómo obrar de otra suerte? Difícil fuera rehusar a hombres de su linaje.

”Los mozos que le siguen son los que más sobresalen en el pueblo, entre nosotros, y como capitán vi embarcarse a Méntor, o a un dios, que en todo le era semejante. Y lo que me pasma es que ayer a la mañana, vi aquí al divino Méntor y entonces es cuando se ha embarcado para ir a Pilos.”

Dicho esto, fuése Noemón a la casa de su padre. Indignáronse en su corazón soberbio Antínoo y Eurímaco; y los demás pretendientes se sentaron con ellos, cesando de jugar. Y ante todos habló Antínoo, hijo de Eupites, que estaba afli-

gido y tenía las entrañas llenas de negra cólera y los ojos parecidos al relumbrante fuego:

“¡Oh dioses! ¡Gran proeza ha realizado orgullosamente Telémaco con ese viaje! ¡Y decíamos que no lo llevaría a efecto! Contra la voluntad de muchos se fue el adolescente, habiendo logrado botar una nave y elegir compañía entre lo más granado de Ítaca. De aquí adelante comenzará a ser un peligro para nosotros; ojalá Zeus dé al traste con su vida antes que llegue a la flor de la juventud. Mas, ¡ea!, proporcionadme ligero bajel y veinte compañeros, y le armaré una emboscada cuando vuelva, acechando su retorno en el estrecho que separa a Ítaca de la abrupta Samos, a fin de que le resulte funestísima la navegación que emprendió para tener noticias de su padre.”

Así les dijo, y todos lo aprobaron exhortándole a ponerlo por obra; y levantándose, entraron en seguida al palacio de Odiseo.

No tardó Penélope en saber los propósitos que los pretendientes formaban en secreto, porque se lo dijo el heraldo Medón, que oyó lo que hablaban, desde el exterior del patio, mientras en este urdían la trama. Entró, pues, en la casa, para contárselo a Penélope; y esta al verle en el umbral, le habló diciendo:

“¡Heraldo! ¿Con qué objeto te envían los ilustres pretendientes? ¿Acaso para decir a las esclavas del divino Odiseo que suspendan el trabajo y les preparen el festín? Ojalá que dejasen de pretenderme y de frecuentar esta morada, celebrando hoy su postrera y última comida. Oh, vosotros, los que, reuniéndoos a menudo, consumís los muchos bienes que constituyen la herencia del prudente Telémaco: ¿No oísteis decir a vuestros padres, cuando erais todavía niños, de qué manera los trataba Odiseo, que a nadie hizo agravio ni profirió en el pueblo palabras ofensivas, como acostumbran hacer los divinales reyes, que aborrecen a unos hombres y

aman a otros. Jamás cometió aquel la menor iniquidad contra hombre alguno; y ahora son bien patentes vuestro perverso ánimo y abominables acciones, porque ninguna gratitud guardáis por los beneficios.”

Entonces le respondió Medón, el de discretos pensamientos: “Fuera ese, oh reina, el mayor mal. Pero los pretendientes fraguan ahora otro más grande y más grave, que ojalá el Cronida no quiera se lleve a término. Propónense matar a Telémaco con el agudo bronce, al punto que llegue a este palacio; pues ha ido a la sagrada Pilos y a la divina Lacedemonia en busca de noticias de su padre.”

Tal dijo. Penélope sintió desfallecer sus rodillas y su corazón, estuvo un buen rato sin poder hablar, llenáronse de lágrimas sus ojos y la voz se le cortó. Mas al fin hubo de responder con estas palabras:

“¡Heraldo! ¿Por qué se fue mi hijo? Ninguna necesidad tenía de embarcarse en las naves de ligero curso, que sirven a los hombres como caballos por el mar y atraviesan la grande extensión del agua. ¿Lo hizo acaso para que ni memoria quede de su nombre entre los mortales?”

Le contestó Medón, que concebía sensatos pensamientos: “Ignoro si le incitó alguna deidad o fue únicamente anhelo suyo el ir a Pilos para saber noticias de la vuelta de su padre, y tampoco sé cuál suerte le haya cabido.”

En diciendo esto, fuese por la morada de Odiseo. Apodérase de Penélope el dolor, que destruye los ánimos, y ya no pudo permanecer sentada en la silla, habiendo muchas en la casa, sino que fue a sentarse en el umbral del hermoso aposento y lamentábase de tal modo que inspiraba compasión. En torno suyo plañían todas las esclavas del palacio, así las jóvenes como las viejas. Y díjoles Penélope, mientras derramaban abundantes lágrimas: “Oídme, amigas mías, pues el Olím-

pico me ha dado más pesares que a ninguna de las que conmigo nacieron y se criaron: anteriormente perdí a mi egregio esposo que tenía el ánimo de un león y descollaba sobre los dánaos en toda clase de excelencias, varón ilustre cuya fama se difundía por la Hélade y llegó hasta Argos; y he aquí que ahora las tempestades habrán arrebatado sin gloria alguna a mi amado hijo, lejos de su morada, y sin que ni siquiera me enterara de su partida. ¡Cruelles! ¡A ninguna de vosotras le vino a las mientes hacerme abandonar el lecho, sabedoras de que Telémaco se iba a embarcar en la cóncava y negra nave! Pues de llegar a mis oídos que proyectaba ese viaje, quedárase en casa por deseo que estuviera de partir, o me hubiese dejado muerta en este palacio. Vaya alguna a llamar prestamente al anciano Dolio, el que me dio mi padre cuando vine aquí y cuida de mi huerto, para que corra a encontrar a Laertes; para que este, ideando algo, salga a quejarse de los ciudadanos que desean exterminar su linaje y el del divino Odiseo.”

Dijole entonces Euriclea, su nodriza amada: “¡Niña querida!, ya me mates con el cruel bronce, ya me dejes viva en el palacio, nada te quiero ocultar. Yo lo supe todo y dí a Telémaco cuanto me ordenara —pan y dulce vino—, pero hízome prestar solemne juramento de que no te lo dijese hasta el duodécimo día, o hasta que te aquejara el deseo de verle u oyeras decir que había partido, porque temía que con el llanto se marchitase tu hermosura. Mas ahora, sube con tus esclavas a lo alto de la casa, lávate, envuelve tu cuerpo en vestidos puros, y allí implora a Atenea, hija de Zeus tempestuoso, que lleva la égida, para que ella salve a tu hijo de la muerte. No angusties más a un anciano afligido, pues yo no creo que el linaje del Arcesíada³⁰ les sea odioso hasta tal grado a los felices inmortales, sino que siempre quedará alguien que posea la casa de elevada techumbre y los fértiles campos.”

Así le dijo, y calmóle el llanto, consiguiendo que sus ojos dejaran de llorar. Lavóse Penélope, envolvió su cuerpo en vestidos puros, subió con las esclavas a lo alto de la casa, puso las molas en un cestillo, y suplicó de este modo a Atenea:

“¡Óyeme, hija de Zeus, que lleva la égida; indómita deidad!, si alguna vez el ingenioso Odiseo quemó en tu honor, dentro de este palacio, pingües muslos de bueyes o de ovejas, recuérdalo y protege a mi amado hijo, y aparta a los perversos y ensoberbecidos pretendientes.”

Acabando de hablar lanzó un gemido, y la diosa acogió su ruego. Los pretendientes movían alboroto en la obscura sala, y uno de los insolentes jóvenes dijo de esta guisa:

“La reina por tantos codiciada está preparando el casamiento, pero sin duda ignora que la muerte próxima acecha a su hijo.”

Así habló, pero no sabían lo que dentro pasaba. Y Antínoo arengóles diciendo:

“¡Desgraciados! Absteneos todos de pronunciar frases temerarias, no sea que alguno vaya a contrariar a Penélope. Mas, ea, levantémonos y pongamos por obra, silenciosamente, el proyecto que a todos place.”

Dicho esto, escogió a los veinte hombres más esforzados y fuese con ellos a la orilla del mar, donde estaba la velera nao. Ante todo, botaron al mar el negro bajel, y arbolado el mástil y el velamen, luego aparejaron los remos con correas de cuero, haciéndolo como era debido, y dieron al aire las blancas velas, y sus bravos servidores trajéronles las armas. Anclaron la nave, después de llevarla adentro del mar; saltaron en tierra y se pusieron a comer, aguardando que alumbrase Véspero.

Mientras tanto, la discreta Penélope yacía en el piso superior y estaba en ayunas, pensando siempre en si su irreprochable hijo escaparía de la muerte o lo harían sucumbir los

orgullosos pretendientes. Y cuantas cosas piensa un león al verse cercado por multitud de hombres que lo acosan, otras tantas revolvía Penélope en su mente cuando le sobrevino el dulce sueño. Durmió recostada y relajáronse todos sus miembros.

Entonces Atenea, la de los claros ojos, ordenó otra cosa. Hizo un fantasma parecido a una mujer, a Iftima, hija del magnánimo Icarío, mujer de Eumelo, que tenía su casa en Feres; y envióle a la morada del divino Odiseo, para poner fin de algún modo al llanto y a los gemidos de Penélope, que se lamentaba sollozando. Y el fantasma entró en la cámara nupcial, deslizándose por la correa del cerrojo, y suspenso sobre la cabeza de Penélope, díjole estas palabras:

“¿Duermes, Penélope, con el corazón afligido? Los dioses, que viven felizmente, no te permiten llorar ni angustiarte; pues tu hijo aún ha de volver y nunca ofendió a los Olímpicos.”

Respondióle la prudente Penélope, suavemente traspuesta en los umbrales del sueño:

“¡Hermana! ¿A qué has venido? Hasta ahora no solías frecuentar el palacio, porque se halla muy lejos de tu morada. ¡Mandas que cese mi aflicción y los muchos pesares que con-turban la mente y el ánimo! Anteriormente perdí a mi valiente esposo, semejante a un león por su ánimo, más que nadie entre los dánaos poseedor de todas virtudes, cuya fama se derramó por la Hélade y llegó hasta Argos; y he aquí que ahora mi amado hijo se fue en cóncavo bajel, niño aún, inexperto en los trabajos y en el habla. Por este me lamento todavía más que por aquel; por este tiemblo, y temo que padezca algún mal en los países adonde ha ido o en el ponto. Que son muchos los enemigos que están maquinando contra él, deseosos de matarlo antes de que llegue a su patria tierra.”

El oscuro fantasma le respondió diciendo: “Cobra ánimo y no sientas en tu pecho excesivo temor. Tu hijo va acompa-

ñado por quien desearían muchos hombres que a ellos los protegiese como puede hacerlo, por Palas Atenea, que se compadece de ti y me envía a participar estas cosas.”

Entonces hablóle de esta manera la discreta Penélope: “Si eres diosa y de alguna otra diosa oíste la voz, háblame del sin ventura Odiseo. ¿Vive aún y ve la luz de Helios, o murió y está en la mansión de Hades?”

El vagaroso fantasma le repuso: “No te revelaré claramente si vive o ha muerto, porque no conviene hablar de cosas vanas.”

Cuando esto hubo dicho, fué por la cerradura de la puerta como un soplo de viento. Despertóse la hija de Icarío y se le alegró el corazón, porque había tenido tan claro el sueño entre las sombras de la noche.

Ya los pretendientes se habían embarcado y navegaban por la líquida llanura, maquinando en su pecho una muerte cruel para Telémaco. Hay en el mar, entre Ítaca y la abrupta Same, una isla pedregosa, Asteris, que no es extensa, pero tiene puertos de doble entrada, excelentes para que fondeen los navíos: allí los aqueos se pusieron en emboscada para aguardar a Telémaco.



Notas

- ¹ El adjetivo griego *vasta* deriva de *cetos* (*cetáceo* o *ballena*), y sirvió para formar un pintoresco epíteto, aplicable a cosas grandes o extensas. Suponer a Esparta, siendo una ciudad interior, llena de ballenas, sería soberanamente ridículo.
- ² Hermione a Pirro o Neoptolemo. Según una tradición posterior, aceptada por Sófocles al decir de Eustacio, Hermione había sido prometida antes a Orestes por Tíndaro, su abuelo materno. Muerto Pirro a manos de Macareo, fue entregada a Orestes, a quien dio un hijo llamado Tisámeno para perpetuar la memoria de la venganza que su padre tomó de los asesinos de Agamenón, Egisto y Clitemnestra. Otros dicen que Pirro fue muerto por el mismo Orestes.
- ³ Aristóteles, según Ateneo (libro XIII), se admiraba de que Homero no diese concubina alguna a Menelao, cosa corriente en aquellos heroicos tiempos. Pero este pasaje de la *Odisea* contradice la opinión del célebre filósofo, a no ser que se entienda que se refería a la *Iliada*, en cuyo caso no habría error alguno. Menelao llamó *Megapentes* a su hijo para demostrar la gravísima pena que sentía por la infidelidad y la ausencia de su legítima esposa.
- ⁴ Los comentaristas, que lo explican todo, hasta lo más misterioso e íntimo, dan por causa de la poca fecundidad de Helena el deseo de que no se perdiese su hermosura con la repetición de partos. Sin embargo, según heroicas hablillas, Helena había tenido otro hijo de Menelao, llamado Nicóstrato, y otro, Corinto o Heleno, del hermoso Paris.
- ⁵ Los alimentos de los caballos, según Pólux, eran: cebada, trigo candéal, espelta y heno. Homero habla también del loto y del apio silvestre.
- ⁶ Plutarco reprende agriamente a Telémaco por el asombro con que contempla las riquezas acumuladas en el palacio de Menelao, acusándole de ignorancia, de grosería y de falta de discreción para apreciar las cosas verdaderamente útiles. Homero, como observa a este propósito Mme. Dacier, siguió en este pasaje, como en casi todos los de su inmortal poema, las huellas del natural, y cumplió con admirable tino el *notandæ sunt tibi mores* del discretísimo Horacio. No fue un Sócrates o un Diógenes como

el biógrafo de Queronea pretende; pero fue lo que debía de ser. Además, estuvo dentro de lo que las conveniencias sociales, digámoslo así, y la urbanidad debían prescribir entonces, a juzgar por lo que ordenaron después (Ateneo, lib. IV). Se aconseja, en efecto, al que por primera vez se presenta a comer en una casa, que antes de sentarse a la mesa admire y elogie las cosas de mérito que haya en el salón. Bdelicleón dice también a su padre en *Las Avispas*, de Aristófanes: “Déjate caer blandamente sobre los almohadones como un ligero gimnasta, elogia después los vasos de bronce que haya por allí; admira las cortinas del patio...”

⁷ Metal desconocido, mezcla, creen algunos, de cobre, plata y oro.

⁸ Aristónico pretende que la Etiopía en que estuvo Menelao era la meridional, a la cual llegó dando la vuelta por el océano Atlántico. Estrabón refuta victoriosamente esta suposición y prueba que, habiendo llegado hasta Tebas de Egipto, pudo fácilmente penetrar el atrida en la Etiopía, que le prestaban los egipcios y el rey de esta nación.

⁹ Creemos que son los habitantes de Sidón, en Fenicia, sin necesidad de ir a buscarlos en las costas del Océano, como algunos comentaristas quieren. Menelao, aunque ya ha citado la Fenicia, hace mención especial de los sidonios, sin duda por haberse detenido en su capital, como lo da a entender más tarde al hablar de los regalos de Fédino, rey de la opulenta Sidón.

¹⁰ Son los árabes trogloditas en las costas del mar Rojo, próximas a Egipto. Aunque, según Brochart, *erembo* y árabe son una misma palabra, derivadas ambas de *arab*, negro o moreno oscuro, en hebreo. La primera no tiene más variantes que la debilitación de la *a* en *e* y la epéntesis de una *m* para reforzar el radical.

¹¹ Citando Herodoto (*Melpómene*, XXIX) este verso de Homero, dice: “Bien dicho, por cierto: pues en los países calientes desde luego salen los cuernos; pero en los climas más helados, o nunca los sacan los animales, o bien los sacan tarde o mal, y así me confirmo en que el frío es la causa de ello”. Dejamos íntegra al padre de la historia la responsabilidad de esta afirmación.

¹² Como se ve, el poeta supone que Menelao volvió a recibir a Helena en su tálamo. Muchos griegos quisieron que fuese muerta después de la destrucción de Troya, pero se salvó por el amor de Menelao y la intercesión de Ulises.

- ¹³ Eliano (*De los Animales*, lib. IX, capítulo XXI) refiere sobre este particular la siguiente fábula: Ton, rey de Egipto, quedó encargado, durante los viajes de Menelao, de guardar a Helena; prendóse de esta princesa, que reveló su pasión a su esposa Polidamna. Temerosa esta de que su marido la expusiese en la isla de Faros al furor de las infinitas serpientes venenosas que la infestaban, dio a Helena una hierba que, plantada en la isla, produjo una semilla mortal para los terribles ofidios. Polidamna debió dar también a la bella argiva otras plantas, entre ellas la llamada nepentes, o sea *antídoto del llanto y del dolor*, que es como traducimos este vocablo. Ton, dice Estrabón, reinaba en una ciudad cerca de Canopo, y Herodoto averiguó que era el gobernador de esta última.
- ¹⁴ Herodoto (*Euterpe*, LXXXIV) no dice que sean los mejores, pero sí en infinito número: “Reparten en tantos ramos la medicina, que cada enfermedad tiene su médico, y nunca basta uno solo para diversas dolencias. Hierve en médicos el Egipto: médicos hay para los ojos; médicos para la cabeza, para las muelas, para el vientre; médicos, en fin, para los achaques ocultos.” Véase cuán antiguos son los especialistas.
- ¹⁵ Médico de los dioses. Curó las heridas de Ares y de Hades.
- ¹⁶ Estratagema usada varias veces, como se cuenta de Zopiro y Megabises. Pisístrato también lo empleó, aunque con menos noble objeto, lo cual le valió la célebre respuesta de Solón (Vid. Plutarco, *Vida de Solón*): “Hijo de Hipócrates representas mal el Odiseo de Homero; tú te has destrozado el cuerpo para engañar a tus conciudadanos, y aquel para engañar a sus enemigos.”
- ¹⁷ Hijo de Príamo y de Hécuba. Helena se casó con él después de la muerte de Paris, y para congraciarse con Menelao, se lo entregó después de la destrucción de Troya.
- ¹⁸ Helena tenía la habilidad de imitar la voz de cualquier mujer, por poco que la hubiera oído, por lo cual fue llamada *Eco*. Era un don de Afrodita, para que el día en que Menelao se prendase de otra, pudiera sorprenderle fácilmente imitando de pronto la voz de la mujer amada.
- ¹⁹ Rey de Lesbos, que desafiaba a todos los extranjeros que entraban en su isla.

²⁰ La isla de Faro (o Faros) no estaba tan distante de Canopo como supone Homero. A no ser que los aluviones del Nilo hubieran acrecido rápidamente, lo que no es creíble, la costa septentrional de Egipto, hasta el extremo de aproximarla ya mucho a la referida isla en tiempo de los escritores de Geografía. Véanse, para más detalles, Mela (lib. II) y Estrabón (lib. I y XVII).

²¹ Llevó este nombre un rey de Egipto, en Menfis. En su corte, según una tradición referida por Herodoto (*Euterpe*, XII y siguientes), estuvo Helena durante la guerra de Troya, pues Alejandro o Paris no logró llevarla a aquella ciudad. Homero, según el historiador citado, no debió ignorar estos sucesos, “pero como la verdad de esta narración no sea tan apta y grandiosa para la belleza y majestad de su epopeya como la fábula de que se sirvió, omitióla con tal motivo, contentándose con manifestar que bien conocida la tenía.” Proteo restituyó su esposa a Menelao. Eurípides, en su *Helena* y su *Electra*, siguió con preferencia la tradición referida por Herodoto.

Por otra parte, Proteo disfrutó en Egipto de honores divinos, pues tenía (Herodoto, *id.*) un templo en Menfis, rodeado de un hermoso bosque, en el que había otro lugar consagrado a Afrodita y a la huésped (Helena). Gozaba de gran fama de mago y astrólogo, y la facultad de transformarse que le atribuyeron los griegos se debió, o a esta fama que tenía, o a las varias figuras y jeroglíficos con que los reyes egipcios adornaban sus cabezas.

Sabida es la bellísima imitación que de este pasaje homérico hizo Virgilio en el libro IV de sus áureas *Geórgicas*.

²² Sobrenombre de Anfitrita, que significa *la que se mueve o alimenta en el mar*.

²³ El olor de las focas era desagradabilísimo para el olfato griego. Aristófanes lo emplea como lo más hediondo, suponiéndoselo a Cleón en *Los Caballeros* y en *Las Avispas*. La piel de la foca gozaba de varias virtudes maravillosas, según los antiguos: una de ellas, el no ser nunca heridas por el rayo (Plinio, lib. II, cap. XII). Eran muy dormilonas, por lo cual no es de extrañar que Homero las saque del mar a dormir su siesta al mediodía. Por esto mismo dijo Marcial en un epigrama: *Dormitis nimium glires, vitulique marini*. Eran, en fin, domesticables.

- ²⁴ Homero siempre llama Egipto al Nilo en sus poesías.
- ²⁵ Eran sacrificios de cien víctimas, como lo indica el nombre. Sin embargo, recibía también esta denominación todo aquel en que se inmolaban muchas, aun cuando su número no llegara a cien, como se comprueba por varios pasajes del mismo Homero.
- ²⁶ Estaban cerca del cabo Cafareo en Eubea.
- ²⁷ Rey de Licia, hijo de Zeus y Europa. Su rectitud en la administración de justicia le valió el ser nombrado juez de los infiernos, en unión de Eaco y Minos.
- ²⁸ La sonrisa de Menelao es sin duda por la ingenuidad y la franqueza de Telémaco.
- ²⁹ Otros intérpretes creen que Fédimo no es nombre propio, sino adjetivo en su significación de ilustre. Otros, que este rey sidonio se llamaba *Sobatus*, y otros *Sethlon*.
- ³⁰ Hijo de Zeus y Euriodia, y padre de Laertes.

Rapsodia quinta

EOS SE LEVANTABA DEL LECHO, DEJANDO AL ILUSTRE TITÓN,¹ para llevar la luz a los inmortales y a los míseros hombres, cuando los dioses se reunieron en junta, sin que faltara Zeus tempestuoso, cuyo poder es grandísimo. Y Atenea, trayendo a la memoria los muchos infortunios de Odiseo, los refirió a las deidades, interesándose por el héroe, que se hallaba entonces en el palacio de la ninfa:

“¡Padre Zeus, felices y sempiternos dioses! Ningún rey, que empuñe cetro, sea benigno, ni blando, ni suave, ni emplee el entendimiento en cosas justas; antes, por el contrario, obre siempre con crueldad y lleve a cabo acciones nefandas; ya que nadie se acuerda del divino Odiseo entre los ciudadanos sobre los cuales reinaba con el afecto de un padre. Hállase en una isla atormentado por rudos pesares: en el palacio de la ninfa Calipso, que le detiene por fuerza; y no le es posible llegar a su patria porque le faltan naves provistas de remos y compañeros que le conduzcan por el ancho dorso del mar. Y ahora quieren matarle al hijo amado así que torne a su casa, pues ha ido a la sagrada Pilos y a la insigne Lacedemonia en busca de noticias de su padre.”

Respondióle Zeus, que amontona las nubes: “¡Hija mía! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! ¿No formaste tú misma ese proyecto: que Odiseo, al tornar a su tierra se vengaría de aquellos? Pues acompaña con discreción

a Telémaco, ya que lo puedes, a fin de que se restituya incólume a su patria y los pretendientes que están en la nave tengan que volverse.”

Dijo, y dirigiéndose a Hermes, su hijo amado, hablóle de esta suerte: “¡Hermes! Ya que en lo demás eres tú el mensajero, ve a decir a la ninfa de hermosas trenzas nuestra firme resolución —que Odiseo torne a su patria— para que el héroe emprenda el regreso sin ir acompañado por los dioses ni por los mortales hombres: navegando en una balsa fuertemente trabada, llegará en veinte días y padeciendo trabajos a la fértil Esqueria,² la tierra de los feacios, que por su linaje son cercanos a los dioses;³ y ellos le honrarán cordialmente, como a una deidad, y le enviarán en un bajel a su patria tierra, después de regalarle bronce, oro, vestidos y tantas cosas como jamás sacara de Troya si llegase indemne con la parte de botín que le correspondiese. Dispuesto está por la Moira que Odiseo vea a sus amigos y llegue a su casa de alta techumbre y a su patria.”

Así habló. El mensajero, matador de Argos no fue desobediente: al punto ató a sus pies los áureos y divinos talares, que le llevaban sobre el mar y sobre la tierra inmensa con la rapidez del viento, y tomó la vara⁴ con que aduerme los ojos de los hombres o los despierta. Teniéndola en las manos, el poderoso argicida emprendió el vuelo, y al llegar a la Pieria,⁵ bajó al ponto y comenzó a volar rápidamente, como la gaviota que pescando peces en los grandes senos del mar estéril, moja en el agua salobre sus tupidas alas: tal parecía Hermes volando a ras de las espantables olas. Cuando hubo arribado a aquella isla tan lejana, salió del violáceo ponto, saltó en tierra, prosiguió su camino hacia la vasta gruta donde moraba la ninfa de hermosas trenzas, y hallóla dentro. Ardía en el hogar un gran fuego y el olor del hendible cedro y de la tuya, que en él

se quemaban, difundíase por la isla hasta muy lejos; mientras ella, cantando con voz hermosa, tejía en el interior con lanzadera de oro. Rodeando la gruta, había crecido una verde selva de chopos, álamos y cipreses olorosos, donde anidaban aves de luengas alas: búhos, gavilanes y chillonas cornejas marinas, a las que sustenta el ponto. Allí mismo, junto a la honda cueva, extendíase una viña floreciente, cargada de racimos en sazón; y cuatro fuentes manaban, muy cerca la una de la otra, dejando correr en varias direcciones sus aguas cristalinas. Veíanse en contorno frescos y amenos prados de violetas⁶ y apio silvestre; y al llegar allí hasta un inmortal se hubiese admirado, recreándose su alma. Detúvose Hermes a contemplar aquello; y después de admirarlo, penetró en la vasta gruta, y fue conocido por Calipso, la insigne diosa, desde que a ella se presentara, porque los inmortales se conocen todos por muy apartados que vivan; pero no halló al magnánimo Odiseo, que estaba llorando en la ribera, donde tantas veces, consumiendo su ánimo con lágrimas, suspiros y dolores, fijaba los ojos en el ponto estéril y derramaba copioso llanto. Y Calipso, la insigne entre las diosas, hizo sentar a Hermes en magnífico sitial, e interrogóle de esta suerte:

“¿Por qué, oh Hermes, el de la varita de oro, caro y venerable, vienes a mi morada? Antes no solías frecuentarla. Di qué deseas, pues mi ánimo me impulsa a realizarlo si puedo y es factible. Pero sígueme, a fin de que te ofrezca los dones de la hospitalidad.”

Habiendo hablado de semejante modo, la diosa púsole delante una mesa, que cubrió de ambrosía, y mezcló el rojo néctar. Allí bebió y comió el mensajero. Y cuando hubo cenado y repuesto su ánimo, respondió a Calipso con estas palabras:

“Me preguntas, oh diosa, a mí que soy dios, por qué he venido. Voy a decírtelo con sinceridad, ya que así lo mandas.

Zeus me ordenó venir, sin que yo lo deseara: ¿quién recorrería gustoso las inmensas salobres aguas, donde no hay ciudad alguna, residencia de hombres mortales, que hagan sacrificios a los dioses y les ofrezcan selectas hecatombes? Pero no le es posible a ningún dios ni transgredir ni dejar sin efecto la voluntad de Zeus, que lleva la égida. Dice que está contigo un varón, que es el más infortunado de cuantos combatieron alrededor de la ciudad de Príamo, durante nueve años, y en el décimo, habiéndola destruido, tornaron a sus casas; mas en la vuelta ofendieron a Atenea y esta concitó contra ellos los vientos y el alborotado mar. En las olas hallaron la muerte sus esforzados compañeros; y a él trajéronlo acá el viento y el oleaje. Zeus te ordena que a tal varón le permitas que se vaya cuanto antes, porque su destino no es morir lejos de sus amigos, sino antes verles y regresar a su alta mansión y a la patria tierra.”

Tal dijo. Estremeciése Calipso, la insigne diosa, y respondió con estas aladas palabras: “Sois, oh dioses, malignos y celosos como nadie, pues sentís envidia de las diosas que no se recatan de compartir su lecho con los hombres a quienes han tomado por esposos. Así, cuando Eos, de rosáceos dedos, arrebató a Orión,⁷ le tuvisteis envidia vosotros los dioses, que vivís sin cuidados, hasta que la casta Artemisa, de áureo trono, lo mató en Ortigia,⁸ alcanzándole con sus suaves flechas. Asimismo, cuando Deméter, la de hermosa cabellera, cediendo a los impulsos de su corazón, juntóse en amor y lecho con Jasión,⁹ en una tierra noval, labrada tres veces, Zeus que no tardó en saberlo, mató al héroe, hiriéndolo con el ardiente rayo. Igual ahora me tenéis envidia, oh dioses, porque está conmigo un hombre mortal, a quien salvé cuando bogaba solo y montado en una quilla, después que Zeus hubo hendiendo su nave en mitad del sombrío ponto, con el fuego celeste. Allí acabaron la vida sus fuertes compañeros; mas a él trajé-

ronlo acá el viento y el oleaje, y lo acogí amigablemente, lo mantuve y díjele a menudo que le haría inmortal y libre de la vejez para siempre jamás. Pero ya que no le es posible a ningún dios transgredir ni dejar sin efecto la voluntad de Zeus, que lleva la égida, váyase aquel por el mar estéril, si ese lo incita y se lo manda; con todo no me es hacadero despedirle, porque no poseo bajeles bien provistos de remos, ni hombres que le lleven por el ancho dorso del mar; aunque le aconsejaré de muy buena voluntad, sin ocultarle nada, para que llegue sano y salvo a su patria tierra.”

Replicóle Hermes, el mensajero: ”Despídele pronto y teme la cólera de Zeus; no sea que este dios, irritándose, se ensañe contra ti en lo sucesivo.”

En diciendo esto, partió el poderoso argicida; y la veneranda ninfa, oído el mensaje de Zeus, fuese a encontrar al magnánimo Odiseo. Hallóle sentado en la playa, que allí se estaba, sin que sus ojos se secasen del continuo llorar, y consumía su dulce existencia suspirando por el regreso; pues la ninfa ya no le era grata. Obligado a pernoctar en la profunda cueva; durmiendo con la ninfa que le quería sin que él la quisiese, pasaba el día sentado en las rocas de la ribera del mar y, consumiendo su ánimo en suspiros y dolores, clavaba los ojos en el ponto estéril y derramaba copioso llanto. Llegándose a él, la insigne diosa le dijo:

“¡Desdichado! No llores más, ni consumas tu vida, pues de muy buen grado dejaré que partas. Ea, corta maderos grandes, y ensamblándolos con el bronce, construye una espaciosa balsa y cúbrela con piso de tablas, para que te lleve por el obscuro ponto. Yo pondré en ella pan, agua y el rojo vino, regocijador del ánimo, que te librarán de padecer hambre; y te daré vestiduras. Haré que sople próspero viento a fin de que llegues sano y salvo a tu patria tierra, si así lo quieren los dio-

ses que habitan en el vasto Uranos, los cuales me aventajan lo mismo en formar propósitos que en llevarlos a término.”

Tal dijo. Estremeciéndose el paciente Odiseo y respondió con estas aladas palabras:

“Algo revuelves en tu pensamiento, oh diosa, y no por cierto mi partida, al ordenarme surcar en frágil balsa el gran abismo del mar, tan terrible y peligroso que no lo pasaran fácilmente naves de buenas proporciones, veleras favorecidas por el soplo de Zeus. Yo no subiría en la balsa, mal de tu grado, si no te resolvieras a prestar firme juramento de que no maquinara causarme ningún daño.”

De tal suerte habló. Sonrióse la insigne diosa, y acariciándole con la mano, le dijo estas palabras: “Eres en verdad invencionero y astuto, aunque no sueles pensar cosas livianas, cuando tales palabras te has atrevido a proferir. Por Gea y el espacioso Uranos¹⁰ que la cubre, y por las subterráneas aguas de la Estigia —que es el juramento mayor y más terrible de los dioses felices—, no maquinare contra ti ningún pernicioso daño, y pienso y he de aconsejarte cuanto para mí misma discurriera, si en tan grande necesidad me viese. Mi intención es recta, que no guardo en mi pecho un corazón insensible, sino compasivo.”

Dijo, y la insigne diosa precedió a Odiseo, quien siguió las rápidas huellas de la ninfa. Llegaron a la profunda cueva la diosa y el varón; este se acomodó en la silla de donde se levantara Hermes, y la ninfa sirvióle toda clase de alimentos, así comestibles como bebidas, de lo que se mantienen los mortales hombres. Luego sentóse ella enfrente del divino Odiseo, y las esclavas trajeron la ambrosía y el néctar. Y entrando tendieron las manos a los manjares que se les ofrecían; y apenas satisficieron el hambre y la sed, la insigne diosa Calipso rompió el silencio, diciéndole:

“¡Laertiada, de linaje divino! ¡Odiseo, fecundo en recursos! Así pues, ¿quieres abandonarme y regresar a tu casa y a la querida patria tierra? Bien ido seas. Pero si tu inteligencia conociese los males que habrás de padecer fatalmente antes de llegar a tu patria, te quedarás conmigo, custodiando esta morada, y fueras inmortal, aunque estés deseoso de ver a tu esposa, de la que padeces nostalgia todos los días. Sabe que me vanaglorio de no serle inferior ni por la hermosura ni en el natural, que no pueden las mortales competir con las diosas ni por su cuerpo ni por su belleza.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡No te enojés conmigo, veneranda deidad! Conozco muy bien que la prudente Penélope no puede igualarte en hermosura ni en gentil persona, siendo ella mortal y tú inmortal y exenta de la vejez. Con todo quiero y ansío continuamente irme a mi casa y ver lucir el día de mi vuelta. Y si alguno de los dioses quisiera aniquilarme en el obscuro mar, lo sufriré con el ánimo que llena mi pecho y tan paciente es para los dolores; pues he padecido muy mucho, así en el mar como en la guerra, y venga este mal tras de los otros.”

Así habló. Ocultóse Helios y sobrevino la obscuridad. Al fondo de la socavada gruta, retiráronse los dos, y compartieron el mismo lecho, gozándose en el amor.

No bien se mostró Eos, de rosadas manos, hija de la mañana, vistióse Odiseo la túnica y el manto y la ninfa se atavió con amplia vestidura, fina y hermosa, ciñó el talle con lindo cinturón de oro, veló su cabeza, y ocupóse en disponer la partida del magnánimo Odiseo. Dióle un hacha broncea, de doble filo, fácil manejo y excelente ástil de olivo bien ajustado; entrególe después una azuela muy afilada; y lo condujo a un extremo de la isla donde crecían grandes árboles, chopos, álamos y el abeto, cuya cepa escala el alto Uranos, y cuyos

troncos secos desde antiguo, eran muy duros y a propósito para mantenerse a flote sobre las aguas. Y tan presto como le hubo enseñado el sitio de aquellos grandes árboles, la insigne diosa Calipso volvió a su morada.

Puso Odiseo mano a la obra y no tardó mucho en dejarla concluida. Derribó veinte hermosos troncos, y desbastándolos con el bronce, encuadrólos, alineándolos a cordel. Calipso, la insigne diosa, trájole unos barrenos, con los cuales taladró el héroe todas las piezas, que unió luego, sujetándolas con clavos y clavijas. Cuan ancho es el redondeado fondo de un buen navío de carga, que hábil artífice construyera, tan grande hizo Odiseo la balsa. De recias tablas unió la cubierta, y labró el mástil con su correspondiente entena, y en seguida el timón. Con ramas de sauce, bien tejidas, rodeó la balsa, para resguardarla de los golpes de las olas, y la lastró con abundante madera. Mientras tanto, Calipso, la insigne diosa, trájole viento para las velas, que Odiseo aparejó con gran maña. Y atando en la balsa cuerdas, maromas y bolinas, echóla por medio de unos parajes al espacioso mar.

Al cuarto día ya todo estaba terminado, y al quinto despidiólo de la isla la divina Calipso, después de lavarle y de vestirle perfumadas vestiduras. Entrególe la diosa un odre de negro vino, otro mayor de agua, un zurrón de cuero, en el que se contenían abundantes provisiones gratas al ánimo; y mandóle favorable y plácido viento. Gozoso desplegó las velas el divinal Odiseo y, sentándose, comenzó a regir hábilmente la balsa con el timón, sin que el sueño cayese en sus párpados, fijos los ojos en las Pléyades¹¹ y el Bootes,¹² que se pone muy tarde, y la Osa, llamada el Carro por sobrenombre,¹³ la cual gira siempre en el mismo lugar, acecha a Orión y es la única que no se baña en el océano, pues Calipso, insigne entre las diosas, le había ordenado que tuviera la Osa a mano izquierda

durante la travesía. Diecisiete días navegó a través del ponto, y al décimo octavo pudo ver los umbrosos montes del país de los feacios, en la parte más cercana, apareciéndosele como un escudo en medio del ponto sombrío.

El poderoso Poseidón, que sacude la tierra, regresaba entonces de Etiopía y vio a Odiseo de lejos, desde los montes Solimos,¹⁴ pues se le apareció navegando por el ponto. Encendióse en ira la deidad y, sacudiendo la cabeza, habló para sí mismo de esta manera:

“¡Ah! Sin duda cambiaron los dioses de parecer con respecto a Odiseo, mientras yo me hallaba entre los etíopes. Ya está cerca del país de los feacios, donde el destino quiere que se libre del cúmulo de desgracias que le han alcanzado. Pero imagino que aún le queda algo por sufrir.”

Dijo, y echando mano al tridente, congregó las nubes y turbó el mar; suscitó grandes torbellinos y toda clase de vientos; cubrió de nubes la tierra y el ponto y del alto Uranos cayó profunda noche. Soplaron a la vez el Euro, el Noto, el impetuoso Céfiro y el Bóreas,¹⁵ que nacido en el éter, levanta olas inmensas. Flaqueáronle las rodillas y el corazón al héroe, y con tristeza suma, así exclamó en su magnánimo espíritu:

“¡Ay infeliz! ¿Qué va a ser de mí? Temo que resulten verídicas las predicciones de la diosa, la cual me aseguraba que había de pasar grandes trabajos en el ponto antes de volver a la patria tierra, pues ahora todo se está cumpliendo. ¡Con qué nubes ha cerrado Zeus el anchuroso Uranos! ¡Con qué estruendo se levantan las olas y rugen los vientos! Ahora me espera, a buen seguro, una terrible muerte. ¡Oh, una y mil veces dichosos los dánaos que cayeron en Ilión, luchando para complacer a los atridas! ¡Así hubiese muerto también, cumpliéndose mi destino, el día en que multitud de teucros me arrojaban broncíneas lanzas junto al cadáver del Peleida! Allí

obtuviera honras fúnebres y los aqueos ensalzaran mi gloria; pero dispone el hado que yo sucumba con deplorable muerte.”

Mientras esto decía, vino una grande ola, que desde lo alto cayó horrendamente sobre Odiseo, e hizo que la balsa zozobrara. Fue arrojado el héroe lejos de la balsa, sus manos dejaron el timón, y llegó un horrible torbellino de mezclados vientos, que rompió el mástil por la mitad y la vela y la entena cayeron en el ponto a gran distancia. Mucho tiempo permaneció Odiseo sumergido, que no pudo salir a flote inmediatamente, por el gran ímpetu de las olas y porque lo apesgaben los vestidos que le había entregado la divina Calipso. Emergió, por fin, despidiendo de la boca el agua amarga que asimismo lo corría de la cabeza en grandes chorros; mas, aunque fatigado, no se olvidó de la balsa, sino que, nadando vigorosamente al través de las olas, pudo asirla y sentóse sobre ella para evitar la muerte. El gran oleaje llevaba la balsa de acá para allá, según la corriente. Así como el otoñal Bóreas arrastra por la llanura unos vilanos, que entre sí se entretejen espesos, así los vientos impelían de un lado a otro la balsa por el piélagos; ya Euro la arrojaba a Céfiro para que este la empujase, ora Noto la impelía sobre Bóreas, a fin de que este la persiguiera.

La hija de Cadmo, Ino,¹⁶ la de bellos pies, que un día fue mortal, y a la sazón se llamaba Leucotea y compartía los honores de los dioses, residiendo en el fondo del mar, vio a Odiseo y apiadándose de él, errante y abrumado por la fatiga, emergió del abismo, a la manera de somormujo, y posándose en la balsa, construida con muchas ataduras, díjole estas palabras:

“¡Desdichado! ¿Por qué Poseidón, que sacude la tierra, se airó tan fieramente contigo y te está suscitando numerosos males? No logrará anonadarte por mucho que lo anhele. Haz lo que voy a decirte, pues me figuro que no te falta prudencia:

quítate esos vestidos, deja la balsa que los vientos se la lleven, y gana a nado la tierra de los feacios, donde acabarán tus cuítas. Toma, extiende este velo inmortal debajo de tu pecho y no temas padecer, ni morir tampoco. Y así que toques con tus manos la tierra firme, quítatelo y arrójaló en el vinoso ponto, volviéndote a otro lado.”

Dichas estas palabras, la diosa le entregó el velo y, siempre transfigurada en somormujo, tornó a sumergirse en el undoso ponto y las negruzcas olas la cubrieron. Mas el paciente divinal Odiseo estaba indeciso y, gimiendo, habló de esta guisa en su magnánimo espíritu:

“¡Ay de mí! No sea que alguno de los inmortales me tienda un lazo, cuando me da la orden de que desampare la balsa. No obedeceré todavía, que con mis ojos veo que está muy lejana la tierra donde, según afirman, he de hallar refugio; antes procederé de otra suerte, por ser, a mi juicio, lo mejor: mientras los maderos sigan unidos por la trabazón, seguiré aquí y sufriré los males que haya de padecer, y luego que las olas deshagan la balsa, me pondré a nadar, pues no se me ocurre nada más provechoso.”

A par que así discurría, en su mente y su corazón, Poseidón, que sacude la tierra, levantó una ola inmensa, pavorosa, alta como un techo y lanzóla contra el héroe. De la suerte que impetuoso viento revuelve un montón de pajas secas dispersándolas por todos lados, de la misma manera desbarató la ola los grandes leños de la balsa. Empero, Odiseo pudo afeerrarse a un madero y sobre él montó a horcajadas, desnudóse los vestidos que la divinal Calipso le entregara, extendió prestamente el velo debajo de su pecho y tendidos los brazos, echóse al agua, deseoso de nadar. Viólo el poderoso dios, que sacude la tierra, y moviendo la cabeza, dijo para sí:

“Sufre ahora mil males, errante por el ponto, hasta que arribes a la tierra de esos hombres, amados de Zeus. Mas confío en que aún guardarás memoria del castigo.”

Dicho esto, picó con el látigo a los corceles, y se fue a Egas,¹⁷ donde posee ínclita morada.

Entonces Atenea, hija de Zeus, ordenó otra cosa. Cerró el camino a los vientos, y los mandó que se sosegaran y durmieran; y, haciendo soplar el rápido Bóreas, quebró las olas, hasta que Odiseo, de divino linaje, esquivadas las Keras y la muerte, ganase la amiga tierra de los feacios, amantes de manejar los remos.

Dos días con sus noches anduvo errante el héroe sobre las densas olas, y su corazón presagióle la muerte en repetidos casos. Mas tan luego como Eos, de blonda cabellera, dio principio al tercer día, aplacóse el vendaval, y encalmáronse las aguas; y Odiseo pudo ver, desde lo alto de una ingente ola, aguzando mucho la vista, que la tierra se hallaba cerca. Con aquel gozo con que los hijos ven recobrar la vida al padre moribundo que, postrado por la enfermedad, se consumía desde largo tiempo a causa de la persecución de infesto numen, cuando los dioses lo libran felizmente del mal, tan agradable apareció para Odiseo la tierra y el bosque. Nadaba, pues, esforzándose por asentar el pie en tierra firme, mas, así que estuvo tan cercano a la orilla, que hasta ella hubiesen llegado sus gritos, oyó el estrépito con que en las peñas se rompía el mar. Bramaban las inmensas olas, azotando horrendamente la áspera costa, cubierta de salada espuma; allí no había puerros donde las naves se acogiesen, ni siquiera ensenadas, sino orillas abruptas, rocas y escollos. Entonces desfallecieron las rodillas y el corazón de Odiseo, y gimiendo, dijo para su propio magnánimo espíritu:

“¡Triste de mí! Después que Zeus me concedió que viese inesperada tierra, y acabé de surcar este abismo, ningún paraje descubro por donde consiga salir del turbio mar. Por de fuera yérguense ante mí agudos peñascos, a cuyo alrededor mugen las olas impetuosamente, y la roca se levanta lisa; y aquí es el mar tan hondo, que no puedo hacer pie para esquivar sus rigores. Tal vez, de intentarlo, una ola inmensa me estrelle contra los peñascos y resulten baldíos mis esfuerzos; y si nadase aún, deseoso de encontrar una playa lamida por las aguas, o un puerto, temo que la tempestad me arrebate de nuevo y me lleve al ponto, a pesar de mis lamentos, en el mar abundoso en peces; o que una deidad incite contra mí algún monstruo marino, de los que cría en gran número la ilustre Anfritrite, pues sé que el ínclito dios que bate la tierra está enojado conmigo.”

Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y su corazón, una oleada lo arrebató hacia la áspera ribera. Allí se habría desgarrado la piel y roto los huesos si Atenea, la deidad de los claros ojos, no le hubiera sugerido en el ánimo lo que llevó a efecto: lanzóse a la roca, asióse a ella con sus robustas manos y, gemebundo, permaneció adherido a la misma hasta que la enorme ola hubo pasado. De esta suerte la evitó; mas, al refluir, dióle tal acometida que lo echó en el Ponto bien adentro. Así como el pulpo cuando lo arrancan de su escondrijo lleva pegadas a los tentáculos muchas predrezuelas, así la piel de las dormidas manos de Odiseo se desgarró y quedó en las rocas, mientras le cubría la inmensa ola. Y allí acabara el infeliz Odiseo, contra lo dispuesto por el hado, si Atenea, la deidad de los brillantes ojos, no le inspirara prudencia. Salió a flote, y apartándose de las olas que se rompen con estrépito en la ribera,

nadó avizorando el litoral, por ver de hallar una playa lamida por las aguas o un puerto. Y llegó nadando a la desembocadura de un río, de hermosa corriente, pareciéndole óptimo el lugar, por carecer de roca y formar un reparo contra el viento. Y como viese que era un río, suplicóle así en su corazón:

“¡Óyeme, oh soberano, quienquiera que seas! Vengo a ti, tan deseado, huyendo del Ponto y de las amenazas de Poseidón. Es digno de respeto, aun para los inmortales dioses el hombre que se presenta errabundo, como llego ahora, al abordar tu curso, después de haber padecido numerosos males. ¡Oh, rey, apiádate de mí, ya que me glorio de ser tu suplicante!”

Tales fueron sus palabras. En seguida suspendió el río su corriente, apaciguó las olas, hizo reinar la calma delante de sí y acogió a Odiseo en su desembocadura. El héroe dobló entonces las rodillas y los fuertes brazos, pues su corazón estaba fatigado de luchar con el Ponto. Tenía Odiseo todo el cuerpo hinchado, de su boca y de su nariz manaba en abundancia el agua del mar; y, falto de aliento y de voz, quedóse tendido y sin fuerzas, porque el terrible cansancio le abrumaba. Cuando ya respiró y volvió en su acuerdo, desató el velo de la diosa y arrojólo en el río, que corría hacia el mar: llevóse el velo una ola grande en la dirección de la corriente y pronto Ino lo tuvo en sus manos. Odiseo se apartó del río, echóse al pie de unos juncos, besó la fértil tierra y, gimiendo, se habló a sí mismo en su magnánimo espíritu:

“¡Ay de mí! ¿Qué no padezco? ¿Qué es lo que al fin me va a suceder si paso la molesta noche junto al río? Quizás la dañosa helada y el rocío mañanero me acaben, pues estoy tan débil que apenas puedo respirar, y una brisa glacial viene del río antes de rayar el alba. Y si subo al ribazo y me duermo entre

los espesos arbustos del bosque, si el frío y la fatiga no lo impiden, temo ser presa de las bestias feroces.”

Después de meditarlo, se le ofreció como mejor el último partido, y fué en busca de las florestas, que se aparecían en un altozano, a par de la costa, y metióse debajo de dos arbustos entrelazados, que eran un acebuche y un olivo. Ni el húmedo soplo de los vientos pasaba a través de ambos, ni el resplandeciente Helios los hería con sus rayos, ni la lluvia los penetraba del todo; tan espesos y entrecruzados se elevaban: debajo de ellos se introdujo Odiseo y al instante dispuso con sus manos ancha cama, pues había tal abundancia de hojas secas que bastaran para abrigar a dos o tres hombres durante el más riguroso invierno. Mucho holgó de verlas el paciente y divino Odiseo, que se acostó en medio y se cubrió con aquel abrigo. Así como el que vive en remoto campo y no tiene vecinos esconde un tizón en la negra ceniza para conservar el fuego y no tener que ir a encenderlo a otra parte, de esta suerte se cubrió Odiseo con la hojarasca. Atenea derramó sobre sus ojos el dulce sueño y le cerró los párpados, para que descansara al punto de sus abrumadoras penas.



Notas

- ¹ Hijo de Laomedonte, de quien se prendó la Aurora. Prometióle una larguísima vida y cuando llegó a una extrema vejez lo convirtió en cigarra. Tuvo de aquella deidad un hijo llamada Menmón. La efigie de este en bronce era una de las maravillas de Egipto. Al ser herido por los primeros rayos del Sol, despedía dulces sonidos como saludando a su madre. Esto es lo que Mery llama graciosamente la cavatina del hijo de la Aurora.
- ² Se cree que Homero se refiere a la isla de Corcira, hoy Corfú.
- ³ Homero llama a los feacios *cercanos a los dioses*, o por su linaje, pues su patriarca Feax era hijo de Poseidón, o por su dicha y bienandanza, o por la virtud de la hospitalidad que con tanto cuidado practicaban.
- ⁴ Virgilio (*Eneida*, IV) y Horacio (*Oda X*, del libro I) dan más detalles en la descripción poética de la poderosa vara de Hermes.
- ⁵ Comarca de la Macedonia, llamada también Ematia, entre los ríosasio y Aliacmón. Fue consagrada a las Musas, que recibieron de ella el sobrenombre de Piérides.
- ⁶ Algunos (entre ellos Tolomeo Evérgetes) prefirieron leer en el texto homérico, en vez de violeta, perejil. No veo la necesidad de corrección, y bien están las violetas con su perfume y bello color como remate de tan hermoso cuadro. Fenelón lo imitó discretamente en el principio de su *Telémaco*, de que es precioso pasaje esta descripción.
- ⁷ Gigante nacido de la orina de Zeus, Poseidón y Hermes. Fue muerto a flechazos por Diana, quizá por celos de cazador, pues lo era mucho, y la diosa, como es sabido, se preciaba de no tener rival en materia venatoria. Fue transportado al cielo, en donde forma una brillante constelación al pie del Toro. Los poetas le llaman proceloso, maligno, etc., porque aparece en invierno.
- ⁸ Es la isla de Delos, donde nacieron Apolo y Diana.
- ⁹ Parece esta aventura amorosa un gracioso mito para indicar que la tierra (Ceres) favorece al que la cultiva con incansable esmero.
- ¹⁰ Parece que era esta la fórmula de los juramentos más solemnes, en los cuales se hacía intervenir a toda la naturaleza para que castigase al que incurriera en perjurio. El juramento por la Estigia lleva siempre como complemento la frase *terrible aun para*

los mismos dioses. El castigo para el numen infractor, según decreto de Zeus, aprobado en junta general por las demás deidades (Vid. Hesiodo, *Teogonía*), era privación durante un año y algunos días de la ambrosía y del néctar.

- ¹¹ Siete estrellas colocadas sobre la frente del Toro.
- ¹² Bootes o Boyero. Constelación próxima a la Osa mayor, a la cual sigue como un conductor a su carro. Su nombre técnico es Bootes. Sus relaciones mitológico-astronómicas son citadas muchas veces. Vaya como muestra el principio de la tercera anacreóntica: “Era la misma noche; / En el sereno cielo / La Osa revolvió / Su giro hacia el Boyero.”
- ¹³ Nótese cuán antigua es la denominación vulgar de la Osa. Esta constelación tiene su leyenda en la raza éuscara. “Érase entonces un gran labrador”, dice la tradición recogida por Mr. Cerquand. “Dos ladrones le robaron un par de bueyes. Envió su muchacho tras los ladrones, y como aquel no volvía, envió a la muchacha en su busca, y el perro de la casa siguió a la muchacha. Algunos días después, viendo que ninguno parecía, fue él mismo a buscarlos. Pero como no los hallaba en parte alguna, empezó a maldecir y blasfemar, y el Señor para castigarle condenó al labrador, a los criados, a los bueyes y a los ladrones a que anden unos tras otros mientras dure el mundo, y los colocó en las siete estrellas del cielo que constituyen la grande Osa. Los bueyes están en las dos primeras estrellas; los ladrones en las dos siguientes; el criado en la que le sigue; la criada en la otra, y a su lado el perro en una estrella pequeña, y, en fin, el labrador después de todos, en la séptima estrella”. Es de notar en esta descripción que los ojos éuscaros han visto en la constelación una estrella más que los griegos, la llamada *Alcor*, rara vez visible a la simple vista, y correspondiente al perro de la referida conseja.
- ¹⁴ Los montes Solimos están en la Licia (al sur del Asia menor), formando el límite septentrional de la Pisidia. Se ha supuesto que Homero llamó Solimos a algunos montes de la Etiopía meridional, quizá por su parecido a los de la Pisidia y Licia; pues los de esta última región están muy apartados del derrotero de Odiseo y Poseidón. Sin embargo, una divinidad podía ver desde cualquier punto al objeto de su odio encarnizado y hacer su viaje por el camino más largo, siempre corto para sus poderosos

medios de locomoción. Poseidón en la *Ilíada* salva en pocos pasos la enorme distancia que hay entre el cielo y la tierra. Dada, pues, la intervención de la máquina, no hay que variar de lugar los montes citados en el texto.

- ¹⁵ Son los cuatro vientos que se citan en las poesías homéricas. Corresponden respectivamente al Este, el Sur, el Oeste y el Norte.
- ¹⁶ Hija de Cadmo y de Hermione. Creyéndose leona mató a sus dos hijos y se arrojó desesperada al mar, donde Poseidón la transformó en ninfa. Desde entonces, sin duda, no olvidando sus desgracias, era el numen tutelar de los míseros náufragos.
- ¹⁷ Ciudad de la isla de Eubea (Negro ponto). Tenía un magnífico templo a Poseidón. Hubo otras del mismo nombre en Acaya, también con templo a la misma deidad, y en la Eólida, no lejos de Cumas.

Rapsodia sexta

MIENTRA ASÍ DORMÍA EL PACIENTE Y DIVINO ODISEO, RENDIDO del sueño y del cansancio, Atenea se encaminó al pueblo y a la ciudad de los feacios, los cuales habitaron antiguamente en la espaciosa Hiperea,¹ frontera a los soberbios Cíclopes,² varones altivos, que les causaban daño, porque eran más fuertes y robustos. De allí los sacó Nausítoo, semejante a un dios: conduciéndolos a la isla Esqueria, lejos de los hombres industriosos,³ donde se establecieron; construyó un muro alrededor de la ciudad, edificó casas, erigió templos a los dioses, y repartió las tierras. Pero ya entonces, abatido por la Ker, había bajado a la morada de Hades, y reinaba a la sazón Alcínoo, cuyos consejos eran inspirados por los propios dioses; y al palacio de este se dirigió Atenea, la deidad de los claros ojos, deseosa de acelerar el regreso del magnánimo Odiseo. Penetró la diosa en la estancia labrada con gran primor en que dormía una doncella parecida a las inmortales, por su natural y por su hermosura: Nausicaa, hija del magnánimo Alcínoo; cabe a la misma, a uno y otro lado de la entrada, hallábanse dos esclavas, a quienes las Cárites habían dotado de belleza; y las magníficas hojas de la puerta estaban entornadas. Atenea se lanzó, como un soplo de viento, al lecho de la doncella; púsose sobre su cabeza y empezó a hablarle, tomando el aspecto de la hija de Dimante —célebre nauta—,

tan muchacha como Nausicaa, y muy querida de esta. De tal suerte transfigurada, dijo Atenea, la de los claros ojos:

“¡Nausicaa! ¿Por qué tu madre te dio a luz tan perezosa? Tienes descuidadas las espléndidas vestiduras, y cercano está tu casamiento, en el que necesitarás ataviarte con los más hermosos vestidos, y habrás menester de ofrecérselos también a tu cortejo.⁴ La fama se allega entre los hombres con las bellas vestiduras, y los amados padres se huelgan con ello. Vayamos, pues, con el alba, a lavar tus vestidos, y te acompañaré y ayudaré para que en seguida lo tengas todo listo, que no ha de prolongarse mucho tu doncellez, puesto que ya te pretenden los mejores de los feacios, cuyo linaje es también el tuyo. Ea, insta a tu padre para que mande prevenir, al rayar el alba, las mulas y el carro en que llevarás tus ceñidores, peplos y mantas espléndidas. Para ti misma es mejor ir de este modo y no a pie, porque los lavaderos se hallan a gran distancia de la ciudad.”

Dijo y Atenea, la de los claros ojos, tornó al Olimpo, donde es fama que los dioses poseen sus perennes y seguras moradas, exentas de los rigores del furioso viento, de la ofensa de las lluvias, y de la injuria de la fría nieve, gozando ambiente purísimo y circuidas de esplendorosa claridad, en que los inmortales se solazan de continuo. Allí se encaminó la diosa de los brillantes ojos, tan luego como hubo aconsejado a la doncella.

Pronto vino Eos, de hermoso trono, y despertó a Nausícaa, la del lindo peplo; y la doncella, admirada del sueño, se fue por el palacio a contárselo a sus progenitores, al padre querido y a la madre, y a entrambos los halló dentro: a esta, sentada junto al fuego, con las siervas, hilando lana de color purpúreo; y a aquel apercibiéndose para unirse en consejo con los ilustres príncipes, pues demandaban su presencia los más nobles feacios. Detúvose Nausícaa muy cerca de su padre, y díjole:

“¡Padre querido! ¿Querías ordenar que me aparejasen un carro, de fuertes ruedas, para que fuese al río y lavase nuestras hermosas vestiduras? A ti mismo te conviene llevar vestiduras limpias, cuando con los varones más principales deliberes en el megaron. Tienes, además, cinco hijos en el palacio: dos ya casados, y tres que son mozos de floridos años y cuantas veces van a danzar, quieren llevar vestidos limpios; y tales cosas están a mi cuidado.”

Así dijo, sin alargarse a referir a su padre lo de sus florecientes nupcias. Mas él, comprendiéndolo todo, le repuso:

“Nada te rehúso, hija mía: ni mulas ni cosa alguna. Ve. Mis esclavos te prepararán un carro, alto y grande, capaz para llevar tu carga.”

Dijo, y le dio la orden a los esclavos, y al punto le obedecieron. Aparejaron fuera de la casa un carro de fuertes ruedas, propio para mulas; y, conduciendo estas, unciéronlas al yugo. Mientras tanto, la doncella sacaba de la habitación los espléndidos vestidos y los colocaba en el pulido carro. Su madre púsole en una cesta toda clase de gratos manjares y viandas; echóle vino en un odre de piel de cabra; y cuando aquella subió al carro, entrególe líquido aceite en una ampolla de oro, a fin de que se ungiese con sus esclavas. Nausícaa tomó el látigo y, asiendo las lustrosas riendas, azotó las mulas para que corrieran; arrancaron estas con estrépito y trotaron ágilmente, llevando los vestidos y a la doncella, que no iba sola, sino acompañada de sus criadas.

Así como llegaron al río, de límpida corriente, en aquel punto donde había unos lavaderos rebosantes todo el año de agua purísima, buena para lavar cualquier cosa desaseada, desuncieron las mulas y echáronlas hacia el vertiginoso río a pacer la dulce grama. Luego sacaron las ropas del carro,

lleváronlas y las metieron en las profundas aguas y las pisotearon en las pilas, rivalizando unas con otras en hacerlo con destreza. Después que las hubieron limpiado, quitándoles toda impureza, tendiéronlas ordenadamente sobre las piedras de la playa, lamidas de continuo por las olas. Entonces se bañaron, perfumándose con el lustroso aceite, y se pusieron a comer a la orilla del río, mientras Helios secaba con sus resplandores las húmedas ropas. No bien hubieron comido Nausícaa y sus esclavas, despojáronse del velo que ceñía sus cabezas y jugaron a la pelota;⁵ y entre ellas, Nausícaa, la de brazos de nieve, comenzó a cantar. Como Artemisa, la que se complace en tirar flechas, sobre el escarpado Taigeto⁶ o el Erimanto,⁷ corre alegre tras los jabalíes y los rápidos ciervos y comparte sus juegos con agrestes ninfas, hija de Zeus, que lleva la égida, y de Leto, quien se complace contemplándola, y sobre todas descuella, y sobre todas se la reconoce por su cabeza y su frente, no obstante ser todas de extremada hermosura, así sobresalía la linda doncella entre sus esclavas.

Mas cuando ya estaba a punto de volver a su morada, unciendo las mulas y plegando los hermosos vestidos, Atenea, la de los brillantes ojos, ordenó otra cosa para que Odiseo despertase, viese a esta doncella de lindos ojos y fuese conducido a la ciudad de los feacios. La princesa arrojó la pelota a una de las esclavas y erró el tiro, echándola en un hondo remolino, y todas gritaron muy fuertemente. Despertóse con esto el divinal Odiseo, y sentándose, así discurrió en su mente y su corazón:

“¡Ay de mí! ¿Qué gentes habitarán esta tierra a que he llegado? ¿Serán violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de los dioses? A mí llegan voces de mujer... ¿Será la voz de las ninfas, que viven en la cumbre de las montañas, en los manantiales de los ríos y en las hermosas marismas?

¿Estaré por ventura cerca de hombres de voz articulada? Quiero salir de dudas.”

Hablando así el divino Odiseo, salió de entre los arbus-tos y en la poblada selva desgajó con su robusta mano una rama frondosa con que encubrir sus desnudeces. Púsose en marcha, de igual manera que un montaraz león. Confiado de sus fuerzas, sigue andando a pesar de la lluvia o del viento, y ardientes los ojos, se echa sobre los bueyes, las ovejas o las agrestes ciervas, pues el hambre le mueve a atacar los rebaños y penetrar en el sólido establo. De tal modo se apareció Odi-seo en medio de las doncellas de hermosas trenzas, aunque estaba desnudo, pues la necesidad lo obligaba. Antojóseles horrible, afeado como estaba del marino légamo, y huyeron despavoridas, dispersándose por el ribazo. Solo la hija de Alcínoo se mantuvo firme ante Odiseo, porque Atenea dióle ánimo y libró del temor a sus miembros. Siguió pues, delante del héroe sin huir; un punto permaneció dudoso Odiseo, sin saber si implorar a la doncella de lindos ojos, o si de lejos debía suplicarla, con blandas palabras, que le diese vestidos y le mostrase la ciudad. Pensándolo bien, le pareció que lo mejor sería rogarle desde lejos con suaves frases; no fuese a irritarse la doncella si le abrazaba sus rodillas. Y en seguida le habló con estas blandas e insinuantes palabras:

“¡Oh, reina, ya seas diosa, ya mortal, yo te imploro! Si eres una diosa, de aquellas que habitan en el anchuroso Uranos, te hallo muy parecida a Artemisa, hija del omnipotente Zeus, por tu hermosura, talle y gracia; y si naciste de los hombres que moran en la tierra, ¡tres veces felices sean tu padre y tu venerable madre y tus hermanos! Sin duda sus almas rebo-san alegría cuando te ven salir al corro danzando! ¡Pero más venturoso que todos, quien colmándote de presentes nupcia-les, por esposa te lleve a su morada! Que nunca se ofreció a

mis ojos un mortal semejante, ni hombre ni mujer, y me he quedado atónito al contemplarte. Solamente una vez vi algo que se te pudiera comparar en un tierno retoño de palmera, que creció en Delos,⁸ junto al ara de Apolo⁹ —a donde fui con mis huestes en viaje que había de acarrearne dolores—, de la suerte que al verle quedé confuso largo tiempo, admirado de que árbol tan hermoso pudiera brotar de la tierra; de la misma manera te contemplo con admiración, oh mujer. Y me tienes absorto y me infunde miedo abrazar tus rodillas, aunque estoy abrumado por un pesar muy grande. Ayer pude salir del vinoso ponto, después de veinte días de permanencia en él, donde me vi a merced de las olas y de los veloces torbellinos desde que desamparé la isla Ogigia; y algún numen me ha echado acá, para que padezca nuevas desgracias, que no espero que estas se hayan acabado, antes los dioses deben de prepararme otras muchas todavía. Pero tú, oh reina, apiádate de mí, ya que eres la primer persona a quien me acerco después de soportar tantos males y me son desconocidos los hombres que viven en la ciudad y en esta comarca. Muéstrame la población y dame, para que me cubra, algún trapo, si alguno trajiste para envolver tus ropas. Así los dioses te concedan cuanto en tu corazón anheles: esposo, familia y feliz concordia; pues no hay nada mejor ni más útil que el que gobiernen su casa el marido y la mujer, con ánimo concorde, lo cual produce tristeza a sus enemigos, alegría a los allegados, y entrambos son venturosos.”

Nausícaa, la de brazos de nieve, le repuso: “¡Forastero! Ya que no me pareces ni vil ni insensato, sabe que el mismo Zeus distribuye la felicidad, así a los buenos como a los malos, y si te dio esas penas, fuerza es que las sufras pacientemente. Mas ahora que has llegado a nuestra ciudad y a nuestro país, no caerás de vestido ni de ninguna de las cosas que por decoro

debe obtener un mísero suplicante. Te mostraré la población y diré el nombre de nuestro pueblo: los feacios poseen la ciudad y la comarca, y yo soy la hija del magnánimo Alcínoo, cuyo es el imperio y el poder en este pueblo.”

Dijo, y dio esta orden a las esclavas, de hermosas trenzas: “¡Deteneos, esclavas! ¿Adónde huis, por haber visto a un hombre? ¿Pensáis acaso que sea un enemigo? Ni nació, ni nacerá el hombre que traiga la guerra al país de los feacios, porque este pueblo es carísimo a los dioses inmortales. Vivimos separadamente y nos circunda el mar alborotado y no tenemos relación alguna con los demás hombres. Este es un infeliz que viene perdido y es necesario socorrerle, pues todos los forasteros, huéspedes y mendigos provienen de Zeus, y los dones que se les hagan, por modestos que sean, le son aceptos. Así pues, esclavas, dadle de comer y de beber, y lavadle en el río en un lugar que esté resguardado del viento.”

De tal suerte habló. Detuviéronse las esclavas y, animándose mutuamente, condujeron a Odiseo a un lugar abrigado, conforme a lo dispuesto por Nausícaa, hija del magnánimo Alcínoo. Dejaron cerca de él un manto y una túnica, para que se vistiera; entregáronle, en ampolla de oro, líquido aceite, y le invitaron a lavarse en la corriente del río.

Entonces les dijo el divino Odiseo:

“¡Esclavas! Alejaos un poco de suerte que pueda lavarme de los hombros el sarro del mar, y me unja con el aceite, pues ha largo tiempo que no lo hago. Jamás me lavaré entre vosotras, pues haríaseme vergüenza desnudarme entre mozas de lindas trenzas.”

Así se expresó. Ellas se apartaron y fueron a contárselo a Nausícaa. Entretanto el divino Odiseo se lavaba en el río el sarro que la salobre espuma le dejara en la espalda y en los anchurosos hombros, y se limpiaba la cabeza de la espuma

del mar indómito. Luego que se hubo bien lavado y ungido, cubrióse con las vestiduras que le diera la doncella. Y Atenea, hija de Zeus, hizo que apareciese más alto y más grueso y que de su cabeza colgaran entortijados cabellos, semejantes a las flores de jacinto.¹⁰ Igual que hábil artífice, aleccionado por Hofestos y Palas Atenea, orla de oro la plata y consume obras de primoroso arte, así Atenea derramó la gracia sobre la cabeza y los hombros del héroe. Este, apartándose un poco, se sentó en la ribera del mar y resplandecía por su gracia y hermosura. Admiróse la doncella y dijo así a sus esclavas de hermosas trenzas:

“Oíd, esclavas de niveos brazos, lo que os voy a decir: no sin la voluntad de los dioses, que habitan el alto Olimpo, viene ese hombre divino al país de los feacios. Túvele antes por un miserable y ahora se me representa cual los dioses, moradores del anchuroso Uranos. ¡Pluguiera a los inmortales que hombre igual a este, y de los nuestros, pudiera llamarse mi esposo! ¡Ojalá que nuestra patria tenga atractivos bastantes para retenerle! Esclavas ofrecedle de beber y de comer al forastero.”

Así habló, y no bien oída, obedecieron las esclavas, ofreciéndole a Odiseo manjares y bebidas. Y el paciente y divino Odiseo bebió y comió con avidez, porque desde hacía mucho tiempo estaba en ayunas.

Entonces Nausícaa, la de brazos de nieve, imaginó otro arbitrio: acomodó en el hermoso carro las ropas bien plegadas, unció las mulas de fuertes cascots, y ya montada en él, con estas palabras arengó a Odiseo: “Levántate, ¡oh forastero!, y partamos a la ciudad! Yo te guiaré a la casa de mi prudente padre, donde conocerás, sin duda alguna, a los más ilustres de todos los feacios. Y pues no me pareces exento de discreción, haz lo que te indique. En tanto que caminemos a campo traviesa, por terrenos cultivados por el hombre, anda ligera-

mente con las esclavas, detrás del carro. Yo te mostraré el camino. Al llegar a la ciudad, rodeada de alto y torneado muro, y partida en dos por hermoso puerto¹¹ de estrecha boca, donde los bajeles hallan seguro refugio, verás ante él magnífico erigido a Poseidón en el ágora, cuyo pavimento es de piedras de acarreo profundamente hundidas. Allí están los aparejos de las negras naves, las gúmenas y los cables, las antenas, los aguzados remos —porque los arcos y el carcaj no los usan los fenicios, sino los mástiles y los remos y los bien proporcionados navíos, sobre los que surcan gozosos la espumosa mar. — Ahora quiero evitar sus amargos dichos; no sea que alguien me censure después, que hay en la población hombres insolentísimos, u otro peor hable así al encontrarnos: —¿Quién es ese forastero, tan alto y tan hermoso que sigue a Nausícaa? ¿Dónde lo halló? De seguro es su esposo. Acaso lo recogió, cariñosa, perdido en el mar, do vagaba lejos de su bajel, pues nadie habita en estos contornos; quizás sea un dios, a quien suplicó fervorosa, bajado del anchuroso Uranos, y que permanecerá a su lado por toda la vida. ¡Bien hizo en buscarse marido forastero, si es que menosprecia a los insignes feacios que la solicitan! Así acaso hablen, y sus palabras serían afrentosas para mi padre. Porque también yo vituperaría a aquella que, a hurto de su amado padre y de su madre, anduviese entre los hombres antes del día de sus nupcias. Óyeme, pues, forastero, si quieres que mi padre te dé compañeros y te haga conducir a tu patria. A la mitad del camino, hallaremos un hermoso bosque de álamos, a Atenea consagrado, en el cual mana una fuente y un prado se extiende alrededor: allí tiene mi padre un campo y una viña floreciente, tan cerca de la ciudad que puede oírse el grito que en esta se dé. Siéntate en aquel lugar y aguarda que nosotras, entrando en la población, lleguemos al palacio de mi padre. Y tan pronto como nos creas llegadas,

entra en la ciudad de los feacios, y busca la morada de mi progenitor, el magnánimo Alcínoo. Fácil te será reconocerla, y hasta un niño podría guiarte, porque ninguna otra se parece a la suya. Así que entres en palacio y cruces el patio, atraviesa la mansión y ve donde está mi madre. En su estancia, junto al fuego, hilando purpúrea lana, admirable a la vista, la hallarás. Sobre una columna estará apoyada y rodeada de sus esclavas. A par suyo aparece el trono de mi padre, donde este se sienta para beber vino, semejante a un inmortal. Pasa por delante de él y tiende los brazos a las rodillas de mi madre, para que pronto amanezca el alegre día de tu regreso a la patria, por lejos que esta se halle. Pues si mi madre te fuere benévola, puedes concebir la esperanza de que verás a tus amigos y llegarás a tu bien construida casa y a la patria tierra.”

Dijo, y castigó con el reluciente látigo a las mulas, que dejaron al punto la corriente del río, pues trotaban muy bien y alargaban el paso en la carrera. Guiábalas Nausícaa con exquisito arte, valida de las riendas y el látigo, de modo que Odiseo y sus esclavas la pudieran seguir a pie. Al ponerse Helios, llegaron al sacro bosque de Atenea, donde el divinal Odiseo se detuvo solo, y en seguida imploró de esta manera a la hija del gran Zeus:

“Óyeme, ¡oh, indómita hija de Zeus que lleva la égida! Atiéndeme ahora, ya que nunca lo hiciste cuando me maltrataba el inmortal que sacude la tierra. Concédeme ser bienvenido a la patria de los feacios y que se apiaden de mí!”

Tal fue su plegaria, que oyó Palas Atenea. Pero la diosa no se le apareció aún, porque temía a su tío paterno,¹² quien estuvo vivamente irritado contra Odiseo, hasta que este no estuvo de regreso en la patria tierra. ≈

Notas

- ¹ Región de Sicilia regada por el Hiparis, de donde es sin duda el nombre que le da Homero. La ciudad de Camarina, población principal de ella, quizá se distinguió con igual denominación.
- ² En las notas a la Rapsodia novena habrá ocasión de hablar de esta raza descomunal y gigantesca.
- ³ Mme. Dacier cree que la intención del poeta en esta frase es preparar el ánimo de oyentes y lectores para que no crean inverosímil la credulidad y sencillez con que los feacios acogen las maravillosas relaciones de Odiseo. Pero el mismo Homero las toma en serio y se sirve de ellas para realzar a su protagonista, de suerte que no debió ser tal su objeto al colocar a los feacios lejos de los hombres industriosos, ni mucho menos el suponer a los habitantes de Esqueria desprovistos de habilidad e ingenio, pues en las rapsodias sucesivas demuestra lo contrario. Quizá el epíteto industrioso es un calificativo sin intención alguna.
- ⁴ Costumbre notable acaso traída a Corcira por los fenicios. En los libros santos, Sansón, contemporáneo de Odiseo, antes de casarse con una filisteo dio también a sus amigos en la fiesta de boda treinta mantos y treinta túnicas que se ganaron descifrando un enigma.
- ⁵ Según Eustacio, este juego consistía en engañarse, fingiendo arrojar a uno de los jugadores la pelota y tirándosela a otro por sorpresa.
- ⁶ Cadena de montañas de la Laconia.
- ⁷ Monte de la Arcadia en que hizo sus estragos el celebre jabalí enviado por Artemisa y muerto por Heracles.
- ⁸ La más pequeña y la más célebre de las Cícladas. Alcanzó un altísimo grado de esplendor. Barthelemy, apoyado en autores antiguos, la describe así en conjunto (*Voyage d'Anachasis*, t. VI, cap. LXVI): "Recorrimos con ávidos ojos aquellos edificios soberbios, aquellos elegantes pórticos, aquellos bosques de columnas que la adornan por doquier, y este espectáculo, que variaba a medida que nos aproximábamos, refrenaba en nosotros el deseo de llegar".
- ⁹ La palmera de que Odiseo habla es la que, según la tradición, sirvió de apoyo a Latona cuando dio a luz a Apolo y a Diana. Era tenida por inmortal y se conservaba en tiempo de Cicerón y de Plinio (Vid. *Leyes*, lib. I, e *Historia natural*, lib. XIV, cap. XLIV).

- ¹⁰ No creo que la comparación se refiera precisamente al color de los cabellos sino a la forma que tomaron después de lavados, rizándose graciosamente por efecto de la humedad. Los cabellos rubios eran los más estimados, y aunque en una anacreónica se elogien los cabellos negros de Batilo, hay que tener en cuenta que la pintura que allí se hace está tomada del natural, aparte además de que el gusto particular de un escritor no hace el general. Teócrito, por ejemplo, describió una beldad cejjunta, cosa que estaba infinitamente lejos de ser considerada como una belleza por el gusto universal.
- ¹¹ Esta descripción de la capital de Esqueria se aclara perfectamente con la observación de un escoliasta de Dionisio Periegetes: “La isla de los feacios tiene dos puertos; uno llamado el puerto de Alcínoo, y el otro el puerto de Hilo, por lo cual Calímaco la llama Feacia de doble puerto.”
- ¹² Poseidón, hermano de Zeus, padre de Atenea.

Rapsodia séptima

MIENTRAS ASÍ ROGABA EL PACIENTE Y DIVINO ODISEO, LA doncella era conducida a la ciudad por las vigorosas mulas. Apenas hubo llegado a la ínclita morada de su padre, paró en el umbral; sus hermanos, que se asemejaban a los dioses, rodeáronla, desengancharon las mulas y llevaron los vestidos dentro de la casa; y ella, se encaminó a su habitación, donde encendía fuego Eurimedusa, la vieja esclava epirota,¹ su camarera, a quien en otro tiempo habían traído en las corvas naves y elegido para ofrecérsela como regalo a Alcínoo, que reinaba sobre todos los feacios y era escuchado por el pueblo, cual si fuese un dios. A sus pechos había amamantado Eurimedusa a Nausícaa, la de los brazos de nieve, en la real morada, y a la sazón le encendía el fuego y aderezaba la cena.

En aquel momento levantábase Odiseo para ir a la ciudad; y Atenea, que lo quería bien, envolvióle en cerrada nube: no fuera que algún insolente feacio, saliéndole al camino, le zahiriese con palabras y le preguntase quién era. Mas al entrar el héroe en la magnífica población, se le hizo encontradiza Atenea, la deidad de los brillantes ojos, transfigurada en doncella portadora de un cántaro, y se detuvo ante él. Y el divino Odiseo le dirigió esta pregunta:

“¡Oh, hija mía! ¿No podrías mostrarme el palacio de Alcínoo, que impera en este pueblo? De remoto y extranjero país lle-

go a esta tierra, después de padecidos innumerables trabajos, y no conozco a nadie de los que habitan la ciudad y el pueblo.”

Respondióle Atenea, la deidad de los brillantes ojos: “Yo te mostraré, oh forastero venerable, el palacio de que hablas, pues se halla próximo al de mi eximio padre. Anda sin desplegar los labios, y te guiaré en el camino; pero no mires ni interrogues a ninguno de los hombres que topemos, que ni son muy tolerantes con los forasteros, ni acogen amistosamente al que viene de otro país. Aquel que sacude la tierra les ha dado naves rapidísimas, como el ala los pájaros y el pensamiento, y fiados en ello, cruzan el gran abismo del mar.

Cuando así hubo dicho, Palas Atenea caminó a buen paso y Odiseo fue siguiendo las pisadas de la diosa. Y los feacios, ínclitos navegantes, no se percataron de que anduviese por la ciudad y entre ellos, porque no lo permitió Atenea, la terrible deidad, de hermosas trenzas, la cual usando de benevolencia, cubrióle con una niebla celeste. Atónito contemplaba Odiseo los puertos, las naves bien proporcionadas, el ágora de aquellos héroes y los muros grandes, altos, provistos de empalizadas, que era cosa admirable de ver. Y así que llegaron al magnífico palacio del rey, Atenea, la deidad de los brillantes ojos, comenzó a hablarle de esta guisa:

“Este es, oh forastero venerable, el palacio que me ordenaste mostrara: encontrarás en él a los reyes, alumnos de Zeus, celebrando un banquete; entra y no se conturbe tu ánimo; de doquier venga, el audaz es quien más pronto mira logrados sus deseos. Ya en la sala, hallarás primero a la reina, cuyo nombre es Arete, y procede de los mismos ascendientes que engendraron al rey Alcínoo. En un principio, engendraron a Nausítoos el dios Poseidón, que sacude la tierra, y Peribeia, la más hermosa de las mujeres, hija menor del magnánimo Eurimedonte,² rey un tiempo de los altivos gigantes. Pero este

perdió a su pueblo malvado y pereció él mismo; y Poseidón hubo en aquella un hijo, el magnánimo Nausítoo, que imperó luego sobre los feacios. Nausítoo engendró a Rexénor y a Alcínoo, mas, estando el primero recién casado y sin hijos varones, fue muerto por Apolo, el del arco de plata,³ y dejó en el palacio una sola hija, Arete, a quien Alcínoo tomó por consorte, honrándola siempre mucho más que suelen serlo las mujeres de la tierra que rijen su casa sumisas a sus esposos. Así, tan cordialmente ha sido y es honrada de sus hijos, del mismo Alcínoo y de los ciudadanos, que la contemplan como a una diosa y la saludan con cariñosas palabras, cuando anda por la ciudad. Animada de muy buenos pensamientos y bondadosa para con todos, ella es quien dirime los litigios de las mujeres y aun de los hombres. Si ella te fuere benévola, puedes confiar ver nuevamente a tus amigos, y regresar a tu casa de elevada techumbre y a tu patria tierra.”

Cuando Atenea, la de los brillantes ojos, hubo dicho esto, se fue por encima del mar y, saliendo de la encantadora Esqueria, llegó a Maratón y a Atenas, la de anchas calles, y entróse en la tan sólidamente construida morada de Erecteo.⁴ Ya Odiseo enderezaba sus pasos a la ínclita casa de Alcínoo y al llegar frente al broncíneo umbral, meditó en su ánimo muchas cosas, pues la mansión excelsa del magnánimo Alcínoo resplandecía con el brillo de Helios o de Selene.

A derecha e izquierda corrían sendos muros de bronce desde el umbral al fondo; en lo alto de los mismos extendíase una cornisa de lapislázuli; puertas de oro cerraban por dentro la casa sólidamente construida; las dos jambas eran de plata y arrancaban del broncíneo umbral; apoyábase en ellas argénteo dintel, y el anillo de la puerta era de oro. Estaban a entrambos lados unos perros de plata y de oro,⁵ inmortales y exentos para siempre de la vejez, que Hefestos había fabri-

cado con sabia inteligencia para que guardaran la casa del magnánimo Alcínoo. Había sillones arrimados a la una y a la otra de las paredes, cuya serie llegaba sin interrupción desde el umbral a lo más hondo, y cubríanlos delicados tapices hábilmente tejidos, obra de las mujeres. Sentábanse allí los príncipes feacios a beber y a comer, pues de continuo celebraban banquetes. Sobre pedestales muy bien hechos hallábanse de pie unos niños de oro,⁶ los cuales alumbraban de noche, con hachas encendidas en las manos, a los convidados que hubiera en la casa. Cincuenta esclavas tiene Alcínoo en su palacio: unas quebrantan con la muela el rubio trigo; otras tejen telas y, sentadas, hacen girar los husos, moviendo las manos cual si fuesen hojas de excelso plátano, y las bien labradas telas relucen como si destilaran aceite líquido. Cuanto los feacios son expertos sobre todos los hombres en conducir una velera nave por el ponto, así sobresalen grandemente las mujeres en fabricar lienzos, pues Atenea les ha concedido que sepan hacer bellísimas labores y posean excelente ingenio. En el exterior del patio, cabe las puertas, hay un gran jardín de cuatro yugadas, y alrededor del mismo se extiende un seto por entrambos lados. Allí han crecido grandes y florecientes árboles: perales, granados, manzanos de espléndidas pomos, dulces higueras y verdes olivos. Los frutos de estos árboles no se pierden ni faltan, ni en invierno ni en verano,⁷ son perennes; y el Céfiro, soplando constantemente, a un tiempo mismo produce unos y madura otros. La pera envejece sobre la pera, la manzana sobre la manzana, la uva sobre la uva y el higo sobre el higo. Allí han plantado una viña muy fructífera⁸ y parte de sus uvas se secan al sol en un lugar abrigado y llano, a otras las vendimian, a otras las pisan, y están delante las verdes, que dejan caer la flor, y las que empiezan a negrear. Allí, en el fondo del huerto, crecían liños de legumbres de toda clase, siempre lo-

zanas. Hay en él dos fuentes: una corre por todo el huerto; la otra va hacia la excelsa morada y sale debajo del umbral, adonde acuden por agua los ciudadanos. Tales eran los espléndidos presentes de los dioses en el palacio de Alcínoo.

Detúvose el paciente divinal Odiseo a contemplar todo aquello, y después de admirarlo, pasó con ligereza el umbral, entró en la casa y halló a los caudillos y príncipes de los feacios ofreciendo con las copas libaciones al vigilante argicida, que era el último a quien las hacían cuando ya determinaban acostarse; mas el paciente divinal Odiseo anduvo por el palacio, envuelto en la espesa nube con que lo cubrió Atenea, hasta llegar adonde estaban Arete y el rey Alcínoo. Entonces tendió Odiseo sus brazos a las rodillas de Arete, disipóse la celeste niebla, enmudecieron todos los de la casa al percatarse de aquel hombre a quien contemplaban admirados, y Odiseo comenzó su ruego de esta manera:

“¡Arete, hija de Rexénor, que parecía un dios! Después de sufrir mucho, vengo a tu esposo, a tus rodillas y a estos convidados, a quienes permitan los dioses vivir felizmente y legar sus bienes a los hijos que dejen en sus palacios, así como también los honores que el pueblo les haya conferido. Mas apresuraos a darme hombres que me conduzcan, para que muy pronto vuelva a la patria, pues hace mucho tiempo que ando lejos de los amigos, padeciendo infortunios.”

Dicho esto, sentóse junto a la lumbre del hogar, en la ceniza;⁹ y todos guardaron silencio. Pero, al fin, el anciano héroe Equeneo, que era el de más edad entre los varones feacios y descollaba por su elocuencia, sabiendo muchas y muy antiguas cosas, les arengó benévolamente y les dijo:

“¡Alcínoo! No es bueno ni decoroso para ti que el huésped esté sentado en tierra, sobre las cenizas del hogar; y estos se hallan cohibidos, esperando que hables. Levántate, pues,

hazle sentar en una silla de clavazón de plata y manda a los heraldos que mezclen vino para ofrecer libaciones a Zeus que se huelga con el rayo, dios que guía a los venerandos suplicantes. Y tráigale de cenar la despensera, de aquellas cosas que allá dentro se guardan.”

Cuando esto oyó la sacra potestad de Alcínoo, asiendo por la mano al prudente y sagaz Odiseo, alzóle de junto al fuego e hízolo sentar en una silla espléndida, mandando que se la cediese un hijo suyo, el valeroso Laodamante, que se sentaba a su lado y érale muy querido. Una esclava dióle aguamanos, que traía en magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata, y puso delante de Odiseo una pulimentada mesa. Veneranda despensera sirvióle luego el pan y le regaló con innúmeros manjares, y el ingenioso y divino Odiseo comenzó a comer y a beber; y entonces el poderoso Alcínoo dijo al heraldo:

“¡Pontónoo! Mezcla el vino en la crátera, y distribúyelo entre todos los que haya en el palacio, a fin de que hagamos libaciones a Zeus que se huelga con el rayo, guía del venerable suplicante.”

Así se expresó. Pontónoo mezcló el dulce vino y lo distribuyó a todos los presentes, no sin gustar las primicias en todas las copas, y cuando hubieron hecho la libación y bebido cuanto plugo a su ánimo, Alcínoo les arengó, diciéndoles de esta suerte:

“Oíd, príncipes y capitanes feacios, pues voy a deciros lo que en el pecho mi corazón me dicta. Ahora, ya acabada la cena, idos a dormir a vuestra casa. A la mañana, después de convocar a los ancianos, ejerceremos en palacio los deberes de la hospitalidad para con nuestro huésped, ofreciendo a las deidades hermosos sacrificios. En seguida concertaremos lo más oportuno para que, sin fatigas ni trabajos, asistido por nosotros y alegre el alma, pueda nuestro huésped restituirse a la patria tierra, por remota que esté. Ni males ni daños han de alcanzarle ahora antes de que pise la tierra natal, y ya en su

casa, sufra el destino que las terribles Moiras hilaran para él cuando su madre le dio el ser. ¡Quién sabe si nuestro huésped no es uno de los inmortales, que baja del anchuroso Uranos! Si tal fuera, será que los dioses abrigan algún otro propósito. Tantas cuantas veces les ofrecimos magníficas hecatombes, se nos manifestaron de modo visible, sentándose entre nosotros y compartiendo el banquete. Jamás se ocultaron si algún caminante feacio los topó en su camino, porque descendemos de su linaje, cual los Cíclopes y la salvaje raza de los Gigantes.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Alcínoo! ¡Huya de ti tal idea! En nada, ni en cuerpo ni en natural me asemejo a los inmortales, que poseen el anchuroso Uranos, sino a los hombres mortales, y el más castigado por los rigores de cuantos fueron conocidos. A estos, por mis males, soy igual. Los innúmeros trabajos que pudiera referiros, los padecí todos por la voluntad de los dioses. Empero, dejadme que coma, no obstante mi pesadumbre. Nada hay peor que un estómago hambriento, ya que se sobrepone a los hombres más afligidos, cuyo espíritu se halle atormentado por mil inquietudes. Así, dolorida el alma, el hambre y la sed fuérganme a que coma y beba, y me sacie, sean cuales fueren los dolores por mí sufridos. Mas tan pronto como despunte Eos, apresuraos a enviarme a la patria, ¡triste de mí!, para que, después de lo mucho padecido, no se me acabe la vida, sin ver nuevamente mis bienes, mis esclavos y mi gran casa de elevado techo.”

Así habló. Todos aprobaron sus palabras y aconsejaron que al huésped se lo llevase a la patria, ya que era razonable cuanto decía. Hechas las libaciones y habiendo bebido todos cuanto les plugo, fueron a encerrarse en sus respectivas moradas, pero el divinal Odiseo se quedó en el palacio y a par de él, sentáronse Arete y Alcínoo, semejante a un dios, mientras las esclavas levantaban las mesas. Arete, la de los ní-

veos brazos, fue la primera en hablar, pues, contemplando los hermosos vestidos de Odiseo, reconoció el manto y la túnica que labrara con sus siervas. Y en seguida habló al héroe estas aladas razones:

“¡Huésped! Ante todo, quiero interrogarte: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Quién te dio esos vestidos? ¿No dices que llegaste vagando por el ponto?

Respondióle el ingenioso Odiseo: “Difícil me fuera, ¡oh reina!, relatar al punto todos los males que los dioses del Urano desataron contra mí. Mas satisfaré tu demanda. En medio de los mares, existe una isla, Oigia, morada de Calipso, la temible diosa de lindas trenzas, dolosa hija de Atlante. Ni dioses ni hombres mortales se comunican con ella. Pero a mí, ¡oh desdichado!, me llevó a su hogar algún numen, después que Zeus, con ardiente rayo, había hundido mi rápida nave en medio del vinoso ponto, donde perecieron mis esforzados compañeros. Asiéndome a la quilla de mi bajel, de muchos bancos, anduve errante nueve días, y en la décima y oscura noche, arrastráronme los dioses a la isla Oigia, morada de Calipso, la temible deidad de hermosas trenzas. Esta acogióme con bondad, sustentóme y aun me dijo no pocas veces que me haría inmortal y me libraría por siempre de los rigores de la vejez. No obstante, sus palabras no persuadieron mi alma. Allí pasé siete años, regando con mis lágrimas las divinales vestiduras que me dio Calipso. No bien llegó el octavo año, ora fuese por orden de Zeus, ora porque hiciesen mudanza sus sentimientos, invitóme a partir y dispuso mi regreso en una balsa, afianzada con cuerdas, dándome abundante pan y vino, luego de vestirme divinales ropas. Sobre mi nave sopló viento propicio, y así navegué durante diecisiete días, al través del ponto, en mi ruta. Al décimoctavo, pude ver los umbrosos montes de vuestra tierra y mi corazón latió alborozado. ¡Ay,

infeliz! Nuevos males, enviados por Poseidón, que sacude la tierra, habían de abrumarme. Levantó vientos contrarios, apartándome del camino. Conmovió el inmenso mar y dispuso que las olas, en tanto yo gemía, barriesen la balsa, cuyos leños dispersó la tempestad. Nadé vigorosamente, hendiendo las aguas, hasta que el viento y las olas me acarrearón a tierra, donde el mar me arrojó a vuestro país. Al salir del mar, la ola me hubiese estrellado contra la tierra firme, arrojándome a unos peñascos y a un lago funesto; pero retrocedí nadando y llegué a un río, el cual paraje parecióme óptimo por carecer de rocas y formar como un reparo contra los vientos. Dejéme caer a tierra, y recobróse mi abatido espíritu. Entró la divina noche y me alejó del río, que las celestiales lluvias alimentan, y me acosté bajo unos arbustos, después de aparejarme un lecho de hojas. Envióme un dios profundo sueño, y no obstante las penas que afligían mi corazón, dormí toda la noche en aquella yácija, y la mañana y todo el día, hasta que al ocultarse Helios, dejóme el dulce sueño. Entonces oí a las siervas de tu hija que se solazaban en la ribera, y vi a tu propia hija, semejante a una diosa entre todas sus mujeres. Le supliqué, y mostróseme con discreción que nunca pudiera esperarse de tan verdes años, porque la mocedad suele ser inconsiderada. Dióme al punto manjares y rojo vino, dispuso que me lavasen en el río y me entregó estas vestiduras. No obstante mi tribulación, te he dicho la verdad toda de lo acaecido.”

Respondióle Alcínoo, diciendo:

“¡Huésped! En verdad que mi hija no tomó el acuerdo más conveniente, ya que no te trajo a nuestro palacio, con las esclavas, habiendo sido la primera persona a quien suplicaste.”

Contestóle el ingenioso Odiseo: “¡Oh, héroe! No por mi culpa censures a esta eximia doncella. Me rogó que la siguiese con sus esclavas, mas no lo hice porque temía te irritaras, si

por acaso nos vieras. Los hombres que moramos en la tierra somos muy suspicaces.

Alcínoo, en respuesta, le dijo: “¡Huésped! No hay en mi pecho un corazón de tal índole, que se irrite sin motivo, y lo mejor es siempre lo más justo. ¡Plegue al padre Zeus, a Atenea y a Apolo, que, siendo tal cual eres, y pensando como yo pienso, tomases a mi hija por mujer y fueras llamado yerno mío, permaneciendo con nosotros! Dírate casa y riquezas, si de buen grado te quedaras, que contra tu voluntad ningún feacio te ha de detener, pues esto disgustaría al padre Zeus. Y desde ahora decido, para que lo sepas bien, que fijo para mañana el día de tu conducción; mientras dormirás, vencido por el sueño; los compañeros remarán por el mar en calma, hasta que llegues a tu patria y a tu casa, a donde te fuere grato, aunque esté mucho más lejos que Eubea; la cual dicen que es lo más distante de la tierra quienes allí guiaron al rubio Radamanto, en su visita a Ticio,¹⁰ hijo de Gea; fueron allá y en un solo día y sin cansarse, terminaron el viaje y se restituyeron a sus casas. Tú mismo apreciarás cuán excelentes son mis naves y cuán hábiles los jóvenes en quebrantar el mar con los remos.”

Así habló, y el ingenioso y divino Odiseo, lleno de gozo, elevó esta súplica:

“¡Padre Zeus! ¡Ojalá Alcínoo cumpla su promesa! ¡Sea su gloria inmortal en la fecunda tierra, si torno a mi patria!”

En tanto que de este modo departían, Arete, la de los níveos brazos, ordenó a las esclavas que arreglaran un lecho, bajo el pórtico, proveyéndolo de purpúreos cobertores, cubriéndolo con tapices y dejando en él afelpadas túnicas para abrigarse. Salieron las siervas de la estancia, alumbrándose

con hachas encendidas, y con gran diligencia prepararon el lecho. Acercándose en seguida a Odiseo, le dijeron:

“Levántate, huésped, y ve a descansar. Tu lecho te aguarda.”

Así hablaron, y le pareció grato dormir. De esta suerte, el paciente y divinal Odiseo durmió allí en torneado lecho, debajo del sonoro pórtico. Y Alcínoo acostóse en lo interior de la excelsa mansión, y a par suyo, se acostó la reina después de aparejar el lecho y la cama.



Notas

- ¹ Natural de Epiro. La posición geográfica de esta ciudad o región, patria de Eurimedusa, es hoy desconocida.
- ² Mme. Dacier deduce de este pasaje que los gigantes fueron exterminados cuarenta o cincuenta años antes de la guerra de Troya, lo cual concuerda con la tradición que atribuye a Heracles y Teseo el exterminio de aquella impía raza. Plutarco (*Vida de Teseo*) describe admirablemente aquella gente (bandoleros que todo lo infestaban): "Porque aquella época, dice, fue fecunda en hombres de aventajadas e infatigables fuerzas para los trabajos normales, y de grandísima ligereza de pies; pero que en nada moderado o provechoso empleaban estas dotes, sino que se complacían en la violencia, abusaban con crueldad y aspereza de su poder, y si aspiraban a dominar era para sujetar y destruir cuanto se les ponía por delante, pareciéndoles que la molestia, la justicia, la igualdad y la humanidad no estaban en ninguna manera bien a los que más podían, pues que si todos los otros hombres los alaban, es por falta de atrevimiento para injuriar y por miedo de ser injuriados."
- ³ Quiere decir que murió súbitamente, pues todas las muertes repentinas se atribuían a las invisibles saetas de Apolo y Artemisa.
- ⁴ Erecteo fue un rey de Atenas que ilustró su reinado con establecimientos útiles. Los atenienses le consagraron un templo. Aquí se trata sin duda de alguno erigido por aquel monarca a la diosa Atenea, patrona de Atenas.
- ⁵ Las maravillas artísticas y mecánicas de Hefesto son traídas a colación frecuentemente en los poemas homéricos. Recuérdanse en la *Iliada* los trípodes que iban y venían por sí mismos a las asambleas; las dos esclavas de oro, en que se presenta apoyado el dios herrero a la divina Tetis; las maravillosas armas que en breve tiempo fabrica para Aquiles, etc., etc.
- ⁶ Estas esplendideces fueron imitadas por Lucrecio en el libro II de su poema *De rerum Natura*.
- ⁷ Ideal de la fertilidad de la tierra. En España hay plantas de fruto perenne (naranjos y limoneros), como los celebrados en el huerto de Alcínoo; por eso quizá supusieron los antiguos que en el delicioso suelo de la Bética se asentaban los Campos Elíseos.
- ⁸ Para comprender este pasaje, conviene tener presente la manera de vendimiar y fabricar el vino en Grecia. Hesíodo (*Trabajos y Días*, lib. II, v. 233 y siguientes) la describe a maravilla. Véase

la versión que de sus preceptos hizo Castillo y Ayensa: “Cuando el triste Orión y Sirio ardiente/Hayan llegado a la mitad del cielo,/Y mire a Arturo la rosada Aurora;/Entonces, oh Persa, los racimos todos/Coge, y cercanos al lagar los tiende./Del sol expuestos a los rayos sean/Diez días, y diez noches al sereno,/Y estén luego a la sombra cinco días;/Al sexto saca del alegre Baco/El don precioso, y los toneles llena.”

Así se explica que en la viña de Alcinoo hubiera racimos en tres situaciones diferentes: curándose al sol unos; recién cortados otros, y otros, en fin, soltando su dulce jugo para llenar las cubas o toneles. La razón de ser esto posible la da en seguida el poeta con su exactitud acostumbrada.

- ⁹ El hogar, como dedicado a Vesta, era un lugar sagrado. Era la manera más segura y elocuente de suplicar al dueño de la casa. Así lo hizo Temístocles cuando se refugió en el palacio de Admeto, rey de los molosos. “Sentóse en medio de su hogar, entre sus dioses domésticos”, dice Plutarco en la vida de aquel repúblico.
- ¹⁰ Homero, en todo lo que se refiere a la Esqueria, trata de hacer verosímil la ficción en virtud de la cual la ha trasladado a los límites de Océano.

Rapsodia octava

AL PUNTO QUE SE DESCUBRIÓ LA HIJA DE LA MAÑANA, EOS, DE ROSÁCEOS dedos, la sacra potestad de Alcínoo abandonó el lecho, en tanto que el asolador de ciudades, el divino e ingenioso Odiseo, dejaba también el suyo. La sacra potestad de Alcínoo se puso al frente de los demás, y juntos se encaminaron al ágora, que los feacios habían construido cerca de las naves.¹ Tan luego como llegaron, sentáronse en unas piedras pulidas, unos al lado de los otros; mientras, Palas Atenea, deseosa de acelerar el retorno del magnánimo Odiseo, recorría la ciudad bajo la figura de un heraldo del prudente Alcínoo, y allegándose a cuantos veía, los incitaba con estas palabras:

“¡Ea, caudillos y príncipes de los feacios! Acudid al ágora y conoceréis al forastero que no ha mucho llegó al palacio del prudente Alcínoo, luego de vagar errante por el ponto. Semejante es por su cuerpo a los inmortales.”

Diciendo así movíales el corazón y el ánimo. El ágora y los asientos llenáronse bien presto de varones que se iban juntando y eran en gran número los que contemplaban con admiración al prudentísimo hijo de Laertes, pues Atenea difundió la gracia por su cabeza y hombros, haciéndolo aparecer más alto y más grueso para que fuera más grato y respetable a los feacios, y triunfara en las pruebas a que lo sometiesen. A punto que todos estuvieren reunidos, Alcínoo les arengó de esta manera:

“¡Oídmе, caudillos y príncipes de los feacios, y os diré lo que en el pecho mi corazón me dicta! Ignoro quién es este forastero, que errante llegó a mi casa, si morador de las tierras que existen por donde nace Eos o si de las que caen hacia el Héspero. Ayuda nos pide para restituirse a la patria y nosotros lo habremos de conducir, como anteriormente lo hicimos con tantos otros; porque nunca entró hombre alguno en mi casa que llorase mucho tiempo en sus deseos de tornar entre los suyos. Ea, pues, botemos al mar divino negra nave sin estrenar aún y escójanse de entre el pueblo los cincuenta y dos mancebos que hasta aquí hayan sido los más excelentes. Sujetad al banco los remos y partamos a mi casa a disponer un banquete con que nos regalemos todos. Esto mando a los jóvenes; pero vosotros, reyes portadores de cetro, venid a mi hermoso palacio para que agasajemos al huésped. Nadie se me niegue. Y llamad a Demódoco,² el divino aedo, a quien los númenes otorgaron gran maestría en el canto para deleitar a los hombres, siempre que a cantar le incita su ánimo.

Cuando así hubo hablado, se puso en marcha; siguiéronle los reyes portadores de cetro, y el heraldo fue a llamar al divinal aedo. Los cincuenta y dos jóvenes elegidos, cumpliendo la orden del rey, enderezaron a la ribera del estéril mar y, ya junto a la negra nave, lanzáronla a las profundas aguas. Y erguido el mástil, apercebidas las velas y afianzados los remos con correas, dieron al aire el velamen y anclaron el bajel en lo hondo. Y hecho todo con diligencia, fuéronse en seguida a la gran mansión del prudente Alcínoo. Llenos de hombres estaban el pórtico, la sala y el patio, pues eran muchos, entre jóvenes y ancianos. Para ellos inmoló Alcínoo doce ovejas, ocho puercos de albos colmillos y dos bueyes de tornátiles patas: todos fueron desollados y se dispuso un agradable convite.

Compareció el heraldo con el amable aedo, a quien la Musa quería extremadamente y le había dado un bien y un mal: privóle de la vista y concedióle el dulce canto. Adosado a alta columna, en medio del concurso colocó Pontónoo, para él, un sitial guarnecido con tachuelas de plata, y por cima de su cabeza suspendió la sonora cítara, advirtiéndole cómo había de valerse para alcanzarla. Púsole enfrente una hemos mesa, y en ella un canastillo y una copa de vino para que bebiese siempre que su ánimo se lo aconsejara. Todos tendieron las manos a los manjares que delante se les ofrecían. No bien hubieron saciado el deseo de comer y beber, la Musa excitó al aedo a loar la gloria de los guerreros con un cantar cuya fama llegaba entonces al anchuroso Uranos: era la disputa entre Odiseo y el peleida Aquiles,³ quienes trabáronse de palabras en el espléndido banquete ofrecido a los dioses, mientras el rey de hombres Agamenón se regocijaba en su alma al ver querellarse a los héroes más famosos de los aqueos, pues así se cumplía la predicción⁴ que Febo Apolo le hiciese en la divina Pito,⁵ cuando pasó el umbral de piedra para consultar el oráculo, y este le anunció que desde aquel punto comenzaría a revolverse la calamidad entre los teucros y los dánaos, por la decisión del gran Zeus.

Tal era lo que cantaba el ínclito aedo. Odiseo tomó en sus robustas manos el gran manto de color de púrpura y se lo echó por encima de la cabeza, cubriendo su faz hermosa, porque le daba vergüenza que brotaran lágrimas de sus ojos, delante de los feacios. Pero al acabar el divinal aedo, detúvose su lloro y, quitándose el manto de la cabeza, asió una doble copa e hizo libaciones a las deidades. Empero, cuando el aedo comenzó a cantar nuevamente, instado por los príncipes feacios, a quienes deleitaban sus relatos, Odiseo se cubrió

nuevamente la cabeza y tornó a llorar. Mas, no obstante su diligencia, no a todos pasó inadvertido que derramara lágrimas: Alcínoo, que estaba sentado junto a él, dióse cuenta de sus lágrimas y oyó sus gemidos. Habló entonces a los feacios, amantes de manejar los remos:

“Oídme, príncipes y capitanes feacios: ¡Satisfecha ya el alma con este banquete y a los acordes de la cítara, que es la compañera de los convites, salgamos y entreguémonos a toda suerte de juegos, para que nuestro huésped pueda referir a sus amigos —de retorno en su patria— cómo superamos a todos los hombres en el pugilato, la lucha, el salto y la carrera.”

Dijo y salió al punto, siguiéndole todos. Suspendió el heraldo la sonora cítara del clavo, y asiéndole de la mano a Demódoco, lo condujo fuera de la casa, guiándole por el mismo camino que llevaran los príncipes feacios para gustar de los juegos. Seguidos por apretada multitud de pueblo llegaron al ágora. Allí se pusieron en pie muchos y muy vigorosos mancebos: Acroneo,⁶ Ocialo, Elatreo, Nauteo, Primneo, Anquialo, Eretmeo, Ponteo, Pronreo, Toon, Anabesineo, Anfíalo, hijo de Polineo Tectónida; Eurbialo, semejante a Ares, matador de hombres, y Naubólides, que descollaba entre los feacios por su cuerpo y hermosura después del intachable Laodamante. También se alzaron los tres hijos del excelso Alcínoo: Laodamante, Halio y Clitoneo, parecido a un dios. Empezaron por probarse en la carrera. De la raya partieron velocísimos todos a la vez, levantando el polvo de la llanura. Pero a todos aventajaba el eximio Clitoneo. Cuan largo es el surco abierto por las mulas en un campo noval, así precedía, dejándolos muy a su zaga, cuando apareció ante el pueblo. Otros se midieron después en la lucha, y en ella Eurialo sobrepujó a los más briosos. Anfíalo fue el vencedor en el salto. Elatreo el más fuerte en arrojar el disco, y en el

pugilato Laodamante, el buen hijo de Alcínoo. Y cuando todos hubieron recreado su ánimo en los juegos, Laodamante, vástago de Alcínoo, hablóles de esta guisa:

“Ahora, amigos, preguntemos a nuestro huésped si conoce algún juego. En verdad que no tiene mala presencia. Vigorosos son sus muslos, sus brazos y su cerviz, y además es joven aunque el mucho padecer le haya quebrantado. A lo que pienso nada hay peor que el mar para abatir al hombre más sobrado de bríos.

Euríalo le repuso:

“Discreto hablaste, Laodamante. Ve, pues, repitiéndole nuestras palabras.”

Oído esto, el insigne hijo de Alcínoo púsose en medio de todos, y así habló a Odiseo:

“Ea, padre huésped, ven tú también a probarte en los juegos, si aprendiste alguno; y debes de conocerlos, que no hay gloria más ilustre para un varón en esta vida que la de campar por las obras de sus pies o de sus manos. Ven, pues, y destierra de tu alma las pesadumbres, pues tu viaje no se diferirá mucho: ya la nave ha sido botada y los que te han de acompañar están prestos.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¿Por qué, oh Laodamante, me ordenáis tales cosas para hacerme burla? Más que de deseos de juegos, hállase mi alma ahíta de dolores, por los males sin cuento padecidos y las muchas fatigas soportadas. Si ahora me siento con vosotros en el ágora es para implorar mi vuelta a la patria y suplicarles al rey y a todo el pueblo.”

Mas Eurialo le contestó ultrajándolo claramente:

“¡Huésped! Pareces ignorar aquellos ejercicios en que se instruyen los hombres. Más que a un atleta, te asemejas a un patrón de marineros mercantes que, sobre su nave de carga, solo se cuida de sus mercaderías y del lucro de sus rapiñas.”

Mirándolo torvamente, le repuso el ingenioso Odiseo:

“¡Huésped! Sin juicio hablaste y me pareces un insensato. Los dioses no dispensan igualmente a todos los mortales sus amables presentes: hermosura, ingenio, elocuencia. Acontece que a un hombre no dotado de belleza lo favorece una deida con la palabra, y todos se sienten seducidos ante él, porque habla con seguridad y suave modestia, y domina el ágora, y el pueblo lo considera como a un numen cuando anda por la población; otro, en cambio, aseméjase a los inmortales por su exterior y no tiene gracia alguna en sus dichos. Así, tu aspecto es irreprochable y un dios no te habría configurado de otra suerte, mas tu inteligencia es ruda. Como me ofendiste, has irritado en mi pecho el corazón. No soy ignorante en los juegos, como tú afirmas, antes pienso que me podían contar entre los primeros, mientras tuve confianza en mi juventud y en mis manos. Ahora me siento abrumado por las pesadumbres y las fatigas, pues no en balde padecí mucho, ya guerreando con los hombres, ya surcando el peligroso mar. Con todo, no obstante lo mucho que he padecido, me mediré con vosotros, porque tus palabras hirieron mi alma y me irritaste con tu arenga.”

Dijo, y sin despojarse del manto, lanzóse impetuoso y, siendo un disco más grande, más recio y más pesado que los que solían usar los feacios en sus deportes, lo volteó arrojándolo con vigorosa mano. Partió la piedra silbando y todos los feacios, ilustres navegantes que usan largos remos, inclinaron la cabeza ante su impetuosidad. El disco se detuvo más allá de la raya, meta de todos los otros. En figura de hombre corrió prestamente Atenea, y luego de señalar el punto donde cayera, les dijo:

“Hasta un ciego, oh huésped, podría reconocer a tientas tu señal, porque no se halla entre la multitud de las otras, sino mucho más allá; en este juego puedes estar tranquilo,

que ninguno de los feacios llegará a tu golpe y mucho menos logrará pasarlo.”

Así habló, y el paciente y divinal Odiseo holgóse mucho de tener en el ágora un compañero benévolo. Entonces, con más dulzura, dijo a los feacios:

“Ahora, ¡oh jóvenes!, llegad a mi disco y si lo alcanzaras, juzgo que muy pronto me veréis arrojar otro tan lejos o más aún. Y en los restantes juegos, aquel a quien lo impulse el corazón y el ánimo a probarse conmigo, venga acá —ya que me habéis encolerizado fuertemente—, pues en el pugilato, la lucha o la carrera, a nadie recuso de entre todos los feacios a excepción del mismo Laodamante, que es mi huésped: ¿Quién lucharía con el que le acoge amistosamente? Solo el insensato y el miserable fueran capaces de medirse con su huésped en los juegos, ante un pueblo que no es el suyo, pues con ello a sí mismo se perjudica. De los demás, a ninguno rechazo ni desprecio, sino que me propongo conocerlos y probarme con todos frente a frente, pues no soy completamente inepto para cuantos juegos se hallen en uso entre los hombres. Sé manejar bien el pulido arco, y sobrepujar a todos en herir a un guerrero de la enemiga hueste, aunque un gran número de compañeros en torno mío disparase sus dardos contra ella. Filoctetes⁷ fue el único que, allá en el pueblo de Troya, me excedió en el arco cuantas veces dispararon sus flechas los aqueos. Mas a lo presente, me jacto de ser el más hábil de los mortales que comen pan en la tierra.⁸ No presumo, en verdad, competir con los antiguos héroes, como Heracles y Eurito, Ecaliense, porque ellos rivalizaban en destreza aun con los propios dioses. Así, el gran Eurito pereció harto mozo y no pudo envejecer en su morada: irritado porque lo retase en desafío, matóle Apolo. Tan fácilmente como otro arroja una flecha, tiro yo la lanza. Solo temo que en la carrera me aventaje

algún feacio, agobiado como estoy y abatidos mis miembros por las muchas fatigas pasadas entre las olas, casi sin provisiones ni bajel.”

Así se expresó. Y todos permanecieron silenciosos. Solamente Alcínoo le habló de esta manera:

“¡Huésped! No nos desplazieron tus palabras ya que con ellas te propusiste mostrar el valor que tienes, enojado de que ese hombre te increpase dentro del circo, siendo así que ningún mortal que pensara razonablemente pondría reproche a tu bravura. Y ahora escucha atentamente lo que voy a decirte, pues ansío que hables con elogio de nuestros héroes cuando te sientes a la mesa en tu casa, a par de tu esposa e hijos, y recuerdes nuestra virtud y las obras en que Zeus se dignó hacernos superiores a todos desde los días de nuestros antepasados. Cierto que no somos los más fuertes en el pugilato ni luchadores consumadísimos, pero descollamos en la carrera y excedemos a todos en gobernar las naves. Agradables nos son los banquetes, e igualmente la cítara, las danzas, las vestiduras limpias, y los baños calientes y los lechos. Pero, ea, danzad vosotros, los más consumados bailarines feacios, para que nuestro huésped, de retorno en su mansión, diga a sus amigos cuán superiores somos a los demás mortales en la ciencia del mar, en la agilidad de los pies y en el baile y el canto. Y vaya alguno en busca de la cítara, que quedó en nuestro palacio, y tráigala presto a Demódoco.”

Tal dijo el deiforme Alcínoo. Levantóse el heraldo y fue a traer del palacio del rey la hueca cítara. Alzáronse los nueve jueces, elegidos por la suerte, que atendían en los pormenores de los juegos, y allanaron el piso y formaron ancho y hermoso corro. Volvió el heraldo, trayéndole a Demódoco la melodiosa cítara; este se puso en medio, y los adolescentes hábiles en la danza, habiéndose colocado a su alrededor, hirieron con

los pies el divinal circo. Odiseo, absorto de admiración ante la destreza de sus movimientos, tenía suspensa el alma.

Por hermoso estilo comenzó a cantar el aedo los amores de Ares y Afrodita, la de bella corona, y su furtiva unión en la morada de Hefestos, cuyo tálamo infamó el belicoso dios, luego de regular a aquella con innúmeros presentes. Mas Helios, que vio el amoroso ayuntamiento,⁹ fue en seguida a contárselo a Hefestos. Al oír la cruel nueva, este corrió aceleradamente a su fragua, agitando en lo íntimo de su alma propósitos siniestros, y dispuso el enorme yunque y forjó redes irrompibles, para que permanecieran firmes donde los dejaran. Después que, poseído de cólera contra Ares, construyó este engaño, fue a la cámara nupcial donde tenía su lecho, y suspendió las redes de la techumbre, a manera de círculo, de modo que caían de las traviesas alrededor del tálamo, cual telas de araña invisibles aun para los mismos dioses inmortales. Tal fue su ardid. Y luego que envolvió el lecho, fingió partirse a Lemnos,¹⁰ la bien construida ciudad, la más grata para él de todas las ciudades de la tierra. Ojo avizor, Ares, el de áureas riendas, tan pronto como viese marcharse al insigne artífice corrió a la morada del ilustre Hefestos, ávido del amor de Citera, la de bella corona. La deidad, recién venida de junto a su padre, el prepotente Cronidas, se hallaba sentada. Entróse Ares en la estancia, y tomándole de la mano, así le dijo:

“Amada mía, holguémonos en el tálamo. Hefestos no está. No ha mucho partió a Lemnos, abandonándote por los sinties¹¹ de bárbaro lenguaje.”

Así habló, y a ella parecióle grato acostarse. Metiéronse ambos en la cama y se extendieron a su alrededor; los lazos, tan habilidosamente preparados por el prudente Hefestos, los aprisionaron impidiéndoles moverse ni levantarse; entonces comprendieron que no había medio de escaparse. Advertido

por Helios, que vigilaba en su ausencia, no tardó en presentarseles el ínclito Cojo de ambos pies, de retorno de su viaje a Lemnos, adonde no llegara. Afligido el corazón detúvose en el vestíbulo y, presa de feroz cólera, comenzó a gritar por modo tan horrible, que le oyeron todos los dioses:

“¡Padre Zeus, y vosotros bienaventurados y sempiternos dioses! Venid a presenciar estas cosas ridículas e intolerables: Afrodita, la hija de Zeus, me infama de continuo, a mí, que soy cojo, y se entrega al pernicioso Ares, porque es gallardo y tiene los pies sanos, mientras que yo nací débil; mas de ello nadie tiene la culpa, sino mis padres que nunca debieron haberme engendrado. Veréis cómo se han acostado en mi lecho y duermen, amorosamente unidos, y yo me angustio al contemplarlos. Mas, aunque mi pesadumbre sea mucha, al contemplarlos en ese lecho, imagino que no han de regocijarse, por grande que sea su pasión, pues mis redes les impedirán unirse. Y allí permanecerán retenidos hasta que su padre me restituya la dote que le di por su hija, desvergonzada.¹² Que esta es hermosa, pero no sabe contenerse.

Tal dijo, y los dioses se reunieron en la morada de bronceo pavimento. Compareció Poseidón, que ciñe la tierra, y el benéfico Hermes llegó también. Llegó asimismo más tarde el soberano flechador Apolo. Las diosas quedáronse, por pudor, cada una en su casa. Los dioses, dispensadores de bienes, detuviéronse en el umbral, y al advertir la ingeniosa treta del prudente Hefestos, prorrumpieron en grandes risas los felices númenes. Y uno de ellos dijo al que tenía más cerca:

“No prosperan las malas acciones y el más tardo suele alcanzar al más ligero. He aquí cómo Hefestos, que es cojo, aprisionó a Ares, el más ágil de todos los dioses que habitan el Olimpo, prevaliéndose de su arte, y se hará pagar una multa.”

Así departían. Y el soberano Apolo, hijo de Zeus, dijo a Hermes:

“¡Mensajero Hermes, hijo de Zeus, otorgador de bienes! ¿Querías hallarte prisionero de estas indestructibles redes por el gusto de reposar en un tálamo con la áurea Afrodita?”

Respondióle el mensajero argicida:

“¡Pluguiera a los dioses, oh soberano flechero Apolo, que tal acaeciére! Ojalá fuese prisionero de redes tres veces más inextricables y a la vista de todos los dioses y diosas, con tal que yo durmiese con la dorada Afrodita.”

Así se expresó, y alzóse nueva risa entre los inmortales dioses. Mas Poseidón contuvo el regocijo y con estas aladas palabras suplicó al insigne Hefestos que otorgase la libertad a Ares:

“Desátalo y yo te fío que pagará, como lo mandas, cuanto sea justo entre los inmortales dioses.”

Replicóle el ínclito cojo de ambos pies: “¡No me pidas semejante cosa, oh Poseidón que circundas la tierra! Mala es la caución de los malos.¹³ ¿Cómo te podría apremiar yo ante los inmortales dioses si Ares deja de satisfacer su deuda, una vez a salvo de mis redes?”

Contestóle Poseidón, que sacude la tierra: “Si Ares huyere, rehusando satisfacer la deuda, seré yo quien te la pague.”

El insigne Cojo de ambos pies le repuso: “Inconveniente fuera ya negarme a tu palabra, y eso no ha de ser.”

Dicho esto, la fuerza de Hefestos les quebró las redes. Libres de las inextricables mallas, alzáronse con toda premura y Ares huyó a Tracia¹⁴ y la risueña Afrodita a Chipre y Pafos,¹⁵ donde posee sagrados bosques y aromosos altares. Allí las Cárites la bañaron y ungieron con el divino aceite que hermosea a los sempiternos dioses y la ataviaron con lindas vestiduras que dejaban admirado a quien las contemplaba.

Tal era el canto del ínclito aedo, a quien oían con arrobó Odiseo y los feacios, hábiles en el uso de los largos remos de las naves.

Alcínoo ordenó entonces a Halio y a Laodamante que bailaran solos, pues con ellos no competía nadie. Al momento tomaron en sus manos una preciosa pelota de color de púrpura, que les hiciera el habilidoso Pólipo; y el uno, echándose hacia atrás, la arrojaba a las sombrías nubes, y el otro, dando un salto, la cogía fácilmente antes de caer al suelo. Tan pronto como se probaron en tirar la pelota rectamente, pusieron a bailar en la fértil tierra, alternando con frecuencia entre el aplauso estruendoso de los mancebos que estaban en el circo. En aquel punto, el divinal Odiseo habló a Alcínoo:

“¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! Me anunciaste los más excelentes danzadores, y en verdad que has cumplido tu promesa. Pasmado me siento al verlos.”

Tal dijo. Holgóse de la lisonja la sacra potestad de Alcínoo. Dirigiéndose a los feacios, amantes de manejar los remos, les habló así:

“¡Oíd, caudillos y príncipe de los feacios! Discreto me parece nuestro huésped. Ea, pues, ofrezcámosle los dones de la hospitalidad como es justo. Doce preclaros reyes gobernáis como príncipes la población y yo soy el treceno: traiga cada uno un manto bien limpio, una túnica y un talento de precioso oro, y vayamos todos juntos a llevárselo al huésped para que, al verlo en sus manos, asista a la cena con el corazón alegre. Y desenójelo Euríalo con palabras y un regalo, pues en verdad que no estuvo muy comedido.”

Así les arengó. Aplaudieron todos y ordenaron a los heraldos que les trajesen los presentes. Y Euríalo le repuso a Alcínoo de esta guisa:

“¡Rey Alcínoo, el más ilustre de los ciudadanos! Cuanto mandes, apaciguaré a nuestro huésped, y le haré regalo de esta espada de bronce de argétea empuñadura, y vaina de marfil recién labrado. El presente será digno de tal persona.”

A par que así decía, puso la espada guarnecida de argéteos clavos en manos de Odiseo, a quien dirigió estas aladas razones:

“¡Salud, padre huésped! Si alguna palabra dije que te molestase, llévensela cuanto antes los impetuosos torbellinos. Y las deidades te permitan regresar a tu patria y ver a tu esposa nuevamente, ya que tanto sufriste lejos de los tuyos!”

El ingenioso Odiseo le repuso:

“¡Salud, amigo! Los dioses te concedan felicidades y ojalá que nunca eches de menos esta espada que ahora me das, después de apaciguarme con tus palabras.”

Dijo, y echóse al hombro aquella espada guarnecida de argéteos clavos. Al ocultarse Helios ya habían traído los espléndidos presentes, y conspicuos heraldos condujéronlos al punto a la morada de Alcínoo, e hicieron cargo de ellos los vástagos del ilustre rey, quienes transportaron los bellísimos regalos adonde estaba su veneranda madre. Volvieron todos al palacio, precedidos por la sacra potestad de Alcínoo, y sentáronse en altas sillas, y la sacra potestad de Alcínoo dijo entonces a Arete:

“¡Esposa mía! Trae un hermoso cofre, el mejor que tuvieres,¹⁶ y encierra en él un manto bien limpio y una túnica. Poned al fuego un barren, y que se temple el agua para que nuestro huésped, ya lavado, pueda admirar los presentes traídos por los eximios feacios, y se regocije con el banquete y el canto del aedo. Y yo le daré mi hermosísima copa de oro, para que me recuerde todos los días al ofrecer en su casa libaciones a Zeus y a los demas dioses.”

Así dijo, y Arete ordenó a las esclavas poner al punto un gran trípode en el hogar. Junto a la lumbre colocaron la gran trébede usada para los baños, y después de vertida el agua, prendieron la leña hacinada debajo. Y brotó la llama, envolviéndola, y calentóse el agua.

Arete, en tanto, sacó de su estancia un arca muy hermosa, donde acomodó los espléndidos presentes, las vestiduras y el oro que los feacios dieran al huésped. De suyo añadió un manto y bellísima túnica. Luego dijo a Odiseo estas aladas palabras:

“Examina tú misma la tapa y échale apretado nudo, no sea que te hurten alguna cosa en el camino, cuando en la negra nave estés entregado al dulce sueño.”

No bien lo hubo oído el pariente divinal Odiseo, encajó la tapa y le echó un complicado nudo que le enseñara a hacer la venerable Circe. Acto seguido invítóle la despensera a bañarse en una pila; y Odiseo sintió gozoso el agua caliente, porque hacía mucho tiempo que no disfrutara de estos cuidados, desde su partida de la morada de Calipso, la de hermosas trenzas, donde estuviera asistido siempre cual si fuera un dios. Ya bañado y ungido con aromoso aceite, vistiéronle las esclavas una túnica y bello manto, y compareció Odiseo ante los hombres, bebedores de vino, que a la sazón allí se encontraban. Pero Nausícaa, a quien las deidades concedieron el don de la belleza, detúvose en el umbral de la bien construida estancia, y contemplando a Odiseo toda suspensa, dirigióle estas aladas razones:

“¡Salud, huésped! ¡Plegue a los dioses que cuando te halles en la patria tierra, te acuerdes de mí, a quien debes la vida!”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Nausícaa, hija del magnánimo Alcínoo! Si Zeus, el tonante esposo de Hera, me concede ver el día del regreso y restituirme a mi casa, allí, como a

diosa, te elevaré mis preces de por vida. Porque fuiste tú, ¡oh doncella!, quien me salvaste.”

Dijo y fue a sentarse en un sitio a la vera del rey Alcínoo, y a par que se distribuían las viandas y se mezclaba el vino. Llegó el heraldo con el amable aedo Demódoco, venerable al pueblo, y dióle plaza en medio de los convidados, cabe excelsa columna. Entonces el ingenioso Odiseo, cortando una tajada del espinazo de un puerco de albos colmillos, bien cubierta de grasa, habló al heraldo de esta manera:

“Toma, heraldo, y ofrece esta carne a Demódoco para que la coma. No obstante mis tribulaciones, también yo lo reverencio. Los aedos son dignos de honor y de respeto entre todos los mortales, porque la musa los instruyó en el canto y los ama a todos.”

Dijo, y el heraldo pasó la vianda al héroe Demódoco, quien la recibió jubiloso. Y todos tendieron las manos a los manjares que delante se les ofrecían. Y tan pronto como satisficieron las ganas de comer y de beber, el ingenioso Odiseo habló de esta suerte a Demódoco:

“¡Demódoco! Más que a hombre alguno te reverencio porque el don que posees lo recibiste de la musa, hija de Zeus, o te lo concedió Apolo. Por admirable estilo cantaste las hazañas de los aqueos, los rigores que los curtieron y las desventuras por ellos sufridas cual si tú en persona lo hubieras visto o te lo hubiese narrado alguno de ellos. Mas canta ahora el caballo de madera, construido por Epeo, con la ayuda de Atenea: máquina engañosa que el divinal Odiseo llevó con sus ardides a la acrópolis, luego de llenarla con los guerreros que destruyeron a Ilión. Si esto lo cuentas como se debe, yo diré a todos los hombres que una deidad benévola te concedió el divino canto.”

Así habló, y el aedo, movido por divinal impulso, entonó un canto cuyo comienzo era que los argivos diéronse a la mar

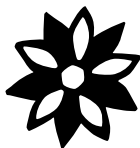
en sus naves de muchos bancos, después de haber incendiado el campamento, mientras algunos ya se hallaban con el celeberrimo Odiseo en el ágora de los teucros, ocultos por el caballo que estos mismos llevaron arrastrando hasta la acrópolis. El caballo estaba en pie allí, mientras los teucros, sentados a su alrededor, decían muy confusas razones y vacilaban en la adopción de uno de estos tres pareceres: o hacerle astillas con el afilado bronce, o precipitarle desde una altura, o guardarlo como ofrenda a los dioses. Esta última resolución debía prevalecer, porque era fatal que la ciudad se arruinase cuando tuviera dentro aquel enorme caballo de madera, en cuyo interior se hallaban los más valientes argivos, portadores del estrago y la Kera a los troyanos. En seguida relató Demódoco de qué suerte los aqueos, precipitándose fuera de la hueca emboscada, asolaron la ciudad; cantó asimismo cómo, dispersos unos por un lado y otros por otro, iban devastando la excelsa urbe, mientras que Odiseo, semejante a Ares, con el divino Menelao, sitiaron la morada de Deífobo, y refirió el rudísimo encuentro que se librara en aquel punto y la victoria que alcanzó con la ayuda de la magnánima Atenea.

Tal fue lo que cantó el eximio aedo, y Odiseo desfallecía bañado el rostro con las lágrimas que manaban de sus párpados. Así como una esposa rodea con sus brazos y llora al querido esposo, que cayó ante la ciudad y su pueblo en defensa de la patria y de los suyos, para que se librasen del día cruel la ciudad y los hijos, y así como se arroja sobre él gritando al verlo moribundo y todavía palpitando, mientras los enemigos le tunden a golpes hombros y espaldas con el cuento de la lanza, y se la llevan en esclavitud, donde sufrirá dolores y trabajos innumerables, y verá marchitarse sus días en continua desesperación, no de otra suerte vertía Odiseo amargo lloro, que movía a compasión. Solo Alcínoo, junto a él sentado, advirtió

sus lágrimas, y oyéndole gemir profundamente, hablóles de seguida a los feacios, amantes de manejar los remos:

“¡Oíd, caudillos y príncipes de los feacios! Cese de tocar Demódoco la armoniosa cítara, ya que su canto no agrada por igual a todos. Desde que empezamos la cena y el divinal aedo principió su canto, nuestro huésped no dio tregua a las lágrimas. Duelo cruel, sin duda, señorea su alma. Cese, pues, Demódoco, para que conjuntamente nosotros y el huésped nos satisfagamos todos en el regocijo, pues es lo que más conviene. Apercebido está el regreso de nuestro huésped y los presentes amistosos que el afecto nos inspira. Como a un hermano debe tratar al huésped y al suplicante quien tenga un poco de sensatez. Así, forastero, no ocultes con malicia nada de lo que te pregunte, porque es justo que hables con todas veras. Dime cómo te llama tu madre, tu padre, los habitantes de la ciudad y las gentes vecinas; nadie, entre los nacidos, ya sea vil, ora insigne, carece de nombre desde que nace. Los padres que nos engendran nos lo dan a todos. Dime, asimismo, cuál es tu tierra natal, cuál tu pueblo y cuál tu ciudad, para que nuestras naves, cumpliendo inteligentemente tu propósito, allá te conduzcan. Porque sabe, forastero, que nuestras naves no llevan pilotos, ni timones como los demás bajeles, y no por ello ignoran los deseos de los hombres y conocen las ciudades y los fértiles campos de todos los países, cruzan velocísimas el profundo mar, cubierto de bruma o nubes, sin temor a ningún tropiezo ni pérdida. Una vez oí decir a Nausítoo, mi padre, que Poseidón se irritaría con nosotros porque conducimos sin riesgo alguno a todos los forasteros a su patria. Aseguraba que haría naufragar en el sombrío ponto a una bien construida nave de los feacios, de vuelta de un viaje, y cubriría la vista de la ciudad con una gran montaña. Así nos lo habló el anciano. Quizás algún día se realice el au-

gurio. El dios lo cumplirá o no, según le plegue. Pero habla, y dinos por qué parajes anduviste errante, las tierras que vieras, las populosas ciudades, y los hombres, crueles y salvajes, o justos y hospitalarios y temerosos de los dioses, que hubieses tratado. Di por qué lloras cuando oyes las desgracias de los argivos, de los dánaos y de Ilión. Los dioses lo decretaron de tal suerte y quisieron la muerte de tanto temeroso caudillo para que sirvieran a los venideros de asunto para sus cantos. ¿Peció algún allegado tuyo delante de Ilión? ¿Era acaso tu yerno ilustre o tu suegro, los más queridos después de los que llevan nuestra sangre? ¿Fue quizás un esforzado y agradable compañero? El compañero dotado de prudencia, en verdad, no es inferior a un hermano.”



Notas

- ¹ La plaza donde se celebraban las asambleas en la capital de Esqueria estaba entre los dos puertos de que se ha hecho mención antes.
- ² Hallamos aquí un nuevo aeda de los que embellecían, como Femio y el Cantor de Agamenón, las moradas de los reyes en los tiempos heroicos. Todos los comentaristas de Homero están conformes en que se retrató a sí mismo en Demódoco, y de aquí dimana indudablemente todo cuanto se ha dicho, sin fundamento sólido, sobre la falta de vista del tan a menudo llamado por, esta razón, perifrásicamente “el ciego de Quío.”
- ³ El motivo de esta disputa era si se había de atacar a viva fuerza la ciudad de Troya, o si había de emplearse la astucia. Aquiles era partidario del primer medio; Odiseo del segundo, que prevaleció a la postre.
- ⁴ El oráculo de Apolo en Delfos, consultado por Agamenón, respondió a ese monarca: “Troya será tomada cuando dos jefes, superiores a los demás en valor y prudencia, disputen en un banquete”.
- ⁵ Nombre antiguo de Delfos, en la Fócida, donde estaban el oráculo y el templo de Apolo Pitio, tan célebre en la historia griega.
- ⁶ Todos estos nombres de los jóvenes feacios, excepto Laodamante, se refieren al arte de la navegación, ocupación favorita de los esquieros: *Acroneo* significa el que está al extremo de un navío; *Ocialo*, mar veloz; *Anquialo*, vecino al mar, etc.
- ⁷ Hijo de Melaneo y de Estratónice, y rey de Ecalia, en Tesalia o Mesenia.
- ⁸ Así designa Homero las naciones civilizadas. En las naciones bárbaras el uso del trigo debió ser desconocido.
- ⁹ Este papel, no muy simpático, del Sol, dio asunto a Velázquez para su bellissimo cuadro, que se conserva en el Museo de Pinturas de Madrid.
- ¹⁰ Isla del mar Egeo, donde se suponía que Hefesto tenía establecidas las fraguas a causa de sus fuegos subterráneos. En ella cayó cuando le arrojaron malamente del cielo.
- ¹¹ Eran originarios de Tracia y se habían establecido en Lemnos. Su lenguaje estaba, sin duda, lleno de barbarismos.

- ¹² Nótese esta jurisprudencia de los tiempos heroicos. El padre de la adúltera debía restituir al marido los regalos que le había hecho por razón del matrimonio, que es la especie de dote de que aquí habla el texto. Este es quizá el abolengo de nuestras arras, comúnmente creídas de origen exclusivamente germánico.
- ¹³ La repugnancia a salir fiador es de todos los tiempos.
- ¹⁴ Ares huye a Tracia porque sus habitantes son de humor belicoso.
- ¹⁵ Afrodita elige para su retiro a Pafos y Chipre porque sus habitantes, muelles, afeminados y holgazanes, merecían la preferencia de la diosa del amor, que allí tenía infinitos templos y adoradores.
- ¹⁶ La gala mayor de las mujeres de los tiempos heroicos era el tener bellos cofres. A ellos se refiere el Salmo XLIV al decir: *Myrha et gutta, casia a vestimentis tuis e domibus eburneis*. Hoy ha renacido esta afición a las bellas arcas, y muchas, que estuvieron siglos ocultas en desvanes, se pavonean en lindas antesalas, no henchidas de cosas útiles como en sus buenos tiempos, y sí, en cambio, abrumadas bajo infinitos bibelots sin sustancia.

Rapsodia novena

EL INGENIOSO ODISEO LE REPUSO:

“¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! En verdad que es hermoso oír a un aedo como este, cuya voz se asemeja a la de un dios. No creo que haya cosa tan agradable como escuchar al aedo y ver que la alegría se enseña del pueblo y de los comensales que se sientan en orden al convite en tu mansión, ante las mesas agobiadas so la pesadumbre del pan y las carnes, mientras el escanciador vierte el vino de la crátera en las copas y las distribuye. Dulcísimo es para mi alma ver esto. Mas, sin duda, para colmar mis penas, quieres ahora que relate mis infortunios. ¿Cómo empezaré? ¿De qué modo continuarlo? ¿Cómo le daré término? Porque los dioses uranios abrumáronme con innumerables desventuras. Mi nombre diré al punto, para que lo sepais y no ignoréis quién soy y por siempre sea vuestro huésped, una vez evitada la cruel muerte, aunque habito en remota morada.”

“Soy Odiseo Laertiada, harto conocido de los hombres por mis astucias. Mi gloria llega hasta el Uranos. Habito en Ítaca, que se ve a distancia. En ella se alza el monte Nérito, cuyos ingentes árboles baten los vientos. Alrededor y vecinas hay otras islas, Duliquio, Samo y la umbrosa Zakinto. Ítaca no se eleva mucho sobre el mar, y es la más distante del continente y emerge de las aguas del lado de la Noche. Las otras

caen a la parte de Eos y de Helios. Áspera es, pero excelente criadora de mancebos. No existe, en verdad, tierra alguna que para mí sea más dulce de ver. Y aun cuando la divina entre las deidades, Calipso, me retuvo en sus huecas grutas con ansia de hacerme su esposo, y la dolosa Circe de Eea túvome igualmente en su morada, queriéndome también para marido, jamás persuadieron mi ánimo ni una ni otra, porque nada es más grato que la patria y los padres para aquel que, lejos de los suyos, habita en tierra extraña, aun en opulento palacio. Mas te relataré el lamentable retorno decretado por Zeus, a mi partida de Troya.

“De Ilión llevóme el viento al país de los cicones,¹ en Ismaro. Entró a saco en la ciudad, y mató a sus moradores. Las mujeres y el cuantioso botín que logramos lo repartimos equitativamente, sin que nadie se quedara sin su parte de botín. Exhortó a mi gente a que nos retiráramos con pie ligero, y los muy simples no se dejaron persuadir. Y mientras bebían con exceso, y degollaban en el litoral ovejas y bueyes de retorcidos cuernos y de tornátiles patas, los cicones fugitivos corrieron en busca de los cicones de los aledaños, habitantes en lo interior del país. Estos eran en cuantía y valerosos, tan hábiles jinetes como peones excelentes cuando fuere menester. Presentáronse con la mañana en tan gran número cuantas son las hojas y flores que brotan en la primavera; y ya se nos presentó a nosotros, ¡oh infelices!, el funesto destino que nos ordenara Zeus, a fin de que padeciéramos multitud de males. Junto a los rápidos bajeles nos combatieron y por los dos lados menudeaban los golpes de las bronceas lanzas. Todo lo que duró la mañana y fue entrándose el sacro día, no obstante su número, sostuvimos el empuje. Mas cuando Helios señaló la hora de desuncir los bueyes, los cicones derrotaron a los aqueos, y

seis de los nuestros, de hermosas grebas, perecieron de cada lado. Los restantes pudimos esquivar a la Moira y a la muerte.

“Seguimos adelante, alegres por haber huido a la muerte y triste el corazón por la pérdida de los excelentes compañeros. Mas mis bajeles de muchos bancos no partieron del litoral hasta que no hubimos llamado por tres veces a cada uno de los camaradas que acabaron su vida en el llano, heridos por los cicones. Zeus, que amontona las nubes, soliviantó a Bóreas y sobrevino la tempestad, cubriendo de negrura la tierra y el ponto, y la noche cayó del anchuroso Uranos. Perdido el rumbo, corrían las naves arrebatadas, rotas las velas en tres o cuatro pedazos por la impetuosidad del viento. Entonces amainamos estas, pues temíamos nuestra perdición; y apresuradamente, a fuerza de remos, conseguimos embarrancar en la playa, donde permanecemos dos días con sus noches, royéndonos el ánimo la fatiga y los pesares. Mas al punto que Eos, de lindas trenzas, nos trajo el día tercero, izamos los mástiles, descogimos las blancas velas, y nos sentamos en los bancos, conducidas las naves por el viento y los pilotos. Y hubiese llegado incólume a la tierra patria, si la corriente de las olas y el Bóreas no nos hubieran desviado, al doblar el cabo de Malea, hasta más allá de Citera.²

“Desde allí dañosos vientos lleváronme nueve días por el ponto abundante en peces; al décimo arribamos a la tierra de los lotófagos,³ que se nutren con un florido manjar. Bajamos al litoral y, después de hacer aguada, mis compañeros tomaron la comida junto a las ligeras naves. Escogí entonces a dos de ellos y a un heraldo, y los envié a informarse cuáles hombres comían el pan en aquella tierra. Partiéronso al punto y dieron con los lotófagos, gentes que, sobre no hacerles ningún mal, nos regalaron con lotos⁴ para que comiéramos. Tan

pronto como hubieron gustado el fruto, dulce como la miel, olvidáronse de sus diligencias, y ya no pensaron en tornar a la patria; antes bien, llenos de olvido, querían quedarse con los lotófagos. A pesar de sus lágrimas los llevé conmigo y atélos a los bancos de las cóncavas naves, ordenando a mis compañeros que saltaran con premura a sus bajeles, temeroso de que olvidasen la vuelta a la patria si comían la dulce flor.

“Obedecieronme, y sentados por orden en los bancos comenzaron a azotar con los remos el espumoso mar. Partimos con el ánimo afligido y llegamos a la tierra de los soberbios Cíclopes,⁵ gentes sin ley,⁶ que confiados en los dioses inmortales no cultivan los campos ni labran las tierras, sino que todo les nace sin semilla y sin arada —trigo, cebada y viñas que, en grandes racimos, bien alimentados por las lluvias de Zeus, les ofrecen el mosto. No tienen ágoras donde se reúnan para deliberar, ni leyes tampoco. Moran en las cumbres de empinados montes, en hondas grutas, y cada uno gobierna a su mujer y a sus hijos, sin cuidarse de los otros.

“Ni muy próximo ni muy alejado, existe un islote⁷ delante del puerto del país de los Cíclopes. Hállase cubierto de floresta, donde se reproducen en cuantía considerable las cabras monteses, jamás asustadas por la presencia del hombre, porque allí no van nunca los cazadores que se fatigan recorriendo humbría en las cumbres de las montañas. Allí no pastan los rebaños ni se ara la tierra, ni hay labradío ni sementeras, pues carece de pobladores, y solo sustenta balantes cabras. Los Cíclopes no poseen naves de rojas proas, ni cuentan con artífices que se las construyan de muchos bancos, como las que transportan mercancías a distintas poblaciones en los frecuentes viajes que los hombres efectúan por mar, yendo los unos a encontrar a los otros, las cuales hubieran podido

hacer que fuese muy poblado este islote, no nada estéril y sí excelente para producir en cada estación lo que le es propio, porque tiene junto el espumoso mar prados húmedos y tiernos, y allí la vid jamás se perdiera. La parte interior es llana y labradora; y podrían segarse en la estación oportuna mieses altísimas por ser el suelo muy pingüe. El puerto es seguro y en él no son menester ni cables, ni áncoras,⁸ ni amarras para sujetar las naves; en abordando allí se está a salvo cuanto se quiere, hasta que el ánimo incita a partir al marinero y el viento sopla. Al fondo del puerto, en una gruta rodeada de álamos, mana una fuente de limpia agua. Tal era la tierra a que íbamos, conducidos, sin duda, por un dios en noche oscura, pues nada podíamos ver nosotros. Apretada niebla envolvía las naves, y Selene no lucía en el anchuroso Uranos, cubierto de nubes. Nadie vio el islote ni las grandes olas que irrumpían en la playa, hasta que lo abordaron nuestros bajeles de muchos bancos. Entonces amainamos todas las velas, saltamos a la orilla y nos dormimos en espera de la divina Eos.

“No bien mostróse Eos, de rosados dedos, hija de la mañana, recorrimos el islote, absortos de admiración. En esto las ninfas, prole de Zeus, que lleva la égida, levantaron montarcas cabras para que comieran mis compañeros. Al instante, pues, requerimos de las naves los corvos arcos y los venablos de larga punta, nos distribuimos en tres grupos y comenzó el ojeo, otorgándonos un dios cobrar abundante caza. Seguíanme doce bajeles y a cada uno le cupo en suerte nueve cabras y diez al mío. Así, todo el día, hasta que se ocultó Helios, permanecimos sentados, comiendo de la abundosa carne y bebiendo rojo vino, pues aún nos quedaba de las innúmeras ánforas cogidas en la sacra ciudad de los cicones. Y en tanto, veíamos el humo de la próxima tierra de los Cíclopes y nos

llegaban su voz y el balar de las ovejas y cabras. Al ponerse Helios y sobrevenir la noche, nos acostamos en la playa. No bien mostróse Eos, de rosados dedos, hija de la mañana, convoqué el ágora y dije a todos mis amigos:

“Permaneced aquí, caros compañeros. Con mi nave y mi gente iré a enterarme de quiénes son esos hombres, si soberbios, salvajes o injustos u hospitalarios y temerosos de los dioses.”

Dije, y subí a mi nave, ordenándoles a los míos que hicieran lo propio y soltasen las amarras. Obedecieron al punto, y apercibidos y por orden en los bancos azotaron con los remos el espumoso mar. Y llegado que hubimos a la cercana tierra, se nos mostró en una extremidad, frontera a las aguas, alta gruta a la sombra de algunos laureles. Numerosos hatos de ovejas y cabras seстеaban en sus inmediaciones. Ceñíanla alto muro de piedras labradas y grandes pinos y encinas de elevada copa. Allí tenía su asiento un varón de gigantesca talla.⁹ Solo y apartado de todos, llevaba a pastar su grey, sin cuidarse de los demás. Pero su desvío era para urdir cosas inicuas. Era un monstruo horrible, en nada parecido al hombre que come pan, pero sí a umbrosa cumbre de ingente montaña, que descuella sola, entre las cimas que la rodean.

Entonces ordené a mis fieles compañeros que se quedasen a guardar la nave; escogí los doce mejores y echamos a andar juntos, llevándome un odre de piel de cabra rebosante de dulce negro vino, presente de Marón, vástago de Evánteo, y sacerdote de Apolo, dios tutelar de Ismaro. A él, juntamente con su esposa e hijos, que moraban en el sacro bosque de Febo Apolo, perdonamos por respeto. Hízome grandes presentes, pues me dio siete talentos de oro bien labrado, una cratera de piedra maciza y doce ánforas de un vino dulce y puro, bebida de dioses, no conocido en su palacio ni de sus

siervos ni de sus esclavas, antes solo de él, de su esposa y de la dispensera. Cuando a gustarse iba este dulce rojo licor, dulce como la miel, mezclábanse a cada copa otras veinte de agua, y aun su perfume trascendía en la crátera de tal suerte que fuera difícil sustraerse al deseo de probarlo. De este vino llevaba un gran odre, y a más bastimentos en un zurrón, porque mi valeroso ánimo impeliame a acercarme a aquel hombre gigantesco, dotado de extraordinaria fuerza, salvaje y desconocedor de la justicia y las leyes.

Pronto llegamos a la gruta; mas no dimos con él, porque estaba apacentando las pingües ovejas. Irrumpimos en su mansión y miramos absortos lo que allí había: los zarzos gemían so la pesadumbre de los quesos; los establos rebosaban de corderos y cabritos —en grupos y separadamente—: a una parte los que ya garbeaban, a otra los recentales, y más allá, los recién nacidos. En las ahítas colodras flotaba la crema de sobre el suero. Instóme mi gente, deseosa de tomar algunos quesos y llevarse del aprisco corderos y cabritos, para que regresáramos a la nave y huir al punto a través del salobre mar. Mas yo no me dejé persuadir —y en verdad ello hubiera sido lo más prudente— en mis ansias de ver a aquel hombre y que me hiciera los dones hospitalarios. Empero, bien pronto su presencia no debía serles muy agradable a mis gentes.

Encendimos fuego, ofrecimos un sacrificio a los dioses, comimos de los quesos y nos sentamos en espera de su retorno. Al regresar traía un enorme haz de leña para preparar su comida, y a la entrada de la gruta lo arrojó con gran estruendo. Presa de horrible temor, huímos al fondo de la gruta. Hizo que entrasen las cabras y ovejas de pingües ubres, que debía ordeñar, y dejóse fuera, en el espacioso recinto, los cabrones y los moruecos. Y alzando grandísimo pedruzco, tan grande

que veintidós carros de cuatro ruedas no lo habrían movido, acomodólo a guisa de puerta. ¡Tan inmenso era el peñasco que colocó en la entrada! Sentóse en seguida, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debo hacerse, poniéndole debajo a cada madre su hijuelo. La mitad de la blanca leche cuajó a punto, depositándola en trenzados cestillos, y vertió la otra parte en las colodras, con el propósito de trasegarla a su estómago en la cena. Y dado fin con toda premura a tales faenas, encendió fuego y, al vernos, nos hizo estas preguntas:

“¡Forasteros! ¿Quiénes sois? De dónde venís por el ponto? ¿Os lleva algún negocio o vagáis a la ventura, como los piratas que, exponiendo su vida, recorren los mares y acarrean desgracias a los demás hombres?”

Así dijo. Nos quebraba el corazón el temor que nos produjo su voz grave y su aspecto monstruoso. Mas, con todo eso, le respondí de esta manera:

“Somos aqueos a quienes extraviaron, al salir de Troya, vientos de todas clases que nos llevan por el gran abismo del mar: deseosos de volver a nuestra patria, llegamos aquí por otros caminos, porque de tal suerte debió ordenarlo Zeus. Nos preciamos de pertenecer a las huestes del atrida Agamenón, cuya gloria es inmensa debajo del Uranos, pues ha abatido una gran ciudad y sojuzgado a innúmeros hombres. Suplicantes nos postramos a tus rodillas, para que nos acojas con bondad y hagas los dones que se usa entre huéspedes. Respeta, pues, a los dioses, varón excelente, que nosotros somos ahora tus suplicantes. Y a suplicantes y forasteros nos venga Zeus hospitalario, el cual acompaña a los venerandos huéspedes.”

Así le hablé, y respondiόμε en seguida con ánimo cruel: “¡Insensato eres, oh forastero, o de muy remoto vienes para instarme a que tema a los dioses y los acate! Nada se nos im-

porta a los Cíclopes de Zeus que lleva la égida, ni de los dioses felices, porque somos más fuertes que ellos; y yo no te perdonaría ni a ti ni a tus compañeros por temor a la enemistad de Zeus, si mi ánimo no me lo ordenase. Pero dime, en qué sitio, al venir, dejaste la bien construida embarcación: si fue, por ventura, en lo más apartado de la playa o en un paraje cercano, a fin de que yo lo sepa.”

Así me dijo para tentarme. Pero su intención no me pasó inadvertida, a mí, con mi experiencia, y de nuevo le hablé con engañosas palabras:

“Poseidón, que sacude la tierra, rompió mi nave llevándola a un promontorio y estrellándola contra las rocas, en los confines de vuestra tierra; el viento que soplabá del ponto se la llevó y pude librarme, junto con estos, de una muerte terrible.”

Así le dije. El Cíclope, con cruel talante, no me dio respuesta; pero, revolviéndose de súbito, extendió las manos sobre mis camaradas, agarró a dos y, cual si fuesen cachorrillos, arrojólos en tierra con tamaña violencia, que el encéfalo fluyó al suelo y mojó el piso. Seguidamente despedazó los miembros, se aparejó una cena y se puso a comer cual montaraz león, sin perdonar las entrañas, ni la carne ni los medulosos huesos. Ante tal horror alzamos las manos gemebundos en oración a Zeus, invadida el alma por cruel desesperanza. El Cíclope, tan luego como hubo llenado su enorme vientre, devorando carne humana y bebiendo encima la leche que le plugo, se acostó en la gruta tendiéndose en medio de las ovejas. Entonces formé en mi magnánimo corazón el propósito de acercarme a él y, sacando la aguda espada que colgaba de mi muslo, hundírsela en el pecho donde las entrañas rodean el hígado, palpándolo previamente; mas otra consideración me contuvo: todos hubiéramos perecido allí de espantosa muer-

te, a causa de no poder apartar con nuestras manos el pesadísimo pedruzco que colocara el monstruo en la alta entrada. Así pues, aguardamos gimiendo que apareciera la divina Eos.

Cuando se descubrió la hija de la mañana, Eos, de rosáceos dedos, encendió lumbre el Cíclope, y ya sentado, comenzó a ordeñar mañosamente su insigne hato, poniéndole debajo a cada madre su hijuelo.

Acabadas con prontitud tales faenas, echó mano a otros dos de los míos, y con ellos se aparejó el almuerzo. En acabando de comer, sacó de la cueva los pingües ganados, removiendo con facilidad la enorme peña de la puerta; pero al instante tornó a colocarla del mismo modo que si encajase la tapadera a un carcaj; y fué guiando sus animales con gran estrépito. Allí quedé, empleada la mente en trazar horribles propósitos, por si de algún modo pudiese vengarme y Atenea me otorgara la victoria. Al fin parecióme que la mejor resolución sería la siguiente. Echada en el suelo del establo veíase una gran clava¹⁰ de olivo verde, que el Cíclope había cortado para llevarla cuando se secase. Nosotros, al contemplarla, la comparábamos con el mástil de un negro y ancho bajel que tiene veinte remos y atraviesa el dilatado abismo del mar: tan larga y tan gruesa se nos presentó a la vista. Corté de ella un trozo, no mayor de una braza, que di a los compañeros mandándoles que lo puliesen. Una vez alisado, agucé uno de sus cabos, lo endurecí, pasándolo por el ardiente fuego, y lo oculté cuidadosamente debajo del abundante estiércol esparcido por la gruta. Ordené entonces que lo eligieran por suerte los que, uniéndose conmigo, deberían atreverse a levantar la estaca y clavarla en el ojo del Cíclope cuando de él se enseñorease el dulce sueño. Cayó la suerte a los cuatro que yo mismo hubiera escogido en tal ocasión, y me junté con ellos formando el quinto. Por la tarde volvió el Cíclope con el rebaño de

hermoso vellón, que venía de pacer, e hizo entrar en la espaciosa gruta a todas las pingües reses, sin dejar a ninguna fuera del recinto, ya porque sospechase algo, ya porque algún dios así lo ordenara. Cerró la puerta acomodando la enorme piedra, que llevó a pulso; sentóse, y comenzó a ordeñar mañosamente las ovejas y baladoras cabras, todo como debe hacerse, poniéndole debajo a cada madre su hijuelo. Acabadas con prontitud tales cosas, agarró otros dos de mis compañeros y aparejó la cena. Entonces acerquéme al Cíclope y, teniendo en la mano una copa de negro vino, le hablé de esta manera:

“¡Cíclope! Ya que comiste carne humana, toma y bebe este vino, y sabrás qué licor encerraba nuestro bajel. Para ti lo traía, deseoso de ofrecértelo si, apiadándote de mí, disponías mi regreso a la patria. Mas, ¡a nadie te igualas en la cólera! ¡Insensato! ¿Cómo se acercará a ti ningún nacido, en adelante, si careces de compasión?

Así le hablé. Tomó el vino y bebióselo. Y gustóle tanto el dulce licor que me pidió más:

“Dame de buen grado más vino y hazme saber inmediatamente tu nombre para que te ofrezca un don hospitalario con el cual te huelgues. Pues también a los Cíclopes la fértil tierra les proporciona vino en gruesos racimos, que crecen con la lluvia enviada por Zeus, pero esto está hecho con ambrosía y néctar.”

De tal suerte habló, y volví a servirle el negro vino: tres veces se lo presenté y tres bebió incautamente. Y cuando los vapores del vino envolvieron la mente del Cíclope, díjele con lisonjeras palabras:

“¡Cíclope! Preguntas cuál es mi nombre ilustre, y voy a decírtelo, pero dame el presente de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es Outis (nadie), y Outis me llama mi padre, mi madre y mis compañeros todos.”

Así le hablé, y en seguida me respondió, con cruel talante:

“A Outis me lo comeré el último, después de sus compañeros, y a todos los demás antes que a él: tal será el don hospitalario que te ofrezco.”

Dijo, tiróse hacia atrás y cayó de espaldas. Así echado dobló la gruesa cerviz y rindióle el sueño, domador de todo. Harto de bebida, eructaba de modo horrible, a par que de su garganta fluía el vino, revuelto con carne humana. Entonces metí la estaca debajo del abundante rescoldo, para calentarla, y animé con mis palabras a todos los compañeros, temeroso de que me abandonasen aterrorizados. Mas cuando la estaca de olivo, con ser verde, estaba a punto de arder y relumbra-
ba intensamente, fui y la saqué del fuego; rodeáronme mis compañeros, y una deidad nos infundió gran audacia. Ellos, tomando la estaca de olivo, hincáronla por la aguzada punta en el ojo del Cíclope; y yo, alzándome, hacía-la girar por arriba. De la suerte que cuando un hombre taladra con el barreno el mástil de un navío, otros lo mueven por debajo con una correa, que asen por ambas extremidades, y aquel da vueltas continuamente: así nosotros, asiendo la estaca de ígnea punta, la hacíamos girar en el ojo del Cíclope y la sangre brotaba alrededor del caliente palo. Quemóle el ardoroso vapor párpados y cejas, en cuanto la pupila estaba ardiendo y sus raíces crepitan por la acción del fuego. Así como el broncista, para dar el temple que es la fuerza del hierro, sumerge en agua fría una gran segur o un hacha que rechina grandemente: de igual manera rechinaba el ojo del Cíclope en torno de la estaca de olivo. Dio el Cíclopo un fuerte y horrendo gemido, retumbó la roca, y nosotros, amedrentados, huimos prestamente; mas él se arrancó la estaca, toda manchada de sangre, arrojó-la furioso lejos de sí y se puso a llamar con altos gritos a los Cíclopes que habitaban a su alrededor, dentro de cuevas,

en los ventosos promontorios. En oyendo sus voces acudieron muchos, quien por un lado y quien por otro, y parándose junto a la cueva, le preguntaron qué le angustiaba:

“¿Por qué tan enojado, oh Polifemo, gritas de semejante modo en la divina noche, despertándonos a todos? ¿Acaso algún hombre se lleva tus ovejas mal de tu grado? ¿O por ventura, te matan con engaño y con fuerza?”

Respondióles desde la cueva el robusto Polifemo:

“¡Oh amigos! Outis (nadie) me mata con engaño, no con fuerza.”

Y ellos le contestaron con estas aladas palabras:

“Pues si nadie te hace fuerza, ya que estás solo, no es posible evitar la enfermedad que te envía el gran Zeus; pero ruega a tu padre, el soberano Poseidón.”

Apenas acabaron de hablar, se fueron todos; y yo me reí en mi corazón de cómo mi nombre y mi excelente artificio les había engañado. El Cíclope, gimiendo por los grandes dolores que padecía, anduvo a tientas, quitó el peñasco de la puerta y se sentó en la entrada, tendiendo los brazos por si lograba echar mano a alguien que saliera con las ovejas: ¡tan mentecato, esperaba que yo fuese! Mas yo meditaba cómo pudiera aquel lance acabar mejor, y si hallaría algún recurso para librar de la muerte a mis compañeros y a mí mismo. Revolví toda clase de engaños y de artificios, como que se trataba de la vida y un gran mal era inminente, y al fin parecióme la mejor resolución la que voy a decir. Había unos carneros bien alimentados, hermosos, grandes, de espesa y oscura lana; y, sin desplegar los labios, los até de tres en tres, entrelazando mimbres de aquellos sobre los cuales dormía el monstruoso e injusto Cíclope: y así el del centro llevaba a un hombro y los dos iban a entrambos lados para que salvaran a mis compañe-

ros. Tres carneros llevaban, por tanto, a cada varón; mas yo, viendo que había otro carnero que sobresalía entre todas las reses, lo asgo por la espalda, me deslizo al vedijudo vientre y me quedo agarrado con ambas manos a la abundantísima lana, manteniéndome en esta postura con ánimo paciente. Así profiriendo suspiros, aguardamos la aparición de la divinal Eos.

Cuando se descubrió la hija de la mañana, Eos, de rosáceos dedos, los machos salieron presurosos a pacer y las hembras, como no se las había ordeñado, balaban en el corral con las tetas retesadas. Su amo afligido por los dolores, palpaba el lomo de todas las reses, que estaban de pie, y el simple no advirtió que mis compañeros iban atados a los pechos de los vedijudos animales. El último en tomar el camino de la puerta fue mi carnero, cargado de su lana y de mí mismo que pensaba en muchas cosas. Y el robusto Polifemo lo palpó y así dijo:

“¡Carnero querido! ¿Por qué sales de la gruta el postrero del rebaño? Nunca te quedaste detrás de las ovejas, sino que, andando a buen paso, pacías el primero las tiernas flores de la yerba, llegabas el primero a las corrientes de los ríos y eras quien primero deseaba tornar al establo al caer de la tarde; mas ahora vienes, por el contrario, el último de todos. Sin duda echarás de menos el ojo de tu señor, a quien cegó un hombre malvado con sus perniciosos compañeros, perturbándole las mientes con el vino, Nadie, pero me figuro que aún no se ha librado de una terrible muerte. ¡Si tuvieras mis sentimientos, y pudieses hablar, para indicarme dónde evita mi furor!, pronto su cerebro, molido a golpes, se esparciría aquí y allá por el suelo de la gruta, y mi corazón se aliviaría de los daños que me ha causado ese despreciable Nadie.”

Diciendo así, dejó el carnero y lo echó afuera. Cuando estuvimos algo apartados de la cueva y del corral, soltáme del

carnero y desaté a los amigos. Al punto recogimos aquellas gordas reses de gráciles piernas y, dando muchos rodeos, llegamos por fin a la nave. Nuestros compañeros se alegraron de vernos a nosotros, que nos habíamos librado de la muerte, y empezaron a gemir y a sollozar por los demás. Pero yo, haciéndoles una señal con las cejas, les prohibí el llanto y les mandé que cargaran presto en la nave muchas de aquellas reses de hermoso vellón y volviéramos a surcar el agua salobre. Embarcáronse en seguida y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a herir con los remos el espumoso mar. Y, al estar tan lejos cuanto se deja oír un hombre que grita, hablé al Cíclope con estas mordaces palabras:

“¡Cíclope! No debías emplear tu gran fuerza para comerte en la honda gruta a los amigos de un varón indefenso. Las consecuencias de tus malas acciones habían de alcanzarte, oh cruel, ya que no temiste devorar a tus huéspedes en tu misma morada: por esto Zeus y los demás dioses te han castigado.”

Así le dije, y él, airándose más en su corazón, arrancó la cumbre de una gran montaña, arrojóla delante de nuestra embarcación de azulada proa,¹¹ y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernante. Agitóse el mar por la caída del peñasco y las olas, al refluir desde el ponto, empujaron la nave hacia el continente y la llevaron a tierra firme. Pero yo, asiendo con ambas manos un larguísimo botador, echóla al mar y ordené a mis compañeros, haciéndoles con la cabeza silenciosa señal, que apretaran con los remos a fin de librarnos de aquel peligro. Encorváronse todos y empezaron a remar. Mas, al hallarnos dentro del mar, a una distancia doble de la de antes, hablé al Cíclope, no embargante que mis compañeros me rodeaban y pretendían disuadirme con suaves palabras unos por un lado y otros por el opuesto:

“¡Desgraciado! ¿Por qué quieres irritar a ese hombre feroz que con lo que tiró al ponto hizo tornar la nave a tierra firme donde creíamos encontrar la muerte? Si oyera que alguien da voces o habla, nos aplastaría la cabeza y el maderamen del barco, arrojándonos áspero bloque. Tan lejos llegan sus tiros!”

Así se expresaban. Mas no lograron quebrantar la firmeza de mi ánimo; y, con el corazón irritado, le hablé otra vez con estas palabras:

“¡Cíclope! Si alguno de los mortales hombres te pregunta la causa de tu vergonzosa ceguera, dile que quien te privó del ojo fue Odiseo, el asolador de ciudades, hijo de Laertes que tiene su casa en Ítaca.”

Tal dije, y él, dando un suspiro, respondió:

“¡Oh dioses! Cumpliéronse los antiguos pronósticos. Hubo aquí un adivino excelente y grande, Télemo Eurímida, el cual descollaba en el arte adivinatoria y llegó a la senectud profetizando entre los Cíclopes: este, pues, me vaticinó lo que hoy sucede: que sería privado de la vista por mano de Odiseo. Mas esperaba yo que llegase un varón de gran estatura, gallardo, de mucha fuerza; y es un hombre pequeño, despreciable y menguado, quien me cegó el ojo, subyugándome con el vino. Pero, ea, vuelve, Odiseo, para que te ofrezca los dones de la hospitalidad y exhorte al ínclito dios que bate la tierra a que te conduzca a la patria; que soy su hijo y él se gloria de ser mi padre. Y sera él, si le place, quien me curará y no otro alguno de los bienaventurados dioses ni de los mortales hombres.”

Habló, pues, de esta suerte, y le contesté diciendo:

“¡Así pudiera quitarte el alma y la vida, y enviarte a la morada de Hades, como ni el mismo dios que sacude la tierra te curará el ojo!”

Dije. Y el Cíclope oró en seguida al soberano Poseidón, alzando las manos al estrellado cielo:

¡Óyeme, Poseidón, que ciñes la tierra, dios de cerúlea cabellera! Si en verdad soy tuyo y tú te glorias de ser mi padre, concédeme que Odiseo, el asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaca, no vuelva nunca a su palacio. Mas si le está destinado que ha de ver a los suyos y tornar a su bien construida casa y a su patria, sea tarde y mal, en nave ajena, después de perder todos los compañeros, y encuentre nuevas cuitas en su morada.”

Tal fue su plegaria y la oyó el dios de cerúlea cabellera. Acto seguido tomó el Cíclope un peñasco mucho mayor que el de antes, lo despidió, haciéndolo voltear con fuerza inmensa, y arrojólo detrás de nuestro bajel de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco, y las olas llevando la embarcación hacia adelante, hicieronla llegar a tierra firme.

Así que llegamos a la isla donde estaban los restantes navíos, de muchos bancos, y en su contorno los compañeros que nos aguardaban llorando, saltamos a la orilla del mar y sacamos la nave a la arena. Y tomando de la cóncava embarcación las reses del Cíclope, nos las repartimos de modo que ninguno se quedara sin su parte. En esta partición que se hizo del ganado, mis compañeros de hermosas grebas, asignáronme el carnero, además de lo que me correspondía; y yo lo sacrifiqué en la playa a Zeus Cronida, que amontona las nubes y sobre todos reina, quemando en su obsequio ambos muslos. Pero el dios, sin hacer caso del sacrificio, meditaba cómo podrían llegar a perderse todas mis naves, de muchos bancos, con los fieles compañeros. Y ya todo el día, hasta la

puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y llegó la noche, nos acostamos en la orilla del mar. Pero apenas se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, ordenó a mis compañeros que subieran a la nave y desataran las amarras. Embarcáronse prestamente y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a herir con los remos el espumoso mar.

Desde allí seguimos adelante, con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte, aunque perdimos algunos compañeros.



Notas

- ¹ Pueblo de Tracia. En la guerra de Troya peleó a favor de los troyanos. Quizá por este motivo fueron atacados por Odiseo.
- ² Isla al sur de la Laconia.
- ³ Se cree que era una pequeña isla de 300 estadios de longitud, cerca de la pequeña Sirte, en las costas septentrionales de África, de las cuales la separa una distancia de 350 pasos próximamente. Llámase *Meninx* por los geógrafos antiguos, y Girba por los árabes. Otros colocan a los lotófagos en la misma costa africana, frente a la citada isla, en el territorio de los libiofenices. La *syrtis minor* es llamada también *Lotophagitis*. El nombre *lotófago*, como está al alcance del menos helenista, significa comedor de lotos.
- ⁴ Hay varias clases de lotos completamente diversas. Una servía de pasto a los animales, y crecía en abundancia en los prados de Grecia. Era una especie de trébol, y según Ateneo (cap. I, lib. III, de *Aegiptia Faba*), era oloroso, se usaba para coronas, y sumamente fresco, por lo cual el autor de la Anacreóntica IV desea beber tendido en un lecho de frescos lotos. Otra llamada *Lotos aegiptia*, especie de lirio, nenúfar o ninfea (hablo con referencia a autores antiguos, sin entrar en tecnicismos botánicos, a los que soy profano), tenía algunas partes comestibles. Dice al efecto Herodoto (lib. II, 92): “Cuando la campiña (de Egipto) queda convertida en mar, durante la avenida del río, suelen criarse dentro del agua misma muchos lirios, que llaman *lotos* los naturales, de los que, después de segados y secos al sol, extraen la semilla, parecida, en medio de la planta, a la de la adormidera, amasando con ella sus panes y cociéndolos al horno. Sirveles también de alimento la raíz del mismo loto, de figura algo redonda y del tamaño de una manzana.” Y, en fin, Polibo, citado por Ateneo, describe una tercera especie, a la cual creen comúnmente los comentaristas que hizo referencia Homero: “El loto es un arbusto áspero y espinoso de hoja verde como la zarza, aunque más densa y ancha. Su fruto se parece, al principio, en tamaño y color, a las bayas del mirto, pero al crecer toma un vivo matiz purpúreo. Su grueso es el de una aceituna redonda, con un huesecillo muy pequeño. Se recoge cuando está maduro; se muele mezclado con trigo y se guarda en vasijas para alimento de los esclavos. Tiene el sabor del higo y de los dátiles, y mucho más grato aroma. Macerándolo y moliéndolo

en agua, da un vino muy agradable, de gusto parecido al común mezclado con miel convenientemente.”

- ⁵ Recibieron ese nombre por suponerse que tenían un solo ojo de forma circular en medio de la frente. La mitología los hace hijos de Poseidón, habitantes de la Sicilia, y ayudantes de Hefesto en la tarea de formar los rayos para Zeus. Se cree que el mito de los cíclopes recuerda los primeros hombres que se dedicaron a la explotación de las minas, llevando para alumbrarse en sus trabajos subterráneos una lámpara sujeta a la frente por medio de una correa.
- ⁶ En una nota a nuestra traducción de *El Cíclope* de Eurípides, llamamos la atención sobre la enérgica concisión con que este poeta trágico describe la independencia absoluta en que vivían los cíclopes.
- ⁷ Suponiendo que los cíclopes habitaban en Sicilia, la pequeña isla de que el texto habla debe ser la llamada Egusa, que vale tanto como isla de las cabras. La descripción homérica cuadra perfectamente a la naturaleza de su suelo y sus producciones.
- ⁸ El uso de las anclas verdaderamente tales, era desconocido, por lo cual siempre que las nombramos entiéndase que son las gruesas piedras que, arrojadas al fondo por medio de cables, servían para sujetar los navíos.
- ⁹ Homero no se excede mucho en la pintura de Polifemo. Poetas posteriores no fueron tan prudentes. Virgilio, detallando el tamaño del ojo único del monstruo (*Eneida*, III, 835) lo compara a un escudo y al disco de la luna. Nuestro Góngora dice (en el *Polifemo*): “Era un monte de miembros eminentes/ Este que, de Neptuno [Poseidón] hijo fiero,/ De un ojo ilustra el orbe de su frente/ Émulo casi del mayor lucero”. En nuestros cuentos la tradición del cíclope se ha conservado en el *Ojanco* u *Ojarancón* (Vid. Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, t. I, p. 247), cuyo parentesco con el *Basojaun* éuscaro es evidente.
- ¹⁰ Tal parece que era el arma predilecta de los gigantes. El gigante Perifetes fue llamado por lo mismo *Corinetes*, o sea *portaclava*.
- ¹¹ Es célebre la hipérbole empleada por Lope de Vega (*La Circe*, II) para describir los efectos de la caída de la peña lanzada por Polifemo: “De la mina de mármoles proviene/ Un gran peñasco, y tan feroz le arroja/ Que la cara del sol retira y moja.”

Rapsodia décima

LLEGAMOS A LA ISLA EOLIA,¹ DONDE MORABA EOLO HIPÓTADA, caro a los inmortales dioses; isla natátil,² a la cual cerca broncíneo e irrompible muro, levantándose en el interior una escarpada roca. A Eolo nacióronle doce vástagos en el palacio: seis hijas y seis hijos florecientes;³ y dio aquellas a estos para que fuesen sus esposas. Todos juntos a la vera de su padre querido y de su madre veneranda, disfrutando un continuo banquete en el que se les sirven muchísimos manjares. Durante el día percíbese en la casa el olor del asado y resuena toda con la flauta; y por la noche duerme cada uno con su púdica mujer sobre tapetes, en torneado lecho. Llegamos, pues, a su ciudad y a sus magníficas viviendas, y Eolo tratóme como a un amigo por espacio de un mes y me hizo preguntas sobre muchas cosas —sobre Ilión, sobre las naves de los argivos, sobre la vuelta de los aqueos—, de todo lo cual le informé debidamente. Cuando quise partir y le rogué que me despidiera, no se negó y me preparó mi viaje. Dióme entonces, encerrados en un cuero de un buey de nueve años que antes desollara, los soplos de los mugidores vientos,⁴ pues el Cronida hábale hecho árbitro de los mismos, con facultad de aquietar o de excitar al que quisiera. Y ató dicho pellejo en la cóncava nave con un reluciente hilo de plata, de manera que no saliese ni el menor soplo; enviándome el Céfiro⁵ para que, soplando,

llevara nuestras naves y a nosotros en ellas. Mas en vez de suceder así, había de perdernos nuestra propia imprudencia.

Navegamos seguidamente por espacio de nueve días con sus noches. Y en el décimo se nos mostró la tierra patria, donde vimos a los que encendían fuego cerca del mar. Entonces me sentí fatigado y me rindió el dulce sueño, pues había gobernado continuamente el timón de la nave, que no quise confiar a ninguno de los amigos para que llegáramos más pronto. Los compañeros hablaban los unos con los otros de lo que yo llevaba a mi palacio, figurándose que era oro y plata, recibidos como dádiva del magnánimo Eolo Hipótada. Y alguno de ellos dijo de esta suerte al que tenía más cercano:

“¡Oh dioses! ¡Cuán querido y honrado es este varón, de cuantos hombres habitan en las ciudades y tierras adonde llega! Muchos y valiosos objetos se ha llevado del botín de Troya, mientras que los demás, con haber hecho el mismo viaje, volveremos a casa con las manos vacías. Y ahora, Eolo, obsequiándole como a un amigo, acaba de darle estas cosas. Ea, veamos pronto lo que son y cuánto oro y plata hay en el cuero.”

Así razonaban. Prevaleció aquel mal consejo y, desatando mis amigos el odre, escapáronse con gran ímpetu todos los vientos. En seguida arrebató las naves una tempestad y llevólas al ponto; ellos lloraban al verse lejos de la patria; yo, recordando, medité en mi irreprochable espíritu si debía tirarme del bajel y morir en el ponto, o sufrirlo todo en silencio y permanecer entre los vivos. Lo sufrí, y quedéme en el barco y, cubriéndome,⁶ me acosté de nuevo. Las naves tornaron a ser llevadas a la isla Eolia por la funesta tempestad que promovió el viento, mientras gemían cuantos me acompañaban.

“Llegados allí, saltamos en tierra, hicimos aguada, y a la hora empezamos a comer junto a las veleras naves. Mas así que hubimos gustado la comida y la bebida, tomé un heral-

do y un compañero y, encaminándonos al ínclito palacio de Eolo, llamamos a este, que celebraba un banquete con su esposa y sus hijos. Ya en la casa, nos sentamos al umbral, cerca de las jambas; y ellos se pasmaron al vernos y nos hicieron estas preguntas:

“¿Cómo aquí, Odiseo? ¿Qué funesto numen te persigue? Nosotros te enviamos con gran recaudo para que llegases a tu patria y a tu casa, o a cualquier sitio que te plugiera.”

Así hablaron. Y yo, con el corazón afligido, les dije:

“Mis imprudentes compañeros y un sueño pernicioso causaronme este daño, pero remediadlo vosotros, oh amigos, ya que podéis hacerlo.”

En tales términos me expresé, halagándoles con suaves palabras. Todos enmudecieron y, por fin, el padre me respondió:

“¡Sal de la isla y muy pronto, malvado más que ninguno de los que hoy viven! No me es permitido tomar a mi cuidado y asegurarle la vuelta a un varón que se ha hecho odioso a los bienaventurados dioses. Vete noramala, pues si viniste ahora, es porque los inmortales te aborrecen.”

Hablando de esta manera me despidió del palacio, a mí, que profería hondos suspiros. Luego seguimos adelante, con el corazón angustiado. Y ya iba agotando el ánimo de los hombres aquel molesto remar, que a nuestra necedad debíamos, pues no se presentaba medio alguno de volver a la patria.

Navegamos sin interrupción durante seis días con sus noches, y al séptimo llegamos a Telépilo de Lamos,⁷ la excelsa ciudad de la Lestrigonia, donde el pastor, al recoger su rebaño, llama a otro que sale en seguida con el suyo. Allí un hombre que no durmiese podría ganar dos salarios:⁸ uno, guardando bueyes; y otro, apacentando blancas ovejas. ¡Tan inmediatamente sucede al pasto del día el de la noche! Apenas arribamos al magnífico puerto,⁹ el cual estaba rodeado de

ambas partes por escarpadas rocas y tenía en sus extremos riberas prominentes y opuestas que dejaban un estrecho paso, todos llevaron a este las corvas naves y las amarraron en el cóncavo puerto, muy juntas, porque allí no se levantan olas ni grandes ni pequeñas y una plácida calma reina en rededor; mas yo dejé mi negra embarcación fuera del puerto, cabe a uno de sus extremos, e hice atar las amarras a un peñasco. Subí luego a una áspera atalaya y desde ella no columbré labores de bueyes ni de hombres, sino tan solo el humo que se alzaba de la tierra. Quise enviar a algunos compañeros para que averiguaran cuáles hombres comían el pan en aquella comarca, y designé a dos, haciéndoles acompañar por un tercero que fue un heraldo. Fuéronse y, siguiendo un camino llano por donde las carretas llevaban la leña de los altos montes a la ciudad, poco antes de llegar a la población encontraron una doncella, la eximia hija del Lestrígón Antífates, que bajaba a la fuente Artacia, de hermosa corriente, pues allá iban a proveerse de agua los ciudadanos. Detuviéronse y hablaron a la joven, preguntándole quién era el rey y sobre quiénes reinaba; y ella les mostró en seguida la elevada casa de su padre. Llegáronse entonces a la magnífica morada, hallaron dentro a la esposa que era alta como la cumbre de un monte, y cobráronle no poco miedo. La mujer llamó del ágora a su marido el preclaro Antífates, y este maquinó contra mis compañeros cruda muerte: agarrando prestamente a uno, aparejóse con el mismo la cena, mientras los otros dos tornaban a los barcos en precipitada fuga. Antífates gritó por la ciudad y, al oírlo, acudieron de todos lados muchos y fuertes Lestrígonos, que no parecían hombres sino gigantes, y desde las peñas tiraron pedruzcos muy pesados: pronto se alzó en las naves un deplorable estruendo causado a la vez por los gritos de los que morían y por la rotura de los barcos; y los Lestrígonos, atra-

vesando a los hombres como si fueran pocos, se los llevaban para celebrar nefando festín. Mientras así los mataban en el hondísimo puerto, saqué la aguda espada que llevaba junto al muslo y corté las amarras de mi bajel de azulada proa. Acto continuo exhorté a mis amigos, mandándoles que batieran los remos para librarnos de aquel peligro; y todos azotaron el mar por temor a la muerte. Con satisfacción huimos en mi nave desde las rocas prominentes al ponto; mas las restantes se perdieron en aquel sitio, todas juntas.

De allí seguimos adelante, con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte, aunque perdimos algunos compañeros. Llegamos luego a la isla Eea,¹⁰ donde moraba Circe, la de lindas trenzas, deidad poderosa, dotada de voz, hermana carnal del terrible Ectes, pues ambos fueron engendrados por Helios, que alumbró a los mortales, y tienen por madre a Perse, hija del Océano. Acercamos silenciosamente el navío a la ribera, haciéndolo entrar en un amplio puerto, y alguna divinidad debió de conducirnos. Saltamos en tierra, permanecemos echados dos días con sus noches, y nos roían el ánimo el cansancio y los pesares. Mas al punto que Eos, de lindas trenzas, nos trajo el día tercero, tomé mi lanza y mi aguda espada y me fui prestamente desde la nave a una atalaya, por si conseguía ver labores de hombres mortales o percibir la voz de los mismos. Y habiendo subido a una altura muy escarpada, me paró y aparecióseme el humo que se alzaba de la espaciosa tierra, en el palacio de Circe, entre un espeso encinar y una selva. A la hora que divisé el negro humo, se me ocurrió en la mente y en el ánimo ir yo mismo a enterarme; mas, considerándolo bien, parecióme mejor tornar a la orilla, donde se hallaba la velera nao, disponer que comiesen mis compañeros y enviar a algunos para que se informaran. Emprendí la vuelta, y ya estaba a poca distancia del corvo bajel, cuando

algún dios me tuvo compasión al verme solo, y me hizo salir al camino un gran ciervo de altos cuernos, que desde el pasto de la selva bajaba al río para beber, pues el calor del sol le había entrado. Apenas se presentó, acertéle con la lanza en el espinazo, en medio de la espalda, de tal manera que el bronce lo atravesó completamente. Cayó el ciervo, quedando tendido en el polvo, y perdió la vida. Lleguéme y saquéle la broncínea lanza, poniéndola en el suelo; arranqué después varitas y mimbres, y formé una sogá como de una braza, y bien torcida de ambas partes, con la cual pude atar juntos los pies de la enorme bestia. Me la colgué al cuello y enderecé mis pasos a la negra nave, apoyándome en la pica; ya que no hubiera podido sostenerla en la espalda con solo la otra mano, por ser tan grande aquella pieza. Por fin la dejé en tierra, junto a la embarcación, y comencé a animar a mis compañeros, acercándome a los mismos y hablándoles con dulces palabras:

“¡Amigos! No descenderemos a la morada de Hades, aunque nos sintamos afligidos, hasta que nos llegue el día fatal. Mas, ea, en cuanto haya víveres y bebida en la embarcación, pensemos en comer y no nos dejemos consumir por el hambre.”

Así les dije y, obedeciendo al instante mis palabras, quitaronse la ropa con que se habían tapado allí, en la playa del mar estéril, y admiraron el ciervo, pues era grandísima aquella pieza. Después que se hubieron deleitado en contemplarlo con sus propios ojos, laváronse las manos y aparejaron un banquete espléndido. Y ya todo el día, hasta la puesta de Helios, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y llegó la noche, nos acostamos a la orilla del mar. Pero no bien se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, reuní en junta a mis amigos y les hablé de esta manera:

“Oíd mis palabras, compañeros, aunque padezcáis tantos males. ¡Oh amigos! Ya que ignoramos dónde está el poniente, ni el sitio en que aparece Eos, por donde Helios, que alumbr a los mortales, desciende debajo de la tierra, y por dónde vuelve a salir, examinemos prestamente si nos sería posible tomar alguna resolución, aunque yo no lo espero; mas, desde escarpada altura contemplé esta isla, que es baja y a su alrededor forma una corona el ponto inmenso, y con mis propios ojos vi salir humo de en medio de la misma, a través de los espesos encinares y de la selva.”

Tal dije. A todos se les quebraba el corazón, acordándose de los hechos del lestrigón Antífates y de las violencias del ferroz Cíclope, que se comía a los hombres, y se echaron a llorar ruidosamente, vertiendo abundantes lágrimas, aunque para nada les sirvió su llanto.

Formé con mis compañeros de hermosas grebas dos secciones, a las que dí sendos capitanes; pues yo me puse al frente de una y el deiforme Euríloco mandaba la otra. Echamos suertes en broncíneo yelmo y como saliera la del magnánimo Euríloco, partió con veintidós compañeros¹¹ que lloraban; y nos dejaron a nosotros, que también sollozábamos. Dentro de un valle y en un lugar visible descubrieron el palacio de Circe, construído de piedra pulimentada. En torno suyo encontrábanse lobos montaraces y leones, a los que Circe había encantado, dándoles funestas drogas; pero estos animales no acometieron a mis hombres sino que, levantándose, fueron a halagarles con sus colas larguísimas. Como los perros halagan a su amo siempre que vuelven del festín, porque les trae algo que satisface su apetito, de tal manera los lobos, de uñas fuertes, y los leones fueron a halagar a mis compañeros, que se asustaron de ver tan espantosos monstruos. En llegando a

la mansión de la diosa de lindas trenzas, detuviéronse en el vestíbulo y oyeron a Circe que con voz pulcra cantaba en el interior, mientras labraba una tela, grande, divinal y tan fina, elegante y espléndida, como son las labores de las diosas. Y Polites, caudillo de hombres, que era para mí el más caro y respetable de los compañeros, empezó a hablarles de esta manera:

“¡Oh amigos! En el interior está cantando hermosamente alguna diosa o mujer que labra una gran tela, y hace resonar todo el pavimento. Llamémosla cuanto antes.”

Así les dijo, y ellos la llamaron a voces. Circe se alzó en seguida, abrió la magnífica puerta, los llamó y siguiéronla todos imprudentemente, a excepción de Euríloco, que se quedó fuera por temor de algún engaño. Cuando los tuvo dentro, los hizo sentar en sillas y sillones, confeccionó un potaje de queso, harina y miel fresca, con vino de Pramnio,¹² y echo en él drogas perniciosas para que los míos olvidaran por completo la tierra patria. Dióselos, bebieron, y seguidamente los tocó con una varita¹³ y los encerró en pocilgas. Y tenían la cabeza, la voz, las cerdas y el cuerpo como los puercos, pero sus mientes quedaron tan enteras como antes. Así fueron encerrados y todos lloraban, y Circe les echó, para comer, fabucos, bellotas y el fruto del cornejo, que es lo que comen los puercos, que se echan en la tierra.

Euríloco volvió sin dilación al ligero y negro bajel, para enterarnos de la aciaga suerte que les había cabido a los compañeros. Mas no lo era posible proferir una sola palabra, no obstante su deseo, por tener el corazón sumido en grave dolor; los ojos se le llenaron de lágrimas, y su ánimo únicamente en sollozar pensaba. Todos lo contemplábamos con asombro y le hacíamos preguntas, hasta que por fin nos contó la pérdida de los demás compañeros:

“Nos alejamos a través del encinar, como mandaste, preclaro Odiseo, y dentro de un valle y en lugar visible descubrimos un hermoso palacio, hecho de piedra pulimentada. Allí, alguna diosa o mujer cantaba con voz sonora, labrando una gran tela. Llamáronla a voces. Alzóse en seguida, abrió la magnífica puerta, nos llamó, y siguiéronla todos imprudentemente, pero yo me quedé fuera, temiendo que hubiese algún engaño. Todos a una desaparecieron y ninguno ha vuelto a presentarse, aunque he permanecido acechándolos un buen rato.”

De tal manera se expresó. Yo entonces, colgándome del hombro la grande bronceína espada, de clavazos de plata, y tomando el arco, le mandé que sin pérdida de tiempo me llevara por el camino que habían seguido. Mas él comenzó a suplicarme, abrazando con entrambas manos mis rodillas, y entre lamentos decíame estas aladas palabras:

“¡Oh, alumno de Zeus! No me lleves allí, mal de mi grado; déjame aquí, pues sé que no volverás ni traerás a ninguno de tus compañeros. Huyamos en seguida con los presentes, que aún nos podremos librar del día cruel.”

Así me habló y le contesté diciendo: “¡Euríloco! Quédate en este lugar, a comer y beber junto a la cóncava y negra embarcación; mas yo iré, que la dura necesidad me lo exige.”

Dicho esto, alejéme de la nave y del mar. Pero cuando, yendo por el sacro valle, estaba a punto de llegar al gran palacio de Circe, la conocedora de muchas drogas, y ya enderazaba mis pasos al mismo, salióme al encuentro Hermes, el de la áurea vara, en figura de un mancebo a quien comienza a salir el bozo y está graciosísimo en la flor de la juventud. Y, tomándome de la mano, me habló diciendo:

“¡Ah, infeliz! ¿Adónde vas por estos altonazos, solo y sin conocer la comarca? Tus amigos han sido encerrados en el

palacio de Circe, como puercos, y se hallan en pocilgas sólidamente labradas. ¿Vienes quizás a libertarlos? Pues no creo que vuelvas, antes te quedarás adonde están los otros. Ea, quiero preservarte de todo mal; quiero salvarte: toma este excelente remedio, que apartará de tu cabeza el día cruel, y ve a la morada de Circe, cuyos malos propósitos he de referirte íntegramente. Te preparará una mixtura y te echará drogas en el manjar; mas, con todo eso, no podrá encantarte, porque lo impedirá el excelente remedio que vas a recibir. Te diré ahora lo que ocurrirá después. Cuando Circe te hiriere con su larguísima vara, tira de la aguda espada que llevas cabe el muslo, y acométela como si desearas matarla. Entonces, cobrándote algún temor, te invitará a que yazgas con ella: tú no te niegues a compartir el lecho de la diosa, para que libre a tus amigos y te acoja benignamente, pero hazle prestar el solemne juramento de los bienaventurados dioses de que no maquinará contra ti ningún otro funesto daño, no sea que, cuando te desnudes de las armas, te prive de tu valor y de tu fuerza.”

Cuando así hubo dicho, el argicida me dio el remedio, arrancando una planta cuya naturaleza me enseñó. Tenía negra la raíz y era blanca como la leche su flor; llámanla *moly* los dioses, y es muy difícil de arrancar para un mortal, pero las deidades lo pueden todo.

Hermes se fue al vasto Olimpo, a través de la selvosa isla; y yo me encaminé a la morada de Circe, revolviendo en mi corazón muchos propósitos. Llegando al palacio de la diosa de lindas trenzas, paréme en el umbral y empecé a dar gritos; la deidad oyó mi voz y, alzándose al punto, abrió la magnífica puerta y me llamó; y yo, con el corazón angustiado, me fui tras ella. Cuando me hubo introducido, hízome sentar en una silla de argénteos clavos, hermosa, labrada, con un esca-bel para los pies; y en copa de oro preparóme la mixtura para

que bebiese, echando en la misma cierta droga y maquinando en su mente cosas perversas. Mas tan luego como me la dio y bebí, sin que lograra encantarme, tocóme con la vara mientras me decía estas palabras:

“Ve ahora a la pocilga y échate con tus compañeros.” Así habló. Desenvainé entonces la aguda espada que llevaba cerca del muslo y arremetí contra Circe, como deseando matarla. Ella profirió agudos gritos, se echó al suelo, me abrazó por las rodillas y me dirigió entre sollozos estas aladas palabras:

“¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres? Me tiene suspensa que hayas bebido estas drogas sin quedar encantado, pues ningún otro pudo resistirlas tan luego como las tomó y pasaron el cerco de sus dientes. Hay en tu pecho un ánimo indomable. Eres sin duda aquel Odiseo de multiforme ingenio, de quien me hablaba siempre el argicida, que lleva áurea vara, asegurándome que vendrías cuando volviesses de Troya en la negra y velera nave. Mas, ea, envaina la espada y vámonos a la cama para que, unidos por el lecho y el amor, crezca entre nosotros la confianza.”

Así se expresó, y le repliqué diciendo: “¡Oh Circe! ¿Cómo me pides que te sea benévolo, después que en este mismo palacio convertiste a mis compañeros en cerdos y ahora me detienes a mí, maquinas engaños y me ordenas que entre en tu habitación y suba a tu lecho a fin de privarme del valor y de la fuerza apenas deje las armas? Yo no querría subir a la cama si no te atrevieras, oh, diosa, a prestar solemne juramento de que no maquinará contra mí ningún otro pernicioso daño.”

Así le dije. Juró al instante, como se lo mandaba. Y en seguida que hubo prestado el juramento, subí al magnífico lecho de Circe.

Aderezaban el palacio cuatro siervas, que son las criadas de Circe, y han nacido de las fuentes de los bosques, o de los

sagrados ríos que corren hacia el mar. Ocupábase una en cubrir los sillones con hermosos tapetes de púrpura, dejando a los pies un lienzo; colocaba otra argénteas mesas delante de los asientos, poniendo encima canastillos de oro; mezclaba la tercera el dulce y suave vino en una crátera de plata y lo distribuía en áureas copas; y la cuarta traía agua y encendía un gran fuego debajo del trípode donde aquella se calentaba. Y cuando el agua hirvió dentro del reluciente bronce, llevóme a la bañera y allí me lavó, echándome la deliciosa agua del gran trípode a la cabeza y a los hombros, hasta quitarme de los miembros la fatiga que roe el ánimo. Después que me hubo lavado y ungido con pingüe aceite, vistióme un hermoso manto y una túnica, y me condujo, para que me sentase, a una silla de argénteos clavos, hermosa, labrada y provista de un escabel para los pies. Una esclava dióme aguamanos que traía en un magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata, y me puso delante una pulimentada mesa. La veneranda despensera trajo pan, y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándome con los que tenía reservados. Circe invitóme a comer, pero no le plugo a mi ánimo y seguí quieto, pensando en otras cosas, pues mi corazón presagiaba desgracias.

Cuando Circe notó que yo seguía quieto, sin echar mano a los manjares, y abrumado por fuerte pesar, se vino a mi lado y me habló con estas aladas palabras:

“¿Por qué, Odiseo, permaneces así, como un mudo, y consumes tu ánimo sin tocar la comida ni la bebida? Sospechas que haya algún engaño, y has de desechar todo temor, pues ya te presté solemne juramento.”

Así se expresó, y le repuse diciendo: “¡Oh Circe! ¿Cual varón, que fuese razonable, osara probar la comida y la bebida antes de libertar a los compañeros y contemplarlos con sus

propios ojos? Si me invitas de buen grado a beber y a comer, suelta a mis fieles amigos, para que con mis ojos pueda verlos.”

De tal suerte hablé. Circe salió del palacio con la vara en la mano, abrió las puertas de la pocilga y sacó a mis compañeros en figura de puercos de nueve años. Colocáronse delante, y ella anduvo por entre los mismos, untándolos con una nueva droga: en el acto cayeron de los miembros las cerdas que antes les hizo crecer la perniciosa droga suministrada por la veneranda Circe, y mis amigos tornaron a ser hombres, pero más jóvenes aún y mucho más hermosos y más altos. Conociéronme, y uno por uno me estrecharon la mano. Alzóse entre todos un dulce llanto, la casa resonaba fuertemente, y la misma deidad hubo de apiadarse. Y deteniéndose junto a mí, dijo de esta suerte la divina entre las diosas:

“¡Laertiada, de linaje divino! ¡Odiseo, fecundo en recursos! Ve ahora adonde tienes la velera nave en la orilla del mar, y ante todo sacadla a tierra firme; llevad a las grutas las riquezas y los aparejos todos, y trae en seguida tus fieles compañeros.”

Tales fueron sus palabras, y mi ánimo generoso se dejó persuadir. Endecé el camino a la velera nave y la orilla del mar, y hallé junto a aquella a mis fieles compañeros, que se lamentaban tristemente y derramaban abundantes lágrimas. Así como las torneras que tienen su cuadra en el campo saltan y van juntas al encuentro de las gregales vacas que vuelven al aprisco después de saciarse de yerba, y ya los cercados no las detienen, sino que, mugiendo sin cesar, corren en torno de las madres, así aquellos, al verme con sus propios ojos, me rodearon llorando, pues a su ánimo les produjo casi el mismo efecto que si hubiesen llegado a su patria y a su ciudad, a la áspera Ítaca donde nacieron y se criaron. Y sollozando, estas aladas palabras me decían:

“Tu vuelta, oh amado de Zeus, nos alegra tanto como si hubiésemos llegado a Ítaca, nuestra patria tierra. Mas, ea, cuéntanos la pérdida de los demás compañeros.”

De tal suerte se expresaron. Entonces les dije con suaves palabras: “Primeramente saquemos la nave a tierra firme y llevemos a las grutas nuestras riquezas y los aparejos todos; y después apresuraos a seguirme juntos para que veáis cómo los amigos beben y comen en la sagrada mansión de Circe, pues todo lo tienen en gran abundancia.”

Así les hablé y al instante obedecieron mi mandato. Euríloco fue el único que intentó detener a los compañeros, diciéndoles estas aladas palabras:

“¡Ah, infelices! ¿Adónde vamos? ¿Por qué buscáis vuestro daño, yendo al palacio de Circe, que a todos nos transformará en puercos, lobos o leones, para que le guardemos, mal de nuestro grado, su espaciosa mansión? Se repetirá lo que ocurrió con el Cíclope cuando los nuestros llegaron a su cueva con el audaz Odiseo, y perecieron por la loca temeridad del mismo.”

De tal modo hablé. Yo revolví en mi pensamiento desenvainar la espada de larga punta, que llevaba a un lado del vigoroso muslo, y de un golpe echarle la cabeza al suelo, aunque Euríloco era deudo mío muy cercano;¹⁴ pero me contuvieron los amigos, unos por un lado y otros por el opuesto, diciéndome con dulces palabras:

“¡Oh, amado de Zeus! A este le dejaremos aquí, si tú lo mandas, y se quedará a guardar la nave, pero a nosotros llévanos a la sagrada mansión de Circe.”

Hablando así, alejáronse de la nave y del mar. Y Euríloco no se quedó cerca del cóncavo bajel, pues fue siguiéndonos, amedrentado por mi terrible amenaza.

En tanto, Circe lavó cuidadosamente en su morada a los demás compañeros y los ungió con pingüe aceite, les puso los la-

nosos mantos y túnicas, y ya los hallamos celebrando alegre banquete en el palacio. Después que se vieron los unos a los otros y contaron lo ocurrido, comenzaron a sollozar, y la casa resonaba en torno suyo. La divina entre las diosas se detuvo entonces a mi lado, y me habló de esta manera:

“¡Laertiada, de linaje divino! ¡Odiseo, fecundo en recursos! Ahora dad tregua al copioso llanto: sé yo también cuántas fatigas habéis soportado en el ponto, abundante en peces, y cuántos hombres enemigos os dañaron en la tierra. Mas, ea, comed viandas y bebed vino hasta que recobréis el ánimo que teníais en el pecho cuando dejasteis vuestra patria, la escabrosa Ítaca. Actualmente estáis flacos y desmedrados, trayendo de continuo a la memoria la peregrinación molesta, y no cabe en vuestro ánimo la alegría por lo mucho que habéis padecido.”

Tales fueron sus palabras, y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Allí nos quedamos día tras día, un año entero, y siempre tuvimos en los banquetes carne en abundancia y dulce vino. Mas cuando se acabó el año y volvieron a sucederse las estaciones, y después de transcurrir los meses y de pasar muchos días, llamáronme los fieles compañeros y me hablaron de este modo:

“¡Ilustre! Acuérdate ya de la patria tierra, si el destino ha decretado que te salves y llegues a tu casa, de alta techumbre.”

Así dijeron, y mi ánimo generoso se dejó persuadir. Y todo aquel día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y sobrevino la noche, acostáronse los compañeros en las oscuras salas.

Mas yo subí a la magnífica cama de Circe y empecé a suplicar a la deidad, que oyó mi voz, y a la cual abracé las rodillas. Y, hablándole, estas aladas palabras le decía:

“¡Oh, Circe! Cúmpleme tu promesa de mandarme a mi casa. Ya mi ánimo me incita a partir, y también el de los compañeros, quienes aquejan mi corazón, rodeándome, llorosos, cuando tú estás lejos.”

Así le hablé. Y la divina entre las diosas contestóme acto seguido:

“¡Laertíada, de linaje divino! ¡Odiseo, fecundo en recursos! No os quedéis por más tiempo en esta casa, mal de vuestro grado. Pero ante todo, debéis emprender un viaje a la morada de Hades y de la veneranda Perséfone, para consultar el alma del tebano Tiresias, adivino ciego, cuyas mentes se conservan íntegras. A él tan solo, después de muerto, dióle Perséfone inteligencia y saber, pues los demás revolotean como sombras.”

Tal dijo. Sentí que se me quebraba el corazón y, sentado en el lecho, lloraba y no quería vivir ni ver más la lumbre del sol. Pero cuando me saqué de llorar y de revolcarme por la cama, le contesté con estas palabras:

“¡Oh Circe! ¿Quién nos guiará en este viaje, ya que ningún hombre ha llegado jamás al Hades en negro navío?”

Así le hablé. Respondióme en el acto la divina entre las diosas: “¡Laertíada, de linaje divino! ¡Odiseo, fecundo en recursos! No te preocupe el deseo de tener quién guíe el negro bajel: iza el mástil, descoge las blancas velas, y quédate sentado, que el soplo del Bóreas conducirá la nave. Y cuando hayas atravesado el océano y llegues adonde hay una playa estrecha y bosques consagrados a Perséfone y elevados álamos y estériles sauces, detén la nave en el océano, de profundos remolinos, y encamínate a la tenebrosa morada de Hades. Allí el Pirifletón y el Cocito, que es un arroyo del agua de la Estigia, llevan sus aguas al Aqueronte;¹⁵ y hay una roca en el lugar donde confluyen aquellos sonoros ríos. Acercándote, pues, a

este paraje como te lo mando, oh héroe, abre un hoyo que tenga un codo por cada lado; haz alrededor del mismo una libación a todos los muertos, primeramente con aguamiel, luego con dulce vino, y a la tercera vez con agua; y polvoréalo de blanca harina. Eleva después muchas súplicas a las inanes cabezas de los muertos, y vota que, en llegando a Ítaca, les sacrificarás en el palacio una vaca no paridera, la mejor que haya, y llenarás la pira de cosas excelentes en su obsequio; y también que a Tiresias le inmolarás aparte un carnero completamente negro, que descuelle entre vuestros rebaños. Así que hayas invocado con tus preces al ínclito pueblo de los difuntos, sacrifica un carnero y una oveja negra, volviendo el rostro al Erebo, y apártate un poco hacia la corriente del río. Allí acudirán muchas almas de los que murieron. Exhorta en seguida a los compañeros y mándalos que desuelen las reses, tornándolas del suelo dando yacerán degolladas por el cruel bronce, y las quemem prestamente, haciendo votos al poderoso Hades y a la venerable Perséfone; y tú desenvaina la espada que llevas cabe el muslo, siéntate y no permitas que las inanes cabezas de los muertos se acerquen a la sangre hasta que hayas interrogado a Tiresias. Pronto comparecerá el adivino, príncipe de hombres, y te dirá el camino que has de seguir, cuál será su duración y cómo podrás volver a la patria, atravesando el mar en peces abundoso.”

Tal dijo, y al momento llegó Eos, de áureo trono. Circe me vistió un manto y una túnica, y se puso amplia vestidura blanca, fina y hermosa, ciñó el tallo con lindo cinturón de oro, y veló su cabeza. Yo anduve por la casa y amonesté a los compañeros, acercándome a los mismos, y hablándoles con dulces palabras:

“No permanezcáis acostados, disfrutando del dulce sueño. Partamos ya, pues la veneranda Circe me lo aconseja.”

Así les dije; y su ánimo generoso se dejó persuadir. Mas ni de allí pude llevarme indemnes a todos los compañeros. Un tal Elpénor, el más joven de todos, que ni era muy valiente en los combates, ni estaba muy en juicio, yendo a buscar la frescura después que se cargara de vino, habíase acostado separadamente de sus compañeros en la sagrada mansión de Circe; y al oír el vocerío y el estrépito de los camaradas que empezaban a moverse, se levantó de súbito, olvidósele volver atrás a fin de bajar por la larga escalera, cayó desde el techo, se le rompieron las vértebras del cuello y su alma descendió al Hades.

Cuando ya todos se hubieron reunido, les dije estas palabras: “Creéis sin duda que vamos a casa, a nuestra querida patria tierra; pues bien, Circe nos ha indicado que hemos de hacer un viaje a la morada de Hades y de la veneranda Perséfone, para consultar el alma del tebano Tiresias.”

Así les hablé. A todos se les quebraba el corazón y, sentándose allí mismo, lloraban y se mesaban los cabellos. Mas ningún provecho sacaron de sus lamentaciones.

Tan luego como nos encaminamos, afligidos, a la velera nave y a la orilla del mar, vertiendo copiosas lágrimas, acudió Circe y ató al oscuro bajel un carnero y una oveja negra. Y al hacerlo, logró pasar inadvertida, muy fácilmente, ¿pues quién podrá ver con sus propios ojos a una deidad que va o viene, si a ella no le place?



Notas

- ¹ Una de las siete islas llamadas Liparias (hoy de *Lipari*), en el mar Tirreno, sobre la de Sicilia. Estrabón opina que es la llamada *Strongyle* (*Stromboli*), la más septentrional de todas. Objetóse a esto el que, habiendo llegado desde ella Odiseo directamente a Ítaca, empujado por el Céfito, viento oeste, debe ser colocada la isla Eolia en el extremo meridional de Sicilia, entre esta isla y el África. Nada puede, sin embargo, asegurarse, pues no obstante la pericia geográfica de Homero, siempre estaba este en su derecho al emplear, sin avisarlo, el *quidlibet audendi*, concedido a todo poeta. Ya sobre el afán de fijar con toda escrupulosidad y exactitud los lugares homéricos, dijo con alguna exageración el geógrafo Eratóstenes: “Se hallarán todos los lugares recorridos por Odiseo cuando se halle los que recorrió el odre donde estaban encerrados los vientos.”
- ² Algunos pretenden que Homero le dio este epíteto a causa de los frecuentes temblores de tierra que remueven su suelo, o por algún otro motivo. Había ejemplos de otras islas flotantes (*relata refero*), como la de Delos y la de Esquemis, cerca de Egipto, y una ciudad de Baco, en la Libia, que jamás se hallaban dos veces en el mismo sitio.
- ³ Alegoría que Eustacio explica diciendo que Eolo es el año, que tiene doce meses. Pero ¡por qué unos meses varones y otros hembras! Madame Dacier opina que quiere decir que, siendo Eolo el rey de los vientos, tiene a su disposición los doce principales. Pero esta explicación tropieza con el inconveniente de que Homero, al parecer, como en otro lugar decimos, solo conocía cuatro.
- ⁴ Con esta ficción creen los comentaristas que se designa un rey peritísimo en cosas de meteorología.
- ⁵ Porque siendo el viento de Poniente, era el único favorable para la ida a Ítaca, situada orientalmente respecto a la isla Eolia, fuera la que fuera.
- ⁶ Era costumbre de los antiguos envolverse la cabeza en sus ropas en los grandes infortunios.
- ⁷ Se cree sea Formias, en la Campania (Italia). Así lo aseguran, entre otros, Plinio (lib. III, cap. V).
- ⁸ Diversas explicaciones se han dado de este pasaje, un tanto oscuro ciertamente. La abundancia de tábanos era tal en la Lestrigonia, dicen unos, que obligaba a retener durante el día en los

corrales a los bueyes y caballos, más expuestos a sus picaduras por lo poco espeso de su pelo, mientras los carneros, protegidos por densos vellones, podían pacer sin tanto inconveniente. Pacían, pues, estos de día y aquellos de noche. De aquí que el pastor que no durmiese pudiera ganar doble salario. Otros creen que los lestrigones tenían su asiento en una tierra bajo la cabeza del Dragón, de cuya cabeza asegura Arato que se confundían en ella el orto y el ocaso del sol, o sea que los días eran muy largos y brevísimas las noches, al contrario de los cimerios, cuyos periodos de luz y oscuridad estaban en relación inversa. Esta opinión dio motivo a una refutación de Escalígero, que no ha puesto, sin embargo, en claro este pasaje al interpretar el verso de Manilio: *Vixque ortus, occasus erit*. Quizá no hay más explicación posible que atribuirlo todo a ficción del poeta, y contentarse, aceptando la interpretación de Dídimo y Éustacio, con entender que Homero quiere decir que los pastos del día y de la noche se hallaban próximos a la capital lestrigónica.

- ⁹ De esta circunstancia, según Estrabón, tiene su nombre Formias.
- ¹⁰ Montaña próxima a Formias, llamada monte Circeo, a 220 estadios. Llámase isla por estar rodeada de mar y de pantanos. En ella estaba la ciudad de Circe y un templo consagrado a Atenea, donde se enseñaba una patera de Odiseo.
- ¹¹ La tripulación de cada nave de Odiseo se componía de cincuenta hombres. Descontados los seis devorados por el Cíclope, quedaban 44, cuya mitad exacta son los veintidós enviados de avanzada al palacio de Circe.
- ¹² Esta pasta constituía un bocado exquisito para los griegos. El vino de Pramnio se cogía, según Plinio (lib. XIX, cap. V), en las tierras de Esmirna, junto a un templo consagrado a la madre de los dioses. Otros creen que Pramnio es una roca de la isla de Ícaro.
- ¹³ Este instrumento juega un principal papel en todos los hechos extraordinarios. Su historia es larguísima: arranca de Moisés, Hermes, Atenea y Circe; anda en manos de todas las hadas y nigrománticos; y figura todavía en las de los prestidigitadores modernos, llamados así no sé si por la ligereza de sus dedos o por sus falsas maravillas (*prestigia*).
- ¹⁴ Euríloco estaba casado con Clímene, hermana de Odiseo.
- ¹⁵ Homero parece haberse referido, al colocar la entrada del reino de Plutón, a un lugar entre Bayas y Cumas, cerca del lago Averno.

Rapsodia decimaprimerá¹

EN LLEGANDO A LA NAVE Y AL DIVINO MAR, ECHAMOS EN EL agua la negra embarcación, izamos el mástil y descogimos el velamen; cargamos luego las reses, y por fin nos embarcamos nosotros, muy tristes y vertiendo copiosas lágrimas. Por detrás de la nave de azulada proa, soplaba favorable viento, que hinchaba las velas: buen compañero que nos mandó Circe, la de lindas trenzas, deidad poderosa, dotada de voz. Colocados cada uno de los aparejos en su sitio, nos sentamos en la nave. A esta conducíanla el viento y el piloto, y durante el día fue andando a velas desplegadas, hasta que se puso el sol y las tinieblas llenaron todos los caminos.

Entonces arribamos a los confines del océano, de profunda corriente. Allí están el pueblo y la ciudad de los cimerios,² entre nieblas y nubes, sin que jamás Helios resplandeciente los ilumine con sus rayos, ni cuando sube al estrellado Uranos, ni al declinar de Uranos a la tierra, pues una noche perniciosa se extiende sobre los míseros mortales. A tal paraje fue nuestro bajel, que sacamos a la playa; y nosotros, llevando las ovejas, anduvimos a lo largo de la corriente del océano hasta llegar al sitio que nos indicara Circe.

Allí Perimedes y Euríloco sostuvieron las víctimas y yo, desenvainando la aguda espada que cabe el muslo llevaba, abrí un hoyo de un codo por cada lado; hice alrededor del mismo una libación a todos los muertos, primeramente con

aguamiel, luego con dulce vino, y a la tercera vez con agua; y lo polvoreé todo de blanca harina. Acto seguido, supliqué con fervor a las inanes cabezas de los muertos, y voté que, cuando llegara a Ítaca, les sacrificaría en el palacio una vaca no paridera, la mejor que hubiese, y que en su obsequio llenaría la pira de cosas excelentes, y también que a Tiresias le inmolaría aparte un carnero completamente negro que descollase entre nuestros rebaños. Después de haber rogado con votos y súplicas a las generaciones de los muertos, tomé las reses, las degollé encima del hoyo, corrió la negra sangre, y al instante se congregaron, saliendo del Erebo, las almas de los fallecidos: mujeres jóvenes, mancebos, ancianos que en otro tiempo padecieron muchos males, tiernas doncellas con el ánimo angustiado por reciente pesar, y muchos varones que habían muerto en la guerra, heridos por bronceas lanzas, y mostraban ensangrentadas armaduras: agitábase todas con grandísimo clamoreo alrededor del hoyo, unas por un lado y otras por otro: y, al verlas, enseñóse de mí el pálido terror. En seguida exhorté a los compañeros y les di orden de que desollaran las reses, tomándolas del suelo donde yacían degolladas por el cruel bronce, y las quemararan inmediatamente, haciendo votos al poderoso Hades y a la veneranda Perséfone; y yo, desenvainando la aguda espada que cabe al muslo llevaba, me senté y no permití que las inanes cabezas de los muertos se acercaran a la sangre, antes que hubiese interrogado a Tiresias.

La primera sombra que vino fue la de mi compañero Elpénor,³ el cual aún no había recibido sepultura en la tierra inmensa; que dejamos su cuerpo en la mansión de Circe, sin enterrarlo ni llorarlo, porque nos apremiaban otros trabajos. Al verlo lloré, le compadecí en mi corazón, y, hablándole, le dije estas aladas palabras:

“¡Oh Elpénor! ¿Cómo viniste a estas tinieblas caliginosas? Tú has llegado a pie, antes que yo en la negra nave.”

Así le hablé, y él, dando un suspiro, me respondió con estas palabras:

¡Laertiáda, de linaje de dioses! ¡Odiseo, fecundo en recursos! Dañáronme la mala voluntad de algún Daimón y el exceso de vino. Habiéndome acostado en tu mansión de Circe, no pensé en volver atrás, a fin de bajar por la larga escalera, y caí desde el techo; se me rompieron las vértebras del cuello, y mi alma descendió al Hades. Ahora te suplico en nombre de los que se quedaron en tu casa y no están presentes —de tu esposa, de tu padre, guardador de tu niñez, y de Telémaco, el único vástago que dejaste en el palacio: sé que, partiendo de acá, de la morada de Hades, detendrás la bien construida nave en la isla de Eea; pues yo te ruego, oh rey, que al llegar a la misma te acuerdes de mí. No te vayas dejando mi cuerpo sin llorarle ni enterrarle, a fin de que no excite contra ti la cólera de los dioses; por el contrario, quema mi cadáver con las armas de que me servía y erígeme un túmulo en la ribera del espumoso mar, para que de este hombre desgraciado tengan noticia los venideros. Hazlo así y clava en el túmulo aquel remo⁴ con que, estando vivo, bogaba yo con mis compañeros.”

Tales fueron sus palabras. Y le respondí diciendo: “Todo lo haré, oh infeliz; todo te lo llevaré a cumplimiento.”

De tal suerte, sentados ambos nos decíamos estas tristes razones: yo tenía la espada levantada sobre la sangre; y mi compañero, desde la parte opuesta, hablaba largamente.

Vino luego la sombra de mi difunta madre Anticlea, hija del magnánimo autólico; a la cual dejé yo viva cuando partí para la sagrada Ilión. Lloré al verla, compadeciéndola en mi corazón; mas con todo eso, a pesar de sentirme muy afligido, no permití que se acercara a la sangre antes de interrogar a Tiresias.

Vino después el alma de Tiresias, el tebano que empuñaba áureo cetro. Conocióme y me habló de esta manera:

“¡Laertiada, de linaje de dioses! ¡Odiseo, fecundo en recursos! ¿Por qué, oh infeliz, has dejado la luz de Helios y vienes a ver a los muertos y esta región desapacible? Apártate del hoyo y retira la aguda espada, para que bebiendo sangre te revele la verdad de lo que quieras.”

Tal dijo. Me aparté y metí en la vaina la espada guarnecida de argénteos clavos. El eximio vate bebió la negra sangre y hablóme al punto con estas palabras:

“Buscas la dulce vuelta, preclaro Odiseo, y un dios te la hará difícil; pues no creo que le pases inadvertido al que sacude la tierra, quien te guarda rencor en su corazón, porque se irritó cuando le cegaste el hijo. Pero aún llegarías, después de padecer trabajos, si quisierais contener tu ánimo y el de tus compañeros, así que ancles la bien construida embarcación en la isla Trinacria,⁵ escapando del violáceo ponto, y halléis paciendo las vacas y las pingües ovejas de Helios, que todo lo ve y todo lo oye. Si las dejes indemnes, ocupándote tan solo en preparar tu vuelta, aún llegarías a Ítaca, después de soportar muchas fatigas; pero si les causares daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y la de tus amigos. Y aunque tú te libres, llegarás tarde y mal, habiendo perdido tu nave y tus compañeros; triste darás la vuelta a la patria en extranjera nao, y hallarás en tu mansión otra plaga: unos hombres soberbios, que se comen tus bienes y pretenden a tu divinal consorte, a la cual ofrecen regalos de bodas. Tú, en llegando, vengarás sus demasías. Mas luego que en tu mansión hayas dado muerte a los pretendientes, ya con astucia, ya cara a cara con el agudo bronce, toma un manejable remo⁶ y anda hasta que llegues a aquellos hombres que nunca vieron el mar ni comen manjares sazonados con sal,⁷ ni conocen las naves de

encarnadas proas, ni tienen noticia de los manejables remos que son como las alas de los buques. Para ello te daré una señal muy manifiesta, que no pasará inadvertida. Cuando encuentres otro caminante y te dijere que llevas un aventador⁸ sobre el gallardo hombre, clava en tierra el manejable remo, haz al soberano Poseidón hermoso sacrificio de un carnero, un toro y un verraco,⁹ y vuelve a tu casa, donde sacrificarás sagradas hecatombes a las deidades que poseen el anchuroso Uranos, a todas por su orden. Te vendrá más adelante y lejos del mar¹⁰ una muy suave muerte, que te quitará la vida cuando ya estés abrumado por la placentera vejez; y a tu alrededor los ciudadanos serán dichosos. Cuanto te digo es cierto.”

Así se expresó, y yo le respondí: ¡Tiresias! Esas cosas decretáronlas sin duda los propios dioses. Mas, ea, habla y responde sinceramente. Veo el alma de mi difunta madre, que está silenciosa junto a la sangre, sin que se atreva a mirar frente a frente a su hijo ni a dirigirle la voz. Dime, oh rey, cómo podrá reconocerme.”

Así le hablé, y al punto me contestó diciendo: “Con unas sencillas palabras que pronuncie, te lo haré entender. Aquel de los difuntos a quien permitieres que se acerque a la sangre, te dará noticias ciertas; aquel a quien se lo negares, se volverá en seguida.”

Diciendo así, el alma del rey Tiresias se fue a la morada de Hades, apenas hubo proferido los oráculos. Mas yo me estuve quedo hasta que vino mi madre y bebió la negra sangre. Reconocióme en el acto y díjome entre sollozos estas aladas palabras:

“¡Hijo mío! ¿Cómo has bajado en vida a esta obscuridad tenebrosa? Difícil es que los vivientes puedan contemplar estos lugares, separados como están por grandes ríos, por impetuosas corrientes y, antes que todo, por el océano, que no se puede

atravesar sino en una nave bien construida. ¿Vienes acaso de Troya, después de vagar mucho tiempo con la nave y los amigos? ¿Aún no llegaste a Ítaca, ni viste a tu mujer en el palacio?”

Tal dijo, y yo le respondí de esta suerte: “¡Madre mía! La necesidad me trajo a la morada de Hades, a consultar el alma de Tiresias el tebano, pero aún no me acerqué a la Acaya, ni entré en mi tierra, pues voy errante y padeciendo desgracias desde el punto que seguí al divino Agamenón hasta Ilión, la de hermosos corceles, para combatir con los troyanos. Mas, ea, habla y respondo sinceramente: ¿Cómo la Ker de la inexorable muerte te hizo sucumbir? ¿Fue una larga enfermedad, o Artemisa, que se complace en tirar flechas, te mató con sus suaves tiros? Háblame de mi padre y del hijo que dejó, y cuéntame si mi dignidad real la conservan ellos o la tiene algún otro varón, porque se figuran que ya no he de volver. Révelame también la voluntad y el pensamiento de mi legítima esposa: si vive con mi hijo y todo lo guarda y mantiene en pie, o ya se casó con el mejor de los aqueos.”

Así le hablé, y respondiome en seguida mi veneranda madre: “Aquella continúa en tu palacio con el ánimo afligido, y pasa los días y las noches tristemente, llamando sin cesar. Nadie posee aún tu alta autoridad real: Telémaco cultiva en paz tus heredades y asiste a decorosos banquetes, como debe hacerlo el varón que administra justicia, pues todos lo convidan. Tu padre se queda en el campo, sin bajar a la ciudad, y no tiene lecho, ni cama, ni mantas, ni colchas espléndidas; sino que en el invierno duerme entre los esclavos de la casa, en la ceniza, junto al hogar, llevando miserables vestiduras, y no bien llega el verano y el fructífero otoño se le ponen por todas partes, en la fértil viña, humildes lechos de hojas secas, donde se echa afligido y acrecienta sus penas deplorando tu suerte, además de sufrir las molestias de la senectud a que ha llegado.

Así morí yo también, cumpliendo mi destino: ni Artemisa, que con certera vista se complace en arrojar saetas, me hirió con sus suaves tiros en el palacio, ni me acometió enfermedad alguna de las que se llevan el vigor de los miembros por una odiosa consunción; antes bien la soledad que de ti sentía y el recuerdo de tus cuidados y de tu ternura, preclaro Odiseo, me privaron de la dulce vida.”

De tal modo se expresó. Quise entonces realizar el propósito, que formara en mi espíritu, de abrazar el alma de mi difunta madre. Tres veces me acerqué a ella, pues el ánimo incitábame a abrazarla; tres veces se me fue volando de entre las manos como una sombra o un sueño. Entonces sentí en mi corazón un dolor que iba en aumento, y dije a mi madre estas aladas palabras:

“¡Madre mía! ¿Por qué huyes cuando a ti me acerco, ansioso de asirte, a fin de que en la misma morada de Hades nos echemos en brazos el uno del otro, y nos saciemos de triste llanto? ¿Por ventura envióme esta vana imagen la ilustre Perséfone, para que se acrecienten mis lamentos y suspiros?”

Así le dije, y al momento me contestó la veneranda madre: “¡Ay de mí, hijo mío, el más desgraciado de todos los hombres! No te engaña Perséfone, hija de Zeus, sino que esta es la condición de los mortales cuando fallecen: los nervios ya no mantienen unido a la carne y los huesos, pues los consume la viva fuerza de las ardientes llamas tan pronto como la vida desampara la blanca osamenta; y el alma se va volando, como un sueño. Mas procura volver lo antes posible a la luz, y sabe todas estas cosas para que luego las refieras a tu consorte.”

Mientras así conversábamos, vinieron —enviadas por la ilustre Perséfone— cuantas mujeres fueron esposas o hijas de eximios varones. Reuniéronse en tropel alrededor de la negra sangre, y yo pensaba de qué modo podría interrogarlas por se-

parado. Al fin parecióme que la mejor resolución sería la siguiente: desenvainé la espada, de larga punta, que llevaba al lado del muslo y no permití que bebieran a un tiempo la renegrida sangre. Entonces se fueron acercando sucesivamente, me declararon su respectivo linaje, y a todas les hice preguntas.

La primera que vi fue a Tiro, de ilustre nacimiento, la cual manifestó que era hija del insigne Salmoneo y esposa de Creteo Eólida. Habíase enamorado de un río, que es el más bello de los que discurren por el orbe, el divinal Enipeo,¹¹ y frecuentaba los sitios próximos a su hermosa corriente; pero Poseidón, que ciñe y bate la tierra, tomando la figura de Enipeo, se acostó con ella en la desembocadura del vertiginoso río. La ola purpúrea, grande como una montaña, se encorvó alrededor de entrambos, y ocultó al dios y a la mujer mortal. Poseidón desatóle a la doncella el virgíneo cinto y le infundió sueño. Mas tan pronto como hubo realizado sus amorosos deseos, le tomó la mano y le dijo estas palabras: “Huélgate como mujer en este amor. En el transcurso del año parirás hijos ilustres, que nunca son estériles las uniones de los inmortales. Cuídalos y críalos. Ahora, vuelve a tu casa y abstente de nombrarme, pues solo para ti soy Poseidón, que sacude la tierra.” Cuando esto hubo dicho, sumergiósese en el agitado ponto. Tiro quedó en cinta, y parió a Pelias y a Neleo, que habían de ser esforzados servidores del gran Zeus; y vivieron Pelias, rico en ganado, en la extensa Yaolco,¹² y Neleo, en la arenosa Pilos. Además, la reina de las mujeres tuvo de Creteo otros hijos: Esón, Feres y Amitaón, domador de corceles.

Después vi a Antíope, hija de Asopo, que se gloriaba de haber dormido en brazos de Zeus. Parió dos hijos —Anfión y Zeto—, los primeros que fundaron a Tebas,¹³ la de las siete puertas, y la ciñeron de torres; pues no hubiesen podido ha-

bitar aquella vasta ciudad sin tal resguardo, no obstante ser ellos muy esforzados.

Después vi a Alemena, esposa de Anfitrión, la cual, del abrazo de Zeus, tuvo al fornido Heracles, de corazón de león; y luego parió a Megara, hija del animoso Creonte, que fue la mujer del Anfitriónida, de valor indómito.

Vi también a la madre de Edipo, la bella Epicasta,¹⁴ que cometió inconscientemente una gran falta, casándose con su hijo, pues este, luego de matar a su propio padre, la tomó por esposa. No tardaron los dioses en relatar a los hombres lo que había ocurrido y, con todo, Edipo siguió reinando sobre los cadmeos en la codiciable Tebas, por los funestos designios de las deidades; mas ella, abrumada por el dolor, descendió a la morada de Hades, de sólidas puertas, atando un lazo al elevado techo, y dejóle a su hijo tantos dolores como causan las Erinias de una madre.

Vi igualmente a la bellísima Cloris —a quien por su hermosura tomara Neleo por esposa, constituyéndole una dote inmensa—, hija menor de Anfión Yásida, el que imperaba en Orcómeno Minico;¹⁵ esta reinó en Pilos y tuvo de Neleo hijos ilustres: Néstor, Cromio y el arrogante Periclímene. Parió después a la ilustre Pero, encanto de los mortales, que fue pretendida por todos sus vecinos, mas Neleo se empeñó en no darla sino al que le trajese de Fílace¹⁶ las vacas de retorcidos cuernos y espaciosa frente, del robusto Ificlo, empresa difícil de llevar a cabo. Tan solo un eximio vate¹⁷ prometió traérselas, pero la Moira funesta de algún dios, juntamente con unas fuertes cadenas y los boyeros del campo, se lo impidieron.

Mas después que pasaron días y meses, transcurrido el año, volvieron a sucederse las estaciones, el robusto Ificlo soltó al adivino, que le había revelado todos los oráculos, y cumpliósese entonces la voluntad de Zeus.

Vi también a Leda, la esposa de Tíndaro, que le parió dos hijos de ánimo esforzado: Cástor, domador de caballos, y Polux, excelente púgil. A estos los mantiene vivos la alma tierra, y son honrados por Zeus debajo de la misma, de suerte que viven y mueren alternativamente, pues el día que vive uno, muere el otro, y viceversa. Ambos disfrutaban de los mismos honores que los números.

Después vi a Ifimedia, esposa de Aleco, la cual se preciaba de haberse ayuntado con Poseidón. Había dado a luz dos hijos de corta vida: Oto, igual a un dios, y el celebérrimo Efiáltes; que fueron los mayores hombres que criara la fértil tierra y los más gallardos, si se exceptúa al ínclito Orión, pues a los nueve años tenía nueve codos de ancho y nueve brazas de estatura. Oto y Efiáltes amenazaron a los Inmortales del Olimpo con llevarles el tumulto de la impetuosa guerra. Quisieron poner el Osa sobre el Olimpo, y encima del Osa el frondoso Pelión,¹⁸ para que les fuera accesible el mismo Uranos. Y dieran fin a su propósito si hubiesen llegado a la flor de la juventud, pero el hijo de Zeus, a quien parió Leto, la de hermosa cabellera, exterminólos a entrambos antes que el vello floreciese debajo de sus sienes, y su barba se cubriera de suaves pelos.

Vi a Fedra y a Procris y a la hermosa Ariadna, hija del prudente Minos, que Teseo se llevó de Creta al feraz territorio de la sagrada Atenas, mas no pudo lograrla, porque Artemisa la mató en Día,¹⁹ situada en medio de las olas, por la acusación de Dionisos.

Vi a Mera, a Clímene y a la odiosa Erífile,²⁰ que aceptó el preciado oro para traicionar a su marido. Y no pudiera decir ni nombrar todas las mujeres e hijas de héroes que vi después, porque antes llegara a su término la divina noche. Mas ya es hora de dormir, sea yendo a la velera nave, donde están los

compañeros, sea permaneciendo aquí. Y cuidarán de acompañarme a mi patria los dioses, y también vosotros.

Tal fue lo que contó Odiseo. Enmudecieron los oyentes en el obscuro palacio, y quedaron silenciosos, arrobados por el placer de oírle. Pero Arete, la de los niveos brazos, rompió el silencio y les dijo:

“¡Feacios! ¿Qué os parece este hombre por su aspecto, estatura y sereno juicio? Es mi huésped, pero de semejante honra participáis todos. Por tanto, no apresuréis su partida, ni le escatiméis las dádivas, ya que se halla en la necesidad y existen en vuestros palacios tamañas riquezas, por la voluntad de los dioses.”

Entonces el anciano héroe Equeneo, que era el de más edad de los feacios, hablóles de esta suerte:

“¡Amigos! Nada nos ha dicho la sensata reina que no sea a propósito y conveniente. Obedecedla, pues, aunque Alcínoo es quien puede, con sus palabras y obras, dar el ejemplo.”

Alcínoo le contestó de esta manera: “Se cumplirá lo que decís, en cuanto yo viva y reine sobre los feacios, amantes de manejar los remos. El huésped, por más que esté deseoso de volver a su patria, resígnese a permanecer aquí hasta mañana, a fin de que le prepare todos los regalos. Y de su partida, se cuidarán todos los varones y principalmente yo, cuyo es el mando en este pueblo.”

El ingenioso Odiseo respondióle diciendo: “¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! Si me mandarais permanecer aquí un año entero, y durante el mismo dispusierais mi vuelta y me hicierais espléndidos presentes, me quedaría de muy buena gana, pues fuera mejor llegar a la patria con las manos llenas y verme así más honrado y querido de cuantos hombres presenciasen mi tornada a Ítaca.”

Entonces Alcínoo le contestó, hablándole de esta guisa: “¡Odiseo! Al verte no sospechamos que seas un impostor ni un embustero, como otros muchos que cría la obscura tierra, los cuales, dispersos por doquier, forjan mentiras que nadie logra descubrir: tú das belleza a las palabras, tienes excelente ingenio e hiciste la narración con tanta habilidad, como un aedo, contándonos los deplorables trabajos de todos los argivos y de ti mismo. Mas, ea, habla y dime sinceramente si viste alguno de los deiformes amigos que te acompañaron a Ilión y allí recibieron la obscura muerte. La noche es muy larga, inmensa, y aún no llegó la hora de recogerse en el palacio. Cuéntame, pues, esas hazañas admirables, y yo me quedaría hasta la divinal Eos si te decidieras a referirme en esta sala tus desventuras.”

Respondióle el ingenioso Odiseo: “¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! Hay horas oportunas para largos relatos y horas destinadas al sueño: mas si tienes todavía voluntad de escucharme, no me niego a referirte otros hechos aún más miserandos: los infortunios de mis compañeros, que, después de haber escapado de la luctuosa guerra de los teucros, murieron al volver a su patria, porque así lo quiso una mujer perversa.

Después que la casta Perséfone hubo dispersado acá y allá las almas de las mujeres, presentóse muy angustiada el alma de Agamenón Atrida, a cuyo alrededor se congregaban las de cuantos en la mansión de Egisto perecieron con el héroe, cumpliendo su destino. Reconocióme así que bebió la negra sangre y al punto comenzó a llorar ruidosamente: derramaba, copiosas lágrimas y me tendía las manos con el deseo de abrazarme, mas ya no disfrutaba del firme vigor ni de la fortaleza que antes tenía en los flexibles miembros. Al verlo

lloré, y, compadeciéndolo en mi corazón, le dije estas aladas palabras:

“¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres, Agamenón! ¿Qué fatal Ker de la aterradora muerte te ha hecho sucumbir? ¿Acaso Poseidón te mató en tus naves, desencadenando el fuerte soplo de terribles vientos, o unos hombres enemigos acabaron contigo en la tierra firme, porque te llevabas sus bueyes y sus hermosos rebaños de ovejas, o porque combatías para apoderarte de su ciudad y de sus mujeres?

Así le dije, y me respondió en seguida: “Laertíada, de linaje de dioses! ¡Odiseo, fecundo en recursos! Ni Poseidón me mató en las naves, desencadenando el fuerte soplo de terribles vientos, ni hombres enemigos acabaron conmigo en la tierra firme; fue Egisto quien me apercibió la Moira y la muerte, de acuerdo con mi funesta esposa; me llamó a su casa, me dio de comer y me quitó la vida como se mata a un buey junto al pesebre. Morí de este modo, padeciendo deplorable muerte, y a mi alrededor fueron asesinados mis compañeros, unos en pos de otros, como en la casa de un hombre rico y poderosísimo son degollados los puercos de albos colmillos para una comida de bodas, un festín a escote, o un banquete espléndido. Ya has presenciado la matanza de un tropel de hombres, que son muertos aisladamente en el duro combate; pero hubieras sentido la mayor compasión al contemplar aquel espectáculo, al ver cómo yacíamos en la sala, alrededor de las cráteras y de las mesas llenas, y cómo el suelo manaba sangre por todos lados. Oí la misérrima voz de Casandra, hija de Príamo, a la cual estaba matando, junto a mí, la pérfida Clitemnestra; y yo, en tierra y moribundo, alzaba los brazos para asirle a espada. Mas la ojos de perro fuese luego, sin que se dignara bajarme los párpados y cerrarme la boca, aunque me veía descender

a la morada de Hades. Nada hay tan horrible e impudente como la mujer que concibe en su espíritu propósitos como el de aquella, que cometió la inicua acción de tramar la muerte contra su esposo legítimo. Figurábame que, al tornar a casa, se alegrarían de verme mis hijos y mis esclavos, pero aquella, hábil más que otra alguna en cometer maldades, cubrióse de infamia a sí misma y hasta a las mujeres que han de nacer, por virtuosas que fueren.”

Así se expresó, y le contesté diciendo: “¡Oh dioses! En verdad el longividente Zeus aborreció de extraordinaria manera la estirpe de Atreo, ya desde sus orígenes, a causa de la perfidia de las mujeres: por Helena nos perdimos muchos, y Clitemnestra te preparó una celada mientras te hallabas ausente.”

Así le hablé, y en seguida me respondió: “Por tanto, jamás seas benévolo con tu mujer, ni le descubras todo lo que pienses, antes bien, particípale unas cosas y ocúltale otras. Mas a ti, oh Odiseo, no te vendrá la muerte por culpa de tu mujer, porque la prudente Penélope, hija de Icarío, es muy sensata, y sus propósitos son razonables. La dejamos recién casada, al partir para la guerra, y daba el pecho a su hijo, infante todavía, el cual debe de contarse ahora feliz y dichoso en el número de los hombres. Y su padre, volviendo a la patria, le verá; y él abrazará a su padre, como es justo. Pero mi esposa no dejó que me saciara contemplando con estos ojos al mío, ya que previno con darme la muerte. Otra cosa voy a decir, que pondrás en tu corazón: al tomar puerto en la patria tierra, házlo ocultamente y no a la descubierta, pues no hay que fiar en las mujeres. Mas, ea, habla y dime sinceramente si oíste que mi hijo vive en Orcómeno, o en la arenosa Pilos, o quizás con Menelao, en la extensa Esparta, pues el divinal Orestes aún no ha desaparecido de la tierra.”

De esta suerte habló, y le respondí diciendo: “¡Oh, atrida! ¿Por qué me haces tal pregunta? Ignoro si aquel vive o ha muerto, y es malo hablar inútilmente.”

Mientras nosotros estábamos afligidos, diciéndonos tan tristes razones y derramando copiosas lágrimas, vinieron las almas de Aquiles, hijo de Peleo, de Patroclo, del irreprochable Antíloco y de Ajax, que fue el más excelente de todos los dánaos en cuerpo y hermosura, después del eximio Peleida. Reconocióme el alma del eácida, el de los pies ligeros, y lamentándose, me dijo estas aladas palabras:

“¡Laertiada, de linaje de dioses! ¡Odiseo, fecundo en recursos! ¡Desdichado! ¿Qué otra empresa mayor que las pasadas revuelves en tu espíritu? ¿Cómo te atreves a bajar al Hades, donde residen los muertos, que están privados de sentido y son imágenes de los hombres que ya fallecieron?

Así se expresó, y le respondí diciendo: “¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de los aquivos! Vine por el oráculo de Tiresias, por si me diese algún consejo para llegar a la escabrosa Ítaca; que aun no me acerqué a la Acaya, ni entré en mi tierra, sino que padezco infortunios continuamente. Pero tú, oh Aquiles, eres el más dichoso de todos los hombres que nacieron y han de nacer, puesto que antes, cuando vivías, los argivos te honrábamos como a una deidad, y ahora, estando aquí, imploras poderosamente sobre los difuntos. Por lo cual, oh Aquiles, no has de entristecerte porque estés muerto.”

Así le dije, y me contestó en seguida: “No intentes consolarme de la muerte, esclarecido Odiseo: preferiría ser labrador y servir a otro, a un hombre indigente que tuviera pocos recursos para mantenerse, a reinar sobre todos los muertos. Mas, ea, háblame de mi ilustre hijo: dime si fue a la guerra para ser el primero en las batallas, o se quedó en casa. Cuéntame

también si oíste algo del eximio Peleo, y si conserva la dignidad real entre los numerosos mirmidones, o le menosprecian en la Hélade y en Ptía²¹ porque la senectud debilitó sus pies y sus manos. ¡Así pudiera valerle, a los rayos del sol, siendo yo cual era en la vasta Troya, cuando mataba a guerreros muy fuertes, combatiendo por los argivos! Si siendo tal, volviese, aunque por breve tiempo, a la casa de mi padre, daríales terribles pruebas de mi valor y de mis invictas manos, a cuantos le hagan violencia e intenten quitarle la dignidad regia.”

Así habló, y le contesté diciendo: “Nada ciertamente he sabido del irreprochable Peleo, mas de tu hijo Neoptólemo te diré toda la verdad, como lo mandas, pues yo mismo lo llevé, en una cóncava y bien proporcionada nave, desde Esciro²² al campamento de los aqueos, de hermosas grebas. Cuando teníamos consejo, en los alrededores de la ciudad de Troya, hablaba siempre antes que ninguno y sin error; y de ordinario, tan solo el divino Néstor y yo le aventajábamos. Mas cuando peleábamos con las bronceas armas en la llanura de los troyanos, nunca se quedaba entre muchos guerreros ni en la turba, sino que se adelantaba a toda prisa un buen espacio, no cediendo a nadie en valor, y mataba a gran número de hombres en el terrible combate. Yo no pudiera decir ni nombrar a cuántos guerreros dio muerte, luchando por los argivos, pero referiré que mató con el bronce a un varón como el héroe Eurípilo Teléfida, en torno del cual fueron muertos muchos de sus compañeros ceteos,²³ a causa de los presentes que se habían enviado a una mujer. Aun no he conseguido ver a un hombre más gallardo, fuera del divinal Memnón. Y cuando los más valientes argivos penetramos en el caballo que fabricó Epeo y a mí se me confió todo (así el abrir como el cerrar la enorme máquina), los caudillos y príncipes de los dánaos se enjugaban las lágrimas y les temblaban los miembros; pero nunca vi,

con estos ojos, que a él se le mudara el color de la linda faz, ni que se secara las lágrimas de las mejillas, sino que me suplicaba con insistencia que le dejase salir del caballo, y acariciaba el puño de la espada y la lanza que el bronce hacía poderosa, meditando males contra los troyanos. Y así que devastamos la excelsa ciudad de Príamo, y hubo recibido su parte del botín, y además, una señalada recompensa, embarcóse sano y salvo, sin que lo hubiesen herido con el agudo bronce, ni de cerca ni de lejos, como ocurre frecuentemente en las batallas, pues Ares se enfurece contra todos, sin distinción alguna.”

Así le dije, y el alma del éacida, el de pies ligeros, se fue a buen paso por la pradera de asfodelos, gozosa de que le hubiese participado que su hijo era insigne.

Las otras almas de los muertos se quedaron aún, y nos refirieron, muy tristes, sus respectivas cuitas. Solo el alma de *Ayax Telamónio* permanecía algo distante, enojada porque le vencí en el juicio que se celebró cerca de las naves, para adjudicar las armas de *Aquiles*, juicio propuesto por la veneranda madre del héroe y fallado por los *teucros*²⁴ y por *Palas Atenea*. ¡Ojalá que no le hubiese vencido en el mismo! Por tales armas guarda la tierra en su seno una cabeza cual la de *Ayax*, quien, por su gallardía y sus proezas, descollaba entre los dánaos, después del irreprochable *peleida*. Mas entonces le dije con suaves palabras:

“¡Oh *Ayax*, hijo del egregio *Telamón*! ¿No debías, ni aún después de muerto, deponer la cólera que contra mí concebiste, con motivo de las perniciosas armas? Los dioses las convirtieron en una plaga contra los argivos, ya que percaste tú, que tal baluarte eras para todos. A los aqueos nos ha dejado tu muerte constantemente afligidos, tanto como la del *peleida Aquiles*. Mas nadie tuvo culpa, sino *Zeus*, que, en un grande odio contra los belicosos dánaos, te impuso semejan-

te destino. Ea, ven aquí, oh rey, a escuchar mis palabras, y reprime tu ira y tu corazón valeroso.”

Así le hablé, pero nada me respondió y se fue hacia el Erebo, a juntarse con las otras almas de los difuntos. Desde allí quizás me hubiese dicho algo, aunque estaba irritado, o por lo menos yo a él, pero en mi pecho incitábame el corazón a ver las almas de los demás muertos.

Allí vi a Minos, ilustre vástago de Zeus, sentado y empuñando áureo cetro, pues administraba justicia a los difuntos. Estos, unos sentados y otros en pie a su alrededor, exponían sus causas al soberano, en la morada, de anchas puertas, de Hades.

Vi después al gigantesco Orión, el cual perseguía por la pradera de asfodelos las fieras que antes matara en las solitarias montañas, manejando irrompible clava toda de bronce.

Vi también a Ticio, el hijo de la augusta Gea, echado en el suelo, donde ocupaba nueve yugadas. Dos buitres, uno a cada lado, le roían el hígado, penetrando con el pico en sus entrañas, sin que pudiera rechazarlos con las manos, porque intentó hacer fuerza a Leto, la gloriosa consorte de Zeus, que se encaminaba a Pito, a través de la riente Panopeo.²⁵”

Vi asimismo a Tántalo, el cual padecía crueles tormentos, de pie en un lago cuya agua le llegaba a la barba. Tenía sed y no conseguía tomar el agua y beber: cuantas veces se bajaba el anciano con intención de beber, otras tantas desaparecía el agua, absorbida por la tierra, la cual se mostraba negruzca en torno a sus pies y un dios la secaba. Encima de él, colgaban las frutas de altos árboles —perales, manzanos de espléndidas pomos, higueras y verdes olivos—, y cuando el viejo levantaba los brazos para cogerlas, el viento se las llevaba a las sombrías nubes.

Vi de igual modo a Sísifo, el cual padecía duros trabajos empujando con entrambas manos una enorme piedra. For-

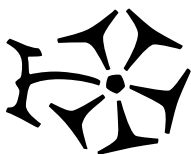
cejaba con los pies y las manos, e iba conduciendo la piedra hacia la cumbre de un monte, pero cuando ya le faltaba poco para doblarla, una fuerza poderosa hacía retroceder la insolente piedra, que caía rodando a la llanura. Tornaba entonces a empujarla, haciendo fuerza, y el sudor le corría de los miembros y el polvo se levantaba sobre su cabeza.

Vi después al fornido Heracles, o, por mejor decir, su imagen,²⁶ pues él está con los inmortales dioses, se deleita en sus banquetes, y tiene por esposa a Hebe, la de los pies hermosos, hija de Zeus y de Hera, de las áureas sandalias. En contorno suyo dejábase oír la gritería de los muertos —cual si fueran aves— que huían espantados a todas partes; y Heracles, semejante a tenebrosa noche, llevaba desnudo el arco, con la flecha sobre la cuerda, y volvía los ojos atrocemente, como si fuese a disparar. Llevaba alrededor del pecho un tahalí de oro, de horrenda vista, en el cual se habían labrado obras admirables: osos, agrestes jabalíes, leones de relucientes ojos, luchas, combates, matanzas y homicidios. Ni el mismo que con su arte construyó aquel tahalí hubiera podido hacer otro igual. Reconocióme Heracles apenas me vio con sus ojos, y lamentándose, me dijo estas aladas palabras:

“¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en recursos! ¡Ah mísero! Sin duda te persigue algún hado funesto, como el que yo sufría mientras me alumbraban los rayos de Helios. Aunque era hijo de Zeus Cronida, hube de padecer males sin cuento, por encontrarme sometido a un hombre muy inferior que me ordenaba penosos trabajos. Una vez me envió aquí para que sacara el can, figurándose que ningún otro trabajo sería más difícil; y yo me lo llevé y lo saqué del Hades guiado por Hermes y por Palas Atenea, la de los claros ojos.”

Cuando así hubo dicho, volvió a internarse en la morada de Hades, y yo me quedé inmóvil, por si viniera algún hé-

roe de los que murieron anteriormente. Y hubiese visto a los hombres antiguos, a quienes deseaba conocer, a Teseo y a Pirítoo, hijos gloriosos de las deidades; pero congregóse, antes que llegaran, un sinnúmero de difuntos, con gritería inmensa, y el pálido terror se apoderó de mí, temiendo que la ilustre Perséfone no me enviase del Hades la cabeza de Gorgo,²⁷ horrendo monstruo. Volví en seguida al bajel y ordené a mis compañeros que subieran al mismo y desatasen las amarras. Embarcáronse acto continuo, y se sentaron en los bancos. Y la onda de la corriente llevaba nuestra embarcación por el río océano, empujada al principio por el remo y más tarde por próspero viento.



Notas

- ¹ La rapsodia XI de la *Odisea* fue titulada por los gramáticos Necromancia, o sea la adivinación por medio de los muertos. Sobre el carácter de este episodio, que ameniza con su variedad el discurso del poema, dice el Sr. Menéndez Pelayo con su exactitud acostumbrada: "Todo es de suave color en la *Odisea*, menos la *Necromancia* o evocación de los muertos en el canto XI, que tiene el carácter de una verdadera goetia." (*Historia de los heterodoxos españoles*, t. I, p. 224).
- ² Sobre esta ficción homérica dice Estrabón, para demostrar que tiene también su fondo de verdad: "Homero conoció los cimerios del Bósforo, que habitan hacia el Norte en un país perpetuamente cubierto de nieblas. El poeta debió conocerlos, porque, casi en sus tiempos, hicieron correrías hasta la Jonia."
- ³ Sabida es la extraordinaria importancia de ultratumba que los honores fúnebres tenían entre los pueblos antiguos; por eso Elpénor se presenta a reclamarlos con tanto empeño.
- ⁴ Para indicar su profesión, según una antigua costumbre.
- ⁵ En la Sicilia, denominada así por su forma triangular, con tres promontorios en cada uno de sus vértices, llamados Paquino, Péloro y Lilibeo. Creen algunos que Homero no se refiere a la Sicilia, que opinan le era poco o nada conocida.
- ⁶ Como para dar a conocer a Poseidón en los países donde no era adorado.
- ⁷ Debe referirse a la sal marina.
- ⁸ Los aventadores o trillos de mano se usaban para separar el grano de la paja, y tenían, sin duda, forma parecida a los remos.
- ⁹ El carnero, dicen, para indicar la placidez del mar cuando está tranquilo; el toro para designar su furor y sus bramidos cuando está alborotado; y el verraco para simbolizar su fecundidad extraordinaria.
- ¹⁰ Mme. Dacier traduce *du sein de la mer sortira le trait fatal qui vous donnera la mort*, y acude para explicar este pasaje a la tradición que suponía que Odiseo fue muerto por Telégono, hijo suyo y de Circe, con un dardo cuya asta era el hueso de un pez llamado Turtur marina. Así, el fin pronosticado al héroe de la *Odisea* nada tenía de lisonjero, lo que del otro modo sí lo es ciertamente, el morir *lejos del mar*, donde tantas desventuras sufría, con inseguridad de salir a salvo de ellas.

- 11 Río de Tesalia, de cuyo país era rey Salmoneo. Nació en el monte Otris, y recibía el caudal del Apidano. Otros creen que se trata de otro de igual nombre en la Elida, afluente de Alfeo.
- 12 Ciudad de Tesalia, en la orilla del golfo Pagasético.
- 13 Se trata de la Tebas de Beocia, en la margen del Ismeno. La fábula de las maravillas arquitectónicas de la lira de Anfión no era sin duda conocida de Homero, o es posterior a su época.
- 14 Nombre de Yocasta. Homero, llamado por Aristóteles padre de toda poesía, suministró aquí los principales materiales para el *Edipo* de Sófocles, una de las mejores o la mejor tragedia del teatro griego; así como en la rapsodia novena dio a Eurípides los de *El Cíclope*, único drama satírico que ha llegado hasta nosotros.
- 15 Ciudad de Beocia, en la desembocadura de Cefiso. La llamada *Minico* porque los minios, pueblo antiquísimo, habían reinado en ella.
- 16 Nombre de otra ciudad de la Tesalia.
- 17 Melampo, de quien se trata más adelante, en la rapsodia XV.
- 18 Estas tres montañas estaban en la Tesalia. El Olimpo era la mayor, siguiéndole en tamaño el Osa, y a este el Pelión. Homero demuestra conocer a fondo su extensión, según el orden con que enumera su proyectado amontonamiento.
- 19 Isla al Norte de la de Creta.
- 20 Aunque su esposo Anfiara sabía que había de morir en la guerra contra Tebas, su mujer Erífila le obligó a partir, seducida por las promesas de Polínice.
- 21 Ciudades de la Ptiótida (Tesalia) sometidas al mando de Aquiles.
- 22 Isla del mar Egeo.
- 23 Pueblo de la Misia, así llamada, del río Ceteo, que pasa por sus tierras. Príamo, para obligar a su hermana Astioque a enviarle su hijo Euripilo, rey de los ceteos, le mandó magníficos regalos a los cuales alude el texto.
- 24 Interrogados los prisioneros teucros por Agamenón acerca de cuál caudillo les había causado mayores males, respondieron que Odiseo, y por eso le adjudicaron a este las armas de Aquiles con preferencia al otro pretendiente Ajax Telamonio.
- 25 Designa este nombre los alrededores del Parnaso, en la Fócida.
- 26 Para entender este pasaje conviene tener presente que en las poesías homéricas se distinguen tres pares en el hombre: 1º, cuerpo

material o terrestre, que consumían las llamas de la pira, a la cual eran entregados los cadáveres; 2º, espíritu inteligente, que volaba al cielo; y 3º, alma, cuerpo delicado y sutil, revestimiento del espíritu que bajaba a los infiernos. Esta especie de perispíritu, llamada ídolo e imagen, era lo que vagaba de Heracles en los lugares de Hades. En Tiresias, por única excepción, hemos visto que el alma, sombra o perispíritu, se había conservado unida al espíritu inteligente después de la muerte.

²⁷ Tenía la virtud de petrificar a los que la veían.

Rapsodia decimasegunda

TAN LUEGO COMO LA NAVE, DEJANDO LA CORRIENTE DEL río océano, llegó a las olas del vasto mar y a la isla Eea —donde están la mansión y las danzas de Eos, hija de la mañana, y el orto de Helios— la sacamos a la arena. Después de saltar a la playa, nos entregamos al sueño, y aguardamos la aparición de la divinal Eos.

Cuando se descubrió la hija de la mañana, Eos, de sonrosados dedos, envié algunos compañeros a la morada de Circe, para que trajesen el cadáver del difunto Elpénor. Seguidamente cortamos troncos y, afligidos y vertiendo lágrimas, celebramos las exequias en el lugar más eminente de la orilla. Y no bien hubimos quemado el cadáver y las armas del difunto, le erigimos un túmulo, con su correspondiente cipo, y clavamos en la parte más alta el manejable remo.

Mientras en tales cosas nos ocupábamos, no se le encubrió a Circe nuestra llegada del Hades, y se atavió y vino muy presto con criadas que traían pan, mucha carne y vino rojo, de color de fuego. Y puesta en medio de nosotros, dijo así la divina entre las diosas:

“¡Oh desdichados, que, viviendo aún, bajasteis a la morada de Hades, y habréis muerto dos veces cuando los demás hombres mueren una sola! Ea, quedaos aquí, y comed manjares y bebed vino todo el día de hoy, pues así que despunte la aurora volveréis a navegar, y yo os mostraré el camino y os

indicaré cuanto sea preciso para que no padezcáis, a causa de una maquinación funesta, ningún infortunio, ni en el mar ni en la tierra firme.”

Tales fueron sus palabras, y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Apenas el sol se puso y sobrevino la noche, los demás se acostaron cabe las amarras del buque. Pero a mí, Circe me tomó por la mano, me hizo sentar separadamente de los compañeros y, acomodándose a mi vera, me preguntó cuanto me había ocurrido, y yo se lo conté por su orden. Entonces me dijo estas palabras la veneranda Circe:

“Así, pues, se han llevado a cumplimiento todas estas cosas. Oye ahora lo que voy a decir y un dios en persona te lo recordará más tarde. Llegarás primero a las Sirenas,¹ que encantan a cuantos hombres van a encontrarlas. Aquel que imprudentemente se acerca a ellas y escucha su voz, ya no vuelve a ver a su esposa ni a sus hijos pequeñuelos rodeándole, llenos de júbilo, cuando torna a sus hogares, sino que lo hechizan las Sirenas con su canto, sentadas en una pradera y teniendo a su alrededor enorme montón de huesos de hombres putrefactos cuya piel se va consumiendo. Pasa de largo y tapa las orejas de tus compañeros con cera blanda, previamente adelgazada, a fin de que ninguno las oiga; mas si tú desearas oírlas, haz que te aten en la velera embarcación de pies y manos, derecho y arrimado a la parte inferior del mástil, y que las cuerdas se ligen al mismo, y así podrás deleitarte escuchando a las Sirenas. Y en el caso de que supliques o mandes que te suelten, áteente con más lazos todavía.

Después que tus compañeros hayan conseguido llevaros más allá de las Sirenas, no te indicaré con precisión cuál de los dos caminos te cumple recorrer; considéralo en tu ánimo,

pues voy a decir lo que hay a entrambas partes. A un lado, se alzan peñas prominentes, contra las cuales rugen las inmensas olas de la ojizarca Anfitrite: llámanlas Erráticas² los bienaventurados dioses. Por allí no pasan las naves sin peligro, ni aun las tímidas palomas³ que llevan la ambrosía al padre Zeus, pues cada vez la lisa peña arrebatada alguna y el padre manda otra para completar el número. Ninguna embarcación, en llegando allá, pudo escapar salva, pues las olas del mar y las tempestades, cargadas de pernicioso fuego, se llevan juntamente las tablas del barco y los cuerpos de los hombres. Tan solo logró doblar aquellas rocas una nave, surcadora del ponto. Argos,⁴ por todos tan celebrada, al volver del país de Eetes, y también a esta habríala estrellado el oleaje contra las grandes peñas, si Hera no la hubiese hecho pasar, por su afecto a Jasón.

Al lado opuesto hay dos escollos. El uno alcanza al anchuroso Uranos con su pico agudo, coronado por el pardo nubarrón que jamás lo abandona, de suerte que la cinta no aparece despejada nunca, ni siquiera en verano, ni en otoño. Ningún hombre mortal, aunque tuviese veinte manos e igual número de pies, podría subir al tal escollo, ni bajar del mismo, pues la roca es tan lisa que parece pulimentada. En medio del escollo hay un antro sombrío que mira al ocaso, hacia el Érebo, y a él enderezaréis el rumbo de la cóncava nave, preclaro Odiseo. Ni un hombre joven, que disparara el arco desde la cóncava nave, podría llegar con sus tiros a la profunda cueva. Allí mora Escila, que aulla terriblemente, con voz semejante a la de una perra recién nacida, y es un monstruo perverso a quien nadie se alegrara de ver, aunque fuese un dios el que con ella se encontrase. Tiene doce pies, todos deformes, y seis cuellos larguísimos, cada cual con una horrible cabeza, en cuya boca hay tres filas de abundantes y apretados dientes, llenos de ne-

gra muerte. Está sumida hasta la mitad del cuerpo en la honda gruta, saca las cabezas fuera de aquel horrendo bártro y, registrando alrededor del escollo, pesca delfines, perros de mar, y también, si puede cogerlo, alguno de los monstruos mayores que cría en cantidad inmensa la ruidosa Anfitrite. Por allí jamás pasó una embarcación cuyos marineros pudieran gloriarse de haber escapado indemnes, pues Escila les arrebata con sus cabezas sendos hombres de la nave de azulada proa.

El otro escollo es más bajo y lo verás, Odiseo, cerca del primero, pues hállase a tiro de flecha. Hay allí un cabrahigo grande y frondoso, y a su sombra la divinal Caribdis sorbe las turbias aguas. Tres veces al día las echa afuera y otras tantas vuelve a sorberlas por modo horrible.⁵ No te encuentres allí cuando las sorbe, pues ni Poseidón, que sacude la tierra, podría librarte de la perdición. Debes, por el contrario, acercarte mucho al escollo de Escila y hacer que tu nave pase rápidamente, pues mejor es que echés de menos a seis compañeros, que a todos juntos.”

Así se expresó, y le contesté diciendo: “Ea, oh, diosa, háblame sinceramente: si por algún medio lograse escapar de la funesta Caribdis, ¿podré atacar a Escila cuando quiera apoderarse de mis compañeros?”

Así le dije, y al punto me respondió la divina entre las diosas: “¡Oh, infeliz! ¡Aún piensas en obras y trabajos bélicos, y no has de ceder ni ante los inmortales dioses! Escila no es mortal, sino una plaga imperecedera, grave, terrible, cruel e ineluctable. Contra la misma no hay defensa: huír de su lado es lo mejor. Si armándote demorares junto al peñasco, temo que se lanzará otra vez y te arrebatará con sus cabezas sendos varones. Debes hacer, por tanto, que tu navío pase ligero e invocar, dando gritos, a Crateis, madre de Escila, que les pa-

rió tal plaga a los mortales, y esta la contendrá, para que no os acometa nuevamente.

Llegarás más tarde a la isla de Trinaeria, donde pacen las muchas vacas y pingües ovejas de Helios. Siete son las vacadas, otras tantas las hermosas greyes de ovejas, y cada una está formada por cincuenta cabezas. Dicho ganado no se reproduce ni muere, y son sus pastoras dos deidades, dos ninfas de hermosas trenzas: Faetusa y Lampetia, las cuales concibió de Helios Hiperión la divina Neera. La veneranda madre, después que las dio a luz y las hubo creado, llevólas a la isla de Trinaeria, allá muy lejos, para que guardaran las ovejas de su padre y las vacas de retorcidos cuernos. Si a estas las dejares indemnes, ocupándote tan solo en preparar tu regreso, aun llegaríais a Ítaca, después de pasar muchos trabajos; pero si les causares daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y la de tus amigos. Y aunque tú te escapes, llegarás tarde y mal a la patria, después de perder todos los compañeros.”

Así dijo, y al punto apareció Eos, de áureo trono. La divina entre las diosas se internó en la isla, y yo, encaminándome al bajel, ordené a mis compañeros que subieran a la nave y desataran las amarras. Embarcáronse en seguida y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a herir con los remos el espumoso mar. Por detrás de la nave de azulada proa soplabá próspero viento que henchía las velas, buen compañero que nos mandó Circe, la de lindas trenzas, deidad poderosa, dotada de voz. Colocados los aparejos cada uno en su sitio, nos sentamos en la nave, que era conducida por el viento y el piloto. Entonces dirigí la palabra a mis compañeros, con el corazón triste, y les hablé de este modo:

“¡Oh, amigos! No conviene que sean únicamente uno o dos quienes conozcan los vaticinios que me reveló Circe, la divi-

na entre las diosas; y os los voy a referir, para que, sabedores de los mismos, o muramos o nos salvemos, librándonos de la muerte y del destino. Nos ordena, ante todo, rehuir la voz de las divinales Sirenas y el florido prado en que estas se hallan. Manifestóme que tan solo yo debo oírlas, pero atadme con fuertes lazos, de pie y arrimado a la parte inferior del mástil —para que me esté allí sin moverme— y las cuerdas líguense al mismo. Y en el caso de que os ruegue o mande que me soltéis, atadme con más lazos todavía.”

Mientras hablaba, declarando estas cosas a mis compañeros, la nave bien construida llegó muy presto a la isla de las Sirenas, pues la empujaba favorable viento. Desde aquel instante, echóse el viento, reinó sosegada calma y algún numen adormeció las olas. Levantáronse mis compañeros, amainaron las velas, y pusieronlas en la cóncava nave; y, habiéndose sentado nuevamente en los bancos, emblanquecían el agua, agitándola con los remos de pulimentado abeto. Tomé al instante un gran pan de cera y lo partí con el agudo bronce en pedacitos, que me puse luego a apretar con mis robustas manos. Pronto se calentó la cera, porque hubo de ceder a la gran fuerza y a los rayos del soberano Helios Hiperiónida, y fui tapan-do con ella los oídos de todos los compañeros. Atáronme estos en la nave, de pies y manos, derecho y arrimado a la parte inferior del mástil; ligaron las cuerdas al mismo y, sentándose en los bancos, tornaron a herir con los remos el espumoso mar. Hicimos andar la nave muy rápidamente y, al hallarnos tan cerca de la orilla que allí hubiesen llegado nuestras voces, no se les encubrió a las Sirenas que la ligera embarcación navegaba a poca distancia y empezaron un sonoro canto:

“¡Ea, célebre Odiseo, gloria insigne de los aqueos! Acércate y detén la nave, para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera la suave voz que fluye de nuestra

boca, sino que se van todos después de recrearse con ella y de aprender mucho, pues sabemos cuántas fatigas padecieron en la vasta Troya argivos y teucros, por la voluntad de los dioses, y conocemos también todo cuanto ocurre en la fértil tierra.”

Esto dijeron con su hermosa voz. Sintióse mi corazón con ganas de oírlas, y moví las cejas, mandando a los compañeros que me desatasen, pero todos se inclinaron y se pusieron a remar. Y, levantándose al punto Perimedes y Euríloco, atáronme con nuevos lazos, que me sujetaban más reciamente. Cuando dejamos atrás las Sirenas y ni su voz ni su canto se oían ya, quitáronse mis fieles compañeros la cera con que tapara sus oídos y me soltaron las ligaduras.

Al poco rato de haber dejado atrás la isla de las Sirenas, vi humo e ingentes olas y percibí fuerte estruendo. Los míos, amedrentados, hicieron volar los remos, que cayeron con gran fragor en la corriente; y la nave se detuvo porque ya las manos no batían los largos remos. Al instante anduve por la embarcación y amonesté a los compañeros, acercándome a los mismos y hablándoles con dulces palabras:

“¡Amigos! No somos novatos en padecer desgracias y la que se nos presenta no es mayor que la sufrida cuando el Cíclope, valiéndose de su poderosa fuerza, nos encerró en la excavada gruta. Pero de allí nos escapamos también por mi valor, decisión y prudencia, como me figuro que todos recordaréis. Ea, hagamos todos lo que voy a decir. Vosotros, sentados en los bancos, batid con los remos las grandes olas del mar, por si Zeus nos concede que escapemos de esta, librándonos de la muerte. Y a ti, piloto, voy a darte una orden que fijarás en tu memoria, puesto que gobiernas el timón de la cóncava nave. Apártala de ese humo y de esas olas, y procura acercarte al escollo: no sea que la nave se lance allá, sin que tú lo adviertas, y a todos nos llesves a la ruina.”

Así les dije, y obedecieron sin tardanza mi mandato. No les hablé de Escila, plaga inevitable, para que los compañeros no dejaran de remar, escondiéndose dentro del navío. Olvidé entonces la penosa recomendación de Circe, de que no me armase de ningún modo, y poniéndome la magnífica armadura, tomé dos grandes lanzas y subí al tablado de proa, lugar de donde esperaba ver primeramente a la pétreo Escila, que iba a producir tal estrago en mis compañeros. Mas no pude ver en parte alguna, y mis ojos se cansaron de mirar a todos los sitios, registrando la obscura peña.

Pasábamos el estrecho llorando, pues a un lado estaba Escila y al otro Caribdis, que sorbía de horrible manera la salobre agua del mar. Al vomitarla dejaba oír sordo murmullo, revolviéndose toda como una caldera que está sobre un gran fuego, y la espuma caía sobre las cumbres de ambos escollos. Mas apenas sorbía la salobre agua del mar, mostrábase agitada interiormente, el peñasco sonaba alrededor con espantoso ruido y en lo hondo se descubría la tierra mezclada con cerúlea arena. El pálido temor se enseñoreó de los míos, y mientras contemplábamos a Caribdis, temerosos de la muerte, Escila me arrebató de la cóncava embarcación los seis compañeros que más sobresalían por sus manos y por su fuerza. Cuando quise volver los ojos a la velera nave y a los amigos, ya vi en el aire los pies y las manos de los que eran arrebatados a lo alto y me llamaban con el corazón afligido, pronunciando mi nombre por la vez postrera. De la suerte que el pescador, al echar desde un promontorio el cebo a los pececillos, valiéndose de la lengua caña, lo arroja al ponto entre el cuerno de un toro montaraz, y así que coge un pez lo saca palpitante, de esta manera mis compañeros, palpitanes también, eran llevados a las rocas y allí, en la entrada de la cueva, devorábalos Escila, mientras gritaban y me tendían los brazos en aquella lucha

horrible. De todo lo que padecí, peregrinando por el mar, fue este espectáculo el más lastimoso que vieron mis ojos.

Después que nos hubimos escapado de aquellas rocas, de la horrenda Caribdis y de Escila, llegamos muy pronto a la irreprochable isla del dios; allí pacían las hermosas vacas, de ancha frente, y muchas pingües ovejas de Helios, hijo de Hiperión. Desde el mar, en la negra nave, oí el mugido de las vacas encerradas en los establos y el balido de las ovejas, y me acordé de las palabras del vate ciego, Tiresias el tebano, y de Circe de Eea, la cual me encargó muy mucho que huyése de la isla de Helios, que alegra a los mortales. Y entonces, con el corazón afligido, dije a los compañeros:

“Oíd mis palabras, amigos, aunque padezcáis tantos males, para que os revele los oráculos de Tiresias y de Circe de Eea, la cual me recomendó en extremo que huyese de la isla de Helios, que alegra a los mortales, diciendo que allí nos aguarda el más terrible de los infortunios. Por tanto, encaminad el negro bajel por fuera de la isla.”

Así les dije. A todos se les quebraba el corazón y Euríloco me respondió en seguida con estas odiosas palabras:

“¡Eres cruel, oh Odiseo! Disfrutas de vigor grandísimo, y tus miembros no se cansan, y debes de ser de hierro, ya que no permites a los tuyos, molidos de la fatiga y del sueño, tomar tierra en esa isla azotada por las olas, donde aparejaríamos una agradable cena, sino que les mandas que se alejen y durante la rápida noche vaguen a la ventura por el sombrío ponto. Por la noche se levantan fuertes vientos, azotes de las naves. ¿Adónde iremos para librarnos de una muerte cruel, si de súbito viene una borrasca suscitada por el Noto o por impetuoso Céfito, que son los primeros en destruir una embarcación hasta contra la voluntad de los soberanos dioses? Obedezcamos ahora a la obscura noche y aparejemos la co-

mida junto a la velera nave, y al amanecer nos embarcaremos nuevamente para lanzarnos al dilatado ponto.”

Tales razones profirió Euríloco y los demás compañeros las aprobaron. Conocí entonces que algún dios meditaba causar-nos daño y, dirigiéndome a aquel, le dije estas aladas palabras:

“¡Euríloco! Gran fuerza me hacéis, porque estoy solo. Mas, ea, prometed todos con firme juramento que si encontráremos una manada de vacas o una hermosa grey de ovejas, ninguno de vosotros matará, cediendo a funesta locura, ni una vaca tan solo, ni una oveja, sino que comeréis tranquilos los manjares que nos dio la inmortal Circe.”

Así les hablé, y en seguida juraron como se los mandaba. Tan pronto como hubieron acabado de prestar el juramento, detuvimos la bien construida nave en el hondo puerto, cabe una fuente de agua dulce, y los compañeros desembarcaron y luego aparejaron muy hábilmente la comida. Ya satisfecho el deseo de comer y de beber, lloraron, acordándose de los amigos a quienes devoró Escila después de arrebatarlos de la cóncava embarcación, y mientras lloraban les sobrevino dulce sueño. Cuando la noche hubo llegado a su último tercio y ya los astros declinaban, Zeus, que amontona las nubes, suscitó un viento impetuoso y una tempestad deshecha cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del Uranos. Apenas se descubrió la hija de la montaña, Eos, de sonrosados dedos, pusimos la nave en seguridad, llevándola a una profunda cueva, donde las ninfas tenían asientos y hermosos lugares para las danzas. Acto continuo, los reuní a todos en junta y les hablé de esta manera:

“¡Oh, amigos! Puesto que hay en la velera nave alimentos y bebida, abstengámonos de tocar esas vacas, a fin de que no nos venga ningún mal, porque tanto las vacas como las pin-

gües ovejas son de un dios terrible, de Helios, que todo lo ve y todo lo oye.”

Así les dije y su ánimo generoso se dejó persuadir. Durante un mes entero sopló incesantemente el Noto sin que se levantaran otros vientos que el Euro y el Noto; y mientras no les faltó pan y rojo vino, abstuviéronse de tocar las vacas por el deseo de conservar la vida. Pero tan pronto como se agotaron todos los víveres de la nave, viéronse obligados a ir errantes tras de alguna presa —peces o aves, cuanto les viniese a las manos—, pescando con corvos anzuelos, porque el hambre nos atormentaba el vientre. Yo me interné en la isla con el fin de orar a los dioses y ver si alguno me mostraba el camino para llegar a la patria. Después que, andando por la isla, estuve lejos de los míos, me lavé las manos en un lugar resguardado del viento y oré a todos los dioses que habitan el Olimpo, los cuales infundieron en mis párpados dulce sueño. Y en tanto, Euríloco comenzó a hablar con los amigos, para darles este pernicioso consejo:

“¡Oíd mis palabras, compañeros, aunque padezcáis tantos infortunios! Todas las muertes son odiosas a los infelices mortales, pero ninguna es tan mísera como morir de hambre y cumplir de esta suerte el propio destino. Ea, tomemos las más excelentes de las vacas de Helios y ofrezcamos un sacrificio a los dioses que poseen el anchuroso Uranos. Si consiguiésemos tornar a Ítaca, la patria tierra, erigiríamos un templo a Helios, hijo de Hiperión, poniendo en él muchos valiosos simulacros. Y si, irritado a causa de las vacas de erguidos cuernos, quisiera Helios perder nuestra nave y lo consintiesen los restantes dioses, prefiero morir de una vez, tragando agua de las olas, a consumirme con lentitud, en una isla inhabitada.”

Tales palabras profirió Euríloco y los demás compañeros las aprobaron. Seguidamente, habiendo echado mano a

las más excelentes de entre las vacas de Helios, que estaban allí cerca —pues las hermosas vacas de retorcidos cuernos y ancha frente pacían a poca distancia de la nave de azulada proa—, se pusieron a su alrededor y oraron a los dioses, después de arrancar tiernas hojas de una alta encina, porque ya no tenían blanca cebada en la nave de muchos bancos. Terminada la plegaria, degollaron y desollaron las reses; luego cortaron los muslos, los pringaron con gordura por uno y otro lado y los cubrieron de trozos de carne; y como carecían de vino que pudiesen verter en el fuego sacro, hicieron libaciones con agua mientras asaban los intestinos. Quemados los muslos, probaron las entrañas y, dividiendo lo restante en pedazos muy pequeños, lo espetaron en los asadores.

Entonces huyó de mis párpados el dulce sueño y emprendí el regreso a la velera nave y a la orilla del mar. Al acercarme al corvo bajel, llegó hasta mí el suave olor de la grasa quemada y, dando un suspiro, clamé de este modo a los inmortales dioses:

“¡Padre Zeus, bienaventurados y sempiternos dioses! Para mi daño, sin duda, me adormecisteis con el cruel sueño, y mientras tanto los compañeros, quedándose aquí, han consumado un gran delito.”

Lampetia, la del ancho peplo, fue como mensajera veloz a decirle a Helios, hijo de Hiperión, que habíamos dado muerte a sus vacas. Inmediatamente Helios, con el corazón airado, habló de esta guisa a los inmortales:

“¡Padre Zeus, bienaventurados y sempiternos dioses! Castigad a los compañeros de Odiseo Laertíada, pues, ensoberbeciéndose, han matado mis vacas; y yo me holgaba de verlas así al subir al estelífero Uranos, como al tornar nuevamente de este a la tierra. Que si no se me diera la condigna compen-

sación por estas vacas, descenderé a la morada del Hades y alumbraré a los muertos.”

Y Zeus, que amontona las nubes, le respondió diciendo: “¡Oh Helios! Sigue alumbrando a los inmortales y a los mortales hombres, que viven en la fértil tierra, pues yo despediré al ardiente rayo contra su velera nave, y la haré pedazos en el vinoso ponto.”

Esto me lo refirió Calipso, la de hermosa cabellera, y afirmaba que se lo había oído contar a Hermes, el mensajero.

Llegado que hube a la nave y al mar, reprendí a mis compañeros —acercándome ora a este, ora a aquel—, mas no pudimos hallar remedio alguno porque ya las vacas estaban muertas. Pronto los dioses les mostraron varios prodigios: los cuerpos serpeaban, las carnes asadas y las crudas mugían en los asadores, y dejáranse oír voces como de vacas.

Durante seis días, mis fieles compañeros celebraron banquetes, para los cuales echaban mano a las mejores vacas de Helios; mas así que Zeus Cronida nos trajo el séptimo día, cesó la violencia del vendaval que causaba la tempestad y nos embarcamos, lanzando la nave al vasto ponto, después de izar el mástil y de descoger las blancas velas.

Cuando hubimos dejado atrás aquella isla y ya no se divisaba tierra alguna, sino tan solamente el cielo y el mar, Zeus colocó por cima de la cóncava nave una parda nube, debajo de la cual se obscureció el ponto. No anduvo la embarcación largo rato, pues sopló en seguida el estridente Céfito y, desencadenándose, produjo gran tempestad: un torbellino rompió los dos cables del mástil, que se vino hacia atrás, y todos los aparejos se juntaron en la sentina. El mástil, al caer en la popa, hirió la cabeza del piloto, que cayó desde el tablado, como salta un

buzo, y su alma generosa se separó de los miembros. Zeus despidió un trueno y simultáneamente arrojó un rayo en nuestra nave: esta se estremeció, al ser herida por el rayo de Zeus, llenándose del olor del azufre; y mis hombres cayeron en el agua. Llevábalos el oleaje semejantes a cornejas marinas, alrededor del negro bajel, y un dios les privó de la vuelta a la patria.

Seguí andando por la nave, hasta que el ímpetu del mar separó los flancos de la quilla, la cual flotó en el agua; y el mástil se rompió en su unión con la misma. Sobre el mástil hallábase una soga hecha de cuero de buey: até con ella mástil y quilla y, sentándome en ambos, dejéme llevar por los perniciosos vientos.

Pronto cesó el sopro violento del Céfito, que causaba la tempestad, y de repente sobrevino el Noto, el cual me afligió el ánimo con llevarme de nuevo hacia la temible Caribdis. Toda la noche anduve a merced de las olas, y al salir el sol llegué al escollo de Escila y a la horrenda Caribdis, que estaba sorbiendo la salobre agua del mar; pero yo me lancé al cabrahigo y me agarré como un murciélago, sin que pudiera afirmar los pies en sitio alguno, ni tampoco encaramarme en el árbol, porque estaban lejos las raíces y a gran altura los largos y gruesos ramos que daban sombra a Caribdis. Me mantuve, pues, reciamente asido, esperando que Caribdis vomitara el mástil y la quilla, y estos aparecieron por fin, cumpliéndose mi deseo. A la hora en que el juez se levanta en el ágora, después de haber fallado muchas causas de jóvenes litigantes, dejáronse ver los maderos fuera ya de Caribdis. Soltéme de pies y manos y caí con gran estrépito en medio del agua, junto a los larguísimos maderos y, sentándome encima, me puse a remar con los brazos. Y no permitió el padre de los hombres y

de los dioses que Escila me viese, pues no me hubiera librado de una terrible muerte. Desde aquel lugar fui errante nueve días y en la noche del décimo lleváronme los dioses a la isla Oigia, donde vive Calipso, la de las lindas trenzas, deidad poderosa, dotada de voz, la cual me acogió amistosamente y me prodigó sus cuidados. Mas, ¿a qué contar el resto? Os lo referí ayer, en esta casa, a ti y a tu ilustre esposa, y me es enojoso repetir lo que se ha explicado claramente.



Notas

- ¹ Eran tres, según la opinión vulgar, aunque Homero solo habla de dos, llamadas, al decir de Eustacio, Aglaofono y Telxiepia. Habitaban en las islas Sirenas, que eran tres, muy pequeñas, pedregosas y estériles, al Este del promontorio de Minerva, en la Campania, en el pequeño golfo formado por la costa cerca de Sirrento. Comúnmente se cree que la fábula de las Sirenas es un mito formado a consecuencia de las infinitas cortesanas que había por aquellos tiempos, especialmente en los puertos de mar, para explotar y perder a los marineros y comerciantes que en ellos desembarcaban.
- ² Homero fingió estos escollos en el mar de Sicilia, a la manera de las islas Simplégades en el ponto Euxino (mar Negro), junto al Bósforo de Tracia, llamadas también ciáneas, probablemente por el color agrisado que sus peñascos tenían. El nombre de Simplégades se le dio del griego *unirse* o *plegarse*, pues estaban separadas por tan pequeño intervalo que, si vistas de cerca se presentaban, en efecto, separadas, a no muy larga distancia parecían una sola. De esta particularidad de mostrarse tan pronto unidas en la apariencia como separadas, se cree dimane el nombre de erráticas, aplicado por el poeta a los escollos sículos.
- ³ Para explicar este pasaje, supuso una bizantina llamada Mero, citada con elogio por Mme. Dacier, que la palabra del texto, comúnmente interpretada *palomas*, debía entenderse *pléyades*, hijas de Atlante, y constelación vulgarmente llamada entre nosotros las *Siete Cabrillas*. Su orto y su ocaso marcan las estaciones y el tiempo de la siembra y la cosecha, por lo cual Homero supuso que llevaban a Júpiter la ambrosía, porque las estaciones y las recolecciones de frutos suministran los sacrificios y las libaciones. Como hay dos damas de por medio, se debe confesar que, cuando menos, la explicación es ingeniosa.
- ⁴ Nombre del maravilloso bajel en que hicieron los argonautas su expedición a la Cólquide para conquistar el vellocino de oro. Fue fabricado de encina del bosque de Dódona, por lo cual se permitía pronunciar de cuando en cuando algún oráculo.
- ⁵ Estrabón cree que Homero conoció el flujo y el reflujo del Océano, y que dio prueba de ello en este pasaje. Como las mareas son solo dos, opina que por error de algún copista fue viciado el texto, poniendo *tris*, tres veces, en vez de *dis*, dos veces, con lo cual se hubiera aludido con más exactitud a aquel fenómeno.

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Dr. Luis Felipe Guerrero Agripino
Rector General

Dr. Héctor Efraín Rodríguez de la Rosa
Secretario General

Dr. Raúl Arias Lovillo
Secretario Académico

Dr. Jorge Alberto Romero Hidalgo
Secretario de Gestión y Desarrollo

Dra. Sara Julsrud López
Directora de Extensión Cultural

Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón
Coordinadora Editorial

Odisea, I, de Homero,
con notas de Federico Baráibar y Zumárraga,
terminó su producción en agosto de 2018 en la
Editorial de la Universidad de Guanajuato,
Alonso núm. 12, Centro, C.P. 36000, Guanajuato, Gto.
En su composición se utilizó la fuente tipográfica
Arno Pro y el cuidado de la edición estuvo a cargo
de Martín Eduardo Martínez Granados.



UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



ISBN: 978-607-441-543-8



9 786074 415438